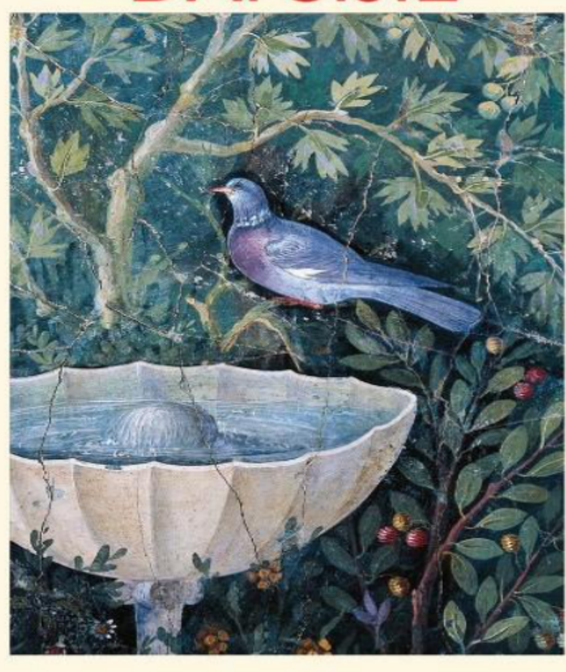
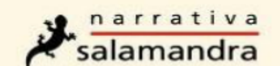
EL EVANGELIO SEGÚN YONG SHENG

DAI SIJIE





Dai Sijie

EL EVANGELIO SEGÚN YONG SHENG

Traducción del francés de
José Antonio Soriano Marco



En memoria de mi abuelo,
el pastor Dai Meitai (1895-1973)

PRÓLOGO

Vinieron a ver al hijo del carpintero.

Como una larga serpiente grisácea, el sinuoso sendero trepaba por la exuberante colina de Jiangkou, en la prefectura de Putian. A vista de pájaro, parecía una grieta abierta en el monte de piedra calcárea y tierra arenosa, bañado por la mortecina luz del crepúsculo. Uno tenía la sensación de que en cualquier momento aquella hendidura lo arrastraría a las profundidades de otra época, pero finalmente el reptil alzaba la cabeza y se convertía en roca en la cima de la colina, envuelta por la niebla, que cubría como un velo la vivienda del carpintero.

A la derecha de la casa, bajo una techumbre rodeada de virutas, el carpintero Yong fabricaba uno de esos silbatos que solían atar los colombófilos a las patas de sus palomas. En una calabaza diminuta, previamente vaciada a modo de caja de resonancia, introdujo una delgada lengüeta de bambú que había aguzado con el escoplo y luego, con las yemas de los dedos, acarició el filo, que los últimos rayos de sol poniente teñían de rojo sangre.

En ese preciso instante apareció la anciana ciega que debía examinar a su hijo, de dos años, con sus avezadas manos. En el centro del patio se había instalado una mesa de madera. El pequeño, vestido con un calzón de seda roja que cubría sus partes íntimas y le llegaba hasta el pecho, se acercó a ella con cautela. Nunca le habían pedido que subiera a una mesa. Inquieto, miró a derecha e izquierda, como haría un navegante recién desembarcado en tierras desconocidas.

La anciana, que era muy menuda, llevaba una larga falda gris, una blusa escarlata con bordados de flores violetas y un chal rojo anudado al cuello. Le sobresalía un moño en la coronilla. Se acercó a la mesa balanceándose sobre sus piececitos vendados.

Con la huesuda mano, toqueteó uno de los calcetines rojos con bordados del pequeño, mientras las largas uñas de la otra, con dedos tan delgados como patas de pájaro, se deslizaban por su cabeza,

totalmente afeitada salvo por un copete en forma de melocotón que de lejos parecía una duna negra.

Por fin sus dos manos sarmentosas palparon el bajo vientre de aquel niño, tras lo cual la anciana alzó los ojos y anunció:

—Hay un problema. Le falta uno. Pero, al tacto, el otro parece normal, y un solo testículo es suficiente.

—¿Un solo testículo? —preguntó el carpintero, preocupado—. ¿Y podrá tener descendencia?

—Sólo necesita un testículo para darte nietos.

—Ah, si es así... —dijo el hombre, más tranquilo.

—No hay duda. Cuando lo toco ahí, noto su pajarito en plena forma.

El carpintero Yong soltó un suspiro de alivio. Luego colocó una larga caña de bambú en medio del patio, la partió con el cuchillo y entornó los ojos para observar la pulpa. Bajo la luz cobriza de la puesta de sol relucía como una barra de oro fundido.

Acompañó a la anciana ciega hasta un árbol plantado frente a la casa. Dos años antes, el día que nació su hijo, en la primavera de 1911, un peregrino chino, que viajaba desde su Vietnam natal hasta la isla de Meizhou para rendir culto a la diosa Mazu, había pasado frente a la casa del carpintero, que lo había invitado a su mesa. Antes de reanudar la marcha, el peregrino quiso dejar algo de dinero, pero, al ver que su anfitrión lo rechazaba educadamente, le entregó un saquito con semillas como muestra de agradecimiento. El carpintero cavó un hoyo delante de su casa, las sembró y las cubrió con tierra fértil. Pero, una semana después, cuando el limo se secó, seguía sin haber salido un brote. Y no sólo eso: las plantas y flores que había plantado el año anterior y que ya habían germinado, habían empezado a mostrar signos de debilidad y a marchitarse. Los cálices de los iris habían caído al suelo y sus florecillas doradas se habían secado antes de abrirse. La misma suerte cruel habían corrido la menta, que ya había granado y amargaba, y el hinojo, que parecía raquítico. Hasta que el décimo día un tierno brote verde perforó al fin la tierra: el primer retoño del único árbol extranjero del jardín ya gozaba del privilegio de contemplar el sol chino.

—Dígame, ¿sabe usted cómo se llama este árbol? —le preguntó el

carpintero Yong a la anciana ciega—. Ha destruido todo lo que crecía a su alrededor.

El árbol, que ahora tenía dos años, ya había alcanzado los dos metros de altura. La anciana se agachó junto al tronco y, tras acariciarlo con la punta de los dedos, arrancó un trozo de corteza con los dientes. De la pulpa, tierna y fresca, emanaba un agradable aroma floral.

—Es una aquilaria —dijo la mujer sin dudarlo—. Un árbol aromático. No se lo diga nunca a nadie, o podría despertar envidias.

—¿Por qué?

—Porque, cuando crezca, su jugo será muy valioso. Puede que su hijo sólo tenga un testículo, pero, si el día que nació le regalaron las semillas de este árbol, le espera una vida extraordinaria.

Todos los expertos en silbatos para palomas coincidían en que los de la marca Yong, de Putian, eran los mejores. Seguramente porque su artífice era carpintero y, además de contar con las herramientas adecuadas para hacer silbatos, destacaba en la construcción. El hospital de Putian, el primero fundado por misioneros protestantes en la provincia de Fujian, y en especial la gran escalera del edificio principal, demostraba su extraordinario talento. En esa época, ni los artesanos de Putian ni los de la inmensa mayoría de las ciudades chinas habían visto nunca un edificio occidental. Los ebanistas y carpinteros que construían casas de estilo chino no sabían hacer parquets, cielos rasos ni ventanas acristaladas. Pero lo más complicado era construir una escalera.

El carpintero Yong estudió a fondo el dibujo de una escalera que le había dado un extranjero, hasta comprender cómo podía construirla. La inauguración de la primera iglesia de Putian, en cuya construcción también había participado, había sido todo un acontecimiento en la ciudad. Y un día, cuando el hospital aún no estaba terminado, la gente se congregó alrededor del edificio para asistir entre gritos y empujones a un espectáculo asombroso: la madre del carpintero Yong se había arremangado un poco la falda y, con sus piececillos vendados a la

vista de todos, subía con paso vacilante los peldaños de una escalera. El miedo y la estupefacción se reflejaban en las caras de los allí presentes. La anciana había conseguido subir, pero ahora tenía que bajar. ¿Se dejaría la vida en ello?

El pequeño Yong también participó. El carpintero lo dejó en el rellano de la escalera y el niño subió gateando peldaño a peldaño, parándose cada vez que algún detalle de la obra le llamaba la atención. Ése fue probablemente el día más feliz de su infancia. Su padre lo sentó a horcajadas en la barandilla, le soltó la mano y bajó corriendo hasta el pie de la escalera, desde donde, abriendo los brazos, le gritó: «¡Vamos, hijo, deslízate!»

El pequeño cerró los ojos y, sin agarrarse, empezó a resbalar por el pasamanos, o más bien a volar por los aires. Era el rey de la velocidad: oía el silbido del viento y de las palomas a lo lejos. Un sonido largo y fino que se desenrollaba como un hilo encantado, acercándose a él veloz como un relámpago y luego disminuyendo hasta desaparecer.

Habían transcurrido tres años desde la visita de la anciana ciega. El pequeño Yong tenía apenas cinco años, pero reconocía a la primera si el silbato de una paloma era obra de su padre.

Los silbatos para palomas de Putian, igual que los de las poblaciones vecinas, no solían medir más de dos o tres centímetros de diámetro, apenas el tamaño de una nuez, pero los más grandes podían llegar a los diez centímetros y tener casi la envergadura de un puño. La fina lengüeta de madera colocada en medio dividía la pieza en dos cajas de resonancia. El silbato se sujetaba a las plumas caudales de la paloma y emitía dos sonidos diferentes, uno agudo y otro grave, según el ángulo de entrada del aire. Para ampliar la gama de sonidos, bastaba con añadir tubitos de bambú de distintas longitudes, aunque había quien los prefería de caña. Cuando una bandada de palomas surcaba el cielo con estos silbatos en sus colas, ofrecían un concierto polifónico de sorprendente calidad. Como si se tratara de una orquesta, cada instrumento tenía su propia tesitura —barítono, tenor, contralto, soprano—, y todos parecían interaccionar sutilmente entre ellos,

rivalizando con líricos trémolos y románticos vibratos, para deleitar al oyente con una sinfonía maravillosa.

En ese momento, la música que sonaba en el cielo era obra de las palomas del pastor Gu, un evangelista estadounidense que había traído de su país una pareja de palomas blancas. A diferencia de las chinas, éstas tenían las patas cubiertas con un largo manguito sedoso (como esos mitones de piel con que las mujeres se protegen las manos en invierno). Ese día el pastor había comprado dos silbatos de la marca Yong, que había cosido con aguja e hilo a las plumas de ambas palomas, y estaba viviendo una de las experiencias más maravillosas de su vida en China. Había subido al tejado del hospital recién construido por su Iglesia para lanzarlas al aire y verlas volar desde allí, livianas y puras como cristal de cuarzo, y deleitarse con su serenata celeste, y ellas se habían elevado hasta no ser más que dos estrellas lejanas fundiéndose con el firmamento.

De pie en el tejado, absorto y un poco inquieto, el pastor escuchaba los silbatos en la lejanía. De pronto las palomas reaparecieron, silenciosas, y descendieron en picado una tras otra como meteoritos. Cuando parecía que iban a chocar con el tejado, las dos rozaron a la vez el rostro del pastor y, con un delicado frufrú de alas, volvieron a elevarse hacia el cielo, donde reanudaron su ballet. El sol envolvía sus níveas plumas en un halo dorado, los silbatos cantaban y el corazón del pastor Gu palpitaba de felicidad mientras las lágrimas surcaban su rostro. Nadie sabía el precio real de aquellos dos silbatos, sólo que la madre del carpintero había negociado con el pastor y había conseguido que éste acogiera a su nieto en su casa hasta terminar sus estudios de primaria (la mujer del pastor había abierto una escuela).

—¿Cómo se llama su nieto? —había preguntado el pastor.

—Lo llamamos pequeño Yong. Aún no tiene nombre, es muy joven. Si le pusiéramos uno, nos lo quitarían los demonios.

—Para estudiar en mi escuela, debe tener un nombre.

La abuela reflexionó unos segundos.

—De acuerdo. Elija usted el nombre, ya que es pastor.

—Se llamará Yong Sheng. Sheng significa «sonido». Será un homenaje a los silbatos de su padre.

PRIMERA PARTE

1

Mary

A las dos de la mañana estalló una tormenta.

El pequeño Yong tardó en comprender que llovía. Al principio creyó que era el sonido de la sierra de su padre en el silencio de la noche, pero entonces recordó que ya no estaba en Jiangkou, sino en Hanjiang, en casa de la mujer del pastor Gu, la directora de su escuela; concretamente en la habitación de su hija Mary, la maestra que le enseñaba música y cálculo, y también a leer y escribir.

El pastor Gu, que estaba a cargo de los misioneros baptistas estadounidenses de la provincia de Fujian, se había casado con la muy virtuosa hija de un pastor, hijo a su vez de pastor, un ministerio que habían ejercido casi todos los hombres de su familia desde hacía varias generaciones.

Yong Sheng era el alumno más joven de la escuela, así que la señora Gu no lo dejaba dormir en el dormitorio de los chicos, situado en el patio posterior de la residencia. En un primer momento se planteó alojarlo en su casa, pero, temerosa de que su presencia perturbara el trabajo de su marido, optó por instalarlo en el patio de su hija Mary. La residencia del pastor tenía siete patios y el que ocupaba Mary con su hijita, que aún no había cumplido un año, se llamaba precisamente «El patio de la nieta». Constaba de tres estancias: la principal, equivalente al «cuarto de estar» de los occidentales, era el centro de la actividad familiar; el despacho, en el que Mary preparaba las clases, y el dormitorio, donde estaba su cama y, arrimada a ella, la cuna de su hija, para poder amamantarla con más facilidad por la noche. Frente a la cama de Mary habían instalado una más pequeña para Yong Sheng y, entre ambas, una sábana blanca colgada del techo a modo de

cortina de separación.

El chisporroteo del aguacero había despertado al niño, que no alcanzaba a ver la lluvia pero sí la oía caer. Al levantarse a hacer pipí, vio que el bebé dormía tranquilamente. La cama de Mary, sin embargo, estaba vacía. ¿Adónde había ido?

Antiguamente, las tres estancias de aquel patio tenían las ventanas cubiertas con papel, al estilo chino, pero el pastor Gu, nada más comprar la residencia, las había sustituido por ventanas de doble hoja con doce cuarterones acristalados. Yong Sheng, descalzo sobre la alfombra estampada de rosas púrpura y líquenes verdes, entró sigilosamente en el cuarto de estar. Debajo de la alfombra no había tierra batida, como en la mayoría de las casas chinas, sino un suelo de parquet, como en el hospital cristiano de Putian.

No encontró a Mary en el cuarto de estar y tampoco en su despacho.

Y por lo visto había salido antes de que empezase a llover, porque sus viejas botas de agua de caucho negro, remendadas con trozos de caucho rosa, estaban al pie de la cama. El pequeño Yong creyó que debía llevárselas a su maestra, a pesar de que fuera lo esperaban la lluvia y la oscuridad. Cogió las botas y bajó las escaleras que llevaban al patio. Cuando la lluvia le azotó la cara, sintió una frescura deliciosa. Las gotas parecían diminutas perlas de cristal que rebotaban en su piel gracias a un hilo elástico invisible; perlas repletas de agua que, en vez de explotar, ascendían y volvían a caer del cielo.

El pequeño Yong aún no había cumplido seis años y no tenía una idea clara del tamaño de la residencia del pastor Gu. Hacía sólo unas semanas que había llegado a aquella inmensa casa de imponente arquitectura, tan simétrica como misteriosa. Ante el grueso muro exterior, de varios metros de altura, se había sentido tremendamente insignificante. Al inclinarse hacia atrás, había visto los hierbajos que asomaban en lo alto de la pared de ladrillo; azotados por la brisa, arañando las nubes con obstinación.

Dos galerías, la este y la oeste, recorrían los muros laterales. Abarcaban, como dos enormes brazos, el conjunto de los siete patios

de la casa, y el vigilante nocturno deambulaba por ellas mientras anunciaba el cambio de hora golpeando una tabla. El primer patio, bastante grande, era el «patio de las palomas», destinado en exclusiva a las aves del pastor. El segundo, el «patio de los antepasados», había sido transformado por su propietario en iglesia baptista. El tercero era el «patio de los invitados»; el cuarto, el «patio del pastor»; el quinto, el «patio de la nieta»; el sexto, el «patio de las cocinas», y el séptimo se había convertido en la escuela primaria de la señora Gu. Algunos años más tarde, Yong Sheng dibujaría un plano detallado de la residencia. A diferencia del gran portón exterior, ligeramente desviado respecto al eje central del edificio —los constructores, tan cándidos como ingeniosos, impedían así que entrasen los demonios, que, como sabía todo el mundo, sólo se desplazaban en línea recta—, las puertas de los otros seis patios estaban perfectamente alineadas, siguiendo el modelo de la ciudad imperial. En cada gran festividad cristiana, el pastor Gu ordenaba a los criados que las abrieran de par en par para que ningún obstáculo impidiera la propagación de las oraciones y los cánticos, que, saliendo del patio de los antepasados, cruzaban todos los demás y llegaban hasta el terreno en que se trillaba el arroz, en la parte posterior de la residencia.

En el último patio había una piedra de molino que un burrito con los ojos vendados hacía girar mañana y noche para triturar los granos de soja y hacer la espesa pasta blanca con la que se elaboraba el tofu. Durante las fiestas cristianas le quitaban la venda y lo dejaban descansar. Eran las únicas ocasiones en que los siete patios se podían abarcar con la mirada.

Yong Sheng, descalzo bajo la lluvia, salió corriendo del patio de la nieta y tomó la galería del vigilante en dirección a las aulas. Antes de llegar al patio de las cocinas ya estaba empapado como un pollito, pero se armó de valor y apretó el paso para cruzar el patio de la escuela. Mary pasaba más tiempo allí que en su casa.

Esa noche, sin embargo, no estaba allí. Las dos habitaciones a ambos lados de la puerta, ocupadas antaño por los criados y convertidas ahora en aulas, estaban totalmente a oscuras. En los antiguos graneros y establos, acondicionados ahora como dormitorios,

tampoco había luz. Lo único que rompía el silencio era la respiración de los niños.

La lluvia golpeaba con fuerza la puerta de salida del último patio. A diferencia del gran portón de entrada —cuyas dos hojas disponían de pivotes giratorios sobre un alto zócalo de madera—, la puerta de salida, carente de umbral, estaba formada por varias tablas pintadas de verde, como tableros de mesa ensamblados, de modo que, dependiendo de la altura de las carretas que llevaban las provisiones para las cocinas, se abrían todas o sólo parte de ellas. De pie ante la puerta, Yong Sheng pegó la cara a las tablas y, a través de los intersticios, miró el terreno en el que se trillaba el arroz, pero sólo vio charcos.

De nuevo a la carrera, volvió sobre sus pasos, esta vez por la galería opuesta, donde, en el paso entre dos patios, se alzaba una abertura en forma de medialuna. Patio de la escuela, patio de las cocinas, patio de la nieta, patio del pastor, patio de los invitados... A toda velocidad, llegó al fin a la puerta del patio de los antepasados y se lanzó a trepar por los anchos escalones de la entrada.

La puerta de ese patio era muy distinta de las otras. Ni siquiera la principal, tan solemne, tenía tanto prestigio como aquélla, rematada por una torre de vigilancia abierta que se alzaba sobre dos columnas pintadas de negro. La lluvia caía en cascada por las anchas tejas del tejado y los intensos relámpagos daban vida a las temblorosas figuras de los animales tallados en los postes.

Por unos instantes Yong Sheng se quedó inmóvil ante la puerta mientras regueros de agua sucia corrían entre sus pies y tibias gotas de lluvia parecían querer atravesarle la fina piel.

Un farol de tormenta colgaba de uno de los gruesos postes que sostenían la torre de vigilancia entre las dos columnas. El ruido de la lluvia chisporroteando en el vidrio caliente que protegía la llama asustó a Yong Sheng, que tuvo miedo de que el farol estallara.

El tranco de la puerta era tan alto que tuvo que trepar como si fuera una pared para poder atravesarlo. Se dejó caer al otro lado y, como ya no le quedaban fuerzas para correr, cruzó andando el patio de los antepasados. El agua le llegaba por los tobillos, pero notaba el relieve

de los ladrillos y los grandes cantos rodados del pavimento en la planta de los pies. Aunque de vez en cuando resbalaba un poco con el musgo que crecía entre ellos, procuraba ir siempre en línea recta para evitar la catástrofe, porque sabía que más o menos a un metro del eje central del patio había un estanque de un metro de ancho por tres de largo y dos metros de altura, donde el agua cubría hasta la cintura a un adulto. El domingo, después de misa, el pastor Gu bajaba por los escalones de ladrillo del estanque para iniciar a los nuevos miembros de su Iglesia, a quienes dedicaba ciertas frases rituales antes de sumergirlos totalmente en el agua. Yong Sheng había presenciado aquella ceremonia varias veces, pero sin saber que se trataba del bautismo característico de los baptistas estadounidenses, que simbolizaba la purificación de los antiguos pecados. Cuando las manos del pastor Gu devolvían al recién bautizado a la superficie, éste era un hombre nuevo. Yong Sheng nunca olvidó la cara radiante del misionero al acabar la ceremonia.

En la gran sala del patio de los antepasados había un solo farol encendido, y su luz proyectaba sobre los ladrillos barnizados del suelo la sombra deformada de los cuarterones de la puerta acristalada. La cuadrícula también cubría los largos bancos de madera con respaldo, donde todos los domingos se reunían los cristianos de Putian y a cuyo alrededor solían correr los niños, y se prolongaba hasta el estrado desde el que predicaba el pastor Gu. En otro tiempo, en aquel lugar se alzaba el gran altar en el que los antiguos propietarios veneraban a sus antepasados. Ahora aquella habitación era una sala de oración dividida en dos por una cortina; la parte anterior estaba reservada a los hombres y la posterior, a las mujeres. Cuando el pastor Gu pronunciaba un sermón frente a los hombres, la altura del estrado hacía sobresalir sus hombros y su cabeza por encima de la cortina y permitía a las mujeres verlo además de oírlo.

Yong Sheng llevaba las botas de Mary llenas de agua y, al entrar en la desierta sala de oración, el ruido del chapoteo resonó entre las paredes. Buscó a Mary en ambos lados de la cortina y por el resto de la sala, pero no había el menor rastro de ella.

Fuera llovía a cántaros. El agua se filtraba por el techo y chorreaba

por los bancos y caía sobre su cabeza.

Yong Sheng vio un hilo de luz a través de una grieta de la pared. Se acercó y descubrió sin pretenderlo la capilla secreta de Mary.

El pequeño Yong Sheng, por supuesto, desconocía lo que era una capilla. Incluso a los chinos adultos que se habían convertido hacía años les costaba distinguir el protestantismo del catolicismo, y ninguno de ellos habría sabido explicar por qué dentro de un templo baptista se ocultaba una capilla católica. Décadas después, un amigo le trajo de Estados Unidos un librito que la mujer del pastor Gu había escrito en 1928, *Mi escuela de primaria en Hanjiang*, en el que ella mencionaba aquel cuarto secreto usado exclusivamente por su hija, que se había convertido al catolicismo. Ferviente protestante desde la infancia, al terminar la secundaria Mary se había ido a París para estudiar historia del arte en la Sorbona, y allí se había enamorado de uno de sus profesores, un joven y elegante retoño de familia católica. Y así acabó renegando de su religión y abrazando la de su amado en la iglesia de su pueblo natal. En su libro, la señora Gu citaba a una amiga estadounidense de Mary, la famosa escritora K. C. Carter, que había asistido a la ceremonia y descrito la iglesia en una de sus novelas:

> Era un pueblecito francés dedicado principalmente al cultivo de la ciruela. Seguimos un sinuoso sendero bordeado de castaños que descendía hasta una iglesia de piedra, humilde pero muy pulcra. En la plaza que se extendía ante ella, los martes y los viernes se celebraba un mercado. Por la noche, unas cuantas farolas con forma de candil inundaban el lugar de una suave luz.

En una carta dirigida a unos amigos, K. C. Carter se mostraba impresionada por la ceremonia: «Un inmaculado paño de fino encaje cubría el altar, sobre el que habían colocado unos cálices y copones de plata reluciente. Lo flanqueaban unos monaguillos vestidos con sotana púrpura y sobrepelliz blanca.» La abjuración de Mary dejó consternados al pastor Gu y a su esposa, que se negaron a viajar a Francia para asistir a la boda de su hija en aquella iglesia de pueblo. Aun así, cuando en Europa estalló la Primera Guerra Mundial y el

yerno al que nunca habían visto fue enviado al frente, el pastor le pidió a su única hija que volviera a China para refugiarse, junto con la niña que acababa de traer al mundo. «Quiera Dios concedernos la dicha de tenerte aquí de nuevo», le decía el pastor en su carta.

En una de las paredes de la sala de oración había una recámara de ladrillos esculpidos donde los anteriores propietarios habían instalado un altar dedicado al Cielo y la Tierra. El pastor Gu había transformado aquel espacio en una capilla para su hija y luego había instalado una puerta corrediza en la zona de paso. Una vez cerrada, era imposible sospechar la existencia de la estancia.

Tras descorrer con cautela el panel lateral, Yong Sheng se encontró con un hombre prácticamente desnudo, apenas iluminado por la tenue luz de una vela. Estaba clavado a una cruz, con una corona de espinas y la cabeza ligeramente ladeada. En su cara se reflejaba un inmenso dolor. Tenía arrugas en la frente y el entrecejo, los ojos hundidos y las mejillas demacradas. Ese profundo surco de los pómulos a la barbilla le daba un aire de severidad.

El pequeño, azorado, cerró los ojos de inmediato. Al abrirlos, comprendió que aquello no era un hombre sino una estatua de madera que había perdido su pátina dorada con el tiempo. Le dio la impresión de que el crucificado había vuelto los ojos hacia él, como si al entrar allí hubiera interrumpido bruscamente su conversación con un tercero. Además parecía sorprendido de que llevara las botas de Mary en las manos, como si en lugar de unas viejas botas de goma negra con parches rosas fueran los zapatos de cristal de Cenicienta, la protagonista del cuento favorito de su maestra. Por un instante Yong Sheng creyó que el hombre le iba a ordenar, igual que a Cenicienta delante de su carroza —aunque ya no recordaba quién se lo había ordenado a ella—, que regresara a casa antes de medianoche. Según Mary, si bien relucían como diamantes, los zapatos de Cenicienta eran quebradizos y frágiles como el paraíso, así que Yong Sheng temió que el hombre se encolerizara y rompiera de un golpe el universo cristalino de su edén.

En la húmeda penumbra de aquella estancia disimulada en la pared, el niño distinguió a Mary. Con el cuello desnudo, los ojos bajos y los

labios un poco hinchados, parecía ausente. Pero se movió, le resbaló el chal de lana violeta que le cubría los hombros y quedaron al descubierto sus generosos pechos, blancos como el alabastro a la luz de la vela, de los que emanaba una voluptuosa tibieza.

Esa tibieza flotó hasta el rostro del niño y le acarició suavemente la piel húmeda.

Con la mano izquierda, Mary agarró uno de sus turgentes pechos y lo apretó con delicadeza hasta hacer brotar un hilillo de leche. Una vez más, Yong Sheng sintió que esa suave y perfumada tibieza lo envolvía con una cálida caricia que penetraba por todos los poros de su trémulo cuerpo.

Acto seguido Mary cogió un cáliz de plata y vertió dentro su leche como una cremosa cascada. El borde de la copa sagrada quedó salpicado de perlas blancas que relucían en la penumbra. Con los ojos entornados, como en un sueño y sin apenas abrir los labios, la joven emitió un sonido extraño, entre jadeo y gemido. Al final alzó el cáliz —como hacen los sacerdotes católicos al consagrar el vino de la misa— y lo acercó a la boca del crucificado. La leche se deslizó por el cuerpo de la estatua, penetrando en la madera a través de las grietas de la pintura.

El hombre seguía mirando a Yong Sheng, que incluso tuvo la sensación de que el crucificado le guiñaba el ojo mientras la leche le resbalaba por la cara y se detenía en los surcos de sus hundidas mejillas, como coagulada.

Cuando Mary se marchó, el olor de su leche quedó flotando en el aire.

En la capilla había dos armarios, y el de la izquierda tenía siete cajones con tiradores de cobre. Yong Sheng abrió uno, donde Mary había guardado el cáliz de plata que había contenido su leche. Antes de irse, Mary había limpiado el recipiente, pero, a ojos del niño, seguía brillando de un modo insólito, como si quisiera revelarle un secreto.

En el armario de la derecha estaba la estatua de madera del crucificado, todavía mojada tras sus abluciones lácteas. Ahora la pintura parecía menos descascarillada, más uniforme, y con la

humedad despedía reflejos dorados que brillaban como polvo de oro en el lecho de un río.

De la corona de espinas aún colgaba una gota de marfil, una gota de leche atraída hacia el suelo por su propio peso, como un lichi a punto de caer de la rama. Por un instante pareció contraerse, pero volvió a hincharse de inmediato, y cuando al fin se desprendió, el niño abrió la boca y sacó la lengua.

La gota, tibia y húmeda, cayó como una semilla sobre una tierra seca.

Tras este primer y extraño encuentro entre el crucificado y el hijo del carpintero, éste abandonó la sala de oración y volvió a cruzar el patio de los antepasados, donde, por distracción, acabó cayendo en el estanque.

Llovía menos y, sin embargo, de pronto me encontré sumergido en el agua. Aún no había tocado el fondo, pero ya me había dado cuenta de que se trataba del estanque donde el pastor administraba el sacramento del bautismo.

Tras aquella lluvia torrencial, el agua estaba mucho más alta de lo acostumbrado y extrañamente tibia. Cuando mis pies descalzos llegaron al fondo, tocaron el lodo, que tampoco estaba frío.

Estaba seguro de que iba a morir. Pronto ya no podría respirar. De repente, un rayo luminoso atravesó la superficie del agua. ¿Era Mary, mi maestra, buscándome con una linterna, cuya magnífica luz iluminaba el cielo y la tierra? Pensar eso me reanimó y, con un enorme esfuerzo, conseguí ascender y sacar la cabeza del agua. Pero, cuando estaba a punto de agarrar el borde, el estanque volvió a succionarme hacia el fondo.

«¡Dios mío!», pensé. Al fin comprendí por qué el pastor Gu hacía sus trucos de magia en aquel estanque: el fondo tenía un poder de atracción sobrenatural.

Ya estaba a punto de ahogarme cuando oí el ruidoso vaivén de una sierra sobre la madera; incluso me pareció ver los dientes de la herramienta yendo y viniendo por la superficie del agua, de la que saltaban chispas.

Era un ruido muy familiar, pero, para mi sorpresa, quien lo hacía no era mi padre.

De hecho, no había un serrador, sino dos, uno arriba y otro abajo. El que estaba abajo, de pie en el fondo del estanque, era yo. Al otro no podía verlo con claridad. Se parecía vagamente a la estatua de madera del crucificado, pero no estaba seguro. Cuando le pregunté cómo se llamaba, respondió: «¿Por qué

> quieres saber mi nombre?», y, tras añadir «Déjame, que raya el alba», como en el Génesis, intentó marcharse. Pero yo lo agarré por las piernas para impedírselo. «No te dejaré si no me dices tu nombre.» Él no se resistió. «Soy el padre del crucificado, el de la estatua de madera», contestó. En ese momento apareció una escalera de mano y me hizo subir, y entonces, para mi gran sorpresa, cuando creía que iba a alcanzar el cielo, salí bruscamente del agua.

Quien lo salvó fue Mary. Al volver a su dormitorio vio que la cama del niño estaba vacía y, preocupada, salió a buscarlo. Nada más entrar en el patio de los antepasados, divisó sus botas flotando alrededor de una bola negra en el estanque bautismal: era la cabeza de Yong Sheng. Al principio creyó que el pequeño estaba jugando y chapoteando en el agua.

En el patio de la nieta se iluminó el dormitorio, y Mary lo acostó en su cama grande de madera.

Yong Sheng abrió los ojos, pero volvió a cerrarlos enseguida. Seguía oyendo el ruido del agua, como si estuviera cayendo un diluvio sobre el mundo. Luego el fragor de catarata disminuyó hasta transformarse en un murmullo de torrente, que se atenuó y dio paso al débil y cristalino sonido de un chorro de leche golpeando el interior de un cáliz de plata. Poco a poco el ruido se apagó, y Yong Sheng oyó la voz de Mary leyendo *Robinson Crusoe*. Le encantaba que le leyera, y de pronto recordó que el hombre al que había visto en el estanque salía en una historia de la Biblia que ella le había leído. Yong Sheng metió la nariz bajo la sábana para buscar el olor de la leche de su maestra.

La joven enumeraba una larga serie de objetos que Robinson había recuperado de entre los restos de un barco naufragado, objetos arrancados a las garras del mar, objetos enviados por el cielo, y que él se llevaría a su isla desierta. Esos nombres resonaban como palabras sagradas en sus oídos: cubo del carbón, por ejemplo. Los labios de Mary no se limitaban a pronunciar el nombre de esos objetos: los cantaba entonando la melodía más hermosa del mundo. Aquellos nombres, impregnados del olor de su leche, quedarían grabados para siempre en su memoria. Yong Sheng estaba tumbado encima de una

sábana de algodón gastado en cuyo descolorido fondo azul aún se distinguían las figuras borrosas de dos niños. El mayor sostenía en la mano una hoja de loto llena de agua con la que mojaba la cabeza del pequeño. Era un dibujo tan realista que casi se oía caer el líquido y reír a los niños. El interior de la hoja, ligeramente curvado, tenía nervaduras de color más claro. Parecía recién cortada y que todavía emanaran de ella los vapores del estanque. El artista había representado el agua que caía de la hoja con trazos blancos, que a ojos de Yong Sheng se confundían con los chorros de leche que brotaban de los pechos de Mary hasta la boca del crucificado. Incluso había advertido que, después de que saliera la leche, los cobrizos pezones de su maestra habían adquirido un tono más suave, más rosado.

Mary le explicó que la estatua que había visto en la capilla representaba a Cristo. Meses atrás un submarino alemán había torpedeado el barco en el que estaba embarcado su marido. No había habido supervivientes, pero la Marina francesa había encontrado la estatua en el pecio y Mary había pedido permiso al almirantazgo para quedársela.

—Recuerda bien esto: después de una catástrofe, lo que se salva de un naufragio se convierte en la cosa más hermosa del mundo.

2

La circuncisión

Allí estaba. Desdibujada en el lejano horizonte, parecía una isla flotante perdida en medio del mar.

Una hora después se distinguía claramente. En efecto, era la nave de Mazu —la Santa Madre del Cielo, patrona de los pescadores y marineros de los mares de China—, que había partido de la isla de Meizhou, donde se erigía el famoso templo dedicado a la diosa. Ese día, al amanecer, en medio de un estrépito de petardos ensordecedor, los devotos habían salido por la gran puerta del templo portando en un palanquín a «Mazu» —una chica de la región de extraordinaria belleza— y luego habían bajado los mil empinados peldaños del edificio hasta un barco magníficamente adornado que llevaría a la encarnación de la diosa hasta la ciudad de Putian.

La verdadera Mazu, que había muerto hacía siglos y cuyo ajado cuerpo descansaba en el interior del templo, salía de su tumba de piedra cada atardecer, tan resplandeciente como antaño, para ir a sentarse al pie de una aquilaria y escuchar el murmullo de la brisa entre las hojas. Cientos de años después de su muerte, aquel árbol seguía produciendo una savia de un aroma tan intenso como cuando ella estaba viva. En medio del patio del templo había un pozo que la diosa había excavado con sus propias manos y en el que todas las tardes, vestida con su larga falda blanca y su chal azul celeste, contemplaba su reflejo en el agua. Luego, como si descendiera del cielo, bajaba los mil peldaños de piedra hasta una roca que se alzaba en medio del mar, desde la que bendecía a los barcos de los

pescadores.

Ese año las celebraciones fueron parecidas a las de los años anteriores. Era final de verano. Aún hacía buen tiempo, pero empezaba a refrescar. El cielo estaba lleno de nubecillas blancas, y el mar, en calma. En la ciudad de Putian se había congregado una gran multitud de curiosos formada por gente de la región, pescadores de las islas vecinas, devotos de Mazu y peregrinos llegados de todos los rincones del Sudeste asiático.

La diosa se acercaba. Los porteadores sólo tenían que recorrer quinientos metros para llegar a la puerta sur de la ciudad, cuyas negruzcas murallas ya se divisaban. Diez minutos después se distinguían claramente las almenas, tras las que se adivinaban, todavía imprecisas, las tejas de esmalte amarillo del templo de Confucio. La procesión alcanzó al fin el muro sudeste, sobre el que asomaba el tejado con forma de cola de golondrina del pabellón de los Exámenes.

Un concierto de redobles de tambor anunció el inicio de la ceremonia. La multitud se dirigió a toda prisa hacia el centro de la ciudad, y el pabellón de los Tambores pronto se vio rodeado por una marea humana. En el último periodo de la dinastía Qing, los jefes de distrito habían renunciado a presidir las celebraciones durante varios años seguidos, y el nuevo gobierno de la República, que lidiaba con sus propios desórdenes, parecía haber olvidado la existencia de aquella ciudad costera. Por eso fue un notable de la región quien salió al balcón del pabellón para inaugurar las festividades con un discurso, pero sólo tuvo tiempo de pronunciar unas cuantas frases porque la procesión ya estaba llegando. Entonces se hizo el silencio. Los jóvenes endomingados interrumpieron sus flirteos, los ojos de los ancianos se humedecieron, los corazones se encogieron.

Y los pescadores entonaron una vieja canción:

Todos estamos aquí por ella,
Mazu, nuestra Madre Eterna,
que nos sonríe desde el cielo.
En su presencia, bailemos y cantemos
para expresarle nuestra devoción.

Mary y Yong Sheng no habían llegado en barco. Como el río Mulan estaba atestado de pequeñas embarcaciones entre Hanjiang y Putian, Mary había optado por desplazarse en su bicicleta holandesa. El pequeño Yong Sheng acababa de cumplir siete años, y se había desarrollado bien desde su llegada a casa del pastor Gu, dos años atrás. Tras recorrer varios kilómetros por un camino lleno de baches, entraron en Putian, donde se mezclaron con la multitud para admirar, emocionados, el palanquín de Mazu, que pasaba por encima de sus cabezas. De pronto, mientras los congregados aclamaban el paso de la procesión ante el pabellón de los Tambores, Yong Sheng, de pie sobre el transportín de la bicicleta, soltó un grito y dobló el cuerpo.

—¡Me duele! ¡Me duele! —le dijo a Mary señalando su estómago.

El dolor le impidió añadir nada más. Cayó del transportín, retorciéndose de dolor en el suelo. Mary se apresuró a subirlo de nuevo a la bicicleta, que empujó entre el gentío en dirección al hospital. De vez en cuando se volvía hacia el niño para secarle las lágrimas o enderezarlo, porque con las punzadas de dolor se deslizaba fuera del transportín y le costaba permanecer sentado.

Yong Sheng notó que le daban unas palmaditas en el hombro y se volvió. Era su padre. Se había cortado el pelo para la ocasión y llevaba una chaqueta nueva de color azul. Su mujer, que acababa de abortar, se había quedado en casa, y él asistía a las celebraciones con la abuela.

Al ver que su hijo se encontraba mal, lo cogió en brazos y echó a correr hacia el hospital.

Mary se montó en la bicicleta y pedaleó tras ellos hasta quedarse sin aliento.

Por fin llegaron al hospital Yali, en cuya construcción había participado el carpintero, y donde, orgulloso, había hecho que su hijo se deslizara por la barandilla de la escalera que había levantado con sus propias manos. Cruzaron la puerta y entraron en el vestíbulo.

El arquitecto estadounidense que había diseñado los planos del centro sanitario había tenido en cuenta las observaciones del carpintero sobre la psicología de los chinos, a quienes no agradaban los edificios de varios pisos, y había aprovechado la pendiente del

terreno para construir un conjunto arquitectónico de tres edificaciones, de las cuales sólo la tercera, reservada a las hospitalizaciones, tenía dos plantas.

Los gritos de Mary resonaron en la sala de espera del primer edificio, que estaba desierto porque todo el mundo había ido a la fiesta. La ventanilla de la farmacia estaba cerrada y el laboratorio clínico, vacío. En el segundo edificio, donde se encontraban las consultas, tampoco había nadie, así que tuvieron que ir al tercero, donde al fin encontraron a un médico de guardia, un cirujano estadounidense de unos cincuenta años con un espléndido bigote entrecano, el doctor Charley.

El facultativo emitió rápidamente un diagnóstico claro y concreto sobre el que no había duda posible: el niño padecía una ectopia testicular unilateral.

En chino, le explicó al carpintero que su hijo tenía uno de los testículos escondido en el abdomen. Mientras le escuchaba, el padre de Yong Sheng recordó las palabras de la anciana ciega, cuyos huesudos dedos habían palpado la entrepierna del pequeño cuando éste tenía dos años. «Le falta uno», había constatado la mujer.

—¿Y dónde se ha metido el testículo que le falta? —le preguntó el carpintero al cirujano.

—Aún no lo sé. Podría estar en la región inguinal, o quizá en la abdominal. Me inclino por la segunda posibilidad, dado que el niño parece sufrir colitis. Tengo que localizarlo y volver a colocarlo en el escroto.

—¿Es posible que baje solo? —preguntó Mary.

—No. El niño ya tiene siete años. Hay que operarlo. —El doctor se volvió hacia el padre—. ¿Autoriza una intervención quirúrgica?

—Por supuesto —respondió el carpintero sin dudarlo.

En realidad, no sabía qué significaba exactamente «intervención quirúrgica». Creía que era una especie de truco de magia médica, una especie de milagro, que devolvería a su sitio el testículo oculto en el abdomen de su hijo. De las explicaciones científicas del doctor Charley sólo entendió que, después de la «intervención», el niño tendría que quedarse una semana en el hospital, y que él debía ir a casa a por una

manta y otros objetos de uso diario para la estancia hospitalaria del pequeño. Por el camino iba diciendo con orgullo a todos los conocidos con los que se cruzaba: «¡A mi hijo van a hacerle una intervención quirúrgica!»

El doctor Charley le rogó a Mary que tuviera la bondad de quedarse durante la operación.

—Empecé a estudiar enfermería, pero me desmayaba al ver sangre, así que cambié de carrera: estudié arte y me hice maestra —le confesó ella.

—No se preocupe, puede dar la espalda a la mesa de operaciones. Lo único que le pido es que tome nota de lo que yo vaya diciendo, porque el relato de esta intervención quirúrgica pasará a los anales de la medicina china. Es la primera vez que se opera una ectopia testicular en este país.

Cuando la abuela del niño llegó por fin al hospital, el quirófano estaba cerrado.

La anciana llamó a la puerta con todas sus fuerzas, pero nadie la oyó. Lejos de desanimarse, rodeó el edificio. Por una ventana de la fachada posterior, vio la gran sala blanca en la que su nieto estaba tendido sobre un tablero más grande que la hoja de una puerta. La sala era tan espaciosa que el cuerpo del niño parecía diminuto, casi insignificante, perdido en aquel universo completamente blanco: las paredes eran blancas, el techo era blanco y, sobre varias estanterías blancas, se alineaba una serie de instrumentos metálicos, tijeras de distintos tamaños, agujas y herramientas con largos mangos en cuyo extremo relucían hojas afiladas.

Acariciándose el bigote entrecano, un extraño individuo vestido con bata blanca y guantes blancos se acercó a su nieto y le introdujo en la boca un misterioso objeto mientras le decía algo que la abuela no alcanzó a oír.

Sin saber muy bien por qué, la anciana sintió un miedo espantoso al ver aquel tubito de cristal, fino y reluciente, y las piernas empezaron a temblarle de tal modo que sus pies vendados no pudieron seguir sosteniéndola. Se echó a llorar. En ese momento, Mary, que no sabía que aquella mujer era la abuela de Yong Sheng, corrió maquinalmente

las gruesas cortinas de la ventana. Es posible que ese gesto fuera el preámbulo del drama que iba a producirse. ¿Quién podía saberlo? Si Mary hubiera abierto la ventana para explicarle a la llorosa anciana que el tubo de cristal introducido en la boca del niño era un simple termómetro, quizá todo hubiera sido diferente.

Cuando el doctor Charley se inclinó sobre su cara, Yong Sheng percibió el olor a cítrico que desprendía su bigote. Le resultaba familiar, porque todos los domingos, antes de decir misa, el pastor Gu tomaba una taza de té con limón, y todas las palabras de sus sermones —de los que, por lo demás, el pequeño no entendía gran cosa— adquirían ese mismo aroma ácido.

Riendo, Yong Sheng alargó la mano para tirar del bigote del médico, cuyas puntas se curvaban hacia arriba.

Lástima que su abuela, que se había alejado de la ventana para buscar otra vía de acceso, no oyera su risa... En ese momento, la anciana estaba intentando encontrar otro sitio por donde entrar en el quirófano y sacar a su nieto de aquel siniestro mundo blanco. ¿Y si el niño ya se había tragado ese objeto tan raro que el extranjero le había metido en la boca? ¿Y si un terrible veneno había empezado a extenderse por su cuerpo? ¿Y si aquel hombre ya lo había matado?

—¡Diablillo! —le dijo el cirujano a Yong Sheng—. Voy a dormirte con cloroformo ahora mismo —añadió, y entonces se volvió hacia Mary—. En este hospital nunca he podido conseguir éter etílico, así que tengo que apañármelas con el cloroformo.

Ella anotó la frase palabra por palabra.

El doctor cogió una máscara y cubrió con ella la boca y la nariz del pequeño.

«Qué olor tan extraño... Es mucho más fuerte que el del limón. Se parece al que desprende la aquilaria cuando le arranco un trozo de corteza con la navaja...», se dijo Yong Sheng.

Ahora la cara del doctor, con su curioso bigote curvo, parecía la de una marioneta. Era gracioso porque, cuando la marioneta movía los labios, las puntas del bigote se ponían tiesas. Poco a poco Yong Sheng se hundió en la inconsciencia.

De repente, la puerta del quirófano se abrió de par en par.

En el umbral apareció la abuela. Sólo Dios sabe cómo consiguió entrar.

La anciana creyó que su nieto había muerto.

—¡Asesino! —gritó corriendo desesperada hacia la mesa de operaciones—. ¡Le ha puesto un caparazón sobre la cara para matarlo e impedirle respirar!

Como un animal salvaje, se abalanzó sobre el niño para intentar arrancarle la máscara que le cubría el rostro, pero el doctor Charley, creyendo que era una vieja loca que se había escapado de la unidad de Psiquiatría, la sujetó y la echó de la sala.

¡Pobre señora! Sólo quería quitarle a su nieto el instrumento de tortura que lo asfixiaba, pero lo único que consiguió era arrancarle la camisita blanca de algodón.

El cirujano, retomando su tarea, adoptó una expresión seria. Con voz fuerte y solemne, que ya nada podía perturbar, le pidió a Mary, su ayudante circunstancial, que tomara nota de la fecha, el lugar y cada una de las fases de la operación.

—Para empezar, con el bisturí número 11 practico una incisión en diagonal de cuatro centímetros y medio en la región inguinal. Usted que sabe dibujar, señorita, debería hacer un esbozo de los tendones bajo la epidermis. Ahora paso a localizar el testículo. Tras haber realizado con éxito muchas operaciones como ésta en otros países, sé que a veces se esconde bajo los músculos abdominales, pero en el caso de este paciente no parece encontrarse ahí. Busco con el separador de Denis-Brown, pero, efectivamente, no está allí. En consecuencia, me veo obligado a sajar la membrana subabdominal con el bisturí número 9... —El doctor se pasó la lengua por los gruesos labios y, con los ojos brillantes de orgullo y regocijo, le preguntó a Mary—: ¿Nota el hedor de los intestinos? ¡Ahí está! El testículo del paciente se ha fijado en el canal inguinal. Tengo que practicar una orquidopexia.

Mary rebuscó en su memoria intentando encontrar aquel término anatómico que había estudiado en su día en la Facultad de Enfermería de Kansas. Pero no conseguía recordar el significado de «orquidopexia».

Entonces vio algo.

—Doctor Charley...

—¿Quiere que le deletree la palabra «orquidopexia»?

—¡Mire, doctor, hay alguien en el tejado!

—No tenemos tiempo de ocuparnos de lo que pasa en el tejado, mi querida ayudante. Será mejor que me pase el compás de calibre. Voy a sacar el testículo para medirlo con exactitud. —Mary, obediente, buscó el mencionado instrumento y lo puso en la enguantada mano del cirujano—. Apunte: un centímetro y medio de largo y cuatro milímetros de ancho, con un cordón espermático de cuatro centímetros.

—¡Doctor Charley!

—¿Y ahora qué pasa?

—La mujer que agita una bandera blanca en el tejado del segundo edificio, como si pidiera ayuda, es la anciana que ha irrumpido en el quirófano hace un momento.

—Me está desconcentrando, señorita. Apunte: «Practico una incisión de dos centímetros en el músculo abdominal. Siento no disponer de una verdadera ayudante, porque tengo que tirar del testículo hacia abajo y, como el cordón espermático es un poco corto, me veo obligado a utilizar una pinza curvada para hacerlo descender con cuidado hacia el escroto...»

Mary sintió un ligero vértigo que, por el momento, no se debía a la visión de la sangre, sino al extraño contraste entre las frases en inglés que pronunciaba el doctor y el espectáculo que se desarrollaba al otro lado de la ventana.

En la difusa luz del débil sol de final de verano, Mary tuvo la sensación de estar viendo una fotografía sobreexpuesta. La anciana, que agitaba un trozo de tela blanca, parecía salida de una película muda mal revelada (en París, Mary había asistido al nuevo milagro de aquel siglo: el nacimiento del cine). En el tejado del edificio, como un fantasma, la mujer hacía movimientos mecánicos y exagerados alargando el cuello, como si una fuerza invisible le tirara la cabeza hacia atrás. Incansable, seguía haciendo oscilar su bandera blanca. De pronto, a Mary se le encogió el corazón, porque comprendió que lo que había tomado por una bandera era en realidad la camisa de Yong

Sheng, que ella misma había lavado y almidonado. Aún le parecía estar oyendo cómo se agitaba con el viento en mitad de su patio.

Comprendió que la anciana estaba llamando al alma de Yong Sheng.

Demasiado tarde. Ante la puerta del hospital se había concentrado una nutrida y excitada muchedumbre. Sobre sus negras cabezas flotaban los estandartes dedicados a Mazu, y Mary comprendió que las gesticulaciones de la anciana habían atraído a la gente que participaba en la procesión.

Una vez más, intentó advertir al doctor Charley:

—La situación se agrava, cada vez hay más curiosos. Se diría que toda la ciudad se ha congregado alrededor del hospital.

—Las multitudes son como los niños, que se quedan fascinados con sus propios excrementos y los contemplan con delectación. Vienen a ver bailar a la vieja en el tejado del hospital —respondió el cirujano, que se negaba a tomarse en serio la situación.

En ese momento, Mary reconoció al carpintero Yong a través de la estrecha abertura entre las cortinas de la ventana, aunque no veía con claridad su rostro (un rostro de mármol sacudido por tics nerviosos casi espasmódicos). Tampoco veía el sudor que le chorreaba por la cara. Lo único que veía era que avanzaba entre la muchedumbre a toda velocidad, casi volando, como si su cuerpo ya no estuviera sometido a la gravedad terrestre. En la mano llevaba algo que relucía.

Poco a poco, el carpintero fue dejando atrás a todo el mundo, y cuando la gente se abalanzó sobre la puerta del hospital estaba en primera fila.

Mary desconocía que no acudían a presenciar la actuación de la anciana, sino que traían intenciones mucho más belicosas.

El doctor Charley inició la última fase de la operación. Una parte del escroto vacío del niño estaba abierta.

El cirujano siguió describiendo en voz alta las etapas del proceso:

—Mi querida ayudante, le sugiero que refleje mediante un dibujo el momento más hermoso de esta intervención quirúrgica. Mire: con la pinza curva, cojo el testículo intracanicular por el extremo inferior de su vaina y lo bajo lentamente hasta su bolsa. Espere... Veo una pequeña torsión del cordón espermático; es poca cosa, desde luego,

pero de todos modos la voy a corregir. Ya está. Ahora realizo unos cuantos puntos de sutura entre la membrana del cordón espermático y la membrana intramuscular, vuelvo a colocar el testículo en su bolsa y coso la piel del escroto… —Esa última frase se vio interrumpida por un ruido ensordecedor, que hizo temblar el quirófano y asustó al cirujano hasta el punto de hacerle soltar la aguja—. ¿Qué es ese estruendo? —preguntó con voz temblorosa.

—Están echando abajo la puerta con un hacha —respondió Mary—. Creo que es el padre del niño.

—¿Es que quiere matarme? —gimió el doctor Charley, echando a correr hasta una de las ventanas y apartando las cortinas.

Aquella ventana daba a la parte posterior del hospital, donde no había nadie. Sólo se veía la montaña sobre la que se alzaba el edificio. El médico abrió la ventana de par en par, saltó fuera y echó a correr.

¿Por qué había provocado la operación de una ectopia testicular semejante tumulto?

Para empezar, tengamos en cuenta el lugar en que se realizaba: un hospital de una Iglesia extranjera.

En segundo lugar, al ejecutante: un cirujano extranjero.

Y, por último, lo más importante de todo: la parte del cuerpo afectada por la intervención. Cuando se trataba de ese órgano —el más delicado, el más cargado de simbolismo, el que está en el origen de toda vida—, un pequeño malentendido podía degenerar fácilmente en una pesadilla.

En la ciudad de Putian vivía un viejo erudito que, muchos años atrás, había sido profesor de chino de los primeros misioneros, que también le habían pedido que corrigiera la versión china del Nuevo Testamento traducido por sus predecesores. El erudito había trabajado en esa corrección todo un año. Así pues, basándose en sus conocimientos, informó a la multitud de lo siguiente:

—¡Dicen que están «buscando un testículo escondido», pero es mentira! Son unos granujas. En realidad, al hijo del carpintero Yong lo están circuncidando. No es una operación quirúrgica, sino una

ceremonia religiosa a la que llaman «circuncisión».

Evidentemente, era el único habitante de Putian que conocía esa palabra.

A continuación, con voz potente y dando pruebas de una memoria excepcional, recitó un pasaje del Génesis:

—«Éste es mi pacto, que guardaréis entre mí y vosotros y tu simiente después de ti: será circuncidado todo varón de entre vosotros. Circuncidaréis, pues, la carne de vuestro prepucio, y será por señal del pacto entre yo y vosotros.»

Y para enfatizar sus palabras, les citó otro episodio bíblico, esta vez del Éxodo, en el que Dios, a punto de matar al primogénito de Moisés, se detiene gracias a la intervención de Séfora, la esposa del profeta:

—«Y aconteció en el camino, que en una posada le salió al encuentro Jehová, y quiso matarlo. Entonces Séfora tomó un afilado pedernal, y cortó el prepucio de su hijo, y lo echó a sus pies, diciendo: "A la verdad tú me eres un esposo de sangre." Así le dejó luego ir. Y ella dijo: "Eres esposo de sangre, a causa de la circuncisión."»

Uno puede imaginar la estupefacción de la muchedumbre y, sobre todo, del carpintero Yong ante las palabras del erudito. Los invadió un frío glacial y se les puso la carne de gallina. ¿Qué extraño Dios era aquél, que exigía a su pueblo que cortara los genitales a los niños para sellar su alianza?

Cuando vieron a la abuela, que seguía agitando la camisita blanca del pequeño, comprendieron que tenían que asaltar el hospital. Un extranjero estaba circuncidando a uno de los suyos.

Era la primera vez que Mary sostenía una aguja quirúrgica y la mano le temblaba tanto que el instrumento le resbalaba entre los dedos. Pero el doctor Charley había salido huyendo y había dos cortes que suturar.

Tenía que coser el escroto.

Cada vez que el hacha golpeaba la puerta, Mary daba un respingo, y el hilo de sutura, que intentaba enhebrar, se salía del ojo de la aguja. Para tranquilizarse, decidió describir en voz alta cada uno de sus movimientos, como había hecho el doctor Charley. Echó mano de los conocimientos que había adquirido durante su paso por la Facultad de

Enfermería y, al ritmo de los hachazos, recitó:

—El escroto está formado por varios envoltorios de tejido fibroso. En primer lugar, la fascia espermática interna; a continuación, la fascia cremastérica; luego, la fascia espermática externa...

Y funcionó: las manos dejaron de temblar y, antes de acabar de enumerar todos los envoltorios que forman el escroto, había acabado de suturarlo.

Por un instante, un segundo, o quizá sólo una décima de segundo, el quirófano quedó en silencio.

Sorprendida por la súbita calma, Mary soltó el frasco de tintura de yodo, que estalló contra el suelo. Oyó el murmullo de la multitud que se apelotonaba en la entrada del quirófano. Luego, como si los congregados hubieran estado rivalizando para ver quién de ellos salvaba al niño, irrumpieron todos a la vez, como una densa nube. Mary tuvo la sensación de que se asfixiaba. Intentó localizar al carpintero para entregarle a su hijo, pero no lo encontró. Sólo veía una masa informe de caras confusas que se habían acercado tanto a ella que podía sentir su aliento y oler su sudor. De pronto, un hombre le arrancó al pequeño de los brazos.

Sosteniéndolo por las piernas, el desconocido levantó al niño en el aire y la gente se lo pasó de mano en mano para sacarlo del quirófano. Mary lo vio alejarse con la cabeza colgando, la boca abierta y las piernas separadas. Todavía no se había despertado. Por fin, cuando alguien lo puso de pie en el suelo, abrió los ojos y los posó en su maestra con una mirada entre ausente y asustada.

Luego el niño desapareció de su vista.

A raíz de lo ocurrido, la Iglesia protestante hizo saber que la circuncisión sólo afectaba al pueblo de Israel, y que los cristianos, que creían en el Nuevo Testamento, habían abandonado esa práctica, pero el malentendido había dejado ya profundas e imborrables huellas en el corazón de los habitantes de Putian. Aquel extraño Dios al que adoraban los occidentales empezó a inspirarles terror, y el número de creyentes disminuyó de forma considerable. Cada vez asistía menos

gente a las asambleas dominicales, y los que participaban en ellas lo hacían con la mayor discreción. Durante años, en la sala de oración no volvió a oírse la voz de un solo niño.

Yong Sheng había regresado a casa de sus padres antes de que Mary pudiera desinfectarle las heridas y ponerle un vendaje. Tenía el abdomen y el escroto hinchados y doloridos. Un médico tradicional chino le diagnosticó exceso de fuego en el cuerpo. Cada mañana el carpintero cogía unas cuantas hojas de aquilaria, el árbol que había plantado el día del nacimiento del niño, las machacaba y las mezclaba con miel para luego aplicárselas en las heridas a modo de cataplasma, hasta dejarlo totalmente deshojado. Poco después, la infección y la hinchazón desaparecieron.

La aquilaria siguió creciendo, y cuando cayeron los últimos aguaceros estivales su tronco ya tenía el diámetro de un cuenco. Ese final de verano también marcó el final de una época, la de la infancia, que ya no volvería.

3

El holocausto

La abuela de Yong Sheng era una mujer menuda. Cuando bajaba la cabeza, el minúsculo moño se erguía en su cráneo como un puñado de hierba seca aprisionado en una redecilla negra. Cuando volvía a levantarla, las expresiones de su rostro, de una riqueza infinita, cambiaban a cada instante. Si se echaba a reír —sus carcajadas eran dignas de un personaje de ópera—, las arrugas, que le surcaban la cara como los pliegues del fuelle de un herrero, se estiraban poco a poco hasta casi desaparecer; luego, el fuelle se plegaba de nuevo, y las arrugas volvían a temblar espasmódicamente.

Una mañana, Yong Sheng, que ya tenía trece años, salió con ella a la puerta de la casa. Hacía buen tiempo, el mar se divisaba a lo lejos, un sol rojizo asomaba sobre sus grises aguas, y la aquilaria, a pesar de que aún no era uno de esos grandes árboles que horadan el cielo, se alzaba en la colina de la familia Yong como un fiel guardián, desafiando al mundo con orgullo. Sus hojas brillaban como trozos de satén verde. De vez en cuando, con un ligero estremecimiento, dejaban al descubierto las vainas que se ocultaban entre ellas, como hacen los ricos cuando se abren el abrigo para enseñar el forro de piel.

En la huesuda muñeca de la abuela tintineaban varias pulseras de jade, ámbar y carey, que le adornaban el antebrazo con sus fríos reflejos. La anciana clavó las uñas en el árbol y arrancó un trozo de corteza, cuyo interior estaba cubierto por una pulpa lisa y blanda de tono pálido. Acto seguido acercó la nariz a la zona del tronco que acababa de dejar al descubierto y lo olisqueó con avidez, hasta que la baba empezó a rebosarle por las comisuras de los labios.

Luego, temblando, se puso en cuclillas, se remangó un poco la larga

falda negra y se tumbó boca abajo sobre las raíces. Y permaneció así, inmóvil, hasta mediodía, como una enorme hoja que el viento hubiera hecho caer.

Una tarde Yong Sheng entró en la habitación de la anciana. La luz del crepúsculo penetraba por una ventana alta e iluminaba tímidamente la cama, con un cabecero de madera con motivos florales tallados. El olor de los medicamentos chinos se mezclaba con el hedor del orinal, colocado a la izquierda de la puerta (un ejército de moscas azules había asaltado a Yong Sheng nada más entrar). La anciana estaba sentada en la cama. Tenía el pelo revuelto y se había quitado las pulseras; no llevaba más que unos discretos pendientes de cobre. En la penumbra, buscaba a tientas en el cofrecillo de las joyas, del que acabó sacando un largo collar de cuentas de cristal violeta, que rompieron el silencio al chocar entre sí como los huesos de un esqueleto. La piel de su rostro marchito, antaño tan expresivo, era amarilla y tan fina que parecía pegada a sus huesos puntiagudos.

De pronto se quedó dormida mientras intentaba ponérselo por la cabeza y el collar le resbaló de entre los dedos. Las cuentas se soltaron como una cascada y rebotaron en el suelo haciendo un ruido cristalino, trazando curvas relucientes y reflejos violáceos.

La anciana no parecía inhalar por la boca ni por la nariz sino con todo su cuerpo, pero al parar el tintineo y hacerse de nuevo el silencio, el sonido de su respiración también había cesado.

Yong Sheng pensó que su abuela había entrado en aquel largo sueño del que nadie regresa, pero entonces la anciana se despertó con un respingo y se tumbó boca abajo entre estertores.

Era la primera vez que veía agonizar a alguien. Como en un sueño, la miraba debatirse y estremecerse. Estaba empapada en sudor y el escaso pelo que aún le cubría la cabeza parecía más oscuro. Se retorcía, agitaba los brazos. La nuca se le puso rígida, inclinó hacia atrás la cabeza y el cuerpo se le tensó como un arco. Las costillas le subían y bajaban con movimientos convulsivos. Con los pies descalzos y desvendados, apenas dos muñones de huesos informes, soltaba violentas patadas. Finalmente se quedó inmóvil, y en la habitación se hizo un silencio tan absoluto que Yong Sheng sólo oía los silbatos de

las palomas en el exterior. Su sonido giraba alrededor de la casa y entraba por la ventana como una suerte de monótono canto fúnebre. La luz del ocaso disminuyó. En la habitación en penumbra, llena de aquella lúgubre melodía, el muchacho vio que su abuela miraba con ojos desorbitados hacia la ventana, por la que entraba el triste lamento de los silbatos.

Yong Sheng le había traído un cuenco de sopa hecha de patas de tortuga de Larga Vida y «Sangre de diez mil años» (un reconstituyente chino que supuestamente era sangre de los muertos caídos en los campos de batalla del Norte que había inundado la tierra durante la guerra). Los labios hinchados de la anciana apenas rozaron el cuenco. Cerró los ojos y, con voz apenas audible, le dijo:

—Tráeme un trozo de corteza de aquilaria. Quiero olerlo.

A partir de ese momento, la anciana entró en una fase más tranquila. Al lado de su cama colocaron una silla de caoba y encima una gran caja de madera. La aquilaria, que sólo tenía trece años, aún no producía resina, pero de su pulpa ya emanaba un olor muy intenso, un poco dulzón. La anciana se pasaba el día sentada en la cama: agarraba puñados de pequeñas virutas de pulpa de la caja, los olía durante un buen rato y luego los dejaba caer alrededor del lecho. De vez en cuando se sacudía los restos, que le cubrían el brazo como una fina capa de arena.

Este periodo de calma duró poco. Unos días después, su estado empeoró.

Aquel invierno fue especialmente duro. Ese año, un grueso manto blanco se extendió sobre Putian, donde rara vez nevaba. En la habitación de la abuela ardían cuatro braseros, que soltaban un humo amarillento. El olor acre del carbón quemado se mezclaba con el de los remedios propios de la medicina china. Las virutas de pulpa de aquilaria que la anciana había ido esparciendo por la cama se habían convertido en una espesa capa negruzca, pringosa y resbaladiza debido a la humedad. Cuando las chispas de los braseros caían encima de esa masa viscosa, se apagaban de golpe.

A pesar de la nieve, todos los miembros de la familia Yong acudieron para hacer una última visita a la anciana. A Yong Sheng le sorprendió descubrir que tenía muchos parientes. Para protegerse de la nevada, algunos llevaban sombreros de hojas de bambú y otros, paraguas de papel aceitado, cuyas varillas, dobladas por el viento, amenazaban con romperse en cualquier momento.

Tras dejar los zapatos frente a la puerta de la sala común, los familiares depositaron sus regalos encima de la mesa: fruta, dulces, aves de corral, huevos... Muchos ni siquiera fueron a ver a la abuela a su habitación; arrimados a la estufa y soplándose las manos entumecidas, se limitaron a comentar su estado de salud con el carpintero. Hablaban en voz baja, y si tosían, mostraban una discreción poco habitual. Yong Sheng, ansioso por oír lo que decían, fue a buscar la tetera que hervía en la cocina y, aunque nadie se lo había pedido, entró en la sala para llenar de agua caliente los cuencos de los invitados. Pero en ese preciso instante todos los adultos se callaron y se volvieron hacia él. Por sus miradas conspiradoras comprendió que tramaban algo.

Cuando salía, captó algunas frases, que crepitaron en sus oídos como leña en el fuego.

—Para contrarrestar la enfermedad se necesita un acontecimiento feliz.

—Tienes que casarlo bien, después de todo es tu único hijo.

—Una montañesa de Huangshi no te costará más de diez monedas de plata. ¡Merece la pena, si sirve para que se cure la abuela!

—En el pueblo de Zaolin, las hijas de pescador son aún más baratas. ¡Y mucho más trabajadoras!

Esa tarde se quedaron los parientes más cercanos. Siguieron hablando en susurros. No se atrevían a alzar la voz ni siquiera cuando estaban en desacuerdo. Sólo la madre de Yong Sheng soltó alguna maldición, que resonaba por todo el patio, sumido en un absoluto silencio.

Cuando los invitados se fueron, Yong Sheng oyó a sus padres discutiendo en el dormitorio. Su madre suplicaba, su padre se mostraba inflexible y ella volvía a suplicar. La puerta se abrió de golpe

y su padre salió con la cara roja y el cuerpo rígido como una marioneta.

—Aún no tiene ni catorce años —repetía su mujer desde el interior—. No es más que un niño.

—Nadie le pide que tenga hijos, sólo que se case, para que un acontecimiento feliz devuelva la salud a mi madre y le permita vivir unos años más.

—¡Pero nadie se casa a los catorce años!

Esta frase fue interrumpida por una bofetada tan fuerte que la madre de Yong Sheng se tambaleó y casi cae al suelo.

—Ve a Zaolin, hijo mío, y tala el alcanforero más bonito que veas para hacer el lecho nupcial de mi nieto —le dijo la abuela al carpintero.

Detrás del pueblo se alzaba la montaña Yuanding, la única situada aguas abajo del río Mulan, que también atravesaba la ciudad de Putian. En esa localidad costera, las tierras eran tan salinas que en las riberas sólo crecían malas hierbas.

Una vez allí, padre e hijo pasaron la noche en un antiguo horno de tejas. En medio del amenazador estruendo de las olas que rompían a su alrededor, el horno, protegido del viento, era un oasis de paz, y el carpintero pudo hacer un fuego con las ramas secas que había recogido por el camino.

Las llamas flameaban y lamían la leña con sus lenguas amarillas. A Yong Sheng la escena le recordó una obra de teatro que había visto cuando vivía en casa del pastor Gu. Mary había dirigido los ensayos. Se trataba del «Sacrificio de Isaac», un texto basado en un pasaje de la Biblia, y el pastor Gu había interpretado el papel principal, el de Abraham. En ese momento, Yong Sheng pensó que su padre parecía el patriarca en el monte Moriah.

Tras los incidentes provocados por la operación de su ectopia testicular, que había conmocionado a toda la región de Putian, Yong Sheng tuvo que dejar la escuela y regresar a casa de sus padres. No había vuelto a ver a Mary, ni al pastor, ni a su mujer. Era demasiado joven para ir solo a Hanjiang, pero todos los años, durante las fiestas

en honor a Mazu, Yong Sheng buscaba entre la multitud a su propia diosa, Mary. Ahora estudiaba con un profesor particular, según el viejo sistema de enseñanza chino, pero unos antiguos compañeros de escuela le habían dicho que Mary se había marchado de Hanjiang hacía tiempo, para ir Dios sabe adónde, y que el pastor y su esposa habían regresado a Estados Unidos.

El padre de Yong Sheng tenía unas manos fuertes y surcadas de gruesas venas azules. En la izquierda sostenía una larga pipa de bambú. Con la derecha, para dispersar el humo, agitaba sobre el fuego el sombrero de paja manchado de sudor. Las ramas crepitaban y las llamitas se agitaban en la oscuridad, danzando resplandecientes en el atezado rostro del carpintero, bigote, barba, cuello, pecho, todo enrojecido por el fuego. Cuando las ramas prendieron lo suficiente, colocó encima un tronco del grosor de su brazo, que hizo brotar llamas más altas. De pronto, la sombra paterna, proyectada sobre la pared del tejar, se agrandó, siniestra y un poco borrosa.

La sombra acabó confundiéndose con la oscuridad que los rodeaba y el interior del horno le pareció más grande y más vacío. Sentado sobre los trozos de teja y ladrillo, Yong Sheng volvió a ver la obra de teatro que había presenciado en casa del pastor Gu.

En el antiguo patio de los antepasados, transformado en lugar de oración, se había instalado un estrado, y al fondo de la tarima, sobre un panel de madera, se había dibujado una hoguera en medio de unas rocas. Entonces, detrás del panel, sonó una voz. La voz de Dios, que repetía las palabras del Génesis:

—Toma ahora a tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré.

Abraham apareció en escena con su hijo Isaac, encarnado por Mary. Ahora, en aquel horno de tejas, quien hacía de Abraham no era el pastor Gu, sino su padre, mientras que él interpretaba el papel de Isaac.

«No, no interpreto a Isaac. Soy Isaac», se corrigió Yong Sheng.

En el escenario del patio de los antepasados, Abraham y su hijo, uno detrás de otro, se acercaron a una gruta con la entrada casi totalmente

cubierta de plantas trepadoras. Aterrado, Isaac no se atrevía a adentrarse en ella.

—No tengas miedo, entra —le dijo Abraham.

El horno de tejas no era muy profundo, pero en ese momento, ante los ávidos ojos de Yong Sheng, se había convertido en un lugar misterioso e insondable, atravesado por húmedas y siniestras corrientes de aire. A su alrededor se agitaban sombras negras con formas extrañas y agresivas.

—Padre mío —le había dicho Isaac a su padre, sobre el escenario.

—Heme aquí, hijo mío.

—Aquí están el fuego y la leña; pero ¿dónde está el cordero para el holocausto?

Y respondió Abraham:

—Dios proveerá el cordero para el holocausto, hijo mío.

Abraham e Isaac entraron en la gruta. El sol se colaba por las grietas de la roca, pero el humo era tan denso que los rayos morían antes de llegar al suelo.

De pronto, en la oscuridad del horno, Yong Sheng vio dos ojos que brillaban como luciérnagas. Pertenecían a una enorme pitón de tres o cuatro metros de longitud. Sus fauces y su nariz estaban cubiertas de escamas rojas y negras tornasoladas. En la parte posterior de su cuello también lucía manchas de esos dos colores y su cabeza recordaba la de un faisán macho. Tenía el cuerpo amarillo pálido con rayas negras, como una pantera nebulosa.

El carpintero le construyó un altar. Luego amontonó ramas, ató a su hijo y lo colocó encima. El reptil se agitó y las manchas rojas y negras de su cuello relucieron.

Llegó el momento que más había asustado a Yong Sheng durante la representación: el holocausto.

«Y extendió Abraham su mano, y tomó el cuchillo, para degollar a su hijo.»

—¡No, carpintero Yong! —creyó oír gritar a lo lejos Yong Sheng. Era una voz surgida de su memoria, la voz de un enviado del Señor, que llamaba a su padre desde lo alto del cielo—. ¡Carpintero! ¡Carpintero de Putian!

—Aquí estoy —respondió su padre.

—No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; ya sé que temes a Dios, pues no rehusaste a entregarme a tu hijo, tu único, para salvar a tu madre.

El carpintero Yong construiría él mismo el lecho nupcial de su hijo de catorce años. Era su regalo de boda. Había talado un gran alcanforero con una corteza que parecía la piel de un tigre y lo había cortado en tablones gruesos. Ahora tendría que serrar para obtener unas tablas más delgadas con las que haría el cabecero.

Entornando los ojos, observó el canto del tablón sobre el que iba a señalar el corte de la sierra con un cordel fino empapado en tinta, un momento que le gustaba especialmente. Tensó el cordel sobre la madera, lo pulsó como si fuera una cuerda de un instrumento musical y, al soltarlo, la tinta marcó una línea recta y clara en el canto del tablón, del que emanaba un delicioso olor a alcanfor.

La construcción de la cama avanzaba rápidamente. Cada día adquiría un poco más de forma.

Las virutas que se rizaban bajo el cepillo, las láminas de madera que arrancaba la azuela, las muescas vaciadas con el cincel, las espigas verticales... Todo caía en catarata sobre la cabeza del muchacho inundándole el cerebro. La tortura duró varias semanas, porque su padre estaba decidido a que su lecho nupcial fuera una primorosa obra maestra.

El carpintero trabajaba a diario hasta bien entrada la madrugada. Si Yong Sheng se despertaba después de la medianoche, oía el ruido de las herramientas de su padre dando forma a la madera. En la habitación adyacente a la cámara nupcial, ya había una mesa, taburetes, un armario y un tocador, sobre el que se apilaba una torre de mantas rojas que más tarde se colocarían en la cama. Detrás de esa habitación estaba el taller de su padre. El ruido de las herramientas que vaciaban y tallaban la madera atravesaba las paredes y llegaba hasta el dormitorio de Yong Sheng.

El carpintero solía decir que ya no tenía memoria, pero que sus

manos, cuando agarraban el martillo y el escoplo, se movían solas. El recuerdo de los movimientos estaba grabado en su cuerpo.

El lecho nupcial del joven Yong Sheng, un mueble alto sostenido por seis columnas, tenía tres lados cerrados con balaustradas y el cuarto lado provisto de una cortina. La balaustrada del cabecero estaba tallada con flores de granado, símbolo de una descendencia numerosa, y las de los lados, con manzanos, emblema de riqueza y prosperidad. En cada una de las columnas, el carpintero había esculpido tres dragones, cuyas patas llegaban hasta el suelo. Sin duda era una pieza bastante recargada.

El joven y aterrorizado marido pasó la noche de bodas bajo una mesa cuadrada —otro regalo de su padre— construida con la madera sobrante del alcanforero. Para aprovechar la belleza natural de la madera, la había dejado sin barnizar. El fuerte olor a alcanfor hizo que a Yong Sheng le picara la nariz toda la noche.

Visto desde debajo de la mesa, el lecho nupcial parecía una isla en medio de un océano de fuego sobre el que jugaban las luces y las sombras. Las mantas y los edredones de satén rojo aumentaban la sensación de estar rodeado por las llamas. La cortina de seda que colgaba de la puerta del dormitorio era roja, los cuarterones de papel de la ventana eran rojos, el farol que colgaba del techo... Todo era rojo o estaba bañado por luz roja. El olor a cera derretida que impregnaba la habitación hacía que el ambiente resultara aún más asfixiante.

La recién casada, que tenía dieciséis años, o sea, dos más que Yong Sheng, era natural de Zaolin, un pueblo a la orilla del mar.

Aunque no prestaba mucha atención a los rumores, Yong Sheng había oído que su suegro era un pintor apodado «el Borrachín». Por lo visto le gustaba mucho pintar grullas, y como su apellido era Huang, que significa «amarillo», también lo llamaban «vieja grulla amarilla». Esa misma persona había añadido algo que en ese momento Yong Sheng no había comprendido del todo: «Tranquilo, en cuanto tu mujer entre en el palanquín nupcial, todos olvidarán su apellido, porque tomará el tuyo.»

Sentada en la isla en llamas, en medio del océano rojo, la joven

recién casada deshizo lentamente sus trenzas azabache, de casi un metro de largo y adornadas de arriba abajo con cintas de colores. Tras soltarse el pelo, se ató las cintas alrededor de la muñeca.

Debajo de la mesa, Yong Sheng levantó la cabeza para mirar el farol rojo, que colgaba de una larga cadena insertada en el techo. La cera derretida de las velas caía gota a gota sobre las baldosas del suelo, donde formaba charquitos de color sangre que se secaban rápidamente.

En la cama, rodeada por los dieciocho dragones tallados en las columnas, la joven esposa se acabó durmiendo. Cuando despertó, casi todas las velas del farol se habían apagado y la habitación estaba sumida en una penumbra púrpura. Para matar el aburrimiento, volvió a hacerse las trenzas, que deshizo y rehízo varias veces.

Yong Sheng, aún escondido debajo de la mesa, de pronto vio que la sombra negra de la muchacha se deslizaba por la pared e iba hacia él. No oía sus pasos, pero vio cómo su silueta se estiraba y adquiría el aspecto de la pitón de la gruta. Se le erizó todo el vello del cuerpo. La sombra, cada vez más grande, se balanceaba ligeramente.

Las manchas rojas y negras del cuello de la pitón se habían vuelto de color carmesí. Su cabeza estaba rodeada por un halo rubí que chisporroteaba como el farol colgado del techo.

En medio del silencio de la estancia, la pitón apareció como una exhalación delante de la mesa, y la silueta de la joven esposa pasó rozando la cara del recién casado.

Yong Sheng oyó a la pitón coger la lámpara de petróleo de encima de la mesa y retirar la pantalla de metal. Tenía sus calcetines de satén rosa y los bajos de su pantalón de seda amarilla al alcance de la mano. Los reflejos dorados de la seda le deslumbraban cada vez que ella se movía.

La lámpara se encendió y, poco a poco, una luz verdosa iluminó el suelo de delante de la mesa.

«Ha encendido la lámpara para venir a buscarme», pensó Yong Sheng, y su respiración se aceleró.

Iluminada por la lámpara de petróleo que sostenía la chica, la sombra negra se alejó.

Yong Sheng la oyó caminar hasta la esquina de la habitación donde estaba el orinal, oculto con una cortina. La joven lo cogió y enseguida se oyó el borboteo.

Poco a poco, el sonido fue disminuyendo y se convirtió en un débil siseo… De pronto, fuera de la habitación se oyó un grito espantoso que puso fin al holocausto chino de Putian.

—¡Mamá! ¿Cómo puedes irte y dejarnos solos en el mundo?

El plan de celebrar un matrimonio precoz para contrarrestar la agonía de la abuela había sido un fracaso, e incluso se rumoreaba que había acelerado su muerte.

4

Heling

El suegro de Yong Sheng, el Borrachín, era el único artista de la región que pintaba frescos. En una pared de la casita con techo de paja construida para los recién casados, ahora se erigía una grulla blanca en medio de un marjal con la cabeza vuelta hacia un caracol, su alimento favorito. El anciano había representado con gran realismo la actitud de la zancuda: altiva, con las patas separadas y, sobre todo, un estremecimiento de alegría en su cabeza, coronada por un diáfano halo dorado que relucía bajo el sol.

Yong Sheng se acordaba de otro fresco, el del templo shaolin de Putian, que había visitado con su padre de pequeño, donde aparecían todos los demonios de los Infiernos. Sólo le había echado un vistazo, pero nunca se había atrevido a volver; si el camino más corto implicaba pasar por delante de aquel templo, prefería dar un rodeo por miedo a oír los desgarradores gritos de los condenados. La grulla pintada por su suegro también era una de esas obras que te hablan al oído. Bastaba con quedarse delante, aunque sólo fuera un instante, para tener la sensación de estar oyendo el leve temblor de sus plumas, la imperceptible agitación de sus plumones al viento y el delicado roce de sus largas patas, extremadamente delgadas, en la tierra del pantano.

Yong Sheng se acercó a la pared y extendió la mano para acariciar la grulla blanca. El viejo pintor había utilizado la mejor pintura, la que se usaba para las barcas y los navíos. Había detalles realizados con una sola pincelada, pero la mayoría, como la uña de una de las patas, había requerido horas de trabajo. Primero había recubierto la granulosa pared con una gruesa capa de revestimiento negro hecho

con hollín graso, polvo de caparazones negros, pasta de tinta negra, polvo de perlas negras y otros minerales del mismo color. A diferencia de la laca, esta base no era brillante, pero producía el efecto de una gruesa cortina de terciopelo, como las que cuelgan en los escenarios de sombras chinescas. Sobre esa colgadura negra no había ni capullos en flor, ni pájaros en el cielo, ni peces en el agua, tan sólo una grulla blanca.

En el vientre de la gran zancuda, en el nacimiento de ambas patas, el artista había pintado una reluciente campanilla de cobre, y en la parte inferior del fresco había caligrafiado estos dos versos:

Una campanilla tintinea sobre el río Mulan.
Una grulla se ha posado en la colina de los Yong.

Los primeros sustantivos de cada verso formaban el nombre de su hija, la esposa de Yong Sheng: Heling, «Campanilla de la Grulla».

La colina en la que se alzaba la casa del carpintero Yong formaba parte de los montes Longquan, en las inmediaciones de la aldea de Jiangkou. La cordillera se extendía cinco o seis kilómetros de este a oeste, y en sus colinas más bajas, transformadas en arrozales y campos de cultivo, se asentaban varios pueblos. En la ladera de detrás de su casa, el carpintero Yong poseía una hectárea de tierra que decidió regalar a su hijo, pero como éste se dedicaba principalmente a hacer silbatos para palomas, igual que su padre, confió la explotación del terreno a su mujer, Heling, que decidió convertirlo en un huerto.

Unos años más tarde, sus árboles frutales se perfilaban en la ladera de la colina como una orgullosa silueta recortada en hojalata, atrayendo las miradas desde kilómetros a la redonda.

Heling empezó por plantar lichis y longanes. Luego sembró hiedra de crecimiento rápido para formar un muro y, a ambos lados, falsas acacias y tuyas de China en hileras muy prietas, para proteger el huerto del viento. En los barrancos, a la orilla del torrente, plantó sauces.

El terreno que quería convertir en huerto medía unos ochocientos

metros cuadrados, así que tuvo que trabajar mucho para quitar todas las piedras. La tierra era pobre. Antes de plantar los árboles, cavó grandes agujeros y recogió limo fértil del río, que más tarde repartió alrededor de los brotes para ayudarlos a enraizar. En el centro del huerto colocó una enorme tinaja. Todas las mañanas andaba hasta la aldea de Jiangkou —afortunadamente, la costumbre de vendar los pies había caído en desuso antes de que ella naciera— y recogía los restos de grasa, tripas y otros desperdicios de cerdo de las carnicerías para utilizarlos como fertilizante. Hacía cada día varios viajes de ida y vuelta cargada con dos cubos que colgaba de los extremos de una pértiga y transportaba sobre los hombros. En el camino de regreso, cuando los llevaba llenos e iba cuesta arriba, paraba a menudo para secarse el sudor que le chorreaba por la cara y descansar unos instantes. Al llegar al huerto, vaciaba los cubos en la gran tinaja de purines. Luego, con un cazo de madera con mango de bambú, fertilizaba las jóvenes plantas.

Cuatro años después de la boda de su hijo, un colombófilo rico contrató al carpintero Yong, que se marchó de Putian con su mujer para instalarse en el muy elegante barrio de las Tres Calles y las Siete Callejas, en la ciudad de Fuzhou. Con el dinero que el carpintero les había enviado, Yong Sheng y su esposa compraron otra media hectárea de terreno situada junto a la linde sur de su huerto, donde la tierra era más fértil, y volvieron a plantar lichis, entre los que sembraron guisantes y habas. En realidad, sembraron verduras en todos los sitios posibles, incluso a lo largo del camino que llevaba al huerto y alrededor de su choza.

Cuando un tifón destruyó por completo la vieja casa del carpintero, Yong Sheng construyó otra nueva con tejado de paja y tres habitaciones: una sala común, un dormitorio y una cocina, que también servía como almacén para las herramientas. En la sala común, que daba al sur, el carpintero, que pidió unos días libres para ir de visita a Putian, les hizo una demostración de su talento. Construyó la pared externa con veinte tablas encastradas en dos correderas verticales, para poder retirarlas fácilmente y abrir la estancia al exterior. A la izquierda de la puerta, la joven pareja plantó

calabazas, que extendieron sus zarcillos hasta el alero, y a la derecha sembraron bambúes domésticos.

La aquilaria, que había crecido con Yong Sheng, se erguía orgullosamente ante la choza como un enorme parasol, desafiando al mundo. Había dejado de ser un arbusto, como atestiguaban su tronco cubierto de musgo y sus sólidas raíces aéreas, en las que a la pareja le gustaba sentarse para oler el delicado aroma de su corteza.

Un buen día los dos viajaron hasta Fuzhou para visitar a los padres de Yong Sheng en casa del señor Ge, el rico colombófilo para el que trabajaba el carpintero. Vivía en la calle Amarilla, en el famoso barrio de las Tres Calles y las Siete Callejas.

A ambos lados del portón de su residencia podían leerse estas frases, caligrafiadas en sendos tableros verticales: EL FUNDADOR DE ESTA FAMILIA, GE HONG, DE LA DINASTÍA DE LOS JIN ORIENTALES, FUE EL PRIMER ALQUIMISTA CHINO. Si era cierto o no, nadie lo sabía.

Aunque la casa de la familia Ge no era tan famosa como la de los protagonistas de *Sueño en el Pabellón Rojo*, ni siquiera tan grande como la del pastor Gu, que tenía siete patios, albergaba un patio reservado a la cría de palomas, con una zona de agua para que las aves se refrescaran. Dicho estanque estaba rodeado de rocas calcáreas, extraídas del lago Tai, y de piedras moleñas redondeadas y agujereadas como esponjas, sobre las que el agua caía en una alta cascada que envolvía a los visitantes en una bruma verdosa, como una caricia húmeda. El palomar era una obra primorosa: los postes del tejado y las columnas estaban esculpidos y pintados; los compartimentos tenían una puerta corrediza rojo coral; el suelo estaba cubierto con una mullida alfombra de césped, y las paredes estaban llenas de espejitos. Al caer la noche, cuando los compartimentos se iluminaban, las imágenes de las palomas —multiplicadas hasta el infinito por los espejos— y los misteriosos juegos de luces y sombras en las columnas y en los postes tallados producían la sensación de que el palomar, liberándose de la gravedad de este bajo mundo, se elevaría hacia el cielo hasta desaparecer con todos sus ocupantes.

En una obra titulada *Genealogía de la familia Ge*, el famoso erudito Ge Zaoguang escribe lo siguiente: «A finales de los años veinte, mi abuelo, Ge Zicheng (¿1890?1952), que alcanzaría el grado de

vicealmirante, era comandante de Marina. En la época de la República, para ascender en el ejército o en la administración pública había que estudiar una carrera. Según afirmaba mi abuelo, él pertenecía a la sexta promoción de la Academia Militar de Baoding, lo que lo convertía en compañero de estudios de grandes generales del Kuomintang y del Partido Comunista, como Yi Ting, Gu Zhutong o Deng Yanda, que dejaron su huella en la historia de China. En el momento de su fundación, durante la dinastía Qing, la Academia de Baoding era un simple centro de formación en artes marciales, pero a comienzos de la República su fama no era menor que la de Huangfu, donde había estudiado Chiang Kai-shek. Entre 1921 y 1923 habían pasado por Baoding nueve promociones, y un buen número de sus antiguos alumnos se habían convertido en grandes generales. Muchos años después, mi hermano menor, Ge Xiaojia, que era profesor en una universidad estadounidense, encontró en los archivos de la biblioteca del Senado, en Washington, algunos documentos sobre la Academia Militar de Baoding en los que el nombre de Ge Zicheng figuraba, efectivamente, en la lista de alumnos. Sin embargo, en el ocaso de su vida mi padre nos contó una divertida anécdota: en realidad, quien había estudiado en la academia militar no era nuestro abuelo, sino un primo más joven que se llamaba igual que él. Al acabar los estudios, el primo, cuya única pasión era la cría de palomas, no había mostrado el menor deseo de seguir la carrera militar, así que mi abuelo utilizó su título a comienzos de los años veinte.»

De modo que el señor Ge, en cuya casa hacía silbatos el carpintero Yong, no era el general Ge Zicheng, sino su primo segundo, a quien el abuelo de Ge Zaoguang y Ge Xiaojia había regalado parte de su fortuna para que construyera el palomar de sus sueños.

Durante su estancia en Fuzhou, Yong Sheng y Heling oyeron una historia que circulaba entre los colombófilos sobre cuatro parejas de palomas del señor Ge.

En su autobiografía, *Cuarenta años en el escenario*, el famoso cantante de ópera Mei Lanfang menciona una pintura al óleo que representa unas palomas de color gris plata y ojos rojos: «Un día, el señor Feng, uno de mis mejores amigos, me anunció lleno de alegría:

“He encontrado por casualidad una antigüedad que creo que va a interesarte, y quiero regalártela.” A continuación me mostró un cuadro cubierto por un cristal en el que, sobre fondo negro, aparecía una pareja de palomas gris plata, con las patas y los ojos rojos, posadas en una roca artificial de color azul marino. Era una pintura muy realista, de estilo occidental. Al principio creí que había sido realizada sobre papel y que el cristal servía para protegerla, pero en realidad estaba pintada en la cara interna del cristal, con la misma técnica utilizada para pintar el interior de las pitilleras de ese material. El cuadro se atribuía al gran pintor italiano Castiglione [...]. Me pareció tan bonito que lo colgué de inmediato en una pared de mi salón, donde puedo admirarlo siempre y donde aún sigue. Me ha acompañado durante más de veinte años.»

A pesar de su fortuna y sus numerosos contactos, Mei Lanfang nunca encontró palomas gris plata. Tuvo que conformarse con contemplarlas pintadas en un cristal, lo que da una idea del valor de tales especímenes. Pues bien, el señor Ge poseía cuatro parejas de esa variedad tan preciada, lo que habría hecho palidecer de envidia al gran artista de la ópera china.

En el segundo tomo de su obra *Jin Hun Dui*, el anticuario y erudito Wang Shixiang habla en estos términos de su paloma gris: «Es muy pequeña, pero tiene grandes dotes para el vuelo, excepcionales, diría yo. Pese a su tamaño, lleva con facilidad un gran silbato de la marca Min sin quedarse nunca a la zaga de las demás. Lo probé en una paloma de más envergadura y apenas pudo cargar con él, pero mi paloma gris moteada no tuvo la menor dificultad.»

El ave a la que Wang Shixiang llamaba «mi paloma gris moteada» tenía una línea más oscura en la punta de las alas y muchas manchas y rayas finas por todo el cuerpo. Era el no va más de las palomas plateadas. El silbato de marca Min era obra de un artesano pequinés contemporáneo del carpintero Yong. En cuanto a la paloma más corpulenta que no había podido llevarlo, se trataba de una paloma con el plumaje de un blanco inmaculado.

Así pues, las palomas de color gris plata eran muy escasas y excepcionales, y el señor Ge aprovechó la estancia de Yong Sheng en

Fuzhou para encargar sendos silbatos a padre e hijo, con el fin de comprobar quién los hacía mejor. Para la ocasión, contrató a dos operadores y alquiló dos cámaras idénticas, con los mismos objetivos y la misma película, para filmar el trabajo de uno y otro, ejecutado en habitaciones separadas. Al final, estudió las grabaciones para compararlas y descubrió lo siguiente: padre e hijo habían vaciado los silbatos y practicado las aberturas con los mismos movimientos. A continuación habían hecho cuatro finos tubos a partir de un tallo de bambú y los habían serrado, limado y colocado en los silbatos de forma que cada abertura se correspondiera exactamente con los diámetros de los tubos. Una vez más, todo parecía hecho por una misma y única persona. Uno y otro habían pintado los tubos y dejado los silbatos tal cual para evitar hacerlos más pesados inútilmente. Por último, sin hablar entre ellos ni ponerse de acuerdo, ambos habían modificado la altura de los tubos para mejorar la calidad de los agudos. Sólo los aficionados más expertos eran capaces de advertir entre ambos silbatos una sutil diferencia: la firma «Yong», que padre e hijo habían grabado con el cincel. En la firma del padre, los golpes de bisel se apreciaban en cada trazo del ideograma, mientras que la del hijo era más redondeada, con trazos ligeramente alzados en los extremos.

Al finalizar su estancia en Fuzhou, Heling peregrinó hasta la montaña del Tambor y ascendió a la cima en compañía de su suegra. Una vez allí, entró en una gruta que, según la leyenda, ayudaba a que las mujeres se quedaran embarazadas. En la oscuridad del interior se oía el débil murmullo de una fuente. Heling encendió varillas de incienso y se arrodilló ante una gran roca, contra la que rompían desde hacía millones de años las olas del mar. La erosión continuada había acabado abriendo en la roca una grieta vertical, semejante a una herida profunda, que simbolizaba el sexo femenino.

Pero en la primavera de 1931 se produjo un hecho que cambió para siempre la vida de Yong Sheng: el regreso del pastor Gu.

5

El agua bendita

Lo que había ocurrido era lo siguiente: la queridísima nieta del pastor Gu —la hija única de Mary—, con la que Yong Sheng había compartido habitación en su infancia, había muerto de fiebre tifoidea en Pekín. Tras su fallecimiento, toda la familia se había trasladado a la provincia de Shandong para continuar su misión evangelizadora. Allí Mary se había casado con un misionero estadounidense que pertenecía a la Iglesia presbiteriana, que rivalizaba con la Iglesia baptista, a la que pertenecía el pastor Gu. Mary había seguido a su esposo al sudeste de China, adonde lo habían destinado, y no había vuelto a dar señales de vida. En cuanto a la mujer del pastor Gu, que había fundado y dirigido la escuela cristiana de Hanjiang, había entregado su alma a Dios unos meses atrás, y el pastor, que tenía sesenta años y no gozaba de buena salud, había decidido regresar a Putian, ciudad que consideraba su segunda patria.

Yong Sheng fue a Hanjiang para escucharlo predicar por primera vez desde su regreso. Cuando estaba a cincuenta metros de la residencia, lo envolvió un olor que le cortó la respiración. Pese a que habían pasado muchos años, aquel olor, procedente de un lugar secreto, oculto a los ojos de todos, seguía impregnando la enorme casa tras el alto muro que la rodeaba.

Con un ruido sordo, como un golpe de martillo sobre un yunque, la pesada hoja del portón de entrada se cerró a sus espaldas y los rumores del pueblo se desvanecieron, bruscamente expulsados de aquella vivienda tan singular. El alto muro exterior, que de niño le parecía que se perdía entre las nubes, ya no le produjo la misma sensación de vértigo: había dejado de ser una barrera infranqueable

para él. Yong Sheng había oído decir que, el día de su «circuncisión», la enfurecida muchedumbre había tratado de incendiar aquel bastión de la cristiandad. El intento había fracasado, pero el muro seguía mostrando sus negros estigmas: estaba cubierto de una capa de hollín grisáceo que recordaba el culo de las cacerolas de las mugrientas tabernas de la región.

En lo alto, entre los ladrillos, seguían creciendo los hierbajos, la tozuda hierba doncella y hasta uno o dos arbustos.

Ahora, a lo largo de los muros este y oeste, las galerías que antes recorría el vigilante nocturno anunciando la hora mientras hacía la ronda estaban invadidas por ortigas y malas hierbas.

Yong Sheng se sorprendió al ver un fantasma del pasado que reconoció al instante: en una esquina de una pared ruinosa, descansaban los restos de la bicicleta holandesa de Mary, que solía cargar con él en el portaequipaje. La bicicleta había perdido la rueda delantera, a la trasera le faltaban la mitad de los radios y lo demás era un montón de chatarra oxidada, apoyada en el muro. Yong Sheng se acercó, se puso en cuclillas y le dio unos golpecitos, como quien palmea el hombro de un amigo. Cuando puso la mano en un pedal, tuvo la sensación de que aún conservaba el calor de los pies descalzos de Mary, y volvió a ver a su joven maestra montada a horcajadas, como una amazona sobre un caballo al galope.

En la sala de oración, se sentó discretamente en la primera fila, cerró los ojos y se adormiló. Los fieles iban entrando y ocupando los bancos, los hombres a un lado, las mujeres al otro.

Un repentino silencio lo arrancó de su sopor. Ya no se oía ni un carraspeo. El pastor Gu estaba subiendo al estrado. Encorvado por la enfermedad, alzó los ojos, aún más brillantes que antaño, y los clavó en el techo como si observara una grieta. Luego paseó la mirada por sus parroquianos y acabó posándola en Yong Sheng.

Lo observó durante unos largos segundos y, finalmente, movió los labios y, recalcando cada palabra como si estuviera tocando las teclas de un piano con un solo dedo, dijo:

—El hijo del carpintero.

Por un instante, Yong Sheng, un poco desconcertado, se preguntó si se refería a él. Luego se dijo que entre los presentes no había nadie más que fuera hijo de un carpintero, ni de Jiangkou ni de Hanjiang.

Tras esas primeras palabras, los labios del pastor dejaron escapar otras más, algunas de ellas desconocidas para Yong Sheng. Las letras se juntaban para formar sonidos, a veces rugidos, otras veces murmullos, hasta que, de nuevo, y articulándola con la misma claridad, volvió a pronunciar la expresión «el hijo del carpintero».

Los sermones de Gu, hijo y nieto de pastores, siempre eran vibrantes. Yong Sheng recordaba que, de niño, lo había visto pasarse horas redactando los borradores en cuadernos que llenaban las estanterías de su despacho y formaban altas pilas en su escritorio. Aun así, durante los sermones nunca los utilizaba, era como si las palabras que había fijado sobre el papel se hubieran grabado en su memoria para siempre.

Y ahora estaba contando a los fieles la vida del hijo del carpintero, con cambios de voz dignos de un gran actor de teatro que interpretara por sí solo a todos los personajes de una obra: era, alternativamente, juez, mercader, judío, traidor, apóstol... Impulsado por su elocuencia, sostenido por las alas del lenguaje, cada vez volaba más alto. Parecía que, desde el cielo, atravesara las nubes con sus ojos de águila y, ante las puertas de Jerusalén, presenciara cada una de las escenas. Describía el monte de los Olivos, al este de la ciudad; el huerto de Getsemaní, donde el hijo del carpintero se reunía con sus discípulos y era arrestado; el monte de la Desolación, donde las mujeres extranjeras del rey Salomón hacían los sacrificios a sus dioses, y la colina de la Ascensión, donde el hijo del carpintero subió al cielo a las siete de la mañana, cuarenta días después de haber resucitado.

En ese punto, el pastor hizo una pausa para dejar que sus oyentes imaginaran el temblor de las hojas de los árboles que el viento agitaba en la cima de la colina, envuelta por una bruma evanescente y sagrada. Tras dirigirse por última vez a sus apóstoles, el hijo del carpintero ascendió a los cielos llevado por una densa y lechosa nube que se desplegó sobre la roca en la que permanecía de pie y que acabó

deslizándose por todo el promontorio, como una cegadora avalancha. Cuando la nube, atravesada por los primeros rayos del sol, se disipó, el hijo del carpintero había desaparecido.

—Sólo vieron una luz difusa —dijo al fin el pastor—, en la que el cielo y la tierra ya no se distinguían; una niebla plateada que había borrado todos los colores y todas las formas. Tuvieron una visión fugaz de lo que llamamos «eternidad».

Hacía rato que Yong Sheng había comprendido que el protagonista de aquella historia no era él, pero eso no tenía importancia. Cuanto más repetía el pastor la expresión «el hijo del carpintero», más orgulloso se sentía él, porque ahora sabía que tenía un vínculo con un dios: «Los dos pasamos la infancia en casa de un carpintero... ¡Cómo es posible que no me diera cuenta de que las manchitas de la cabeza de su estatua de madera, la que estaba en la cámara secreta de Mary, simbolizaban las virutas del cepillo de su padre, que seguramente cayeron encima del niño mientras éste jugaba en el taller!»

Al acabar el sermón, el pastor Gu repartió el pan de la santa comunión recitando un pasaje de los Evangelios: «Jesús cogió el pan, lo bendijo, lo partió y, dándoselo a sus discípulos, dijo: "Tomad y comed todos de él."»

Al tomar el trozo de pan que le tendía el pastor, Yong Sheng creyó percibir un olor familiar a serrín.

—Señor, ¿podría bautizarme? —le dijo al pastor.

—¿Por qué quiere convertirse al cristianismo?

«Porque pasé parte de mi infancia en este patio y viví en casa de Mary», iba a decir, pero, para su gran sorpresa, otra frase brotó de sus labios.

—Porque soy el hijo del carpintero.

En el patio de los antepasados, el estanque de los bautismos, que no se utilizaba desde hacía años, estaba lleno de agua putrefacta. Extrañas plantas acuáticas en forma de patas de cangrejo habían tapizado el fondo, y en el borde, cubierto de malas hierbas, había crecido un arbusto que extendía sus raíces por las paredes y había empezado a

deformarlas. Yong Sheng se pasó dos días limpiándolo y reparando los peldaños por los que se bajaba al agua.

No había nadie más en el patio, sólo él y el pastor Gu. Todo estaba en calma. La residencia siempre había sido un lugar tranquilo, pero aquel día reinaba un silencio de una densidad especial. Estaban el uno frente al otro dentro del estanque cuando rompió a llover. La lluvia crepitaba en la superficie del agua, sobre los hierbajos de lo alto del muro exterior, la bicicleta destartalada y oxidada..., hasta que el chisporroteo de miles de gotas de agua los rodeó por completo.

El pastor Gu, a quien la enfermedad le impedía mantenerse erguido, empezó a recitar el artículo de fe de la Santísima Trinidad en el bautismo.

Su voz se mezcló con el ruido de la lluvia. Las palabras y las gotas caían juntas en sutil armonía. Con un ligero estremecimiento, cada sílaba salía de la boca del pastor como una cuenta invisible escapada de un rosario, resonando y haciendo que el patio pareciera más grande de lo que realmente era:

—«Por tanto, id, y enseñad a todas las naciones, bautizándoles en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.»

El pastor sopló sobre el agua y, por un instante, las profundas arrugas que surcaban su frente se confundieron con las ondas que se formaron en la superficie.

Sopló otra vez, luego otra, y aunque no parecía hacerlo con fuerza, sino sólo para cumplir un acto simbólico del ritual, Yong Sheng advirtió que las venas de sus sienes se habían hinchado como raíces.

—Los pastores son los únicos que pueden dar la bendición. ¿Sabes con qué mano se bendice?

—No.

—Con la derecha. También es la mano con la que se bautiza. Recuerda siempre esto: bautizar a alguien también es bendecirlo.

El pastor Gu alzó la mano derecha y Yong Sheng se fijó en la ajada piel de sus dedos, por los que resbalaba el agua. Las gruesas venas que le recorrían la mano no eran del mismo color que las de los chinos. Bajo la lluvia, eran de un azul profundo, ligeramente verdoso. Yong Sheng no podía apartar los ojos de aquella mano mojada, que tenía un

poco enrojecida la zona entre el índice y el pulgar.

Despacio, como a cámara lenta, los dedos índice y corazón del pastor se sumergieron en el agua y luego volvieron a alzarse hacia el cielo y trazaron la señal de la cruz.

Del mismo modo que su boca había soplado tres veces sobre la superficie del agua, sus dedos repitieron tres veces los mismos movimientos.

Con los ojos enfebrecidos y llenos de dolorosa agitación, Yong Sheng seguía mirando, pero ya no veía nada.

La mano del pastor le había sumergido la cabeza en el agua.

«Estoy recibiendo el bautismo...»

Por hablar solo, como un niño, tragó agua.

Al abrir los ojos bajo la superficie, vio una multitud de puntos luminosos que se deshacían en un polvillo tembloroso y formaban regueros relucientes... Y de pronto la distinguió. Mary. Al principio, no era más que una insignificante mancha luminosa que se acercaba a él envuelta en una bruma que deformaba todos sus movimientos. Llevaba en las manos unas marionetas chinas cuyos vestidos, perlados de gotas de agua, relucían con reflejos plateados, y con el brazo derecho sostenía a un pequeño Yong Sheng de cinco años. Una tras otra, bautizó a todas las marionetas; luego mojó el índice y el corazón en el agua, hizo la señal de la cruz tres veces sobre la cabeza del niño y lo sumergió por completo en el estanque. Yong Sheng oyó su voz, que decía: «¿Qué hay más natural y hermoso en el mundo que el agua? Dios, en Su misericordia, eligió para el bautismo el más puro y transparente de los elementos.»

6

El encargado de las palomas

Las cuarenta y seis palomas blancas de raza estadounidense y patas emplumadas que criaba el pastor Gu en su antigua residencia de Pekín viajaron hasta Putian en veintitrés jaulas construidas por Wang Laogen, que estaba al cuidado de las aves. Hicieron un largo recorrido de varios miles de kilómetros en tren, camión, barco, lancha, en un carrito tirado por una bicicleta e incluso en carretillas empujadas por campesinos. Por fin, tres semanas después de la llegada del pastor, alcanzaron su destino sin una sola baja gracias a los exquisitos cuidados del señor Wang.

Wang Laogen, sin embargo, tuvo que regresar a Pekín al día siguiente, porque había conseguido un nuevo trabajo en casa de un príncipe del antiguo régimen que también era aficionado a las palomas. Muchos años antes, al instalarse en Putian por primera vez, el pastor Gu, colombófilo desde la niñez, había traído consigo una pareja de palomas blancas de patas emplumadas. En aquella época, los tejados de las casas chinas estaban cubiertos de pequeñas tejas apretadas como los dientes de un peine, y el pastor, temiendo que las largas plumas de las patas de sus aves se enganchasen en los resquicios, había hecho cambiar las tejas de toda la residencia. Las cuarenta y seis palomas que criaba ahora eran las descendientes de aquella primera pareja que lo había seguido en todas sus mudanzas, del mismo modo que la pintura sobre cristal había acompañado al gran cantante de ópera Mei Lanfang durante más de veinte años. Sólo que el pastor ya no tenía fuerzas para ocuparse de ellas, porque su salud se había deteriorado considerablemente.

—En la provincia de Shandong —solía decir—, mi salud empeoraba

de un año para otro. En Pekín, de mes en mes. Ahora empeora a diario.

El día que llegaron las cuarenta y seis palomas, el pastor Gu se fijó en lo que hacía con ellas su nuevo catecúmeno: Yong Sheng cogió una de las aves con la mano izquierda y le puso el índice y el corazón bajo el cuello y el pulgar en la nuca. El anciano reconoció al instante el método que empleaban los colombófilos expertos para identificar el sexo de las palomas, y mientras la pequeña hembra abría delicadamente sus ojos rojos acurrucada en la mano del joven, decidió dejarlo a cargo del cuidado de sus palomas.

Y así fue como Yong Sheng se instaló en la casa del pastor. A primera vista, la enorme residencia, con sus siete patios, parecía haber conservado su empaque, pero el joven no tardó en comprobar que su antiguo esplendor ya sólo era un lejano recuerdo. Los patios, salvo el de los antepasados y el del pastor, estaban cerrados, con las puertas tapiadas mediante tablas, incluido el de la nieta, en el que Yong Sheng había dormido durante dos años. En el edificio que ocupaba el pastor, las únicas habitaciones abiertas eran el dormitorio y el salón, que también se utilizaba como cocina, comedor y cuarto de aseo. En el primer patio, el del antiguo palomar, la mayoría de las puertas enrejadas de las jaulas estaban combadas y apenas sujetas por un solo gozne, y amenazaban con desprenderse del marco podrido por su propio peso.

Uno tras otro, la sierra, el cincel, el escoplo, el cepillo y el martillo se fueron turnando para romper el silencio de la residencia. Yong Sheng no era un carpintero novato y en poco tiempo levantó en el patio un nuevo palomar con grandes compartimentos cuadrados, a su vez rodeados por otros más pequeños. Para que destacara la inmaculada blancura de las aves, el pastor le pidió que lo pintara de púrpura. Las recién llegadas pasaron dos semanas en el patio sin poder alzar el vuelo, ya que tenían que familiarizarse con su nuevo hogar. Para impedir que volaran, bastaba con atarles con hilo las plumas de la cola (todas las palomas, ya sean de origen estadounidense o chino, tienen trece plumas en la cola). En otros tiempos, esa tarea siempre la había realizado el propio pastor, pero ahora, como su vista se había

debilitado, se la había confiado a su nuevo empleado, tras comprobar la finura de las agujas, verificar la firmeza del hilo de algodón y confirmar con una regla de hierro que Yong Sheng respetaba los cuatro centímetros que debían separar la rabadilla de la costura. Sólo esbozó una sonrisa de satisfacción cuando vio que su discípulo cosía las plumas de la cola de la última ave y terminaba la operación con un fuerte nudo.

Luego Yong Sheng colocó a las cuarenta y seis palomas inmovilizadas en el tejado del palomar y se escondió con su propietario para observar su comportamiento. El pastor le iba señalando el estado de salud, la fuerza y los rasgos de carácter de cada espécimen, y muy pronto el joven consiguió diferenciar por sí mismo a la líder de las gregarias y a las más fuertes de las débiles. Cuando les levantaron la prohibición de volar, Yong Sheng, que les soltó las plumas de la cola, ya conocía perfectamente a todos los miembros del grupo. Todas las mañanas, con las manos enfundadas en guantes blancos, agitaba una larga pértiga para incitar a volar a la líder, flanqueada por sus escoltas. Acto seguido dejaba que las gregarias se unieran a esa vanguardia, y cuando estas últimas no eran más que deslumbrantes manchas diseminadas por el cielo azul, permitía salir del palomar a las más jóvenes, que aún no habían alcanzado la madurez. Éstas tenían que emplear todas sus fuerzas para reunirse con sus predecesoras, pero cuando lo conseguían el grupo trazaba círculos cada vez más amplios y se elevaba más y más, hasta que lo único que permitía adivinar su presencia eran unos puntos minúsculos, parecidos a pequeños copos de nieve de un blanco inmaculado. Después todas volvían a descender hacia la residencia del pastor desplegando sus virginales alas, que la luz del sol atravesaba con sus flechas de oro, y, lentamente, como un conjunto perfecto, se posaban en el tejado.

Ese año, el pastor Gu, que ya había cumplido sesenta y tres, contrajo una terrible enfermedad —bastante rara en China, pero relativamente frecuente en Occidente— que Yong Sheng no supo identificar hasta muchos años después: atonía de la columna vertebral. El pastor ya

sólo era capaz de caminar doblado por la cintura, como si hubiera hecho una profunda reverencia para saludar a una visita y ya no hubiese podido volver a erguirse. Además, debía hacer un esfuerzo sobrehumano para poner un pie delante del otro, y llevaba la cabeza tan metida entre los hombros que únicamente le asomaba la parte posterior del cráneo y las dos orejas. De lejos, con las piernas rígidas, los brazos flexionados a la altura de la cabeza y el torso paralelo al suelo, parecía una langosta.

Por desgracia, el pobre hombre estaba condenado a permanecer de pie, porque era la postura que le provocaba menos dolor. Así que le pidió a Yong Sheng que instalara barras metálicas a lo largo de las paredes de su habitación, como en las academias de danza, para poder desplazarse más cómodamente. En esa época, sin embargo, apenas había comercios en Putian y no hubo modo de conseguirlas, de modo que el joven hizo unos largos pasamanos de madera y los fijó no sólo a las paredes del dormitorio, sino también a las del pasillo y el salón. Luego clavó también varios postes en el suelo del patio para poder colocar barandillas hasta la sala de oración, donde el pastor pronunciaba los sermones los domingos y celebraba las bodas.

Al principio, agarrándose a los pasamanos, el pastor lograba recorrer los cincuenta metros que separaban su habitación de la sala de oración en unas tres horas. Pero, transcurridas unas semanas, su enfermedad se agravó hasta el punto de impedirle caminar.

A partir de entonces, cada domingo, antes de misa, Yong Sheng iba a buscarlo a su habitación, donde el pastor lo esperaba sentado en la cama vestido de punta en blanco. Todo lo que había en aquella casa le traía recuerdos de otra época: los sillones de madera noble (con el respaldo hecho con una sola pieza curva y los brazos fijados al asiento con placas de cobre incrustadas), las dos mesas cuadradas (que no tenían las patas rectas, sino curvas; sólo el carpintero Yong sabía hacerlas en Putian), los dos candelabros del velador, el biombo lacado de dos bastidores, el largo escritorio en el que el pastor guardaba sus tarjetas de visita... Todo, hasta el menor detalle, despertaba los recuerdos de Yong Sheng. Sólo habían cambiado los colores, como si todos aquellos objetos hubieran estado sumergidos mucho tiempo en

un inmenso recipiente lleno de tinte color sepia, o como si hubiese caído un diluvio sobre la casa y los muebles hubieran quedado sumergidos en agua durante días antes de secarse. La colección de cajas de hojalata que tanto le gustaba a Mary seguía sobre el aparador, pero los ideogramas que había dibujado con tinta se veían descoloridos y los rótulos de café, azúcar moreno o terrones de azúcar apenas se distinguían... Mary había adornado las cajas con cuentas de vidrio de colores atadas con cintas de seda. En otros tiempos, a la menor corriente de aire las cuentas entrechocaban con un suave tintineo y relucían como diamantes. Ahora estaban empañadas y amarillentas, como si también ellas hubieran permanecido sumergidas en la gran tinaja del tiempo, que apaga el brillo de todas las cosas.

Aquellos objetos lo miraban con indiferencia, cuando entraba en la habitación del pastor, lo saludaba y se agachaba para poder llevarlo a caballito. Como la estructura ósea de los occidentales es más densa que la de los chinos, el anciano, aunque había enflaquecido considerablemente, seguía pesando lo suyo, así que Yong Sheng tenía que afianzarse sobre una pierna para levantarse. Luego lo llevaba poco a poco hasta la sala de oración y lo dejaba ante el estrado, en el que también había colocado una barandilla para que pudiera sujetarse mientras pronunciaba el sermón.

Un día la cocinera china del pastor perdió a su padre y pidió tres meses de permiso para los funerales. Aunque el sueldo era bajo, la mujer de Yong Sheng se mostró dispuesta a sustituirla durante su ausencia. Heling iba a comprar, lavaba las verduras, hacía la comida, quitaba el polvo, restregaba los suelos de madera y, ataviada con el delantal de cocinera, sacaba brillo a las cacerolas de cobre («En las cocinas chinas se utilizan ollas de hierro; en las estadounidenses, de cobre; y en las del paraíso... ¿ollas de oro?», decía siempre, y luego soltaba una carcajada, incluso antes de haber acabado y sin dejar de limpiar las cacerolas, que al chocar entre sí rompían el silencio del patio). Otra de sus tareas era frotar los ciento ocho pomos de cobre de las puertas, que el pastor Gu había hecho traer de una tienda de

Chicago tras comprar la residencia. La mayoría estaban cubiertos de cardenillo y algunos, corroídos por la herrumbre, no podían ni tocarse.

Pero la actividad favorita de Heling era el cuidado de la ropa del pastor, que lavaba en una tina distinta a la de su propia colada y con otro producto. Enjabonaba sus prendas y las de su marido con pulpa de vainas de haba y luego las frotaba con un cepillo de raíces sobre una gran laja de piedra. Para las del pastor, en cambio, empleaba jabón estadounidense auténtico, un poco graso al tacto y ligeramente resbaladizo. Le encantaba desintegrar con los dedos las irisadas pompas que se escondían entre los pliegues de la tela, sumergir una y otra vez las prendas en el barreño, volverlas a sacar, removerlas y aclararlas en agua limpia, en la que hacía estallar las últimas burbujas que se hinchaban y estiraban sobre la ropa.

En esos primeros días de otoño, también le gustaba pasear por el patio del pastor, porque, según ella, el suelo cubierto de hojas secas era «como una mullida alfombra». Yong Sheng había sido testigo de su transformación desde su llegada a aquella casa. Ya no era la joven que antaño se ocupaba de su hogar y el huerto, sino una persona nueva. A su marido le decía que, cuando caminaba descalza por la zona del patio donde el manto de hojas era más espeso, no oía ningún ruido, pero sentía bajo la planta de los pies el leve estremecimiento de las hojas secas, que empezaban a pudrirse y convertirse en una pasta viscosa.

El salón del pastor permanecía a oscuras, pero en su habitación iluminada se veía su silueta deslizándose tras las cortinas. Aunque la ventana estuviera cerrada y no se oyera lo que hacía, se adivinaba que, de pie ante la mesa y con la pluma en la mano, estaba redactando el borrador del sermón dominical. En el patio sólo se oían los rumores de la noche, el murmullo del viento y el mordisqueo de las ratas royendo los entarimados. Heling aseguraba que también percibía el leve frufrú de las hojas secas que caían sobre las losas.

Yong Sheng asistía con satisfacción a la metamorfosis de la hija del viejo pintor borracho, e incluso se preguntaba si no habría llegado el momento de que recibiera el bautismo. Pero justo entonces la antigua cocinera se incorporó al trabajo con un mes de adelanto, y Heling no

tuvo más remedio que volver a Jiangkou.

Una tarde que el viento soplaba con fuerza, las palomas volaron un poco más lejos de lo habitual, en dirección sur, y tardaron en regresar. No reaparecieron hasta el atardecer, muy altas en el cielo y envueltas en un deslumbrante halo de luz.

A Yong Sheng le pareció que no se comportaban como de costumbre. Tal vez habían estado sueltas más tiempo del que correspondía, o habían encontrado a otras palomas que las habían atacado y dividido el grupo, llevándose a una o dos con ellas.

Según el pastor Gu, al viejo Wang, su antiguo cuidador de palomas, le bastaba echar un vistazo para decirle cuántas había en el cielo, siempre que no pasaran de cuarenta. E incluso el pastor era capaz de calcularlo al primer golpe de vista cuando no había más de veinte. Pero Yong Sheng, que aún estaba aprendiendo, necesitaba contarlas de una en una.

Envueltas en el extraño halo, las contó varias veces, pero siempre le sobraba una.

La intrusa se distinguía fácilmente: era un ave negra, por eso resaltaba tanto en medio del grupo de palomas blancas del pastor. Cuando se desplegaban en hilera, como si fueran un largo dragón blanco, la paloma negra, colocada en cabeza, parecía emular el ojo.

En la cambiante e imprevisible luz, las plumas azabache de la intrusa adquirieron súbitamente un lustre rojizo, como un pájaro de metal negro salpicado de herrumbre. ¿Era un «búfalo de hierro», el ave que despertaba la codicia de todos los colombófilos? Todo el mundo hablaba de aquella maravilla de la naturaleza, pero nadie la había visto jamás. Yong Sheng sintió una punzada en el corazón. Cuando los últimos resplandores del ocaso desaparecían por el oeste, la cabeza del dragón se aproximó al patio y, decepcionado, vio que la paloma negra ya no estaba, como si se hubiera disuelto en el crepúsculo.

Esa noche Yong Sheng soñó que el ave volaba describiendo curvas hasta trazar un ocho perfecto. Al mismo tiempo, la bóveda celeste

giraba lentamente sobre sí misma, y las constelaciones del Cisne, Casiopea y el Auriga —de niño, Mary le había enseñado los nombres de las estrellas— caían del cielo titilando, como minúsculas motas de polvo.

Al día siguiente intentó averiguar quién era el propietario de aquella maravilla, y descubrió que pertenecía a He el Cuarto, un conocido delincuente de Putian, que acababa de adquirir otras dos palomas aún más escasas y extraordinarias que el «búfalo de hierro»: una pareja de «jades con fisura», una especie casi mítica, llamada así por la fina línea blanca que dividía en dos su cuerpo, intensamente negro del pico a la cola.

«Dios mío, ¿existen palomas así?», se preguntó Yong Sheng. Fue entonces cuando tomó la decisión de capturarlas. Seleccionó a diez de sus mejores palomas blancas y las entrenó en la táctica del secuestro. Una mañana, las aves de He el Cuarto se aventuraron hasta Hanjiang, a unos diez kilómetros de Putian. Yong Sheng las vio, y el corazón le dio un vuelco. Volaban tan bajo que creyó distinguir la raya blanca que les recorría el lomo. Al instante cogió su larga pértiga y azuzó a su escuadrilla, que se lanzó al ataque, rompió la formación de las palomas de la familia He e hizo que se dispersaran en total desorden. Las aves entrenadas por el joven se mostraron muy eficaces. Aprovechando la desbandada del otro grupo, el suyo dio media vuelta y regresó directamente a su patio. La táctica, conocida por los criadores con el nombre de «capturar y volver», dio sus frutos, porque las palomas de Yong Sheng arrastraron consigo a cuatro aves de He el Cuarto.

Por desgracia, las cautivas no eran «jades con fisura», sino palomas normales y corrientes, y Yong Sheng las ahuyentó del patio agitando la pértiga.

Unos días después, el cielo premió sus esfuerzos y la pareja de «jades con fisura» reapareció. Cuando el grupo de palomas estadounidenses las rodeó, parecían dos perlas negras. Al instante, Yong Sheng sacó a una hembra que hasta entonces había mantenido encerrada (era la reina del palomar del pastor, y numerosos machos habían luchado encarnizadamente por ella). En cuanto la dejó en el

tejado, los palomos de su escuadrilla se apresuraron a regresar para perseguirla con sus arrullos.

Resultado: la pareja casi mítica siguió al grupo hasta el tejado, donde Yong Sheng la capturó. Tras ponerla a buen recaudo en su palomar, premió a sus diez heroínas con maíz de la mejor calidad e hizo un silbato nuevo a cada una, pero quedaba un problema por resolver: ¿cómo esconder a la pareja de «jades con fisura» de su propietario? En todo Putian, sólo había un colombófilo que se negaba a capturar las palomas de los demás, hasta el punto de ahuyentarlas cuando se posaban por sí mismas en su tejado. Y esa persona era el pastor Gu.

Con ocasión de la fiesta de la Luna, Yong Sheng consiguió unos días de permiso para visitar su casa. El día anterior a su partida, un peluquero ambulante le había cortado el pelo, así que se levantó al amanecer, se puso ropa limpia de algodón blanco —que le favorecía más que la de colores oscuros—, calcetines blancos y un par de zapatos de lona nuevos, y salió de la mansión.

El cielo era de un azul inmaculado, casi todos los árboles habían perdido las hojas, los arrozales estaban en calma y la llanura de Putian ofrecía un aspecto solitario y monótono.

En Jiangkou, no muy lejos de su casa, en el puentecillo de piedra que cruzaba el río, encontró a un joven vendedor de aceite que, sentado junto a sus cubos, golpeaba dos tablillas de bambú para anunciarse. Llevaba el delantal y los manguitos salpicados de manchas.

—Ten cuidado, joven Yong, podrías ensuciarte la ropa nueva al pasar junto a mis cubos.

Yong Sheng le dio dos monedas de cobre.

—Hoy es la fiesta de la Luna y quiero que todo el mundo esté contento —le dijo.

El chico apuntó con el dedo hacia la gran aquilaria que se alzaba delante de la choza, en lo alto de la colina.

—Mira lo que flota en el viento, joven Yong. Pronto serás padre.

La aquilaria había crecido tanto que sólo los brazos de un adulto habrían podido rodear su tronco. En una rama de la izquierda se agitaba una pluma de color rojo sangre... No, no era una pluma. Yong Sheng subió corriendo por la ladera hasta llegar al árbol, que pareció estremecerse de alegría al verlo. Sus hojas murmuraban excitadas. Dos pájaros posados en una rama empezaron a cantar y luego alzaron el vuelo para encaramarse a otra rama, en cuyo extremo estaba atado lo que había llamado la atención del joven vendedor de aceite y que también parecía interesar a los pájaros.

Era la cinta de satén rojo que la familia Yong esperaba desde hacía ocho años. En Putian, para anunciar públicamente que la esposa estaba embarazada, la tradición mandaba colgar una cinta roja en un árbol junto a la casa familiar.

El cielo, las nubes y los árboles se reflejaban en el apacible espejo del agua, y cuando la pareja de «jades con fisura» se posó en el ancho borde de la tina, ambas ahuecaron las plumas de su cuerpo, como si cada una de ellas quisiera mostrarle a la otra los hilos que sujetaban las plumas de su cola. Las dos emitieron grititos que se deslizaron sobre la tranquila superficie del agua, tanteando el terreno. Bajo ella, se distinguía el fondo del recipiente, formado por trozos de madera de distintos tamaños embadurnados con aceite de tung y sujetos con un alambre invisible. El macho dobló delicadamente el cuello hacia el agua, plateada como el mercurio, y la hembra, más valiente, se animó a mojar el pico. Era más pequeña que su compañero. Como todas las palomas de noble estirpe, tenía el pico muy corto, y sólo después de varios intentos consiguió llegar a la superficie del agua. Luego echó la cabeza atrás con un gesto muy femenino y roció de gotitas las plumas del macho.

Sentado en un taburete bajo a la sombra de un árbol, Yong Sheng observaba a aquella pareja de fuerte carácter que se negaba a someterse. Desde el inicio de su cautividad, rechazaban el alimento que les daba y, cuando estaban encerradas en el palomar, pasaban horas intentando romper a picotazos los hilos que les sujetaban las

plumas caudales, llegando a arrancarse el plumón y hacerse sangre.

Pero Yong Sheng sabía que, ya fueran de origen noble o humilde, chinas o extranjeras, lo que más les gustaba a las palomas era bañarse. Ninguna podía resistirse a la visión de un recipiente de agua limpia, menos aún con el sol en lo alto. Ese placer inigualable podía doblegar las voluntades más firmes: si aceptaban entrar en el agua, habrían dado el primer paso hacia su conquista.

La hembra, que era la más presumida, fue la primera en lanzarse. Empezó por rozar la superficie del agua con el pecho, sin desplegar las alas, y al mojarse, sus plumas se oscurecieron.

Un instante después se sumergió y volvió a salir, aunque sólo se le veía la cabeza. El macho, quizá temiendo que se ahogara, la imitó valientemente: agitó las alas, como un héroe dispuesto a sacrificarse en el altar de la belleza, y se lanzó tras ella.

En ese momento, alguien carraspeó detrás de Yong Sheng, que dio un respingo, y en el acto comprendió que estaba en apuros: ese carraspeo era del pastor.

Doblado por la cintura, el anciano se había aproximado hasta allí agarrándose a los pasamanos de madera, que Yong Sheng había prolongado hasta el patio de las palomas.

Hacía semanas que no había andado tanto.

El joven se levantó con un respingo y se plantó delante de la tina para intentar ocultar a la pareja de «jades con fisura». Pero ya era demasiado tarde.

El pastor miraba fijamente a las dos desconocidas.

En la tina, las palomas habían acabado olvidándose de su condición de prisioneras, y ahora retozaban agitando las alas, meneando alegremente la rabadilla y salpicándolo todo. El agua barnizaba sus plumas azabache, y los rayos de sol hacían relucir el filete blanco que, como un trazo de pintura al óleo, dividía su lomo en dos.

Consciente de haber infringido las normas fijadas por el pastor, Yong Sheng aguardaba con resignación la cólera del anciano.

La hembra fue la primera en saltar fuera de la tina y sacudirse en el suelo, que se cubrió de cientos de gotitas cristalinas. Como una *vedette*, que se deleita con las miradas de sus admiradores, que sólo tienen ojos

para ella, dio un paso adelante, volvió la cabeza, se sacudió de nuevo, echó otro vistazo a su público y revoloteó hasta una pequeña parcela de hierba, donde acabó posándose con aires de aristócrata para alisarse el ala izquierda con el pico. Luego, como si temiera que no se hubieran fijado en ella, se peinó con esmero el extraordinario plumón blanco que recorría su columna vertebral.

Y entonces pasó algo increíble: el pastor dio media vuelta y, agarrándose a las barandillas, se alejó lentamente.

Qué alivio para Yong Sheng, convencido de que el anciano no había visto las nuevas palomas. Quizá, pese a estar físicamente presente, su cerebro, enfrascado en el próximo sermón, no había sido capaz de distinguir el negro del blanco. Quizá aquella casa ya no era más que un barco hundido en el océano bíblico con un cargamento de borradores de sermones. Quizá ya sólo tenía visiones fugaces de la forma y el color de las cosas, y que fueran negras o blancas carecía de importancia. Probablemente su salud seguiría empeorando, y su mente se deterioraría sin remedio, y lo que hoy le resultaba familiar mañana dejaría de serlo, hasta que un día ya no sería capaz de reconocer ni a las palomas, ni a su encargado, ni a la cocinera, ni a las lagartijas que agrietaban los muros, ni a las cucarachas que correteaban por los rincones, ni al ejército de ratas que invadía su patio todas las noches.

Durante las siguientes semanas, la pareja de «jades con fisura» mostró grandes aptitudes para el vuelo, y Yong Sheng albergaba la esperanza de que se convirtieran en las líderes del grupo de vanguardia. Por desgracia, los hombres de He el Cuarto frustraron sus planes.

Como su mujer estaba encinta, Yong Sheng pasaba casi todas las noches en Jiangkou y regresaba a casa del pastor a la mañana siguiente. Pero la noche de la tragedia Yong Sheng se encontraba ausente, y la cocinera china estaba durmiendo en su cuartito, situado a un lado del portón de entrada.

—Sobre las dos de la mañana, he visto una luz en el exterior —le explicó la cocinera a Yong Sheng a su regreso—. Entraba en el cuarto por las grietas de la pared. Al acercarme para mirar, he visto a seis o

siete hombres escalando el muro exterior y entrando en el patio. Uno de los hombres se ha dirigido al que parecía ser su jefe con el nombre de «He el Quinto». Seguramente se trataba del hermano pequeño del Cuarto, o tal vez era su primo. A él no lo he visto, sólo lo he oído hablar. Se han quedado en el primer patio y, alumbrándose con la linterna, han ido directos al palomar y se han apoderado de tu pareja de palomas negras. Habían venido a por ellas, porque traían una jaula rectangular, donde las han encerrado después de comprobar que tenían una línea blanca en el lomo. En ese momento he visto a He el Quinto, un cojo con una chaqueta gris y gorra de cuero. Tenía un cuchillo en la mano, más bien un puñal. Dos hombres vestidos de negro y con sombreros de ala ancha han tratado de impedir que cometiera lo irreparable, pero estaba tan furioso que nadie ha podido detenerlo. «¡Mataré al que se interponga en mi camino!», gritaba blandiendo el puñal. Todos se han asustado y se han escondido unos detrás de otros en silencio. «¡No pararé hasta matar a todas estas palomas extranjeras!» Y, puñal en mano, ha entrado como un loco en el palomar. A partir de ese momento lo he perdido de vista, pero he oído cómo abría los compartimentos uno tras otro y el horrible aleteo de las palomas, que se resistían desesperadas. Al final, ya ni siquiera utilizaba el arma: les partía el cuello con las manos. Pude oír el crujido de sus huesos y el batir de sus alas mientras agonizaban.

Las paredes del palomar estaban teñidas de rojo. La sangre que chorreaba de los compartimentos había formado un charco tan hondo y denso en el suelo que, al meterse en el palomar, Yong Sheng se manchó hasta los tobillos. Sentía la tierra temblando bajo sus pies. Cuando He el Quinto había degollado a las palomas, los potentes chorros de sangre que habían brotado de sus pescuezos habían teñido de rojo sus plumas inmaculadas. Tenían todo el cuerpo empapado de su sangre y de la de sus compañeras. El charco, lleno de reflejos iridiscentes provocados por la luz, estaba lleno de cabezas cortadas con los ojos cerrados, pero otras los tenían abiertos y clavados con terror en las cabezas decapitadas de las otras víctimas. Lo que más angustiaba a Yong Sheng eran esos ojos abiertos, señal de que aquellas palomas no habían muerto a la primera cuchillada… o a la primera

torsión del cuello. ¿Cuánto tiempo había pasado entre la primera agresión y la siguiente? ¿Segundos, un minuto? La muerte de las palomas lo horrorizaba, pero aún lo horrorizaba más ese lapso de tiempo, esa espera hasta el siguiente golpe, que sin duda se les había hecho eterna.

He el Quinto había perpetrado la matanza metido en el charco, porque se veía un rastro de huellas sangrientas desde allí hasta el portón, algunas más firmes y otras más superficiales, que delataban los pasos de un cojo.

Yong Sheng contó los cadáveres dos veces con la remota esperanza de que algún ejemplar hubiera escapado a la carnicería, pero tuvo que rendirse a la evidencia: había cuarenta y seis cuerpos de palomas blancas de patas emplumadas.

En el último patio, cavó un gran agujero y las enterró a todas. «Todo esto ha ocurrido por mi culpa. Si no hubiera capturado a la pareja de "jades con fisura", esta tragedia no habría sucedido», se decía mientras limpiaba la sangre en el patio de las palomas.

Tan pronto pensaba en marcharse lejos de Putian y no volver jamás, como en presentarse en la ciudad armado con una barra de hierro para romperle la pierna buena al cojo.

Ese mismo día, al atardecer, destruyó el palomar ensangrentado. Arrancó las tablas una tras otra, las amontonó en mitad del patio y les prendió fuego. Un humo gris azulado ascendió lentamente de la pira y se dispersó a lo lejos, donde poco a poco se mezcló con el que salía de la chimenea de su choza, en Jiangkou.

Al caer la noche, entró en la habitación del pastor Gu, sumida en la oscuridad.

—¿Está usted ahí? —preguntó.

—Estoy en la cama. Hace un momento me dolía todo el cuerpo, pero ya estoy un poco mejor.

Yong Sheng encendió la lámpara de petróleo. El anciano estaba sentado sobre la cama, recostado en una pila de mantas. Su mano derecha aferraba el bastón, y la cena que le había preparado la cocinera seguía en la mesilla de noche. No la había tocado. La mujer le había dicho a Yong Sheng que no se había atrevido a informar al

señor de la matanza de las palomas.

—Renuncio —dijo el joven—. No le queda una sola paloma, así que ya no necesita a nadie para cuidarlas.

—¿Adónde irás? —le preguntó el pastor, sorprendido.

Yong Sheng no se atrevía a mirarlo a la cara, consciente de que cada palabra suya era una bala disparada a bocajarro contra el frágil anciano.

Aun así, le contó toda la historia. Desde el principio. El pastor no dijo una sola palabra, pero sus huesudas manos apretaban febrilmente el bastón, gracias al cual mantenía el equilibrio y no resbalaba hacia al pie de la cama.

Había momentos en que Yong Sheng sentía el impulso de estrecharlo entre sus brazos, y otros en que se preguntaba si no sería mejor marcharse de inmediato.

Entonces vio la biblia que descansaba sobre la mesilla. Y recordó un pasaje del Libro de Job que el pastor había citado en un sermón. Abrió las Sagradas Escrituras.

La lámpara de petróleo proyectaba su sombra en la pared. Era la primera vez en su vida que leía la Biblia, y no estaba familiarizado con el mandarín, la lengua de aquella edición. Sus primeras palabras fueron vacilantes y su voz, monótona y carente de sentimiento. No conseguía encontrar la entonación adecuada, el ritmo apropiado de las frases, la exacta cadencia del texto:

> Y Jehová dijo a Satanás: «¿No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado de mal?» […] Y respondiendo Satanás dijo a Jehová: «Piel por piel, todo lo que el hombre tiene dará por su vida. Mas extiende ahora tu mano, y toca su hueso y su carne, y verás si no te maldice en tu rostro.» […] Y salió Satanás de delante de Jehová.

De pronto, la voz del pastor se unió a la suya. Muy bajo, casi en un susurro, empezó a recitar a la vez que Yong Sheng, con la particularidad de que el joven lo hacía en chino y el anciano en inglés:

> Y aconteció un día que sus hijos e hijas estaban bebiendo y comiendo en casa de su hermano el primogénito, y vino un mensajero a Job, y le dijo: «Estaban arando los bueyes, y las asnas paciendo cerca de ellos, y acometieron los sabeos

y los tomaron, y mataron a los criados a filo de espada; solamente escapé yo para traerte la noticia.»

Aún estaba éste hablando, y vino otro que dijo: «Fuego de Dios cayó del cielo, que quemó las ovejas y los criados, y los consumió; solamente escapé yo para traerte la noticia.»

Todavía estaba éste hablando, y vino otro que dijo: «Los caldeos hicieron tres escuadrones, y dieron sobre los camellos, y los tomaron, y mataron a los criados a filo de espada; solamente escapé yo para traerte la noticia.»

Entre tanto que éste hablaba, vino otro que dijo: «Tus hijos y tus hijas estaban comiendo y bebiendo vino en casa de su hermano el primogénito; y he aquí un gran viento que vino del lado del desierto, y azotó las cuatro esquinas de la casa, y cayó sobre los jóvenes, y murieron; solamente escapé yo para traerte la noticia.»

El pastor no utilizaba la entonación ni la prosodia características del inglés; recitaba con voz neutra, tal como leía Yong Sheng. Con las manos en los muslos, pronto tuvo la sensación de que ya no recitaba, sino que rezaba en una lengua antigua. A su vez, Yong Sheng siguió leyendo, no en mandarín, sino en el dialecto de Putian. Al cabo de un momento parecía más tranquilo, más seguro, y su tono y su pronunciación mejoraron.

Entonces Job se levantó, y rasgó su manto, y rasuró su cabeza, y cayendo en tierra adoró; y dijo:
«Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito.»

Más allá del tiempo y el espacio, ese puñado de frases del Libro de Job —o, más bien, el eco de las oraciones de Yong Sheng y el pastor— resonaron en la estancia.

—Te agradezco que hayas elegido ese pasaje —dijo el pastor—. De hecho, mientras lo recitaba contigo rezaba por el alma de las palomas y pensaba...

—¿Qué? Dígamelo, por favor.

—Pensaba que tú no has venido a este mundo sólo para fabricar silbatos, sino que, por tu carácter, has nacido para ser pastor.

Las palabras del anciano sorprendieron a Yong Sheng, que enmudeció.

—Pero los pastores siempre son extranjeros... —murmuró al fin.

—Si quisieras ordenarte, yo podría conseguir que ingresaras en la Facultad de Teología de Nankín.

—¿Y por qué iba a hacer algo así?

—Tú eres hijo de carpintero —respondió el anciano, posando una mano febril sobre la cabeza de su protegido—. Quizá no deba atribuirse al azar que el primer pastor chino de Putian sea hijo de un carpintero.

Al amanecer, unas veinte horas después de la matanza de las palomas blancas de patas emplumadas, en las calles de Hanjiang apareció una paloma negra herida. En su lomo podía verse una fina línea de plumón blanco. Era una «jade con fisura» que intentaba regresar andando a casa del pastor porque tenía una herida en un ala —que ya no era negra, sino rojo oscuro— y no podía volar. La pequeña ave cruzó la calle. A su alrededor, las casas parecían gigantescas. Las primeras luces del día iluminaban el letrero dorado de un hostal. Al lado, un restaurante estaba abriendo sus puertas. Los cocineros encendían el fuego para preparar la cocina, y los empleados recibían las provisiones encargadas el día anterior. Nadie prestó atención a la paloma ni se preguntó cómo se había herido.

La historia de lo ocurrido con las dos palomas negras se supo mucho tiempo después. En cuanto llegó a casa de su familia con las «jade con fisura», He el Quinto, responsable de la matanza de las palomas del pastor, trató de impedir que volaran de nuevo. Pidió a los criados que le trajeran aguja e hilo. Luego sacó a la hembra y, sujetándola con una mano, empezó a coserle las plumas de la cola... Ya estaba a punto de hacer el nudo cuando el macho, al ver que la jaula estaba mal cerrada, se escapó y se arrojó sobre él, que no tuvo tiempo de reaccionar y recibió un picotazo en un ojo. En el acto las dos palomas alzaron el vuelo; sin embargo, instantes después, cuando aún no se habían alejado demasiado, el macho vio relucir el cañón de una escopeta de caza. Cerrando el ojo herido, He el Quinto apuntó y disparó. Se oyó una detonación y el macho cayó al suelo herido de muerte. Con el

segundo disparo, la hembra vio que brotaba sangre de una de sus alas, como un espeso jugo rojo oscuro.

En Putian, durante muchos días, sólo se hablaba de la superviviente. ¿Cómo había podido atravesar una llanura de casi diez kilómetros y cruzar el ancho cauce del río Mulan, que había crecido e inundado ambas orillas, con un ala inutilizada?

¿Acaso había llegado arrastrándose hasta Hanjiang?

Nadie lo sabía, pero algunos testigos aseguraban haberla visto brincando por una cuesta de la ciudad.

La paloma avanzó lentamente por el laberinto de estrechas callejas, torciendo ahora a la derecha, ahora a la izquierda, sin perderse una sola vez. Entró en el mercado, donde las mujeres estaban haciendo la compra con las primeras luces. Pero en aquel sitio bullicioso, lleno de campesinas cargadas con cestas de verduras y ancianas cojeando sobre sus pies vendados, nadie se fijó en la pequeña ave herida que se arrastraba en la penumbra.

Y finalmente llegó a su destino: la residencia del pastor.

El portón estaba entreabierto. La cocinera se había olvidado de cerrarlo al salir.

En el patio, el fuego se había apagado, pero las cenizas del palomar todavía humeaban. En el aire flotaba el olor a quemado y las losas de piedra seguían manchadas de sangre.

Deshidratada por el largo periplo, la paloma buscó agua, pero no la encontró. Le costaba respirar en la sofocante atmósfera del patio, así que se dirigió al oratorio.

Entró en la sala, donde reinaba la oscuridad, salvo en una recámara situada detrás del estrado en el que el pastor pronunciaba sus sermones. Yong Sheng se encontraba dentro.

Estaba tendido boca abajo en el suelo, con los brazos extendidos hacia delante.

Unas horas antes, tras abandonar la habitación del pastor, había sentido la necesidad de reflexionar sobre su futuro. ¿Estudiaría en la Facultad de Teología y se haría pastor? No lo sabía, pero, movido por un impulso, había entrado en la sala de oración y avanzado a tientas hasta la puerta, antaño deslizante y ahora condenada, que ocultaba la

capilla de Mary. Sintió que volvía a convertirse en ese niño de cinco años. Cuando la paloma entró, Yong Sheng llevaba un rato rezando tumbado en el suelo y, al oír sus pisadas, se incorporó. Alzó la lámpara de petróleo del suelo, protegiendo la llama con la otra mano, y el resplandor hizo que sus dedos parecieran transparentes.

La luz también iluminó la estatua de madera del crucificado, cuya sombra se alargó hasta cubrir la cabeza de la paloma. Cuando el joven levantó un poco más la lámpara, el rostro de Jesús —su frente, su nariz, sus labios— se llenó de luz.

La paloma avanzó hasta colocarse delante de la estatua, que parecía contemplar a contraluz.

—Gracias por enviarme esta paloma herida como señal —le dijo Yong Sheng a Jesús.

Y todos los rayos de luz convergieron en el gran clavo que atravesaba los pies del Salvador, o más bien fueron absorbidos por él. Un clavo con la cabeza tallada con buril, con finas líneas, como si estuviera envuelta en una red.

—Señor, quiero dedicar mi vida a servirte como pastor —murmuró el joven.

7

La Facultad de Teología

El huevo salado en la mano de Yong Sheng se iluminó con la luz de la mañana, que entraba por la ventana y las grietas en las paredes de madera del vagón.

De niño le contaron una historia. El cosmos era como un huevo: la clara representaba la atmósfera y la yema, la tierra. Con una aguja enhebrada de tres centímetros, Yong Sheng perforó la cáscara del huevo. Notó el momento en que la punta entraba en la yema, más densa que la clara. La aguja atravesó el centro de la tierra y arrastró el hilo hasta sacarlo por el otro lado.

Después de haber cruzado el cosmos, la hebra estaba impregnada de minúsculas partículas —restos dorados de huevo—, que Yong Sheng lamió con la punta de la lengua. Sus papilas notaron un sabor salado, con un regusto a huevo, que le entonó el cuerpo.

Sacó del hatillo un bollo al vapor, reseco y frío, y le dio un mordisco, que crujió entre sus dientes como un guijarro, rascándole la lengua y el paladar. De nuevo hizo entrar con cuidado la aguja en el huevo, ya lleno de agujeros, y las partículas que recogió lo ayudaron a tragarse el pedazo de pan endurecido. «Dentro de unos años les contaré a mis hijos que tardé un mes en cruzar el país para ir a estudiar a la Facultad de Teología de Nankín y que lo hice con un solo huevo salado», pensó Yong Sheng.

El silbato de la locomotora soltaba largos quejidos, las ruedas golpeaban sordamente los raíles, el vagón se estremecía. No era un tren de pasajeros, sino un sucio y polvoriento mercancías que traqueteaba como un montón de chatarra desvencijada, con sus innumerables tornillos, bulones, tuercas y remaches amenazando con

soltarse a cada bandazo. El armazón metálico del vagón se bamboleaba y, entre el montón de seres humanos que yacían tumbados en el suelo, habría sido imposible decir quién era hombre y quién mujer. Apenas se distinguían sus siluetas entre las maletas, los gallos, los pollos y los patos, atados dentro de cestos, que se balanceaban al salvaje ritmo del hierro y el acero.

Era finales de noviembre y el sol tardaba en alzarse. Los nombres de pueblos y ciudades pintados en carteles de madera blanca aparecían regularmente. El tren avanzaba hacia el norte por una vía férrea construida hacía poco. Yingtan, Jinhua... Nombres que daban paso a otros nombres. Por la ventana se veían templos quemados, alambradas, campos abandonados y canales de riego que se cruzaban en los arrozales, desiertos como una inmensa telaraña gris. Después de ingerir su exiguo desayuno, Yong Sheng sentía que la sangre volvía a circular por sus venas, e iba leyendo los nombres de los lugares por los que pasaban, cuya sonoridad le evocaba los poemas de la dinastía Tang: Jiading, Hangzhou, Suzhou, Zhenjiang, Wuyi, Changzhou... Todavía no visualizaba ciudades llenas de tranvías y coches, cines y tiendas. Sólo eran palabras, simples ideogramas compuestos por trazos diversos, sin un significado particular, sólo nombres que desfilaban ante sus ojos de camino a la Facultad de Teología de Jinling, en la ciudad de Nankín.

El tren tenía un largo trayecto por delante. Por la noche, con el viento glacial colándose por la ventana y las grietas de las paredes del vagón, la sensación de frío era paralizante. A la izquierda de Yong Sheng, sentado en el suelo, había un adivino. Tenía las cejas pobladas y el pelo ralo y dividido en tres grandes mechones, uno en medio y los otros a los lados. Había subido al tren en una pequeña estación y, nada más entrar en el vagón, se había dedicado a decir la buena ventura a todo el que lo deseaba a cambio de unas monedas. Llevaba un capote militar que le quedaba grande; probablemente de un soldado estadounidense. O, al menos, eso imaginó Yong Sheng, porque le había visto uno igual al pastor Gu, aunque el del adivino tenía una capucha un poco puntiaguda. Cuando apretaba el frío, antes del amanecer, el adivino se arrebujaba en el capote y su cabeza

desaparecía dentro de la capucha; apenas se le veían los ojos. Parecía un saco olvidado al lado de Yong Sheng.

—No tardaremos en llegar a Nankín. ¿Quieres que te adivine el futuro?

—No tengo dinero —respondió el joven con una sonrisa.

—Entonces lo haré gratis.

El hombre sacó un dado del tamaño de un dedal, similar a los que se usan en el mahjong para determinar el orden de los jugadores, aunque en sus caras no había ni puntos ni números, sino trigramas negros formados por trazos enteros o quebrados que, si se juntaban, componían los sesenta y cuatro hexagramas del I Ching.

—Es un dado especial para predecir la suerte; tiene dibujados los ocho trigramas —explicó.

Le pidió que pensara en lo que más le importaba y que luego cogiera el dado, lo lanzara y lo dejara rodar por el suelo. Cuando se detuviera, interpretaría el signo grabado en la cara superior.

Yong Sheng apartó su hatillo y, muy serio, quitó el polvo de delante, soplando con fuerza sobre el suelo, como si la más mínima mota pudiera alterar el vaticinio del adivino.

Luego cogió el dado con mucho respeto, lo agitó entre las manos y, conteniendo la respiración, pensó con todas sus fuerzas en la criatura que se estaba formando en el vientre de su mujer. Sus labios se movieron ligeramente.

—Dios mío, dime si mi hijo vendrá al mundo sin contratiempos —murmuró haciendo rodar el dado entre sus palmas, húmedas de sudor.

Lo agitó con fuerza una, dos veces… Y a punto de soltar el dado, se frenó y se lo devolvió al adivino. Su rostro, lleno de bondad, adoptó una expresión casi infantil.

—Lo siento, dentro de un año seré pastor, y los cristianos sólo podemos creer en la palabra de Dios.

En una habitación de nueve metros cuadrados dormían ocho alumnos en cuatro literas. El dormitorio no estaba dentro de la facultad, sino en la calle Hongwu, en una antigua fábrica de salsa de soja cuyo patio

trasero seguía atestado de grandes tinajas de barro, algunas rotas y otras intactas. Con los años, la salsa de soja se había cubierto de una espesa capa negruzca y agrietada que parecía queso seco, y su hedor penetraba en las fosas nasales de los alumnos cuando el viento soplaba del norte. La Facultad de Teología había comprado el edificio situado delante de aquel patio y lo había transformado en dormitorio para sus estudiantes.

Los que procedían de la provincia de Fujian, sin importar el distrito, tenían, en general, fama de trabajadores. En la pared de al lado de su cama, Yong Sheng había clavado una hoja con este pasaje de los Proverbios:

Ve a la hormiga, oh, perezoso,
mira sus caminos, y sé sabio;
la cual no teniendo capitán,
ni gobernador, ni señor,
prepara en el verano su comida,
y recoge en el tiempo de la siega su mantenimiento.
Perezoso, ¿hasta cuándo has de dormir?
¿Cuándo te levantarás de tu sueño?
Un poco de sueño, un poco de dormitar,
y cruzar por un poco las manos para reposo:
Así vendrá tu necesidad como caminante,
y tu pobreza como hombre armado.

Comparada con la inmensa biblioteca universitaria, que presumía de albergar cuarenta mil obras, la del barrio sur de Jinling no era más que un lugar de lectura para uso de alumnos y profesores de la Facultad de Teología y del Departamento de Filosofía. Construida en torno a un patio redondo, era un edificio de dos pisos con veinte salas en cuyos anaqueles de madera se conservaban, además de obras en chino con las cubiertas cosidas, algunas ediciones raras, así como numerosos originales en japonés, inglés, francés o alemán. Sólo unos pocos ejemplares contenían ilustraciones, entre ellos, un volumen de los *Cuadernos* de Leonardo da Vinci. Yong Sheng iba allí todos los días, incluso dos veces al día, para consultar libros o conversar con Xiao

Ming, un empleado de la biblioteca que muchos años después se consideraría que había cambiado el destino del joven. Yong Sheng nunca olvidaba visitar su estantería favorita, la de los *Cuadernos* de Leonardo, donde no se cansaba de observar, como habría hecho con un objeto sagrado, un dibujo titulado «Estudio anatómico del feto en el útero».

Un día un profesor les mostró un mapamundi dibujado en una hoja de papel vegetal y, al salir de clase, Yong Sheng le preguntó si podía regalárselo. Esa misma tarde, aunque soplaba un viento espantoso, fue a la biblioteca, donde se pasó horas copiando el dibujo de Leonardo encima de los deltas, los ríos, las montañas, las llanuras y las ciudades. Poco a poco, empezó a aparecer el croquis de un útero seccionado, como un globo partido por la mitad, y resultaba difícil decir si era totalmente redondo o un poco ovalado. A diferencia del de los demás mamíferos, que comprendía dos cavidades, el útero humano dibujado por Leonardo sólo tenía una, que Yong Sheng reprodujo minuciosamente con lápiz negro, sin hacer sombreados. El dibujo se parecía mucho al plano de una máquina de los comienzos de la industria, porque Leonardo había empleado el mismo método que los ingenieros para representar las perspectivas tridimensionales. El contorno del globo presentaba un trazado perfecto, que se prolongaba, se curvaba y se redondeaba. El pintor había plasmado el efecto de corte utilizando una mina más gruesa. Yong Sheng se esforzó cuanto pudo en respetar las líneas finas y los trazos carbonosos del original, que con tanta delicadeza transmitían la cálida realidad de los músculos intrauterinos.

Luego abandonó el dibujo lineal y empleó el método del claroscuro para reproducir con todo detalle las tres membranas fetales en las que estaba envuelto el feto, semejantes a tres bolsas de cuero abombadas. Empezó dibujando la más exterior, el amnios, cuyos pliegues, repliegues, sinuosidades y huecos había plasmado Leonardo con gran exactitud. La segunda —el corion—, directamente unida a la membrana interna del útero, le exigió más tiempo y concentración. Afiló la punta del lápiz para representar en gris claro las numerosas capas que la formaban, cada una de las cuales estaba cubierta de unas

vellosidades extraordinariamente delgadas y casi imperceptibles —como los pétalos de los crisantemos jóvenes—, que absorbían las secreciones de la membrana interna del útero. El feto le recordaba a una estatuilla, o más bien a uno de los altorrelieves griegos que había visto en los libros de historia, como si Leonardo lo hubiera recortado e incrustado en el dibujo del útero. Siguiendo al maestro, no olvidó ni las sombras realistas en los músculos del feto ni las venas de ciertas partes de su cuerpo, que ocupaba todo el espacio de la matriz.

El feto aparecía sentado y de perfil, hecho un ovillo, con la cabeza entre las rodillas, de modo que no era posible verle la cara. Quizá estuviera sumido en un sueño anterior a la creación del mundo. Lo que más despertaba su curiosidad, sin embargo, era su cabeza calva, de un tamaño inesperado, puesto que representaba aproximadamente un tercio del cuerpo. Dada la postura, sus partes íntimas no se veían, así que no se sabía su sexo. Yong Sheng dibujó las curvas perfectas de aquel cuerpo diminuto, bajo cuya piel se adivinaban las costillas y los huesos. Los trazos eran tan delicados que casi permitían percibir las primeras vibraciones de la vida. La ejecución del antebrazo derecho, posado sobre el muslo del mismo lado, le exigió aún más esfuerzo, ya que tenía que mostrar el entramado de la circulación sanguínea, que, como una red sutilmente tejida o como las menudas radículas de una joven planta de aquilaria, descendía sinuosamente bajo la fina piel hasta la mano. Primero trazó las líneas de las arterias y las venas con un lápiz de punta dura, y luego representó el efecto de la circulación de la sangre con tiza grasa. Las venas se dividían en numerosos vasos, finos como cabellos, que irrigaban los dedos hasta las puntas. Si se observaba la mano con atención, se advertía que el color de las puntas de los dedos era un poco más acentuado, como para señalar la palpitación sanguínea con un ligero rubor.

Bajo su copia del dibujo de Leonardo, Yong Sheng escribió unas frases de las *Charlas de sobremesa* de Lutero, que había estudiado en clase:

> ¿Quién pudo haberle dado a Dios la idea de crear a los machos y a las hembras para unirlos? Al hombre le dio a la mujer, que tiene dos mamas en el pecho y una pequeña hendidura entre las piernas. Poned ahí una gotita de simiente humana, y

de ella nacerá un cuerpo tan grande como éste; esa insignificante gotita se transformará en carne, sangre, huesos, nervios, piel…

Cuando terminó de copiar el pasaje, no quedó del todo satisfecho, porque no acababa de expresar lo que él sentía. Aquel feto dibujado de forma tan misteriosa por Leonardo lo conectaba con la creación divina. Antes de eso, la pequeña vida que crecía en el vientre de su mujer era para él una nebulosa.

Ahora, en cambio, era una criatura de Dios, un sol que iluminaba su corazón.

Sentía que, gracias a aquel niño, se había convertido en un elegido de Dios. Así que borró el texto de Lutero de la hoja de papel transparente y, lleno de gratitud, lo sustituyó por un pasaje del Génesis:

Y dijo Dios: «Sea la luz»; y fue la luz. Y vio Dios que la luz era buena […] Y dijo Dios: «Júntense las aguas que están debajo de los cielos en un lugar, y descúbrase lo seco.» Y fue así. Y llamó Dios a lo seco Tierra, y a la reunión de las aguas llamó Mares. Y vio Dios que era bueno. […] Y dijo Dios: «Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza.»

Dejó el lápiz y contempló su dibujo detenidamente. En lo más profundo de su ser, estaba convencido de que ninguna obra humana podía alcanzar tal perfección, y que por tanto aquello sólo podía ser una creación de Dios.

Mientras acababa de escribir el pasaje del Génesis que había elegido, sintió también que ningún hombre habría podido hablar así, y que sólo Dios era capaz de hacerlo, así que añadió:

Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera.

«Ésta es mi profesión de fe», pensó Yong Sheng.

A partir de ese día, la copia del dibujo de Leonardo da Vinci que había realizado sobre un mapamundi lo acompañó a todas partes, como las fotos de sus hijos que los padres llevan en la cartera, aunque él no tuviera cartera, porque apenas tenía dinero. La llevaba en el

bolsillo de la camisa, y a través de su fina tela le parecía sentir al feto palpitando contra su pecho.

Con el tiempo, aquella hoja, que no se cansaba de desdoblar y volver a doblar, se manchó de sudor durante los exámenes de arameo y latín, y sobre todo durante su primer sermón, porque ese día el pecho le chorreó como un estanque helado cuando vuelve el calor.

Todas esas manchas de sudor, acumuladas durante su aprendizaje, se juntaban en ciertos sitios y a veces se superponían, enriqueciendo su dibujo con distintos matices de suciedad.

El primer día de cada mes, los estudiantes más pobres cobraban la beca que les concedía la Facultad de Teología. La más cuantiosa era la suya: dos piastras de plata. Usaba la mitad para sus gastos personales y enviaba el resto a su mujer, que se había quedado en su provincia.

La primera vez que fue a correos a mandar un giro era febrero. El final del invierno estaba cerca, pero en Nankín, cuando el viento del norte te soplaba en la cara, tenías la sensación de que te estaban apuñalando. Aquel viento espantoso te atravesaba la ropa y te helaba todo el cuerpo. Aunque Yong Sheng había salido antes de la hora de comer, en aquella época del año oscurecía muy pronto, y para él, que aún no conocía bien la ciudad, orientarse en la compleja red de bulevares, calles y callejas que se cruzaban, se desviaban y se entremezclaban era mucho más complicado que durante el día. En aquella inmensa ciudad, sólo había cuatro oficinas de correos: Xinjiekou, Zhonghuamen, Ninghailu y Xiaoximen. Afortunadamente, su amigo Xiao Ming le había dibujado un itinerario muy detallado.

La calle Hongwu, donde estaba su dormitorio, era una calle llana que, antes de la proclamación de la República, se llamaba Lujikang, «calleja de la concubina Lu», en honor a la concubina favorita del emperador Jiaqing, de la dinastía Qing, que había vivido en ella. También la llamaban «calleja de la Joven Belleza». Yong Sheng la recorrió en dirección sur hasta un río atravesado por un puente de piedra en el que crecían árboles. Según los comentarios que Xiao Ming había añadido al itinerario, aquella corriente de agua se llamaba «río

de los Fosos del Norte» durante la dinastía de los Tang del Sur. Pero, aunque los antiguos fosos aún existían, en el cauce ya no había más que barro negro, y el puente estaba tan hundido en el suelo que su tablero se encontraba al mismo nivel que la calle.

Tras cruzar el puente, siempre en dirección sur, llegó al lugar donde en otros tiempos se alzaba el palacio imperial de los Tang del Sur, sustituido ahora por humildes talleres de artesanos, que aún trabajaban a la luz de lámparas de petróleo colgadas de los aleros: los herreros golpeaban el hierro, y los ebanistas, con el pelo revuelto, serraban tableros mientras sus costillas subían y bajaban al ritmo de su respiración. En una fábrica de aceite, un pequeño asno hacía girar un molino de piedra... Tras los talleres venían los huertos, inundados debido a los aguaceros de los días anteriores, que habían desbordado los canales de riego. El agua había llegado hasta la calle y formado enormes charcos. Yong Sheng avanzó saltando entre ellos como un niño que vuelve contento de la escuela.

Al principio de la calle Zhuque, los huertos dieron paso a callejas oscuras, tan estrechas que era imposible circular en coche por ellas. Yong Sheng corrió por una de ellas hasta quedarse sin aliento y descubrió, al detenerse para consultar el plano, que estaba precisamente en la «calleja del Traje Negro», la más famosa del recorrido. Aun así, pese a las anotaciones de Xiao Ming, no vio suntuosos portones pintados de rojo que vedaran el acceso a casas de personajes ilustres. Aparte de un patio, que casi le pasó desapercibido, la calleja parecía habitada más bien por familias humildes. La calzada era tan estrecha que, cuando oía el timbre de un *rickshaw*, tenía que pegarse a la pared para dejarlo pasar.

Por fin llegó a una calle muy animada, la Sanyuanjie, en la que se alzaba el templo de Confucio, a cuyo alrededor se apretujaba una densa muchedumbre. Yong Sheng se conformó con echar un vistazo sin mezclarse con la gente: era una especie de pabellón más bien oscuro donde una multitud de velas encendidas envolvía en espeso humo una estatua de Confucio. A lo largo de la calleja, los *rickshaws* iban y venían acompañados por el tintineo de las campanillas que colgaban bajo sus toldillos. Del interior de las tiendas de comida para

llevar, en las que colgaban hileras de patos laqueados, salía un aroma de lo más tentador, y las voces de los vendedores, que animaban a probar los panecillos o los huevos salados, resonaban en los oídos de Yong Sheng como un murmullo amigo.

Nunca en su vida había visto un barrio como aquél, y sin duda habría podido divertirse un poco con la moneda de plata que llevaba en el bolsillo, aunque sólo fuera para satisfacer su curiosidad. Pero en vez de detenerse en alguno de aquellos establecimientos, avivó el paso, espoleado por la ilusión de enviar dinero a su familia por primera vez. Si de vez en cuando lo aflojaba, sólo era para leer el nombre de las calles en los letreros. De pronto sintió que el hilo invisible de una cometa que flotaba en el cielo tiraba de él y lo hacía cruzar a la carrera la famosa «calle de los Exámenes» y sortear rápidamente la calle Zhujiang, la arteria más animada de la ciudad. Ese hilo invisible, más largo que el río Qinhuan, más hermoso que el templo de Confucio y más extenso que la ciudad de Nankín, era la pequeña vida que crecía en el vientre de su mujer.

La oficina de correos de Xinjiekou estaba situada en un largo bulevar flanqueado por tiendas que cerraban tarde y aún estaban iluminadas. Enfrente de la oficina, se alzaban unos grandes almacenes extranjeros que hacían parecer tan insignificante el edificio de correos que estuvo a punto de pasar de largo frente a él. Cuando empujó la puerta, el sitio le encantó. Un empleado, subido a una alta escalera de mano, estaba cambiando una bombilla. En el centro de la sala, una estufa difundía una luz suave y tamizada, y Yong Sheng tuvo la sensación de reencontrarse con el calor de su hogar.

En el aire flotaba el olor al engrudo que emanaba de la mesa reservada a los clientes (utilizaban la pequeña brocha que tenían a su disposición para pegar los sobres y los sellos y el tablero quedaba totalmente salpicado de cola de harina). A la izquierda de la puerta, en una vitrina cerrada con candado se exponían sellos de países extranjeros. Incluso a varios metros de distancia, Yong Sheng podía percibir el aroma a tierras lejanas. «¡Dios mío, cuántos países hay en el mundo!», se dijo. Algunos de los nombres que figuraban en los sellos ni siquiera le sonaban.

Sentados tras un mostrador, dos empleados trabajaban a la luz de una vela metida en el cuello de una botella (la bombilla recién cambiada tampoco se encendía, así que habían tenido que recurrir a la vela, que proyectaba las sombras de sus cabezas en la pared de detrás). Uno estampillaba una pila de correspondencia mientras el otro rellenaba el giro de Yong Sheng.

—En el espacio en blanco puede escribir una nota para el destinatario —le dijo el hombre—. En la mesa tiene una pluma a su disposición.

Yong Sheng cogió la pluma, dispuesto a escribir «Come bien, hazlo por nuestro futuro hijo» o una frase por el estilo, pero se acordó de que su mujer era analfabeta. Así que se limitó a dibujar una cruz, para simbolizar la firma de un futuro pastor.

Para su primera arenga evangélica, una prueba a la que debían someterse todos los alumnos de la Facultad de Teología, Yong Sheng eligió el sermón de la Montaña, tal como aparece en los capítulos 5 a 7 del Evangelio de san Mateo. En realidad, la mayoría de sus compañeros escogían este texto, porque la primera generación de teólogos cristianos chinos veía en este sermón la esencia del pensamiento cristológico.

Como era la primera vez que predicaba, se centró en el tercer versículo del quinto capítulo: «Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos.» Imitando al pastor Gu de Putian, su tierra natal, estuvo redactando borradores hasta que se le nubló la vista y ya no distinguía las palabras. Luego entregó la versión definitiva al profesor que supervisaba su trabajo, un misionero alemán llamado Adams.

Al día siguiente, el alemán entró en el aula con un pañuelo de seda verde anudado alrededor del cuello y el pelo entrecano cuidadosamente peinado. Tenía la frente estrecha y unos labios que se alzaban en las comisuras. Con desprecio, cogió el texto de Yong Sheng con dos dedos y lo agitó ante los alumnos como si estuviera manchado con apestosos excrementos de perro.

—Podéis hacer un agujero en el patio, delante del aula, y enterrar esta porquería en él —dijo. Un pesado silencio se abatió sobre la sala. Yong Sheng estaba tan avergonzado que le habría gustado volatilizarse en el aire—. ¿Bienaventurados los pobres? —continuó el alemán—. ¡Si no sabe hebreo, podría haber consultado la versión latina! ¿No ha ido a clase de latín? ¡Lo que dice el texto bíblico es «Bienaventurados los pobres de espíritu»!

Esa noche Yong Sheng se despertó empapado en sudor. Recordó la escena y lloró de humillación.

Al día siguiente eligió la Epístola a los Corintios como tema para su sermón:

> Si yo hablara lenguas humanas y angélicas, y no tengo caridad, vengo a ser como metal que resuena o címbalo que retiñe.

Imaginó la escena muchas veces: una cortina separaba a los hombres de las mujeres, y él, de pie en el estrado, comentaba aquel pasaje del Nuevo Testamento, que siempre le había gustado, con una voz llena de amor a Dios:

> Y ahora permanecen la fe, la esperanza y la caridad, estas tres; pero la mayor de ellas es la caridad.

En el momento en que pronunciara la palabra «amor», volvería la cabeza hacia el misionero Adams y le lanzaría una mirada llena de desprecio. Y no contento con eso, alzaría las comisuras de los labios como él y añadiría: «¿Cómo vas a entender a Cristo tú, que no entiendes el significado de la palabra “amor”?»

La sala de oración del templo estaba temporalmente cerrada por obras, así que pronunció el sermón en el gran salón de actos de la facultad, construido por los jesuitas franceses en el siglo xvii. Ocupada por el ejército rebelde de los Taiping a mediados de la dinastía Qing, había sido en esa época la sala de recepción de Hong Qiuquan, jefe de los rebeldes. Ahora sólo una vidriera recordaba que antaño había sido un lugar de culto católico. Cuando subió al estrado, quedó envuelto en la difusa luz que atravesaba la vidriera y, por difracción, formaba una

suave nebulosa encima de él.

De pie ante el atril, se sintió como un actor de teatro que, una vez en el escenario, se da cuenta de que ha olvidado el texto y los diálogos, pese a haberlos repetido muchas veces hasta sabérselos de memoria. Peor aún: era un actor aquejado de amnesia que ya no se acordaba de que era actor y se preguntaba: «¿Qué hago yo aquí?»

En ese momento, vio al misionero Adams, sentado en primera fila.

Trató de recordar las palabras de san Pablo, pero fue en vano. Ahora la Biblia era para él como una antigua ciudad desconocida, igual que Nankín, donde se perdía cada vez que tenía que recorrer las tortuosas callejuelas que llevaban a correos para mandar un giro a su familia. Extraviado en aquella inmensa ciudad, por algunos de cuyos callejones no podían pasar dos personas a la vez, oía las campanillas de los *rickshaws* rompiendo el silencio. Si echaba a correr, el tintineo desaparecía... Del mismo modo, las frases bíblicas, con sus palabras y su sintaxis, no eran más que signos que desaparecían unos tras otros en la niebla.

A veces, como un farol encendido en un cruce de calles, una parábola parpadeaba en su mente para luego apagarse enseguida.

De pronto, ante sus ojos surgieron imágenes de destrucción, de la venganza de un dios que castigaba a los hombres con inundaciones, hambrunas, epidemias y crímenes, con el único fin de mostrar su omnipotencia a sus criaturas.

Alzó los ojos para contemplar la luz que descendía de la vidriera, donde las relucientes motas de polvo bailaban como finas partículas de estrella, y pensó en Mateo y en aquella otra estrella que habían seguido los Reyes Magos:

> Y ellos, habiendo oído al rey, se fueron; y he aquí la estrella que habían visto en el oriente iba delante de ellos, hasta que llegando, se detuvo sobre donde estaba el niño.

En ese momento se oyó recitando un versículo del Libro de Job que siempre le había emocionado y que consideraba uno de los más hermosos de la Biblia:

Cuando las estrellas del alba juntas alababan, y todos los hijos de Dios daban gritos de gozo.

De pronto, sin saber cómo, brotó de su boca un torrente de palabras sin la menor relación con la Epístola a los Corintios, que debía ser el tema de su sermón, y habló del nacimiento del Niño Jesús.

—El sol aún no había salido. El horizonte era gris y, delante, una extensión igual de gris. —Al pronunciar esas palabras, Yong Sheng veía ante él la inmensidad del mar, en Putian. Hacía frío. La plateada espuma de las olas brillaba en la orilla, pero a lo lejos las aguas eran grises y se fundían con un horizonte gris—. Las siluetas de tres camellos se recortaron en la incierta luz del amanecer —continuó, preguntándose si no había tomado prestada esa frase de una novela suiza traducida del alemán, aunque era posible que el autor fuera él mismo—. A lomos de esos camellos iban tres magos llegados de Oriente para rendir homenaje al futuro rey de los judíos. Alzaron la cabeza y vieron una estrella esmeralda en el cielo. A diferencia de las otras, no estaba inmóvil, sino que avanzaba por el firmamento.

»La siguieron. En el mismo instante, en la ventana rectangular de un destartalado establo, otra persona también vio aparecer la estrella. Era María. El astro era muy pequeño, pero su luz bañaba todo el cobertizo, en especial el pesebre, en el que la joven madre acababa de parir…

Al mencionar el establo y el pesebre, Yong Sheng pensó en el dormitorio de su propia choza, donde su mujer daría a luz, que también tenía una ventana rectangular. Desde luego, lo que aparecería en su ventana no sería una estrella, porque el fenómeno sólo se producía una vez cada varias decenas de miles de años, sino quizá una larga nube pisciforme, que flotaría en el cielo sobre la colina en la que se alzaba su casa.

—Las primeras luces del día teñían el cielo de púrpura —continuó—. Poco a poco, una larga nube negra en forma de pez adquirió un tono marrón claro y, cuando el primer llanto del niño se alzó del pesebre, se tiñó de amarillo anaranjado. Ya era de día. La estrella había desaparecido. Los tres Reyes Magos se fijaron en la nube que flotaba sobre el establo, envuelta en un halo dorado. Las escamas del

pez-nube, cubiertas de relucientes gotas de agua, parecían soltar chispas. Los magos, que sabían interpretar las nubes, comprendieron que habían llegado. Los rayos del sol iluminaban un viejo templo, cuyo deteriorado portal en forma de arco se hundía en la tierra. Ante el edificio en ruinas se alzaba un olivo…

En realidad, lo que había aparecido ante sus ojos era la gran aquilaria que habían plantado sus padres frente a la puerta de su choza el día de su nacimiento. Incluso le pareció ver a su mujer sentada en una piedra a la sombra de sus ramas con su hijo en los brazos.

—Nunca he visto un olivo —continuó Yong Sheng—, sólo el dibujo de una rama en un libro en el que estaba representada el arca de Noé, un gran barco de tres pisos. Una paloma la sostenía en el pico, encima de las olas.

»María, que había abandonado el establo, estaba sentada en una roca con el pequeño Jesús en los brazos. Una sonrisa casi tímida iluminaba su dulce rostro. Vio unos camellos avanzando hacia ella envueltos en una nube de polvo. Para su sorpresa, se detuvieron al llegar a su altura. Tres ancianos con aspecto de sabios sacaron de las alforjas de sus monturas varios objetos hechos de marfil, granates y esmeraldas, en los que había oro, incienso y mirra, y los depositaron a los pies del niño. Luego rodearon al recién nacido. Parecían cansados. Seguramente habían leído muchos libros (llevaban milenios de conocimiento humano grabado en el cerebro e impreso en cada arruga de su rostro, como una pesada carga). De tanto leer se les había debilitado la vista, así que tuvieron que inclinarse hacia la criatura para contemplar aquel milagro, el más grande de toda la historia de la Humanidad, sin duda alguna: Dios hecho hombre. Incluso habían oído decir que un día hablaría a sus discípulos del siguiente modo…

En ese instante, Yong Sheng se acordó de un pasaje del Evangelio de san Mateo:

> En aquella hora vinieron los discípulos a Jesús, diciendo: «¿Quién es el mayor en el reino de los cielos?» Y llamando Jesús a un niño, lo puso en medio de ellos, y dijo: «De cierto os digo: “Si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Cualquiera, pues, que se humillare como este niño, ése es el

mayor en el reino de los cielos. Y cualquiera que recibiere en mi nombre a un niño como éste, a mí me recibe.”»

El misionero Adams le puso una A por aquel sermón y luego lo convocó a su despacho. Después de tantos años dedicados al estudio de la Biblia, sabía que preparar un sermón en tan poco tiempo no era tarea fácil, y quería saber por qué su joven alumno había descartado su tema inicial, el Sermón de la Montaña. Yong Sheng consiguió dominarse y no dijo una palabra sobre su humillación del día anterior. Sencillamente, reconoció que había improvisado el sermón y que debía su inspiración al hecho de que también él estaba esperando un hijo.

Era la tercera semana de junio, y su mujer se había quedado embarazada en agosto, cuando sustituía a la cocinera del pastor Gu. Por tanto, era posible que, mientras él pronunciaba su sermón, su hijo hubiera venido al mundo en la región de Fujian.

El misionero Adams lo escuchó maravillado. Cuando además oyó que había cruzado la mitad del país para ir a estudiar allí sin más comida que un huevo salado, se golpeó la frente con la mano, lleno de admiración, y le prometió que haría una colecta entre los profesores para que pudiera volver a su tierra y conocer a su hijo.

Unos días después fue convocado al despacho del decano mientras estaba en clase. Abandonó el aula hecho un manojo de nervios, convencido de que iban a autorizarlo a regresar temporalmente a Jiangkou, gracias a la intervención del misionero alemán.

Dado que el programa intensivo que seguía en Nankín concentraba cuatro años de estudios de teología en un curso de diez meses —de abril a enero—, cualquier ausencia, por breve que fuera, era irrecuperable. No había vacaciones de verano ni de invierno, y en general no se concedían permisos por motivos personales.

La secretaria del decano, que había llegado a la edad de la jubilación, dormitaba en su despacho. Llevaba gafas de culo de botella y una línea de vello asomaba sobre su labio superior. Cuando Yong Sheng le dijo su nombre, la mujer rebuscó en el archivador donde

guardaban los expedientes de los alumnos, pero no encontró nada.

Buscó en otro armario, hasta que, sin decir nada, salió del despacho.

Minutos después, la secretaria volvió empujando un carrito, y Yong Sheng comprendió que el motivo de la convocatoria no era su regreso a Fujian.

Sobre el carrito había un paquete que por lo visto, según le dijo ella, era del pastor Gu. Hacía dos meses que la enfermedad se lo había llevado de este mundo. En su testamento, el pastor había pedido a la Iglesia que entregara algunos objetos al antiguo encargado del cuidado de sus palomas: un viejo capote del ejército estadounidense; la edición china de la Biblia, provista de una transcripción en caracteres latinos, que empleaba para preparar sus sermones; un calendario diocesano, en el que figuraban los pasajes bíblicos para el sermón dominical, y un par de zapatos de cuero bastante gastados. La secretaria lo animó a probárselos: incluso se agachó para ayudarle a ponérselos y luego le ató los cordones. Aunque le sobraban más de dos centímetros y tendría que rellenar las puntas con algodón para ir cómodo, decidió que se los pondría todos los días para ir a clase.

En el fondo del paquete, sus dedos tropezaron con un pequeño objeto redondo y duro, y Yong Sheng comprendió en el acto que la paloma negra que le había enviado Dios también había muerto. Antes de abandonar Putian, haciendo gala del talento que había heredado de su padre, estuvo dos días elaborando un silbato con un hueso de lichi, que adornó con exquisitos grabados y ató él mismo a la octava pluma de su ala sana.

En Nankín, ese mes de junio hizo un calor que Yong Sheng no había experimentado jamás. La humedad era insoportable. Todas las tardes Xiao Ming, su amigo de la biblioteca de la facultad, iba a buscarlo con un cubo y una esterilla de fibra vegetal para ir a tomar el fresco a la orilla del río Qinhuai, pero Yong Sheng nunca lo acompañaba. El sitio preferido de Xiao Ming era el delta de Bailuzhou. Una vez allí, cogía agua del río, mojaba la tierra y extendía la esterilla para disfrutar de un poco de frescor hasta el amanecer. Se sabía de memoria multitud

de poemas antiguos, y describía mejor que nadie el paisaje que se veía desde allí: los pequeños pabellones de las cortesanas, fuente de inspiración de los poetas, que les habían dedicado sus más bellas canciones de amor; las famosas barcas de las prostitutas, pintadas con escenas magníficas que nunca comparaba con un crustáceo o un gusano de luz, sino con «un insecto del orden de los coleópteros con el tórax abombado y de color marrón»...

A Yong Sheng, todas esas maravillas lo dejaban indiferente. No se animaba a salir de su diminuta habitación para ir a tomar el fresco a la orilla del río ni siquiera cuando el calor era tan sofocante que veía borroso y su cuerpo parecía derretirse en una grasa pegajosa. Junio dio paso a julio sin que hubiera recibido ninguna carta de su familia. Seguía sin saber si tenía un hijo o una hija.

No podía culpar a su mujer. ¿Cómo iba a escribirle, si era analfabeta?

Llegó agosto, que tampoco le trajo noticias. Cuando fue a mandar el giro, en el espacio del impreso reservado a la nota para el destinatario dibujó un gran signo de interrogación que quedó sin respuesta. Como ya no podía aguantar más, le escribió una carta a su padre —el único miembro de su familia que sabía leer y escribir— pidiéndole que fuera a Jiangkou. Conocía la tacañería del carpintero, aun así añadió: «Gasta un poco de dinero y mándame un telegrama en cuanto llegues para que al fin me entere del sexo de mi hijo, porque en la biblioteca de la facultad he encontrado un libro titulado *Ciencia de los nombres* en el que me gustaría buscarle el más apropiado.»

Xiao Ming estaba a punto de marcharse. Él también había sido un alumno brillante de la Facultad de Teología y figuraba entre los primeros pastores chinos que la institución se disponía a ofrecer al país. Pertenecía a una rica familia protestante de Suzhou muy bien relacionada. Poseía un extraordinario talento natural para la oratoria, y el decano había llegado a decir que era un regalo de Dios tenerlo como estudiante. Sin embargo, había participado en una protesta estudiantil contra los japoneses —que en esa época ya habían ocupado Manchuria—, y durante los enfrentamientos entre los manifestantes y la policía había herido a un agente, delito por el que había sido

detenido y encarcelado. En la refriega, otro policía lo había golpeado en la cara con el sable y le había dejado una gran cicatriz desde la comisura de los labios hasta la oreja izquierda. Como casi todos los intelectuales de la época, Xiao Ming lucía un pequeño bigote que, desde aquel incidente, estuvo atravesado por el feo costurón. Utilizando su influencia, su familia había conseguido que lo liberaran, aunque su futura carrera como pastor estaba arruinada. Por este motivo, el decano de la facultad, que valoraba su talento, le había permitido trabajar en la biblioteca. Sin embargo, el sablazo del policía montado había cortado de cuajo la fe cristiana que Xiao Ming había heredado de su familia. Ahora la lectura de la Biblia había sido sustituida por la lectura de un texto sagrado de otro tipo, cuyo autor también pertenecía al pueblo elegido en el Antiguo Testamento.

—Mi segundo Moisés hace aún más perfecto el Dios creado por el primero —solía decir.

Se disponía a partir hacia el sur de la provincia de Jiangxi para unirse al Ejército Rojo. Un pariente lejano suyo, Xiao Ke, estaba al frente del Sexto Ejército de Ruta.

La víspera de su marcha hizo un calor asfixiante. El pequeño río al sur de la facultad estaba totalmente seco, y del limo que cubría el lecho emanaba un hedor que emponzoñaba tanto el aire que nadie se atrevía a ir a la biblioteca. Yong Sheng y Xiao Ming buscaron refugio en la orilla del río Qinhuai, pero había gran cantidad de peces muertos y basura flotando en el agua, así que decidieron ir a dar un paseo en barca por el lago Xuanwu.

Yong Sheng estaba de mal humor. En la superficie del lago se veía una especie de película blancuzca, y el aire, extremadamente caliente, tenía una turbiedad nacarada, como en los baños públicos. La madera de la barca, recalentada por el sol de mediodía, le quemaba la piel. Mientras remaba, Xiao Ming hablaba sin parar de sus convicciones políticas, como quien cuenta sus aventuras amorosas sin imaginar ni por un momento que está aburriendo a su oyente, o como quien enseña la foto de su amada, convencido de que todos elogiarán su belleza. De pronto se puso a recitar un pasaje del Evangelio de san Mateo que le parecía el más hermoso de la Biblia:

> Entonces Jesús dijo a sus discípulos: «De cierto os digo que difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos. Y otra vez os digo: es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja que entrar un rico en el reino de Dios.»

Luego pronunció con convicción una frase digna del corazón de un cristiano comunista:

—Jesús odiaba tanto a los ricos que si hubiera nacido en nuestra época sería comunista.

La cicatriz se torció en la comisura de sus labios y, justo en ese instante, la barca chocó ruidosamente contra el pilar de un puente. Con la sacudida, el papel vegetal en el que Yong Sheng había calcado el dibujo de Leonardo se escurrió del bolsillo de su camisa y cayó al agua recalentada, cuyo color lechoso se confundía con el del aire. A partir de ese momento, las manchas de sudor que salpicaban el dibujo se fundieron en un tinte amarillento más uniforme, como la pátina de un cuadro viejo, que lo hizo parecer antiguo.

La carta del carpintero Yong llegó a Nankín a principios de octubre, tres meses antes de que finalizara el curso.

Nada puede cambiar la verdadera naturaleza de un hombre: el padre de Yong Sheng no había querido gastar dinero en un telegrama. En esa época convulsa, con varias provincias meridionales en guerra y los servicios postales paralizados, era una suerte que su carta sólo hubiera tardado dos meses en llegar a su destino.

De hecho, ese día Yong Sheng recibió dos. La primera era una breve misiva de Xiao Ming. Como todas las mañanas, fue a desayunar al comedor de la facultad, donde, tras hacer cola, tendió el cuenco al cocinero. Éste se inclinó sobre una gran tina de madera llena de gachas de maíz y metió el cucharón, que golpeó la pared del recipiente con un ruido sordo. Mientras vertía una ración en el cuenco, el cocinero se sacó del bolsillo del grasiento delantal un papel doblado que le puso discretamente en la mano al tiempo que le cogía el tíquet del comedor.

—De parte de Xiao Ming. Está en Hunan. Quémalo después de leerlo —dijo, y desapareció tras la nube de vapor que ascendía de la tina.

Yong Sheng se tomó el desayuno, sin encontrar un sitio lo bastante discreto para leer el mensaje de su amigo. De camino al aula, se encontró con el bedel Zhang, que le dijo que en conserjería había una carta para él.

—Viene de Fujian.

Yong Sheng corrió hasta la conserjería y, antes de que su corazón y sus pulmones hubieran recuperado el ritmo normal, tenía la carta de su padre en las manos.

En el sobre, su nombre y dirección estaban escritos con pincel. Los trazos, bastante torpes y, en algunos puntos, casi infantiles, parecían hechos con un pincel de mala calidad al que además le faltaban pelos.

La carta constaba de dos párrafos.

Cuarenta y nueve caracteres.

Cinco líneas verticales: la primera tenía doce palabras; la segunda, nueve; la tercera, dieciséis; la cuarta, once, y la quinta, sólo una.

Yong Sheng, inmóvil junto a la puerta de la conserjería, ya no sabía cuántas veces había leído la carta. Pasaron tres minutos, diez, treinta... y seguía de pie en el mismo sitio.

O más bien parecía estar de pie, porque, en realidad, como las piernas ya no lo aguantaban, estaba apoyado en la pared.

Por fin levantó un momento la cabeza y se dio cuenta de que un velo negro había cubierto el sol de Nankín.

No podía dejar de leer la carta de manera compulsiva, pero lo que leía no eran sólo los cuarenta y nueve caracteres, sino el fracaso de su vida. Cuando el cordel que ata un saco de trigo se suelta, los granos se desparraman por el suelo. Con los seres humanos ocurre lo mismo. Sus sentimientos —sus deseos, sus pasiones, sus contradicciones, sus instintos, su bondad, su orgullo, sus celos, todos los elementos que constituyen su identidad— forman el contenido de un saco de piel cerrado por una cuerda invisible. Ese día, el nudo que cerraba el suyo se rompió de golpe.

El río rugía a sus pies.

Estaba en lo alto del peñasco de las Golondrinas.

Unos meses antes había ido allí con Xiao Ming. Juntos habían escalado aquella alta roca que se erguía al borde del Yangzi. Habían pedido prestadas unas bicicletas y pedaleado durante horas desde el centro de Nankín. Era invierno y soplaba un viento glacial. Cuando hablaban o respiraban, sus bocas exhalaban un vaho ligeramente azulado. Xiao Ming llevaba una cantimplora militar con aguardiente, pero el frío era tan intenso que el líquido se había congelado y, al intentar beber, les sorprendió no sentir en la lengua más que astillas de hielo con un fuerte regusto a metal. Tuvieron que masticarlas para notar el sabor a alcohol y sentir su efecto en el cuerpo. El peñasco estaba completamente pelado. Allí no había nada, salvo un letrero en el que, de lejos, habían imaginado que habría un poema compuesto por un emperador o el autógrafo de algún personaje célebre. Pero no. Al acercarse, leyeron: antes de saltar, piénsalo bien. Yong Sheng se aproximó al precipicio y se asomó para echar un vistazo aprensivo. Era extraño. Durante las largas horas de trayecto en bicicleta no le habían fallado las piernas, pero ahora, al borde del abismo, las notaba flojas y vacilantes. Aquella altura le daba vértigo. Unos cuantos arbustos se agarraban desesperadamente a la pared rocosa, y al pie rompían las grisáceas olas del Yangzi. De vez en cuando pasaba un sampán o un barco de vapor.

Meses después volvió a subir a lo alto del peñasco, pero el letrero había desaparecido. «Quizá sea porque mucha gente viene hasta aquí para tirarse al río, como yo ahora», pensó.

Una bandada de golondrinas revoloteaba sobre su cabeza. Otras tenían los nidos en la pared del peñasco. Cuando se asomó, las vio salir volando como flechas hacia la zona soleada de la roca. «Al menos, a mi funeral no asistirán cuervos, sino golondrinas.»

Esta idea le trajo el recuerdo de los cuervos de pico corto que invadían las tumbas de los antepasados de la familia Yong, en Putian. El día de la fiesta de los muertos, Yong Sheng se levantaba temprano, se ponía ropa limpia e iba con sus padres al otro lado de la montaña para rezar ante las sepulturas de sus difuntos. Siempre se encontraban con bandadas de cuervos, que no volaban furtivamente, como las golondrinas, a las que apenas podías seguir con la vista, sino agitando

las alas con parsimonia. Había centenares en aquella ladera cubierta por las tumbas de su familia, donde muchas estelas eran ilegibles y estaban hundidas en la tierra. Los cuervos giraban sobre las sepulturas en círculos perfectos. De vez en cuando, algunos se alejaban, pero no tardaban en regresar a la formación, batiendo las alas y soltando estridentes graznidos.

«No me enterrarán en la montaña con los demás miembros de mi familia.»

Lo pensaba sin tristeza, hasta con cierto orgullo.

«El agua es el líquido más puro del mundo, y además se utiliza para el bautismo. En circunstancias normales, habría acabado mis estudios dentro de dos o tres semanas, y después yo también habría podido bautizar. Pero ya es demasiado tarde. Como ser humano, y también como pastor, estoy acabado, incluso antes de haber empezado a ejercer. Todo ha terminado. Ahora ya no soy más que la sombra de una persona, y esa sombra desaparecerá en el agua para recibir el bautismo más radical que cabe imaginar. Un bautismo en el que uno se sumerge en el agua para no volver a salir jamás. No considero mi suicidio como una traición a Dios. No, no es una traición; mi cuerpo relucirá a merced de las olas, que lo llevarán Yangzi abajo, hasta el mar, donde alimentará a los peces pidiendo a Dios que le haga justicia.»

Poco después, cuando los últimos turistas se marcharon por fin, los resplandores del crepúsculo teñían de rojo el peñasco. Alrededor de las grutas excavadas en cada una de sus tres terrazas, la roca refulgía como cobre incandescente en la fragua de un herrero. La vez anterior, cuando había visitado con Xiao Ming aquel magnífico lugar, frente a la primera gruta se habían topado con un tullido que los había atosigado: pedía dinero para erigir allí una estatua de Buda. En la segunda gruta sólo habían visto unos cuantos árboles oscuros, deshojados por el invierno. Y en la tercera, un retrato de Guanyin grabado en la roca —presuntamente hecho por Wu Daozi— que los había impresionado. Encima de esa última gruta se alzaba un pequeño pabellón en el que los dos amigos se habían hecho hermanos de sangre: ambos se habían pinchado en un dedo y, tras verter unas gotas

en la cantimplora y embadurnarse los labios con el resto de la sangre, habían bebido un sorbo de aguardiente y vertido el resto en el agua del río.

De pie en lo alto de la roca, Yong Sheng no sentía la menor tristeza. Más bien tenía la sensación de que se disponía a alzar el vuelo para convertirse en inmortal.

Al mirar hacia abajo no lamentó estar a punto de abandonar este mundo. Como la roca del peñasco, el agua a sus pies se había incendiado. Incluso creyó ver llamas danzando en la superficie del río.

Un pedazo de papel salió flotando y, arrastrado por el viento, cayó poco a poco hasta la corriente del río: era el dibujo calcado de Leonardo, su «Estudio anatómico del feto en el útero». Miró por última vez las olas incandescentes rompiendo contra la roca y adquiriendo formas vagas, a veces de grandes árboles, otras de manadas de animales o incluso de aquel feto cuyo dibujo se habían tragado.

De pronto se acordó de la carta que le había escrito Xiao Ming y se dijo que debía leerla antes de arrojarse al vacío. Es lo que haría un amigo de verdad.

En la hoja sólo había tres líneas, aunque éstas no estaban dibujadas con pincel, en vertical, sino escritas horizontalmente con una pluma. Las habían garabateado a toda prisa pero eran legibles:

> Llegué a la provincia de Guizhou con el Sexto Ejército de ruta. Cuando tomamos la ciudad de Jiuzhou, encontramos a una pareja de misioneros estadounidenses. La mujer, que se llama Mary, afirmó que había sido maestra en la escuela de la misión de Putian y que te había cuidado como a un hijo.

8

La Larga Marcha

Yong Sheng recibió la carta de Xiao Ming el 8 de octubre de 1934.

Si uno examinara un mapa militar de ese día, comprobaría que en la provincia de Jiangxi no se libraba ninguna batalla. No aparecerían flechas para representar el avance del ejército revolucionario ni puntos que indicaran las posiciones de los distintos batallones. Y tenía una explicación muy simple: los ochenta y seis mil soldados del Ejército Rojo no se pusieron en camino hasta el 10 de octubre de 1934, desde Yuedu, en la provincia de Jiangxi, y la famosa Larga Marcha empezó ese día. La antevíspera, el 8 de octubre, todo lo que podía verse en un mapa militar era una fina línea, muy parecida a la del curso alto de un río, que serpenteaba de forma vacilante entre las montañas de la provincia de Guizhou —la más pobre de China en esa época—, donde extendía sus ramificaciones a la manera de un ciempiés. Las montañas estaban representadas por sus líneas de cresta, en forma de abanico, y las colinas —el terreno en el que, generalmente, los campesinos cultivaban el opio— en marrón claro, porque el marrón oscuro se había reservado para las elevaciones mayores, cuyas cimas parecían grandes jorobas de camello. El delgado ciempiés representaba al Sexto Ejército en ruta, que constituía la vanguardia del Ejército Rojo y tenía entre sus filas a Xiao Ming. Había partido del pueblo de Hengshi, en el distrito de Suichuan de la provincia de Jiangxi, a principios de agosto, es decir, dos meses antes que el grueso de las tropas. El comandante de ese Sexto Ejército en ruta era precisamente Xiao Ke, pariente lejano de Xiao Ming. A diferencia de las que simbolizaban el Yangzi o el Río Amarillo, cuyo caudal se ensanchaba rápidamente y cuyas fértiles aguas estaban

indicadas con un trazo ancho y poderoso, la fina línea que representaba el Sexto Ejército en ruta en las cartas militares recordaba más bien al río Dalimu, que avanzaba tímidamente por el desierto de Taklamakan y desaparecía casi enseguida en las altas montañas de la provincia de Guizhou. A veces se adelgazaba tanto que acababa convirtiéndose en una línea de puntos cada vez más débiles y separados, como si estuviera a punto de desaparecer, pero continuaba avanzando con obstinación hacia el oeste de Hunan.

Tras leer la carta de Xiao Ming, Yong Sheng decidió ir a Guizhou para buscar a Mary; sin embargo, no partió de inmediato.

Primero se quedó en el barrio de la estación de Nankín. En sus callejuelas reinaba el caos y la atmósfera era tan fétida que Yong Sheng pasó dos días encerrado en un baño público, donde, gracias al masajista, entró en contacto con un herrero que tenía el taller cerca. Era un artesano que, además de construir herramientas, reparaba armas viejas, y así fue como Yong Sheng se hizo con un fusil a cambio de cuatro piastras de plata, o sea, dos meses de beca.

El herrero le preguntó para qué necesitaba el arma, y Yong Sheng le explicó que pensaba viajar a las montañas de Guizhou, donde las tierras cultivables se utilizaban como plantaciones de opio y los campesinos estaban armados.

Cuando llegaba la temporada baja y en los campos no había mucho que hacer, se agrupaban en bandas para atacar a los viajeros que se aventuraban por la región, y como era algo que todo el mundo sabía, al herrero le pareció natural que quisiera un fusil para protegerse.

Era un viejo fusil de fabricación japonesa que había sido fabricado en 1906. Tenía la madera de la culata llena de grietas y el cerrojo móvil muy oxidado. Por la noche fueron a probarlo. Caminaron un kilómetro a lo largo de la vía férrea, cruzaron un arrozal seco, haciendo crujir los rastrojos bajo sus pies, y, por fin, llegaron a una pendiente montañosa. Allí, en uno de los lados, había un campo de nabos con las hojas marchitas por las heladas de final de otoño y más negras que la noche que los rodeaba. El otro lado estaba salpicado de tumbas abandonadas, de las que emanaba un olor a tierra húmeda. El herrero abrió el largo paquete rectangular que llevaba a la espalda,

sacó el fusil, envuelto en grueso fieltro, lo montó y se lo entregó a Yong Sheng.

Sorprendido por su peso, el joven estuvo a punto de dejarlo caer.

Las partes metálicas del arma —el cañón, el cerrojo y el gatillo— estaban heladas, y Yong Sheng sintió que sus músculos se tensaban al tocarlas. Anestesiados por el frío metal, los dedos, especialmente el índice de la mano derecha, apoyado en el gatillo, parecían haber dejado de pertenecerle, como si hubieran perdido la sensibilidad y se hubieran vuelto independientes del resto de su cuerpo.

A la pálida luz de la luna, las tumbas abandonadas titilaban levemente en la bruma que las envolvía. En el otro extremo de la cuesta, la niebla había hecho desaparecer el campo de nabos antes de extenderse por el cementerio, y Yong Sheng ni siquiera podía ver con claridad la cara del herrero, aunque sí oía su voz. Aun así, en la siniestra oscuridad que el viento empujaba hacia ellos, las palabras parecían desvanecerse. El hombre no dejaba de repetir que había encontrado el arma en las ruinas de un campamento militar, que la había desmontado pieza a pieza y que, gracias a su habilidad, había conseguido ajustar el gatillo y hacer él mismo el resorte que faltaba para devolverla a la vida.

Un perro flaco se puso a ladrar. La monótona voz del herrero empezó a alejarse y, poco después, se perdió en la oscuridad. El hombre se había acercado a una tumba, sobre la que yacía una zapatilla bordada de mujer. La recogió. ¿Se la había dejado alguien allí, o procedía de un ataúd? Dentro de la zapatilla había incluso un calcetín desteñido de un color indefinible. Colgó la zapatilla de un árbol, a unos diez metros de distancia, volvió junto a Yong Sheng, le cogió el fusil, apuntó y apretó el gatillo.

Yong Sheng dio un respingo. Tenía la sensación de que un animal de acero acababa de soltar un rugido, desgarrando el silencio a su alrededor. Una bandada de cuervos, asustada por el disparo, alzó el vuelo. El perro flaco huyó entre gañidos. El pesado aleteo de los pájaros se mezcló con sus ladridos atemorizados. La zapatilla de mujer había quedado hecha trizas y el viento la dispersó por la montaña.

Para Yong Sheng, este frío otoñal resultaba una ventaja, porque, como el fusil no era muy largo, podía llevarlo escondido debajo del abrigo.

Al poco tiempo empezó a gustarle sentir el contacto del arma en la espalda. El frío del acero penetraba en su carne y pronto formó parte de él. A cada paso que daba, el débil ruido metálico del cerrojo vibraba por todo su cuerpo. Se había deshecho de los zapatos estadounidenses del pastor y ahora llevaba el par de botas claveteadas que le había dado Xiao Ming antes de irse. Esa noche, la negra sombra de su cuerpo secretamente armado se proyectó sobre un andén de la estación de Nankín. Esperaba un tren con destino a Nanchang, donde cogería un autobús hasta Changsha y luego uno hasta Chaoyang. Desde allí haría autostop hasta Liping, una pequeña ciudad de la región montañosa de Guizhou. En el andén soplaba un viento tan helado que tenía que dar saltitos para entrar en calor. Le gustaba el ruido del hierro de sus botas en el cemento, resonando en la estación vacía. Sentía la excitación del soldado que marcha hacia el combate.

¿No era increíble pensar que apenas unos días antes no era más que un buen alumno de la Facultad de Teología, destinado a ser predicador? Él mismo casi lo había olvidado.

Yong Sheng decidió hacer un mapa para el viaje. El profesor de geografía de la facultad les había enseñado a dibujarlos, y como ahora llevaba un fusil, se inspiró en la cartografía militar: cada jornada estaba simbolizada por un rectángulo, y cada rectángulo iba seguido por una flecha. Si se perdía en algún punto, o se le presentaban obstáculos, o simplemente no encontraba leña para hacer fuego, curvaba la flecha para darle forma de anzuelo, como hacían los oficiales de Estado Mayor cuando sus tropas se topaban con el enemigo. Su mapa acabó plagado de anzuelos, que ponían de relieve las vicisitudes de aquel largo viaje. En Liping, sus labores cartográficas se vieron interrumpidas.

El pueblo estaba situado en el fondo de un valle y rodeado de prados, en los que los niños apacentaban a los búfalos. Aquel sitio no tenía más que una calle bastante estrecha en la que había un par o tres

de tiendas —donde se vendía arroz, salsa de soja y sal—, una oficina de correos, una herrería y un puñado de casas. Durante el día, sus moradores retiraban los tableros de madera de las fachadas para transformar las casas en puestos de venta. Por la noche volvían a ponerlos, y los puestos se convertían de nuevo en simples viviendas. Al final de la calle se alzaba la sede de una organización benéfica alemana, abandonada por los misioneros que trabajaban en ella antes de la llegada del Ejército Rojo.

A partir de Liping, Yong Sheng ya sólo encontró altas montañas escarpadas, en las que a menudo los senderos no eran más anchos que el pie. Varios puentes colgantes permitían atravesar el río. En los bancales, los campesinos desenterraban con la azada las patatas que habían plantado en el suelo rojizo. Yong Sheng estaba tan agotado por la marcha que ya no tenía energía para seguir dibujando el mapa de su periplo.

La gente de esa provincia solía decir: «En Guizhou, no hace buen tiempo más de tres días seguidos ni se pueden dar más de tres pasos por terreno llano.» Efectivamente, la región casi siempre estaba azotada por la lluvia y, aún peor, envuelta en una niebla glacial, y el paisaje se reducía a una sucesión de picos montañosos. Parecía un territorio devastado, pero no por la guerra. En tiempo de paz era igual. Hacía milenios que su configuración geológica lo había convertido en un lugar hostil para cualquier forma de vida. Desde ese punto de vista, la guerra no parecía tan temible. Cuando dejó atrás Guiyang, Yong Sheng aún vio algunos arrozales anegados y campos cubiertos de blanca escarcha, pero poco después ya no encontró más que laderas rocosas cada vez más abruptas sumidas en la niebla, unas veces erguidas como una muchedumbre de extraños gigantes, y otras alineadas hasta el infinito cual inmensas tumbas borrosas. Las águilas sobrevolaban su cabeza y sus atemorizadores chillidos desgarraban el denso silencio. De vez en cuando, veía caer un cuervo muerto al fondo de un barranco. Siglos de lluvias, frío paralizante y calor insoportable habían pelado las laderas de las montañas y formado enormes grietas en la tierra devastada. En algunos sitios, unos cuantos arbustos resecos se agarraban aún a la roca, a la manera de esqueletos humanos. Había

aldeas de la minoría miao diseminadas por el borde de los despeñaderos. Sus casas bajas, con tejados de paja y muros marrones desprovistos de ventanas, parecían pequeños y siniestros búnkeres construidos en las revueltas de los caminos, y uno tenía la sensación de que en cualquier momento vería surgir de ellos a un bandido armado o un tigre. Por aquella zona los viajeros únicamente se desplazaban en grupo, y, mientras trepaba por algún angosto y peligroso repecho, Yong Sheng sólo podía mirar los talones del tipo que lo precedía, procurando al mismo tiempo no dar un traspié, porque sus botas le habrían aplastado la cara a la persona que lo seguía de cerca. En el fondo de los precipicios veía a menudo cadáveres de caballos todavía cargados con sus albardas.

Tres semanas después, a finales de octubre, llegó por fin a Jiuzhou. Desgraciadamente, el Sexto Ejército en ruta que había apresado a la pareja de misioneros estadounidenses ya se había marchado.

Jiuzhou era un pueblo muy pequeño en el que convivían chinos y miaos. No podía compararse con Putian, ni siquiera con el modesto Hanjiang, que era mucho más grande. Aun así, estaba rodeado de altas murallas, provistas de cuatro puertas. A ambos lados de cada puerta, una escalera permitía subir a las almenas. Cuando las bandas armadas asediaban el pueblo, cada familia tenía que enviar a uno de sus miembros a la fortificación para defenderla, y a falta de armas, los lugareños arrojaban grandes piedras sobre los atacantes. El pastor Samuel Brown en persona, vestido como de costumbre, con traje oscuro y pajarita, solía asistir a la batalla. En varias ocasiones, su muy valiente esposa Mary lo había acompañado para observar las maniobras del enemigo con un catalejo.

A principios de octubre de 1934 —en los archivos, la fecha de la toma de Jiuzhou por el Sexto Ejército en ruta es imprecisa y se sitúa entre el 1 y el 15 de octubre—, cuando la misionera divisó a los nuevos atacantes desde lo alto de la muralla, comprendió que eran muy diferentes a los bandidos a los que el pueblo estaba habituado.

«No vestían uniforme y cada uno llevaba una gorra distinta, pero en todas destacaba la misma estrella roja de cinco puntas.»

Según ese testimonio, aún no conocía aquel símbolo. Hasta ese día,

ni ella ni su marido Samuel habían visto soldados del Ejército Rojo.

El cañón de lo alto de la muralla lo habían usado por última vez los soldados de la dinastía Qing para aplastar una rebelión de los miao. Desde entonces, la niebla, la escarcha y las constantes lluvias lo habían transformado en un montón de chatarra oxidada que había acabado hundiéndose en el terraplén, como si la fortificación se hubiera propuesto tragarse aquella arma inútil. Un día, al pastor Brown se le metió en la cabeza repararlo. Usando un largo palo como atacador, lo llenó de azufre, carbón, bolas de hierro, esquirlas de cristal, trozos de madera y cascotes de cacharros de barro. Cuando los habitantes de Jiuzhou le contaron la historia a Yong Sheng, lo hicieron mostrando auténtico respeto hacia el misionero.

—Primero se produjo una gran explosión, y cuando miramos hacia el sitio en el que habían caído los proyectiles, vimos que la tierra salía disparada en todas direcciones mientras una densa columna de humo, alta como una torre, se alzaba en el aire y quedaba suspendida unos instantes. Luego empezó a disiparse en medio de una lluvia de terrones y guijarros…

El antiguo cañón, reparado por el pastor, no resistió mucho tiempo el embate del Ejército Rojo.

—Desde luego, aquella gente estaba mucho mejor organizada que los bandidos que solían atacarnos, y el pueblo no tardó en caer en sus manos.

Aquellos hombres cubiertos con gorras que lucían una estrella roja de cinco puntas invadieron la misión al grito de «¡Somos la vanguardia del Ejército Rojo!», y Samuel y Mary comprendieron que los atacantes pertenecían a aquel famoso ejército del que ya habían oído hablar, pero que nunca habían visto.

La joven miao que trabajaba para ellos como criada y cocinera, además de enseñarles su idioma, explicó lo siguiente:

—Al oír el nombre de «Ejército Rojo», los señores se tranquilizaron, y cuando los soldados empezaron a registrar la casa, la señora, que no había perdido la sangre fría, me susurró: «Prefiero vérmelas con ellos que con bandidos.»

Según la chica, cuando los bandidos capturaban a misioneros, y en

Guizhou había ocurrido decenas de veces, lo más habitual era que acabaran matándolos.

Los soldados del Ejército Rojo requisaron el templo y la casa del pastor Brown. Por curiosidad, Yong Sheng fue a visitar ambos lugares y comprobó que, a pesar de la rivalidad entre presbiterianos y baptistas, la residencia del pastor Brown tenía un curioso parecido con la del pastor Gu. Por supuesto, no podían compararse en cuanto al tamaño, pero también se trataba de la casa de un rico comerciante. En el patio, Mary había hecho plantar calabazas en vez de flores, además de varias hileras de coles, tomates y judías trepadoras, lo que le daba ese aspecto de huerto donde los pollos escarbaban en la tierra.

La sala de estar, muy espaciosa, se había transformado en un oratorio adornado con imágenes piadosas. Pese al aislamiento del pueblo, a Yong Sheng le dio la sensación de que Mary y Samuel llevaban una vida muy agradable en aquel lugar. Se notaba que se habían esforzado en aprender la lengua de los miao, porque había multitud de papelitos con palabras y expresiones clavadas con chinchetas en las paredes y acompañadas de su transcripción fonética.

Le sorprendió no ver fotos de la boda o de la familia ni en esa sala ni en la habitación del matrimonio (más tarde supo que los soldados las habían confiscado). Además, estaba claro que la pareja no tenía hijos, y no sólo porque había únicamente un dormitorio con una gran cama de bambú rodeada por un mosquitero, sino porque no había rastro de juguetes en toda la casa. Detrás del edificio, en un patio más pequeño, un asno hacía girar una piedra de moler, como en casa del pastor Gu. El ruido de sus cascos en las losas se mezclaba con el chirrido del eje de madera y el crepitar de la muela. Yong Sheng no pudo evitar acercarse al animal. Tenía los ojos cubiertos con un trapo rojo y el ronzal y la brida empapados de sudor. La transpiración de su cuerpo teñía su pelaje gris de un brillo más oscuro. Y, como el asno del pastor Gu, molía soja, porque, a falta de vacas, Mary tomaba leche de soja en el desayuno.

—Después de que ella se fuera —le dijo la criada—, seguí preparándosela cada mañana, porque, si por casualidad volvía, se alegraría mucho de encontrarla.

La chica había ido dos veces al campamento del Ejército Rojo a llevar ropa limpia y comida a sus señores, encerrados con una veintena de prisioneros del Kuomintang, separados por sexos en dos habitaciones.

Mary, que no parecía asustada, le había pedido que contactara con un misionero y médico británico al que llamaban, en chino, Bo Gefei (su verdadero nombre era Rudolf Alfred Bosshardt). Era amigo del matrimonio, pero también de He Long, un gran general del Ejército Rojo. Le había salvado la vida a su sobrino y el general en persona le había escrito para darle las gracias, e incluso lo había visitado en su iglesia de Zhenyuan. Si el general aceptaba enviarle un mensaje a Xiao Ke, éste se vería obligado a soltarlos.

Mary y Samuel ignoraban cuál era el itinerario que estaban siguiendo, pero, como todo el mundo, sabían que la intención del Sexto Ejército de Xiao Ke era reunirse con He Long al oeste de Hunan.

Pasaran por donde pasasen, todos los campesinos y comerciantes locales conocían el nombre de He Long y el objetivo que perseguía el Ejército Rojo. Hacía dos semanas que Yong Sheng había salido de Jiuzhou para lanzarse tras el rastro de los soldados del Sexto Ejército en ruta, en una auténtica carrera contrarreloj. Tenía que alcanzarlos a toda costa antes de que se unieran a las tropas de He Long, porque, si éste decidía liberar al matrimonio de misioneros, ¿cómo se las iba a arreglar para encontrar a Mary? Una vez libre, ¿regresaría a Jiuzhou, un pueblo devastado y alejado de todo? Probablemente no. Sin duda, optaría por dirigirse a Shanghái para subirse al primer barco con destino a Estados Unidos. Lo que significaba perderla para siempre.

A lo largo del camino, la gente le hablaba de esa pareja de misioneros que cantaba salmos a los soldados, y comprendió que Mary y Samuel no se habían dado por vencidos.

—En cuanto tenían ocasión, sacaban la biblia y la leían en voz alta —le contó el dueño de una posada de Shibing—. El marido para la mujer, y la mujer para el marido. Se pasaban el resto del tiempo recitando oraciones y entonando himnos. Poco a poco, los guardias que los vigilaban empezaron a apreciar sus cánticos y, a veces, eran ellos quienes les pedían que cantaran.

Shibing se alzaba en la falda de una montaña y dominaba un valle permanentemente sumido en la sombra y regado por un torrente. Por la noche, unos cuantos faroles colgados en las fachadas salpicaban la ladera de débiles luces. Los habitantes todavía se acordaban del paso por el pueblo de los soldados, que habían estado allí dos semanas atrás. Habían invadido las calles y los patios. Limpiaban los fusiles bajo los porches de las casas, lavaban a los caballos junto a los pozos, o escribían proclamas en las paredes con una mezcla de agua y cal. Y en medio de todo aquel trajín, se oía a los dos misioneros cantando salmos.

Yong Sheng imaginó que el valle les respondía con su eco. ¿No era algo extraordinario? Le pareció oír la débil voz de Mary, tan débil como la vacilante luz de las lejanas estrellas del universo, atravesando el tiempo y el espacio. «La reconocería entre miles, Mary», pensó. Imaginaba esa voz, que al principio estaría dominada por el fragor del torrente, en el valle, pero que acabaría imponiéndose poco a poco, cada vez más fuerte y segura.

Le preguntó al dueño de la posada qué era lo que cantaba Mary. ¿Era «Cuando veo tu cruz, oh, mi Salvador»? El hombre le dijo que no tenía la menor idea. Entonces Yong Sheng le tarareó la canción, pero el posadero no pudo confirmarle que fuera el himno que el pastor y poeta Isaac Watts compuso en 1707.

En Shibing no vivían más que unas decenas de familias. Era un pueblo minúsculo. Como en la mayoría de las posadas que Yong Sheng había visto en la región de Guizhou, la de Shibing no tenía ni nombre ni letrero. Lo único que la identificaba como tal era una pila de mantas guateadas colocada junto a la puerta. Yong Sheng entró y cenó brotes de ajo y soja cocidos en agua. Para acompañarlos, le trajeron un trozo de sal amarilla, posado en mitad de un platillo como un escollo. Yong Sheng cogió los brotes con los palillos y los frotó contra la sal para darles un poco de sabor.

La sal no procedía del mar, sino de la provincia de Sichuan, donde la elaboraban haciéndola hervir en un caldero. Era el tipo de sal que

solía utilizarse en Guizhou, pero resultaba muy cara debido a las escasas y difíciles vías de acceso, que complicaban su transporte, y al elevado impuesto que la gravaba. Quinientos gramos costaban una piastra de plata, así que la mayoría de la gente prescindía de ella. Tener un poco en un platillo para sazonar la verdura era un verdadero lujo.

Según el posadero, el Ejército Rojo había requisado su establecimiento para alojar a los prisioneros, entre los que estaban Samuel y Mary, que, por otra parte, habían sido los únicos a los que se había servido sal con la comida. Era la prueba de que gozaban de un trato especial.

Unos días después, Yong Sheng consiguió más información al respecto, y confirmó que Mary recibía un trato preferente. Fue en Shancongpu, un pueblo de un centenar de casas al que llegó caída la noche. Soldados armados custodiaban la entrada. Un destacamento del ejército del Kuomintang, lanzado en persecución del Ejército Rojo, había hecho alto en la localidad y, para protegerla, los soldados de guardia interrogaban a todos los viajeros y registraban su equipaje antes de dejarlos entrar. Temiendo que el fusil japonés que ocultaba bajo su capote fuera descubierto, Yong Sheng no se atrevió a acercarse más al pueblo y decidió pasar la noche al raso, ovillado entre hierbas altas y resguardado del viento tras una gran roca. Se durmió enseguida, pero un movimiento en la hierba lo arrancó del sueño. Imaginó que era una serpiente y cogió el fusil, lo cargó y registró los alrededores sin encontrar nada. Aun así, no consiguió volver a dormirse. La niebla nocturna se había asentado y empezó a tiritar. Se acurrucó contra la roca y se levantó el cuello del capote, pero fue en vano. El frío lo paralizaba. Hacia medianoche, viendo que los guardias se habían retirado, se arriesgó a entrar en el pueblo. Las posadas estaban llenas y los soldados habían requisado la mayoría de las casas particulares, pero finalmente encontró a una familia que, después de unas duras negociaciones, aceptó alojarlo. Lo condujeron a una especie de cobertizo de herramientas un tanto siniestro y carente de luz, y al entrar, para su sorpresa, vio que en el suelo no había paja ni mantas, tan sólo un montón de cuerpos humanos. Eran porteadores de

sal, diez en total, que dormían pegados unos a otros. Fue a tumbarse en medio de la oscuridad y pisó una pierna sin querer. El dueño lo cubrió de insultos y lo empujó hacia el otro lado, donde le aplastó el estómago a otro porteador. No se atrevió a moverse más. Tenía miedo de golpear con su fusil a otro de sus vecinos y que éste reaccionara mal.

Aunque la oscuridad le impedía ver gran cosa, el resto de los sentidos lo informó sobre el lugar donde se encontraba. El olor húmedo y fétido que despedían aquella decena de cuerpos impregnaba todo el cobertizo y le inundaba las fosas nasales. Le recordó el sudoroso asno de la residencia del pastor Gu, con el añadido de la peste a pies. Oía respiraciones pesadas, ronquidos, chirridos de dientes y el bisbiseo de dos hombres que charlaban. Medio adormilado, quiso liberar una pierna, atrapada bajo el cuerpo de su vecino y tan entumecida que parecía muerta, pero en ese momento oyó retazos de su conversación.

—Una de las mujeres iba a caballo.

—¿Una extranjera?

—Una extranjera tan hermosa como una bodhisattva.

Yong Sheng se olvidó de la pierna atrapada y permaneció inmóvil, envuelto en el denso hedor del cobertizo y saboreando la dulce palabra «extranjera», que le refrescó los pulmones como una bocanada de aire puro.

¿Por qué la dejaban montar a caballo? Era un gran privilegio para una prisionera, pero ¿a cambio de qué lo había obtenido? Debía de tener un aspecto imponente a lomos de su montura. Por eso aquel hombre la había comparado con una bodhisattva. La imaginó con las riendas en las manos, quizá cubiertas de sabañones... Porque lo más probable era que su salud se hubiera resentido. Seguramente tenía los pies destrozados por la larga caminata.

A él también le dolían los pies. De hecho, había renunciado a llevar las botas, pese a lo mucho que le gustaba el ruido metálico de su pisada, y las había guardado en el hatillo, porque las suelas resbalaban en las rocas y corría el serio riesgo de caer. Además estaban muy gastadas, con las punteras agujereadas, y no paraba de llover: el agua

le entraba en las botas y tenía que detenerse a cada rato para vaciarlas a la pata coja. Era agotador, así que acabó comprándose unas sandalias de paja, un tipo de calzado que no existía en el norte de China, y menos aún en Fujian, a la orilla del mar. Era una creación exclusiva del sudoeste chino. Todos los campesinos y los culis usaban sandalias de paja para moverse por la montaña, donde casi nadie llevaba calzado de lona. El primer día le parecieron muy incómodas; en menos de diez kilómetros tenía los pies despellejados por el roce. Además, se había apretado demasiado los cordones, también de paja, hasta que un lugareño le explicó cómo ponérselas.

—Para no destrozarse los pies, hay que dejarlas bien sueltas, de forma que puedas quitártelas con sólo levantar el talón.

Así que Yong Sheng aflojó los cordones, sin caer en la cuenta de que acababa de caer un fuerte chaparrón y estaba todo lleno de barro. Minutos después estaba hundido en el barro hasta las pantorrillas, y cuando consiguió sacar los pies no hubo manera de encontrar las sandalias. No le quedó más remedio que ponerse de nuevo las botas y hacer los cuarenta kilómetros de senderos montañosos diarios con los pies hinchados y ensangrentados. Se convirtió en un verdadero martirio: a cada paso tenía que reprimir un gemido y, por la noche, el dolor no lo dejaba dormir.

Se le aparecían los pies de Mary reluciendo como la mica bajo su fina capa de piel transparente. Volvía a ver la suave curva de sus plantas, el delicado relieve de sus tobillos, la sutil sinuosidad de sus venas. ¿Cómo habrían resistido la tortura de las sandalias de paja de Guizhou?

A decir verdad, durante los diez días de marcha que separaban Jiuzhou de Shancongpu lo acompañó la suerte, y fue encontrando huellas del paso del Ejército Rojo a lo largo de todo el camino. También lo acompañaron las proclamas, escritas con cal en las paredes, que exigían la supresión de los impuestos abusivos y animaban a los campesinos a rebelarse contra los potentados locales, a quienes los lugareños llamaban «comandantes», porque cada

potentado tenía su propio ejército y su esfera de influencia. Era evidente que muchas de aquellas proclamas estaban escritas por la misma persona. Yong Sheng reconocía la letra por los trazos horizontales y las serifas hacia arriba. Parecían mojones que un guía hubiera dejado expresamente para él.

A partir de Shancongpu, el rastro desapareció. Tras recorrer cinco kilómetros de repechos rocosos en compañía de los porteadores de sal —en una ascensión tan dura que tenía la sensación de estar trepando por la escalera de Jacob—, en la cima sólo encontró una casa guardada por un perro que al verlos empezó a ladrar. Sus compañeros dejaron los cargamentos de sal en el umbral y entraron para descansar y fumarse unas caladas de opio con la familia que vivía allí. Yong Sheng se acercó al hogar, excavado en el suelo de tierra batida, y se sentó delante. El dueño, de una delgadez que asustaba, estaba atizando el fuego, en el que se asaban unos tubérculos de taro. No había en él la menor chispa de vida; sus movimientos parecían los de un zombi: cogía mecánicamente un taro de la brasa, le daba tres golpecitos, soplaba tres veces para quitarle la ceniza, volvía a golpearlo tres veces y, finalmente, se lo llevaba a la boca.

Yong Sheng le preguntó si el Ejército Rojo había pasado por allí. Era posible que, agotados por la ascensión, no les hubiera quedado energía para escribir sus proclamas.

—¿El Ejército Rojo? Nunca he oído hablar de él —respondió el hombre con voz casi inaudible—. Ni del rojo ni del negro. A los únicos que conozco es a los comandantes Wang y Zhang, los señores del distrito. ¿Cuántos campesinos tiene ese Ejército Rojo? El comandante Zhang dispone de sesenta hombres y tiene diez fusiles, más que el comandante Wang.

Yong Sheng pensó que, dada su avanzada edad, aquel hombre no debía de estar muy bien de la cabeza, así que no se tomó muy en serio sus palabras. Tras descansar un rato, bajó por la otra vertiente de la montaña hasta Jinniupu, donde vivía una decena de familias. Preguntó a los ocupantes de cada casa y, al comprobar que el Ejército Rojo no había pasado por allí, comprendió que había perdido el rastro. Parecía haberse evaporado tras una cima.

En realidad, en esa época el itinerario que seguía el Ejército Rojo era tan misterioso como imprevisible. Las tropas de los señores de la guerra, e incluso el Kuomintang, que tenía aviones sobrevolando la región y confidentes locales, también habían perdido el rastro del famoso Sexto Ejército en ruta.

Si hubiera habido que dibujar en un mapa el recorrido de las tropas comandadas por Xiao Ke, la fina línea del principio, similar al trazado del río Dalimu, que se perdía en el desierto del Taklamakan, se habría transformado en ese famoso truco de magia de los aros chinos, que se enlazan y desenlazan entre sí. Tras partir de Jiuzhou, se habían dirigido al norte, habían tomado Shibing y torcido hacia el este, donde, de forma inesperada, habían sido atacados y vencidos por las tropas de los señores de la guerra de Guangxi, en el pueblo de Ganxi. Luego se habían replegado hacia el oeste, en dirección a Shibing, pero en Daqing habían sido rechazados por el ejército del Kuomintang y se habían visto obligados a esconderse en lo más profundo de la montaña. En Baling, Xiao Ke había decidido contraatacar, así que habían desandado el camino hasta Ganxi. Al llegar a Shancongpu, se habían dirigido al norte y habían entablado batalla con los señores de Guizhou, en Shiqian. Victoriosos en esta ocasión, habían roto el cerco, perseguido a sus enemigos hasta Shiqian y continuado hacia Yingjiang.

Como les había perdido el rastro, Yong Sheng decidió regresar a Shancongpu. La vertiente que le había parecido más empinada que la escalera de Jacob era aún más peligrosa de bajada. Avanzaba lentamente, con las piernas temblorosas, y acabó agotando las pocas fuerzas que le quedaban. Llegó a una bifurcación como un sonámbulo, tomó una dirección equivocada que siguió durante decenas de kilómetros, y cuando quiso darse cuenta no estaba entrando en Shancongpu, sino en un sitio llamado Sinan. Ese nombre, tan agradable al oído, lo sumió en un profundo abatimiento, porque comprendió que ya nunca encontraría al Ejército Rojo.

Desde Sinan, continuó andando hacia Tongren, pero ya por pura inercia, sin ningún objetivo. El primer día llegó hasta Juicaipu; el segundo, hasta Liangshuijin. Desde que había dejado Liping, todos los

días se había levantado de madrugada para tomar unas gachas de maíz antes de ponerse en camino. Pero, a partir de Sinan, solía quedarse hasta tarde tumbado en la paja, mirando absorto alguna ladilla en la manga de su abrigo. La primera vez, de tan aturdido como estaba, tardó un rato en darse cuenta de lo que era. Al principio lo tomó por un cangrejo diminuto. Se quitó el abrigo, luego la camisa y al final se desnudó del todo. Entonces descubrió cantidad de ladillas pululando por sus partes íntimas, malolientes y pegajosas de sudor y mugre. Al principio se propuso matarlas, pero luego se limitó a observar con indiferencia cómo se ensañaban con su escroto.

No sabía a qué hora se había despertado. Con el estómago vacío, caminó varios kilómetros en dirección este. Vio una aldea al borde del camino y entró a descansar en una casa, donde se enteró de que, no muy lejos de allí, en Shuicaopu, el Ejército Rojo combatía contra las tropas locales del comandante Liu. Dio un salto de alegría y corrió hacia el escenario de la batalla. Tras dos o tres kilómetros de marcha, oyó disparos a lo lejos. Luego vio a varios hombres que llegaban de esa dirección y se acercó a ellos para informarse. Le contaron que los enfrentamientos habían causado docenas de bajas de las tropas locales, que habían acabado por retirarse.

Cuando llegó a Shuicaopu, vio a un grupo de hombres armados junto a dos cadáveres tendidos en un sendero. No echó más que un vistazo, pero la imagen de aquellos dos muertos lo impresionó. Uno, bastante bien vestido, estaba boca abajo, con la cara en la tierra; el otro llevaba un largo sayo sucio y un pantalón arremangado del que sobresalían unas piernas huesudas y amarillentas. No tenía zapatos.

El comandante Liu estaba inclinado sobre el segundo cuerpo y Yong Sheng le oyó decir:

—¡La bala ha hecho un agujero tan grande que le ha reventado la cabeza!

Yong Sheng se volvió para mirar. Efectivamente, el cráneo tenía un enorme orificio por el que chorreaba sangre, y un ojo colgaba fuera de la órbita.

—Sólo una bala de plomo puede hacer un agujero así —comentó otro hombre.

—He oído decir que las tropas de He Long tienen balas de plomo —respondió el comandante Liu—. Por eso se atrevió a venir hasta Guizhou para socorrer a Xiao Ke.

Él también tenía balas de plomo en el bolsillo: las veinte que el herrero de Nankín le había dado con el fusil.

—Una bala de plomo puede atravesar un muro de ladrillo de diez centímetros —le había dicho—. Imagina lo que puede hacerle a un cuerpo humano.

Al día siguiente, tras otra jornada de marcha, llegó a Yanhe. Aunque aún no había dado alcance al Ejército Rojo, allí volvió a encontrar pintadas revolucionarias escritas con la misma letra de siempre. Un poco más adelante, reconoció la firma de Mary en un cartel.

Yanhe era un pueblecito en el que todas las casas, especialmente sucias, tenían techos de paja en lugar de tejas. No había posada y, pese a sus ruegos, nadie quiso alojarlo. Se marchó indignado y siguió caminando hasta que encontró un templo taoísta, el templo de los Cristales, hacia el este, y decidió pasar allí la noche. Cuando se acercó al portón, le sorprendió ver clavado un anuncio, o más bien una carta, dirigida a la Iglesia cristiana por una pareja de imperialistas. Los revolucionarios, para quienes los cuervos eran igual de negros en todas partes, no tenían el menor interés en descubrir las diferencias entre cristianismo y taoísmo. Para ellos eso carecía de importancia: simplemente se trataba de religiones. La carta se había impreso con un ciclostil. Hasta ese momento, la propaganda del Sexto Ejército en ruta se había limitado a proclamas en las paredes. La repentina aparición de octavillas era la prueba de que las tropas de He Long, que habían partido del este de Hunan, se habían unido a las de Xiao Ke: ahora no sólo disponían de balas de plomo, sino también de ciclostilos.

Huelga decir que el contenido de aquella carta pública consistía en una dura crítica a la religión —el opio que anestesiaba al pueblo— expresada en siete u ocho frases escritas en chino y en inglés. Era fácil imaginar que había sido redactada en chino por un oficial del Ejército Rojo, traducida al inglés por el matrimonio Brown y corregida por

otro oficial que dominaba el inglés, porque los misioneros habían traducido una expresión china por «*to act as agents*», que había sido tachado y sustituido —con distinta letra— por «*to be agents*».

La firma del pastor Brown estaba escrita con esmero; todas las letras de su nombre eran pulcras y claras. En cuanto a la de Mary, volaba en el viento como un dragón que, sacando las garras en todas direcciones, desde luego era un poco agresivo. Las cinco letras de su apellido eran simplemente ilegibles y de su nombre lo único reconocible era la letra «m», trazada libremente, ni en minúscula ni en mayúscula. Daba la sensación de que, en cuanto cogía un lápiz para garabatear la primera letra de su nombre, entraba en trance. Las tres jambas de la «m» se multiplicaban en una serie de trazos que subían y bajaban como las montañas de Guizhou.

Al leer el panfleto, Yong Sheng se sintió aliviado, porque parecía indicar que He Long no se había apresurado a liberar a la pareja. Por lo visto, la intervención del británico Bo Gefei, en la que Mary tenía puestas sus esperanzas, no había surtido efecto.

La información que obtuvo en la ciudad de Youyang tres días más tarde confirmó esa suposición.

Cuando llegó a Youyang, el Ejército Rojo ya había abandonado la ciudad, pero sus habitantes, todavía muy exaltados, le contaron que allí se había festejado el encuentro del Segundo Ejército en ruta de He Long con el Sexto de Xiao Ke, ante la torre de la puerta este de la ciudad vieja. Las calles estaban pavimentadas con guijarros irregulares, y los tejados de las casas y los comercios, con largas lajas colocadas en hileras apretadas. La torre era la única edificación que tenía un tejado con forma de cola de golondrina. A sus pies, una marea humana había agitado banderas rojas, gritado lemas y cantado canciones revolucionarias que habían inundado la ciudad como ola imparable. Hacía muchas décadas que los habitantes no participaban en un acontecimiento tan espectacular.

—¡Otra revolución! —se quejaban los viejos—. ¡Cada sesenta años hay una!

Efectivamente, sesenta años atrás, en 1868, en esa misma ciudad se había producido un altercado relacionado con los cristianos. Jean-François Rigaud, un misionero católico francés también conocido por el nombre chino de Li Guo, construyó una iglesia y la rodeó con una muralla. También compró fusiles y formó una tropa para garantizar su seguridad. Pero entró en conflicto con los autóctonos, que, instigados por He Cai, un comandante local, prendieron fuego a la iglesia y capturaron a Rigaud con la intención de colgarlo de la torre de la puerta este. Francia se planteó enviar a un grupo de soldados para castigar a los responsables, pero el embajador prefirió negociar con Li Zao, el primer ministro chino de la dinastía Qing, que mandó decapitar a He Cai delante de la misma torre y entregar treinta mil onzas de plata a Francia a modo de indemnización.

He Long llevaba un sombrero de cuero con una estrella roja de cinco puntas pintada en el centro. La que lucía Xiao Ke estaba cosida a su gorra, remendada de tela gris. Los dos, uno al lado del otro en lo alto de la torre, habían pasado revista a sus tropas, tras pelear valientemente en numerosas batallas. En posición de firmes y en formación cuadrada, los soldados habían desfilado ante la torre volviendo el rostro hacia sus jefes, a los que habían saludado gritando lemas y levantando los fusiles.

El momento más espectacular de la manifestación había sido, sin duda alguna, la ceremonia de rendición de los prisioneros.

Varias decenas de oficiales y soldados del ejército del Kuomintang vestidos de uniforme, incluido el general Cang Hang, al mando de cuarenta y una guarniciones, habían permanecido arrodillados detrás del matrimonio de misioneros.

Después del desfile, un oficial del Ejército Rojo subió a la torre, desde donde leyó el acta de acusación, que ocupaba dos páginas. Uno de sus párrafos decía: «El día anterior a nuestra llegada a Youyang, tras entrevistarse con He Long, los Brown comprendieron que la intervención del misionero Bo había sido inútil, y esa misma noche intentaron fugarse. Pero no conocían bien el lugar, y los habitantes se sintieron en la obligación de denunciarlos. Así que volvimos a capturarlos.»

Arrodillado en la tierra, el pastor Brown se armó de valor y gritó:

—¡Nosotros, los hombres de Iglesia, no somos ricos, prácticamente somos proletarios!

He Long echó la cabeza atrás y soltó una carcajada. Xiao Ke lo imitó. Las risas de los miles de soldados presentes respondieron como un eco.

—¡Claro, no hay más que verlos, con esa ropa sucia! ¡Unos auténticos proletarios! —ironizó He Long.

—Dígame, pastor Brown, ¿por qué intentó fugarse? ¿Acaso el Ejército Rojo no lo trataba lo bastante bien? —preguntó Xiao Ke.

—Aunque nuestra organización es conocida por su espíritu de sacrificio, tras veintiséis días marchando con ustedes ya no pude más. No podía soportarlo, era superior a mis fuerzas...

Mary lo interrumpió para gritar:

—¡Queríamos volver a nuestra casa para celebrar la Navidad!

Durante unos segundos, un denso silencio se apoderó del lugar, seguido por una ola de murmullos.

Casi nadie conocía el significado de la palabra «Navidad».

Un pariente lejano de Xiao Ke, un joven con el rostro surcado por una larga cicatriz que también se encontraba en la torre, susurró unas palabras a los dos comandantes, que intercambiaron una mirada de perplejidad.

—Son tus rehenes, decide tú —acabó diciéndole He Long a Xiao Ke.

No podían imaginar que, tres días después de aquella ceremonia, Mary volvería a intentar fugarse en el monte Biandan, a orillas del río You.

Y gracias al desconcierto que provocó su desaparición, Yong Sheng acabó dando alcance a las tropas del Ejército Rojo al pie del monte Biandan.

Tras abandonar Youyang, las tropas atravesaron las provincias de Sichuan, Guizhou y Hunan, en dirección al oeste. Ese itinerario las obligó a atravesar las escarpadas montañas donde vivían los han, pero también minorías miao y yi.

Esta vez, Yong Sheng no perdió su rastro, en gran parte gracias a los aviones del Kuomintang que los perseguían. Aunque no siempre eran

visibles, podía guiarse por el zumbido de sus motores. A veces los veía girar en el cielo como pequeños insectos sobre montañas lejanas, y sabía que era allí donde estaba el Ejército Rojo.

Sin que Yong Sheng conociera aún el motivo, la situación cambió súbitamente, y todo se precipitó. De pronto vio a lo lejos a su amigo Xiao Ming y corrió hacia él gritando su nombre, pero Ming no lo oyó y desapareció entre sus camaradas.

Cuando pasó por delante de otra guarnición, un oficial, que lo había oído llamar a Xiao Ming, le preguntó si lo conocía y hablaba otros idiomas, igual que él. Yong Sheng asintió.

—Íbamos a la misma facultad.

—Perfecto. La Revolución necesita a gente como tú. El comandante Xiao Ke nos ha ordenado rastrear la zona en busca de una espía imperialista.

—¿Una espía?

De pronto se le nubló la vista y todo se volvió borroso ante sus ojos.

¡Dios mío, la había perdido de nuevo!

Y antes de que pudiera maldecir a Mary y ocultar su fusil, y antes siquiera de que le pusieran una gorra adornada con una estrella roja, ya estaba enrolado en la unidad de búsqueda.

Mary no había planeado su fuga. Sencillamente, había aprovechado un ataque aéreo para escapar.

Ese día iba a pie, porque había cedido el caballo —aún le permitían el privilegio de montarlo— a su marido, que estaba enfermo de malaria. En Youyang le habían administrado una fuerte dosis de quinina, pero el efecto sólo le había durado un par de días, y una noche, antes de cruzar el monte Biandan, sufrió un nuevo ataque. Tan pronto tiritaba como ardía de fiebre. Le fue imposible dormir. A medianoche, mientras estaba encerrado con los demás prisioneros, sintió una sed devoradora y pidió agua, pero nadie alivió su tormento a pesar de sus súplicas. Por la mañana le había bajado la fiebre, y aun así todo su cuerpo se estremecía de dolor. En el desayuno le fue imposible comer nada, y ante su extrema debilidad se le permitió

montar a caballo.

Con el fin de minimizar las pérdidas en los ataques aéreos, el Sexto Ejército en ruta se dividió en varias decenas de batallones, y los Brown fueron a parar a destacamentos distintos, aunque siguieron estando relativamente cerca el uno del otro.

Ese día hacía buen tiempo. El sol iluminaba la montaña, en cuya ladera sur se extendía una densa jungla. De vez en cuando, un avión militar atravesaba las nubes, tan alto que no era más que un punto plateado. No se veían las bombas cayendo de él, estaba demasiado lejos. Tampoco se distinguía el humo provocado por las explosiones, pero a lo lejos se oían las detonaciones, separadas por un breve intervalo, como obreros derribando una casa con un ariete, golpeando rítmicamente los gruesos muros de tierra.

Un golpe, dos, tres...

—El monte Biandan es la montaña de los valientes. Cuando bajas, los pies resbalan; cuando subes, se te corta la respiración.

Al cabo de tres horas de dura escalada, la tropa se detuvo en Qingmenkou para descansar antes de iniciar el descenso. Mary se adentró sola en el bosque para orinar y, entre las ramas de los árboles, al final de la pendiente, vio relucir el río You y el puente colgante que lo cruzaba. Al alzar la cabeza, en el trozo de cielo que divisaba entre el follaje, distinguió un punto plateado y, poco después, un par más. Los aviones pasaron rápidamente sobre su cabeza y, casi al instante, oyó las ráfagas de las ametralladoras. En el acto comprendió que los cazas del Kuomintang estaban disparando: ¡tac, tac, tac, tac, tac, tac! El ruido le recordó el de una máquina de coser cuando accionabas el pedal.

El destacamento del que formaba parte fue el primero en ponerse en marcha. Al volverse, vio que el caballo de su marido cojeaba. Brown estaba inclinado sobre el pescuezo del animal, con la brida enrollada en el brazo y las manos en los bolsillos de lo que antes había sido un abrigo. Al principio de su cautiverio, cada vez que Sam se lo desgarraba, Mary se lo remendaba con lo que tenía a mano. A las cuatro semanas, el abrigo llevaba decenas de remiendos de tela, lona o arpillera de colores dispares, algunos cosidos encima de otros.

Dos horas después llegaron al fondo del valle, dispuestos a cruzar el puente colgante sobre el río You. Momentos antes, en el bosque, Mary sólo había visto de lejos la silueta del río. Ahora lo tenía delante: el agua rompía contra las laderas de rocas escarpadas, en las que crecía una vegetación exuberante. Del río, que retumbaba como el trueno, ascendía una densa bruma que ocultaba parcialmente las cuatro temblorosas cadenas tendidas entre las dos orillas, sobre las que descansaba la plataforma de tablas. A los lados, sendas cadenas hacían de barandillas.

El grupo de Mary fue el primero en cruzar el puente e iniciar el ascenso de la vertiente opuesta. Al llegar a un recodo del sendero en el que no había árboles que obstaculizaran la vista, Mary divisó tres aviones que volaban lentamente y muy bajo y se volvió hacia el puente, por el que seguía avanzando en larga procesión el siguiente grupo.

Al distinguir a su marido entre la bruma, se dijo: «¿Dios mío, cómo conseguirá llegar al otro lado?» Las tablas eran tan poco estables que, al menor paso en falso, su caballo caería al río, donde sin duda se ahogaría.

Mary le gritó algo, pero él no podía oírla. El fragor del agua era ensordecedor, y el zumbido de los motores de los aviones, cuyas alas se inclinaban a un lado y al otro, se acercaba poco a poco acompañado de sus sombras amenazadoras.

De pronto, las bombas estallaron a su alrededor.

—¡Voy a ayudar a mi marido! —le gritó Mary a su oficial—. Tiene malaria. Cruzar el puente a caballo es demasiado arriesgado para él.

Sin esperar respuesta, echó a correr tan precipitadamente que estuvo a punto de despeñarse por el barranco.

Una bomba cayó al río y levantó una gigantesca columna de agua. Mary pasó entre los soldados, que se apartaron con los fusiles levantados sin intentar detenerla.

Los aviones se marcharon. Cuando llegó al puente colgante, envuelto en la niebla, pudo reconocer, pese al fragor de la corriente, el golpeteo de los cascos de un caballo en el otro extremo de la plataforma.

Al llegar a la mitad, el animal, desorientado, se negó a seguir avanzando.

Mary entró en el puente. Las cadenas y las tablas se agitaban de tal modo que le entró vértigo. Una de las tablas se había desprendido. A través del gran espacio abierto vio la corriente que pasaba impetuosamente bajo sus pies.

De pronto, los aviones volvieron a aparecer a baja altura y empezaron a disparar ráfagas de ametralladora.

Brown desmontó y se quitó el cinturón para golpear al caballo en la cabeza, pero, en lugar de avanzar, el animal reculaba con las patas flexionadas y la cabeza gacha.

Los gritos del misionero se ahogaron en el estruendo de las bombas, que estallaron en el río. Afortunadamente, como el río era tan profundo, las columnas de agua espumosa provocadas por las explosiones no alcanzaban el puente.

Mary se acercó al caballo, que tenía el pelaje cubierto de sudor. Cuando extendió la mano para coger la brida, el animal salió al galope, sacando humo por los ollares, y arrastró al pastor.

—¡Suéltate! —le gritó Mary a su marido.

Brown volvió la cabeza hacia ella, pero antes de responderle, sacando fuerzas de Dios sabe dónde, saltó sobre el lomo del caballo y se agarró a su cuello.

El puente colgante se agitó violentamente, como presa de convulsiones.

De pronto, Mary quedo sumida en un silencio absoluto. Al cabo de un instante, una bomba alcanzó el puente y destrozó parte de las tablas, que saltaron por los aires mientras una mano invisible hacía caer al pastor al río. Como un bañista que salta desde una roca, su cuerpo quedó un instante suspendido en el vacío para luego desaparecer entre los rabiosos remolinos.

Mary sintió como si le dieran un golpe brutal en la nuca. Sólo veía negro. Creyó que la había alcanzado una bala, pero se trataba de la onda expansiva de la explosión. Chocó con violencia contra la cadena de la barandilla, y al sentir el metal bamboleándose contra ella pensó por un segundo que la bomba habría partido los eslabones, pero al

abrir los ojos vio que seguía intacta.

Mary echó a correr con todas sus fuerzas por el puente, que oscilaba como un columpio, y a pesar de que la plataforma seguía ascendiendo y bamboleándose consiguió llegar al otro lado.

Una vez allí, bajó a la orilla y siguió corriendo sin detenerse, como un vehículo con el freno roto. Instintivamente, en lugar de dirigirse hacia la pendiente, donde la esperaban los soldados del Ejército Rojo, avanzó por la orilla del río. Los soldados supusieron que estaba buscando el cuerpo de su marido, y sólo comprendieron lo que estaba ocurriendo cuando empezó a subir otra ladera.

Volvía a escaparse.

Y desapareció en el bosque.

Más tarde, los soldados que fueron a buscarla vieron algo flotando cerca de un remolino. No era una cesta de bambú, ni un trozo de rama, ni el cordaje de un barco, sino el cadáver de un hombre. A Yong Sheng le dijeron que se trataba del misionero Samuel Brown, el marido de Mary. Unas enormes ramas de árbol llenas de hierbajos que descendían por el río entraron en el remolino, pero, arrastradas por una corriente más fuerte, pasaron junto al cadáver del pastor y continuaron su descenso.

El abrigo remendado se hundía y emergía del remolino como una sombra negra proyectada a toda velocidad sobre el agua color barro. El rostro del muerto, ahora de facciones irreconocibles, había adquirido un tono terroso, que contrastaba con el brillo de su melena entrecana. Aunque empapada, ésta seguía pareciendo espesa y abundante, como la de un león. Entonces el agua marrón volvió a engullirlo, pero una vez digerido lo escupió hacia el borde del remolino.

Cada vez emergía más pequeño, más encogido, con los huesudos pies crispados y todo el cuerpo contraído, como si estuviera rezando. Uno tras otro, varios troncos de árbol arrastrados por la corriente golpearon el cadáver, el último con tal violencia que lo alzó del agua y le hizo describir una curva en el aire y chocar con la orilla, que lo

devolvió al río.

Esta vez el agua se lo tragó definitivamente.

El funeral acuático había terminado.

Todo el cuerpo de Mary estaba alerta, como el de un animal acosado. Observó el sendero, en la ladera opuesta. No se movía nada, ni rastro de soldados. En lo alto del camino se extendía el bosque; abajo, un río. Contuvo la respiración para escuchar, pero no oyó el murmullo del agua ni las voces de los hombres que la perseguían. Todo estaba en silencio. Ni el canto de un pájaro, ni el temblor de una hoja, sólo oía su respiración.

Procuró inhalar con fuerza mientras se mentalizaba para lo que estaba a punto de hacer: correr.

Al fondo del valle, las ramas de los laureles blancos se agitaron y un animal salvaje —¿un zorro?, ¿una liebre?— saltaba entre la vegetación. Ese animal, que corría como alma que lleva el diablo y aún no era más que una sombra borrosa, era Mary, al borde de la asfixia. Reuniendo sus últimas fuerzas, saltó una zanja, atravesó un claro, entró en un bosque y luego en otro, donde los árboles eran más pequeños y donde al fin se atrevió a aflojar la marcha antes de reiniciar la carrera, volver a hacer un breve alto y correr de nuevo hasta quedarse sin aliento.

El bosque era cada vez más denso e inhóspito, y a menudo se veía obligada a abrirse paso entre los apretados bambúes protegiéndose la cara con las manos. Cuando los arbustos espinosos y las ramas caídas crujían bajo sus pies, se paraba en seco, asustada como un pájaro que siente la amenaza del arco. Aunque no oía ni las voces ni los pasos de los soldados, sabía que la buscaban. A veces sus pies se enredaban en una liana y caía al suelo, pero no se atrevía a soltar el menor gemido. Aunque estaba exhausta, se resistía a descansar bajo un árbol o en una zanja. El hambre y la sed la torturaban. Su presencia asustó a una bandada de estorninos que alzaron el vuelo y rompieron el silencio.

«¿A quién le va a extrañar que unos estorninos echen a volar? Al final del otoño están por toda la montaña, no son ninguna sorpresa», se dijo para tranquilizarse.

El problema era que había muchos: un centenar de pajarillos gris claro que batían las alas como si fueran un montón de retales de seda iridiscente y formaban una masa sobre los árboles. Al principio sólo eran minúsculos puntos grises, pero, al juntarse, se transformaron en una nube oscura, casi negra. Luego cambiaron de formación y la nube se convirtió en una punta de lanza, cuya negrura se atenuó cuando empezaron a volar a la misma distancia unos de otros. No escaparon a la vista de águila de un individuo que seguía el rastro de Mary, aunque no era precisamente un soldado del Ejército Rojo.

De pie sobre una cresta rocosa, el hombre intentaba detectar el menor movimiento en cualquier zona de la montaña, y la bandada de estorninos captó su atención. Varias veces, como atraídos por un imán, se lanzaron en picado hacia el suelo todos juntos, pero, al acercarse a la copa de un árbol, remontaban el vuelo sin romper la formación lanceolada.

Huelga decir que ese hombre era Yong Sheng.

Se alegró de estar solo. Por suerte no había cerca ningún soldado que también pudiera fijarse en el grupo de estorninos. Con la cara roja y la mirada febril, se colgó el fusil en bandolera y corrió hacia el bosque.

El sol atravesaba el follaje con largos cuchillos de luz. No había nadie. Se concentró tratando de escuchar el menor ruido. Como sus botas hacían crujir la maleza, se las quitó y siguió avanzando descalzo. Una mariposa blanca surgió de las sombras, revoloteó silenciosamente bajo los rayos de sol y volvió a desaparecer en el sotobosque. Las ramas caídas le despellejaban la planta de los pies, así que se detuvo y volvió a ponerse las botas. De pronto, algo cayó de un árbol, delante de él. Se sobresaltó, pero no tardó en comprender que sólo era una araña, con un abultado vientre cónico y negro, tachonado de rojo, amarillo y blanco. La tela geométrica que había tejido entre las ramas temblaba sobre la cabeza de Yong Sheng. La araña huyó moviendo rápidamente sus patas cobrizas y en forma de anzuelo y se alejó en

otra dirección.

En ese momento, el sentimiento de intensa felicidad de quien ya atisba la victoria inundó a Yong Sheng: en el sitio donde había caído la araña, un peine de mujer relucía entre la hierba.

Mary percibió a su alrededor un olor cenagoso a juncos y musgo. El aire se había vuelto más húmedo y pesado, y el ruido de sus pasos adquirió una nueva sonoridad.

Una fina capa de agua humedecía la hierba. No muy lejos, vio una charca. Cuando se acercó, los pies se le hundieron y los zapatos se le llenaron de barro. Se los quitó para avanzar con más facilidad y siguió caminando descalza sobre el blando y oscuro lodo. El sol se reflejaba en el agua, entre los juncos, y daba a la charca el aspecto de una plancha de metal en bruto.

En medio de aquella calma, Mary se deleitó unos instantes con el zumbido de insectos invisibles, el suave murmullo de la hierba y los débiles crujidos de las hojas secas que se pudrían en el suelo empapado, donde formaban una mullida y pegajosa alfombra.

Le llegaban algunos gritos lejanos, pero tenía que esforzarse para oírlos. Luego sonó un disparo, aunque lo hizo a una distancia tan enorme que parecía irreal, sin ninguna relación con el mundo físico. ¿Disparaban a un animal salvaje? ¿A una pitón? ¿A un fantasma?

Se tumbó boca abajo al borde de la charca, en la que se agitaban lo que al principio tomó por pequeñas plantas acuáticas. En realidad, se trataba de un grupo de renacuajos, que se dispersaron a toda prisa en cuanto extendió la mano hacia ellos.

Hundió la cara en el agua, primero la nariz, luego la boca, y bebió con avidez, como una pantera. El agua estaba helada y tenía un regusto a barro.

Desde un árbol, un águila se lanzó en picado a la charca a la velocidad del rayo. Cuando volvió a alzar el vuelo, Mary vio que llevaba una serpiente en las garras.

Juntó las palmas de las manos y las llenó repetidamente de agua para seguir bebiendo. Luego se lavó la cara y se humedeció los

cansados párpados con las yemas de los dedos, pero cuando buscó el peine para peinarse, el corazón le dio un vuelco. Lo había perdido.

En ese preciso instante oyó un ruido.

Un ruido que ya no pertenecía al zumbido de los insectos invisibles, ni al suave murmullo de la hierba, ni a los débiles y confusos rumores del bosque.

Lo que estaba oyendo eran pisadas, pero no de sandalias de paja como las que llevaban los soldados del Ejército Rojo, sino de unas botas de cuero.

No tuvo más remedio que buscar refugio en el agua.

Se metió en la charca procurando no hacer ruido, aunque resultaba imposible, porque el lodo era profundo y para dar un paso tenía que despegar el pie atrapado en el cieno, lo que producía un fuerte ruido de succión y un montón de burbujas que subían del fondo borboteando y estallaban en la superficie.

Lo mejor era sumergirse del todo. Pero era demasiado tarde.

Oyó el chasquido de un cerrojo a sus espaldas y levantó las manos.

Yong Sheng la contempló: el pelo mojado, recogido en un moño, dejaba al descubierto su delicada nuca. A contraluz no era más que una silueta oscura, pero el sol que se filtraba entre las ramas le iluminaba un lado del cuello, cuya fina piel absorbía sus rayos como una esponja. En aquella densa y pantanosa atmósfera, Mary resplandecía como un coral atravesado por leves estremecimientos.

—He venido para matarla —dijo Yong Sheng recalcando cada sílaba.

Su siniestra frase estalló como una bomba en los oídos de Mary, que ya no fue capaz de oír nada más. Tuvo la sensación de que una bala penetraba en su espalda indefensa.

Se volvió, asustada.

Yong Sheng la oyó hablar, o más bien gritar.

No entendía nada de lo que decía, así que se metió él también en el agua. Cuando estuvo cerca de ella, le apoyó el cañón del fusil en el pecho.

Mary estaba sin aliento. Sus senos se movían espasmódicamente bajo la ropa mojada. Temblaba de la cabeza a los pies.

Su blusa chorreaba y las gotas resbalaban por el cañón del arma como perlas irisadas.

Mary intentó apartar el fusil. Yong Sheng siguió el movimiento de su mano con la mirada y sintió en las suyas la fuerza con la que ella empujaba el cañón. En ese momento, comprendió lo que le decía.

—Su gobierno revolucionario me ha condenado a seis meses de cárcel. Un soldado del Ejército Rojo tiene que obedecer a su gobierno, ¿verdad? Entonces, ¿cómo se atreve a ignorar su veredicto y tomar la iniciativa de matarme?

Los músculos de Yong Sheng se tensaron y volvió a clavarle el cañón en el pecho.

—Yo no tengo nada que ver con el Ejército Rojo. Sólo quiero matarla.

Mary lo miró, pero no dijo nada más. Efectivamente, Yong Sheng no llevaba una gorra adornada con la estrella roja, y su fusil era distinto de los que usaban los soldados del ejército revolucionario.

Un silencio glacial los envolvió.

Mary lo miró fijamente unos instantes y, al final, se encogió de hombros.

—Voy a marcharme —anunció con desprecio—. Encantada de conocerlo, pero ahora tengo que buscar a mi marido.

Aun así, no se movió. El cañón del fusil seguía presionándole el pecho con fuerza.

—¡Me hace daño! —gimió, e intentó apartar el arma de nuevo, pero él le agarró el brazo—. ¡Suélteme! ¡No me toque!

Como no se atrevía a gritar, por miedo a que los soldados la localizaran, su tono de voz era como el de una mujer que forcejea con un amante.

Los dedos de Yong Sheng se cerraron con fuerza alrededor de su brazo. Tenía la sensación de estar sujetando a su mujer, Heling, en lugar de a una mujer occidental de cierta edad, así que le clavó las uñas con desprecio y le apretó el brazo con tanta rabia que casi estuvo a punto de fracturárselo.

—¿Por qué quiere matarme? —le preguntó ella debatiéndose.

—¡Mi mujer ha tenido un niño que es hijo de su padre, el pastor Gu!

Mary dejó de luchar y lo miró con curiosidad. Sus ojos se llenaron primero de dulzura, luego de decepción y, finalmente, de asco.

—Eso es imposible, mi padre está muerto.

—Meses antes de morir me contrató para que cuidara de sus palomas y mi mujer vino conmigo como cocinera. Fue entonces cuando su padre cometió ese crimen. Ahora alguien tiene que pagar por ello.

—Y usted pretende que sea yo… —le cortó Mary casi sin aliento. Yong Sheng asintió con la cabeza—. ¡A quien debería matar es a su mujer! Soy yo quien debería pedirle cuentas. ¡De no ser por esa puta, mi padre habría vivido unos años más!

Era la primera vez que Yong Sheng oía decir la palabra «puta» en chino a una occidental.

Después de esa crueldad, Mary se comportó de una manera pueril.

Con un mohín infantil, con el que trataba de expresar su desprecio, desafió con la mirada a aquel pobre diablo, apartó orgullosamente el cañón del fusil, dio media vuelta y se alejó hacia el otro extremo de la charca.

—¡A quien tiene que matar es a la puta de su mujer! —repitió.

Se oyó un disparo.

La bala cruzó el aire silbando, penetró en el agua y se clavó en el lodo.

Mary tropezó y cayó, pero volvió a levantarse, sorprendida de no haber sido alcanzada. Luego se echó a reír y siguió cruzando la charca en silencio.

Pero el lodo era tan denso que cada vez se hundía un poco más, como si el agua la aspirase hacia abajo o estuviera pisando una escalera hacia el fondo. Cuando se hundió hasta las rodillas, ya no pudo despegarse.

Chapoteando en el agua, Yong Sheng llegó junto a ella y apoyó el cañón del fusil en su cabeza con tanta fuerza que Mary perdió el equilibrio y cayó al agua.

Trató de levantarse, pero se hundió en el barro hasta la cintura. Cuando quiso sacar una pierna, acabó tumbada boca abajo en el barro. Yong Sheng la observaba debatirse. Sus brazos también

desaparecieron y no tardó en quedar aprisionada hasta el cuello. La respiración de un anciano, sin duda el pastor Gu, llenó los oídos de Yong Sheng, que vio sus manos marchitas, cubiertas de venas gruesas, acariciando el cuello de una joven china. Mary consiguió salir del barro, con la blusa pegada a sus temblorosos pechos y el agua cenagosa chorreando sobre sus curvas generosas. Yong Sheng casi sintió los huesudos dedos del pastor pellizcando los pezones de Heling, que temblaban como el cuello de un gorrión. Lo imaginó agarrándose a las barras fijadas a las paredes para perseguirla de habitación en habitación, y a ella escondiéndose detrás del armario donde el pastor guardaba los borradores de sus sermones como si fuera un biombo. Allí era donde él la atrapaba y ella se quedaba quieta, jadeando pero sonriente, porque tenía buen carácter. «Mi marido ha ido a hacer un recado, pero no tardará en volver», le decía con los ojos brillantes mientras extendía las manos para tomarlo en sus brazos.

Yong Sheng puso el dedo en el gatillo imaginando el enorme agujero que se abriría en el cráneo de la hija del pastor. Las balas de plomo podían atravesar una pared de ladrillo.

Pero el disparo no sonó.

La cabeza de Mary seguía moviéndose delante de la mira. De pronto, cuando iba a apretar el gatillo, Yong Sheng se sintió tan cansado que ya no pudo pensar más que en buscar un sitio donde tumbarse y dormir.

Había pasado lo que tenía que pasar. Nadie podía hacer nada contra lo que estaba escrito en el gran libro del Cielo. Matar a la hija del pastor no cambiaría nada.

Se oyeron voces en el bosque.

—¿Quién ha disparado? ¿Has encontrado a la fugitiva?

—¡Ha huido por la ladera este! —gritó Yong Sheng, con el fusil apuntando al suelo.

Luego salió de la charca y se dirigió hacia la zona del bosque de la que procedían los gritos de los soldados.

Cuando desapareció, Mary se tumbó y consiguió sacar las piernas

del barro.

Lentamente, a rastras, llegó a la orilla de la charca.

9

Helai

El resucitado se encontró la aquilaria prácticamente desarraigada cuando llegó a su choza. En la base del árbol había un enorme agujero que no parecía hecho por la mano del hombre.

En el techo de la cocina no quedaba una brizna de paja y en la sala común estaba roto el cristal de la única ventana. Yong Sheng se acordó de la terrible tormenta que lo había sorprendido dos días antes durante el trayecto hacia aquí, y supuso que el estado del árbol se debía al vendaval.

Aquel gigante ya tenía sus años. Con sus quince metros de altura, no era exagerado llamarlo «gigante». El tronco era tan grueso que, ya antes de marcharse a la Facultad de Teología, Yong Sheng no podía rodearlo ni estirando al máximo los brazos y los dedos. En esa época, su densa fronda lo coronaba con miles de hojas ovoides, dentadas y ligeramente puntiagudas, como el sombrero de un enorme champiñón verde. De sus apretadas ramas nacían ramitas en forma de tirabuzón, como los rizos de la barba de un dragón. Sus raíces aéreas se extendían varios metros sobre el suelo antes de volver a hundirse en la tierra.

Una niebla lechosa envolvía el pie de la colina. Ahora el tronco estaba tan inclinado que las ramas tocaban el suelo y algunas descansaban sobre el brocal del pozo, cubierto de musgo. Nadie se había ocupado del árbol ni intentado enderezarlo de nuevo. El gigante herido yacía tumbado en la tierra. La forma en que se retorcían y enredaban sus raíces aéreas impresionó profundamente a Yong Sheng. Le recordaban el grabado anatómico que se exhibía en la biblioteca de la facultad, o el diagrama de la circulación sanguínea de los anfibios.

Los rizomas formaban una red de ríos, riachuelos y arroyos entrecruzados que a veces tenían curvas espinosas. Lentamente, la niebla fue trepando por la ladera de la colina, llegó hasta los alrededores de la choza y, poco a poco, cubrió la aquilaria, dejando una fina película de cera transparente en su corteza.

El hogar de antaño era ahora una casa vacía. Hacía ya varios meses que su mujer la había abandonado con su bebé, como le explicaba su padre en la carta que Yong Sheng había recibido:

> Mis manos tienen tantas ganas de estrangularla que han recuperado de golpe la fuerza de la juventud. Tu mujer ha traído al mundo a un niño que es hijo del pastor Gu y, luego, ha huido como una ladrona.

Como un general que vuelve del campo de batalla, Yong Sheng fue a inspeccionar el huerto, donde el temporal sólo había arrancado dos perales, un magnolio y cuatro lichis.

Los troceó con el hacha, amontonó la madera en un descampado y le prendió fuego. Aunque no hacía viento ni echó petróleo para acelerar la combustión, las llamas prendieron rápidamente. Era más de medianoche y, como la niebla se había despejado un poco, la enorme hoguera podía verse a kilómetros a la redonda. Una humareda negra y un destello rojo anaranjado se arremolinaron sobre la aquilaria desarraigada y la choza abandonada para acabar dispersándose en el cielo, en el que brillaba un puñado de frías estrellas.

En lugar de avivar la hoguera con un palo, usó el hacha, que dejó caer a las llamas sin querer. Cuando la recuperó, el mango estaba medio carbonizado. Se acordó con pena de su viejo fusil japonés, que había arrojado al río You horas después de haber dejado huir a Mary. De buena gana habría atizado el fuego con la punta del cañón.

Finalmente decidió quemar la aquilaria. Primero recogió la gruesa rama derrumbada sobre el brocal del pozo, de la que chorreaba una resina blanca. Medía varios metros y pesaba tanto que se desolló las manos arrastrándola.

La madera crepitó, acabó prendiendo y empezó a lanzar chispas en

todas direcciones. En muy poco tiempo las llamas alcanzaron más de un metro.

Yong Sheng se fijó entonces en la secreción pegajosa que caía de la rama al fuego gota a gota, como si fuera cera fundida.

«Si aún tiene savia, es que no está muerta», se dijo.

En el instante en que se agachaba para examinar el líquido, una fuerte ráfaga de viento arrancó de la hoguera un delicado aroma apenas perceptible.

«¿Qué es ese olor?»

Más que un olor, era una especie de presentimiento, una intuición impalpable.

Cerró los ojos y dilató las fosas nasales para inhalarlo a pleno pulmón.

Pero el aroma se había evaporado con el humo de la hoguera. De repente, cuando ya empezaba a añorarlo, volvió a acariciar su olfato fugazmente. Nunca había olido nada parecido. Duró una fracción de segundo. Una hoja de un verde lustroso se desprendió de la rama, se deslizó como una pluma de jade por el follaje y revoloteó, liviana y silenciosa, hasta las fauces de la hoguera, que la devoraron.

Poco después, la sutil fragancia regresó de nuevo, para desaparecer otra vez casi al instante, en una especie de juego del escondite que se repetía a intervalos regulares, desafiando al tiempo y el espacio. Tan pronto se dilataba como se dividía en miles de minúsculas fracciones. Al cabo de unos instantes, de la hoja que había caído al fuego sólo quedaba un jugo verduzco.

Cuando el olor se desvaneció, Yong Sheng temió haberlo perdido para siempre, pero, mientras se esforzaba en recuperarlo, comprendió que provenía de la rama que se estaba quemando.

Nunca había percibido un aroma tan celestial. Recordó los presentes de los Reyes Magos al Niño Jesús —oro, incienso y mirra— y la fragancia de la resina de la aquilaria le pareció aún más mágica: dejaba tras ella un leve efluvio del aceite de nardo con el que María Magdalena había ungido los pies de Jesús. Aquel aroma, además, estaba lleno de una fuerza salvaje que le evocaba la sustancia secretada por la glándula abdominal del ciervo almizclero de las altas

montañas del Tíbet, Sichuan y Guizhou.

Cuando el olor desapareció de nuevo, suplicó a Dios que lo hiciera volver. Era la primera vez que rezaba desde su tentativa de suicidio en el peñasco de las Golondrinas. ¡Gracias, Señor! El olor volvió y lo aspiró hasta embriagarse. Esta vez era más nítido y más intenso, y Yong Sheng identificó matices de miel y leche. Esa leche que a los cinco años había visto salir de los pechos de Mary y caer como perlas blancas en una copa de plata, perfumando la estancia entera con su delicado aroma.

La vista se le nubló. Aquel olor celestial se adueñó de todo su ser y lo transportó lejos de allí.

A la mañana siguiente se despertó junto a la chimenea, con el cuerpo cubierto de una espesa capa de cenizas. Se frotó los ojos para quitárselas de los párpados y, a través de la bruma matinal, vio en la pared el fresco del viejo pintor borracho del pueblo de Zaolin, tan deteriorado que apenas se reconocía. La dorada cresta de la grulla blanca había desaparecido por completo, y un desconchón en la pintura había dejado al descubierto la tierra arcillosa de la pared. Detrás, la casa no estaba en tal mal estado. Buena parte del tejado había conservado la paja, que temblaba en la brisa.

Ahora conocía la magia que producía la combustión de la resina de aquilaria.

«¡Dios Todopoderoso! Tras someterme a tantas humillaciones, ¿me has concedido la gracia de conocer ese aroma celestial para darme a entender que deseas que sea pastor y pase mi vida a tu servicio?», se dijo.

En la bruma aparecieron dos hombres descalzos, sin abrigo y cubiertos con sombreros de paja. Uno de ellos llevaba un bebé envuelto en pañales.

Se detuvieron delante de la pared y contemplaron el fresco deteriorado. El niño debía de estar dormido, porque no hacía el menor ruido.

—No cabe duda, es aquí —dijo el primero avanzando hacia Yong

Sheng—. ¡Es muy joven para ser pastor! A juzgar por la grulla de la pared, usted debe de ser Yong Sheng.

—Sí, soy el pastor Yong.

—Nos envía el Borrachín. Somos pescadores de su pueblo.

—Heling ha muerto —dijo el otro.

—Ha dejado una niña y su padre nos ha pedido que se la traigamos a usted.

Yong Sheng no respondió y tampoco extendió las manos hacia la pequeña.

Cogió una azada y empezó a agrandar el agujero alrededor de la aquilaria. Los dos pescadores lo observaron mientras cavaba la tierra y salían escarabajos y gusanos. Al cabo de un rato, el que tenía las manos libres le ayudó a quitar los terrones secos y los guijarros. Y el que sostenía al bebé se lo puso en los brazos a Yong Sheng, fue al huerto, recogió con las manos tierra negra y untuosa, que despedía un fuerte olor a estiércol, y llenó con ella todo un cesto, que luego vació en el agujero.

Jaleándose mutuamente, como si estuvieran levantando el armazón de madera de una casa, arrastraron la aquilaria y la pusieron erguida dentro del agujero.

En el lugar que había ocupado la hoguera, sólo quedaba una gruesa capa de cenizas finas como la harina. Las pasaron por un cedazo y las esparcieron a grandes puñados al pie del árbol.

—¿Cómo se llama? —preguntó Yong Sheng, que tenía a la niña en brazos.

—Helai —dijo uno de los pescadores alzando la cabeza—. Yong Helai.

—¡¿Lleva el apellido Yong?! —exclamó Yong Sheng, sorprendido.

—Es tu hija, ¿qué apellido iba a llevar?

Yong Sheng subió con la niña a bordo de un sampán que transportaba arena. Desembarcó en el sur de Putian y, una vez allí, fue directamente a la sede de la Iglesia protestante estadounidense, donde se estaba celebrando el sínodo anual.

La sede de la organización, que reunía cinco congregaciones, era una mezcla de arquitectura tradicional china y construcción occidental. De lejos parecía un pequeño palacio, tanto por su tejado en cola de golondrina —que simbolizaba el deseo de alzar el vuelo—, como por su escalinata de piedra blanca, procedente de las canteras del norte de China, pero, sobre todo, por sus imponentes columnas rojas.

A la derecha de la puerta de entrada había una ventanilla atendida por un conserje.

Era un chino de unos cuarenta años, vestido con camisa de estilo occidental y un chaleco en el que llevaba un reloj de oro. Tenía los pies apoyados en el borde de un brasero titilante.

Tartamudeando un poco, Yong Sheng le preguntó si podía hablar con un encargado.

—¿Un encargado de qué Iglesia? —quiso saber el conserje.

Cogido por sorpresa, Yong Sheng no supo qué responder. El pastor Gu pertenecía a la Iglesia baptista, pero la mayoría de sus profesores de la facultad de Nankín eran presbiterianos.

—Un encargado del sínodo —dijo al fin.

—¿Quiere hablar con un consejero? Tenemos varios que son chinos...

—Perdone, no sé qué es un consejero.

—¿No lo sabe? Es un encargado de menor rango. En inglés lo llaman *exhorter* —añadió orgullosamente, con marcado acento de Putian.

—No, más bien necesitaría...

—Por encima de los *exhorters*, están los *lay preachers*, los predicadores laicos, que son todos de Putian. Si quiere hablar con alguien más importante, tendrá que ser con un *preacher*. Los *preachers* llevan más de cuatro años ejerciendo y pueden evangelizar en el extranjero.

—¿Y por encima de ellos?

—Están los *deacons* o diáconos, entre los que hay tanto chinos como occidentales. Y aún más arriba tenemos a los *pastors*, el grado más alto que puede alcanzar un chino. Luego hay *district-superintendents* y, por

último, *superintendents*, u obispos supervisores. Pero esos puestos están reservados en exclusiva a los occidentales.

—Entonces, quisiera ver a un *superintendent* —dijo Yong Sheng.

—¿Se trata de algo importante? —preguntó el conserje chino, encogiéndose de hombros como los estadounidenses—. Siento comunicarle que los *superintendents* no reciben a cualquiera.

Y, dicho esto, hizo amago de cerrar la ventanilla, pero Yong Sheng extendió la mano para impedírselo.

—Quiero bautizar a mi hija.

—Para eso tenemos dos pastores, uno estadounidense y otro canadiense.

—Yo también soy pastor.

—¿Es usted pastor?

—Sí.

—Imagino que quiere decir que le gustaría ser pastor —lo corrigió el conserje antes de montar en cólera, como si Yong Sheng hubiera insultado a sus antepasados—: ¿Sabe lo que significa ser pastor? Un pastor parte el pan de la comunión, reza, consuela a los enfermos y los moribundos, predica, celebra bodas y entierros... El sueldo de un pastor es de cuatro piastras de plata y, si tiene mujer y un hijo, recibe una piastra más. ¡Permítame decirle que en Putian aún no se ha visto nunca a un chino ejerciendo de pastor!

El conserje se calmó y cambió de tono.

—Haremos lo siguiente: usted volverá tranquilamente a su casa y escribirá una carta explicando que desea convertirse. Y, cuando se haya convertido, tal vez pueda hacerse consejero, y luego, predicador laico. Y quién sabe, quizá algún día, subiendo peldaños, podrá aspirar a ordenarse pastor.

Y, dicho esto, cerró la ventanilla con un golpe seco.

Las hojas de la aquilaria no tardaron en recuperar su lozanía y tamaño, y el follaje se volvió aún más denso que antes de la tormenta. A principios de primavera, Yong Sheng estuvo varios días recubriendo de paja nueva el techo de su choza. Desde allí arriba contempló sus

dominios: su huerto de lichis, nísperos y longanes, cuyas hojas empezaban a teñirse de un gris plateado, y, sobre todo, su orgullosa aquilaria, cuyo ramaje formaba una inmensa bóveda verde oscuro. Aunque no hacía viento, las hojas se estremecían como si fueran plumas, y Yong Sheng disfrutaba escuchando su delicioso frufrú.

Regaló el huerto a la Iglesia y transformó una parte de su choza en sala de oración, convirtiéndola en el primer templo protestante de Jiangkou.

Fue allí donde se celebró su ordenamiento oficial como pastor, y el primer bautismo que celebró fue el de su propia hija. Jamás olvidaría el momento en que vertió unas gotas de agua en su frente y se la acarició con los dedos. Su corazón rebosaba de amor por aquella pequeña criatura.

A partir de entonces, todo el mundo empezó a llamarlo «pastor Yong».

Poco a poco, el nombre de la gran aquilaria que se alzaba en la colina también cayó en el olvido y, con el tiempo, ya no fue más que «el árbol del pastor».

SEGUNDA PARTE

1

Ser padre

—Papá, ¿por qué algunas piedras son oscuras y otras más claras? —preguntó un día Helai, cuando tenía cinco años.

Estaban recogiendo conchas en el lecho seco de un río para hacer collares. El guijarro que la pequeña le enseñaba a su padre era verde con vetas blancas.

—Es posible que esta piedra tenga algo que decirte. A veces los guijarros son mudos y otras veces muy parlanchines, aunque no entendamos lo que dicen —respondió Yong Sheng.

—¿Y tú cuánto crees que puede vivir este guijarro?

—Papá no sabe si los guijarros tienen vida.

Era pastor desde hacía cinco años, y no sólo era el primer chino que ejercía ese ministerio en Putian, sino también un evangelizador convencido. Habría podido decirle a su hija que Dios había creado el mundo y que sólo Él decidía el color y la existencia de los guijarros, pero pensaba que todavía era demasiado pequeña para hablarle del Todopoderoso. Todos los días bendecía los alimentos antes de empezar a comer, porque para él era algo natural, pero nunca pedía a la niña que los bendijera con él.

El lecho del río era muy ancho y su arena cenicienta adquiría una tonalidad blanquecina a la luz del sol, lo que confería a la enorme playa una belleza sencilla y austera. Aquel «río de arena blanca», como todos lo llamaban, estaba situado al norte de Jiangkou, aproximadamente a un kilómetro de su casa. Todos los veranos, las crecidas de los torrentes de la montaña lo llenaban de aguas tumultuosas, cuyo fragor podía rivalizar sin desdoro con el de la corriente del río Mulan. Luego, cuando llegaba la estación de las aguas

bajas, la playa se adornaba con una densa vegetación acuática y sólo subsistían arroyuelos que corrían serpenteando por el bosque, donde formaban charcas. Era el sitio ideal para que los búfalos pacieran, de modo que, cuando Yong Sheng iba allí a recoger conchas con su hija, solían coincidir con los chicos que guardaban los rebaños. La niña trabó amistad con ellos enseguida. A menudo jugaban juntos, porque en el lecho del río los chavales ya no tenían que sujetar a los animales, a los que dejaban beber y pastar libremente.

¿Hace falta decirlo? La primera vez que los pastorcillos vieron a aquella mestiza de ojos azules se quedaron boquiabiertos.

Y no sólo se quedaron pasmados esos niños. En su momento, el propio Yong Sheng se había quedado asombrado ante la increíble belleza de su hija. Fue una noche de verano mientras charlaba con un amigo tomando un vasito de aguardiente de arroz en la sala de estar. Hacia medianoche, Helai apareció en lo alto de la escalera, que él mismo había restaurado, medio dormida, desnuda, con el pelo negro y rizado cayéndole sobre los hombros lechosos. Al verla así, su padre tuvo la sensación de contemplar a un ángel salido de una pintura del Renacimiento italiano.

A la niña le extrañaba que los cuidadores de búfalos no conocieran al pastor Yong. Habitualmente, cuando se paseaba con su padre por las calles de Jiangkou, todo el mundo lo saludaba con respeto. Si unos hombres se ponían a discutir, bastaba con que llegara Yong Sheng para que la discusión se apaciguara, y los jóvenes que se divertían diciendo groserías se volvían modosos en cuanto lo veían. Pero los niños de entre siete y trece años que apacentaban los búfalos eran hijos de campesinos de Guanhou, en el norte de Jiangkou, y como sus padres no eran cristianos no tenían ni idea de lo que era un pastor. Así que, cuando jugaban con él, se sentían muy cómodos.

Les encantaba hacer competiciones de tiro de piedra, y aunque estaban muy flacos, sus brazos eran más potentes que una ballesta. Helai prefería hacer rebotar en el agua los guijarros planos que su padre le cogía de la arena. Con el cuerpo echado hacia atrás cuarenta y cinco grados, como una torre inclinada, cerraba un ojo y, entornando el otro, estudiaba durante un buen rato las tranquilas

ondas, que a veces, cuando la luz cambiaba, adquirían el color de sus iris. De pronto extendía el brazo y soltaba la piedra, que rozaba la superficie del agua, rebotaba como movida por un resorte y, cuando volvía a caer, salía volando de nuevo como una libélula, dejando su estela impresa en el río. Si la piedra seguía brincando en el agua, al final Helai dejaba de verla realmente y tan sólo la adivinaba por las minúsculas arrugas que dibujaba a su paso. Luego, el agua volvía a convertirse en un espejo inmóvil, donde se reflejaban el sol y las nubes, y la niña se divertía rompiéndolo de nuevo en innumerables esquirlas líquidas.

En la playa, a lo lejos, aparecía de vez en cuando un grupo de «tortugas» que avanzaban torpemente con la cabeza agachada y el lomo arqueado. Su cabecilla, una pequeña tortuga roja —Helai vestida con una blusa de ese color—, se acercó lentamente al «búfalo», seguida por los pastorcillos. Su imitación de los movimientos de las tortugas estaba muy conseguida. Juntos, rodearon al búfalo.

La táctica elegida por la niña era el ataque frontal (las estrategias adoptadas por los niños en sus juegos suelen parecerse a sus elecciones adultas en los momentos clave de su vida). Lógicamente, esa decisión la exponía más, y por un instante lamentó no haber optado por una táctica más astuta, como el falso ataque o la simulación de un ataque por un lado para acabar ejecutándolo por el otro. Pero era demasiado tarde. La arena y los guijarros, que crujían bajo sus pies, ya habían advertido del peligro al búfalo. La distancia que los separaba disminuía cada vez más y, aunque Helai aún tenía que recorrer unos metros, el búfalo oía ya el ruido de su respiración y los latidos de su corazón, y percibía el fresco olor de su sudor, que empapaba la blusa roja. Al detenerse, Helai tuvo la sensación de que el mundo entero, repentinamente silencioso, esperaba que hiciera el primer movimiento.

El juego se llamaba «empollar los huevos». Quien empollaba tenía que adoptar la postura de un búfalo, con las manos y los pies apoyados en el suelo, como si fueran las cuatro patas del animal, para proteger con el cuerpo un montón de piedras ovaladas colocado bajo su vientre. Las tortugas lo rodeaban para tratar de robarle la puesta,

pero el búfalo no podía rechazarlas con las manos, sólo con los pies. Si un ladrón de huevos distraído o lento recibía una «coz», ocupaba el lugar del búfalo.

En aquella ocasión, Yong Sheng era el búfalo. Al menor movimiento en su dirección, soltaba una coz, y a veces, unas cuantas patadas seguidas, que levantaban montones de arena a su alrededor, pero nunca alcanzaban a ninguna de las tortugas.

Los demás chicos habían elegido tácticas más prudentes que Helai y se mantenían lejos del alcance de las patas del animal, esperando el momento oportuno. La niña fue la única que se atrevió a deslizarse bajo el vientre del búfalo, tras esquivar una o dos patadas, y consiguió coger con ambas manos una piedra tan gruesa como un huevo de pterodáctilo. Sin embargo, cuando rodó por la arena para escapar con su botín, le pareció que su padre le hacía un guiño y una mueca de complicidad. ¿La había dejado ganar aposta? Su duda no duró más que una fracción de segundo, y salió a toda prisa de la zona peligrosa para gritar victoria.

Como si hubiera sufrido una tremenda derrota, el búfalo se llevó las manos a la cabeza, se tiró al suelo y soltó un grito de desesperación que resonó por toda la playa.

Sin dejar escapar la oportunidad, las demás tortugas se lanzaron al ataque y le robaron todos los huevos entre risas y gritos de triunfo, transformando aquel lugar solitario en un alegre paraíso terrenal de la infancia.

Además de estos juegos en el río de arena blanca, otro momento paradisíaco de la infancia de Helai fue el baile de luciérnagas que le mostró su padre una noche de verano delante de su choza. A la niña, aquella vivienda no le parecía una choza, porque era muy grande y, a menudo, se perdía en ella. Ahora estaba rodeada por un alto muro de adobes y contaba con una plantación de bambúes protegida por una cerca con un arroyo alrededor. Yong Sheng había hecho construir un portón, ante el que se alzaba la gran aquilaria, convertida ahora en el símbolo de la religión cristiana en Jiangkou. La casa ya no tenía nada

que ver con la modesta choza de su padre. Ahora, una vez que se cruzaba el portón, había un sendero flanqueado de árboles, tan tranquilo y silencioso que las visitas tenían la sensación de entrar en un templo. Todos los domingos los fieles recorrían ese agradable camino para oír misa en casa del pastor. Él vivía en la parte posterior del edificio, donde había un patio cuadrado al que daban su habitación y la de Helai.

Detrás del patio cuadrado, el huerto seguía teniendo el mismo tamaño: dos áreas de lichis, cinco de longanes y una de habas. Alrededor del patio, sin embargo, Yong Sheng había plantado higueras, olivos y otros árboles tan altos y frondosos que, al mirar hacia arriba, la niña no podía ver el cielo. Las raíces a ras de suelo estaban cubiertas de líquenes. La hiedra se enrollaba en los troncos y, alrededor de los árboles, los cardos, las ortigas de olor mentolado y la hierba ofrecían una cuna a las frutas caídas.

Una noche de verano, una espiral luminosa atravesó con sus rayos verde claro la Vía Láctea, que, lejana e imprecisa, formaba una suspensión lechosa en el cielo. Bajo la gran aquilaria, en la que solían revolotear las luciérnagas, Yong Sheng había colgado una sábana blanca. Ante ella, Helai sostenía un farol, que el pastor había ajustado para obtener el máximo de luz y que despedía un fuerte olor a petróleo. Un enjambre heterogéneo y multicolor de mariposas nocturnas, invisibles hasta ese momento, apareció como surgido de las tinieblas. Algunas iban elegantemente vestidas, mientras que otras parecían pequeñas vagabundas, aunque al desplegar las alas mostraban un cuerpo suntuoso, surcado de rayas turquesa y azafrán. Todas portaban un punto de luz, y cuando volaban se dividía en dos o tres partículas temblorosas que dejaban una fina y reluciente estela a su paso. Se trataba de ver cuál de ellas realizaba las figuras más increíbles delante de la sábana iluminada. Zumbando, rivalizaban con sus volteretas, acrobacias, relampagueos, paradas bruscas y largas suspensiones en el aire. Para ganar el torneo, tuvieron que pagar un precio muy alto, ya que a algunas les costó la vida: exhaustas, vacilaban torpemente, como un avión alcanzado por un obús, y acababan cayendo en picado en la caja que había preparado Helai.

Allí seguían agitando las alas mecánicamente unos instantes, tapizando el fondo de la caja con las minúsculas escamas cobrizas que cubrían su cuerpo con polvo de oro.

La primavera de ese mismo año, Yong Sheng derramó sin querer un poco de agua recién hervida sobre la pequeña, que rompió a llorar gritando de dolor. Para calmarla, la cogió en brazos y le dio una vuelta alrededor del patio, pero la niña seguía llorando. Entonces se la puso a horcajadas sobre los hombros y recorrió todo el muro exterior cantándole canciones, sin conseguir consolarla. Cuando agotó sus recursos, volvió a dejarla en el suelo.

—¿Sabes cuál es la profesión de tu padre, Helai? —le preguntó.

—Pastor.

—¿Y qué hace un pastor?

—Sermones.

—Verás, voy a contarte un secreto que nadie sabe. —Yong Sheng acercó la boca al oído de su hija y le susurró—: Un pastor es un mago.

La pequeña lo miró a través de las lágrimas con desconfianza.

Yong Sheng volvió a subirla sobre los hombros y la llevó a la plantación de bambúes, dividida en tres parcelas llenas de altas plantas tachonadas, entre las que avanzaron hasta la cerca que las rodeaba. Luego siguieron andando por la orilla del arroyo que corría alrededor y, por fin, Yong Sheng dejó a la niña en el suelo ante un bosquecillo de bambúes enanos.

—¿Te gustan estos bambúes tan pequeños? —le preguntó—. Parecen frágiles, pero así, apretándose unos contra otros, se protegen mutuamente. Por eso los llamamos «bambúes de las cien familias».

Efectivamente, sus tallos crecían muy cerca unos de otros y dejaban tan poco espacio entre sí que hasta al viento le costaba atravesarlos. Tenían las hojas rugosas y plisadas, con la superficie salpicada de manchas herrumbrosas. Yong Sheng extendió la mano para separarlos. Un hálito cálido y húmedo ascendió de la tierra y un rayo de sol iluminó un montoncito de excrementos de pájaro.

Animó a su hija a deslizar la mano entre los bambúes. La niña notó un agradable tacto sedoso, seguido por otro, más áspero, de paja seca. Cuando apartó los tallos, su llanto se transformó en risa: había

encontrado un nido.

—A los pájaros les gusta anidar entre estos pequeños bambúes, aunque el sol nunca penetre entre ellos —le dijo Yong Sheng con la falsa modestia del artista que saborea su éxito.

El mago la animó a deslizar la mano en el nido con cuidado.

Tras dudar unos instantes, la niña extendió la manita, tocó algo que le hizo dar un respingo y la sacó de inmediato.

El mago la tranquilizó con una sonrisa.

Helai volvió a introducir los dedos en el nido, del que sacó un huevo marrón claro con la cáscara un poco húmeda y salpicada de manchas. Al alzarlo hacia el sol, distinguió en el interior una sombra verde claro, que sus ojos azules contemplaron con fascinación. Yong Sheng se dijo que nada ni nadie podía resistir aquella limpia mirada.

—Es como si dentro hubiera una pequeña cometa... —dijo la niña, asombrada.

—Es un pajarillo que aún no tiene plumas —le explicó su padre cogiéndole el huevo de las manos. Luego lo puso en el nido y soltó los bambúes, que volvieron a su posición.

El recuerdo del huevo permaneció grabado en la mente de la niña durante mucho tiempo. Unos días después, mientras su padre escribía el borrador del sermón dominical, salió de casa y se dirigió al bosquecillo de bambúes enanos.

Entró en el huerto como una sonámbula, sin acordarse del camino que había tomado su padre cuando la llevó hasta allí a cuestas. Todo estaba en penumbra. Los árboles parecían haberse multiplicado y era fácil perderse por los numerosos senderos que serpenteaban entre ellos. Creyó que había tomado un atajo, pero acabó extraviándose. Temiendo que su padre advirtiera su ausencia, decidió volver para que no la regañara, pero después se dijo que no hacía falta y continuó su excursión, echando a correr alguna que otra vez cuando un ruido o una sombra la asustaban.

Pronto se dio cuenta de que no sería capaz de orientarse. Estaba rodeada de bambúes por todas partes: sus largos tallos se alzaban sobre su cabeza y la mantenían en la oscuridad.

Estuvo a punto de caer al arroyo que discurría junto a la cerca, cuya

agua era tan clara que pudo ver algunas gambas y un cangrejo con el caparazón rojo. Como el arroyo era poco profundo, la pequeña se remangó los pantalones y se metió hasta las rodillas. El fondo estaba cubierto de brotes de bambú y de hojas enrolladas y reblandecidas por el agua. Formaban una suave alfombra, mullida y resbaladiza, que no producía el menor ruido bajo sus pies descalzos. De pronto, el cangrejo rojo se refugió en el interior de una hoja. Helai sumergió la mano y lo cogió. Al sentirse apresado, el astuto crustáceo se quedó inmóvil y, creyéndolo muerto, la niña volvió a abrir la mano, momento en que el cangrejo aprovechó para saltar al arroyo, por donde Helai lo persiguió soltando chillidos hasta que vio el bosquecillo de bambúes enanos.

Apartó los tallos y encontró el nido. Deslizó la mano, pero esta vez no tocó una cáscara de un huevo con la punta de los dedos, sino un trozo de carne blanda y caliente. El pajarillo se agitó y la niña vio las rojas venas que recorrían la fina piel de sus alas, de un gris marronáceo. Una ligera pelusa amarilla le adornaba la rabadilla, que estaba húmeda, como cubierta por una fina capa de pintura.

Los conversos que frecuentaban a su padre eran, en su mayoría, pescadores, mercaderes o marineros que trabajaban en barcos mercantes. Sus hijos, que a menudo los acompañaban en sus viajes, habían visitado muchos lugares y sabían muchas cosas. Fueron ellos quienes le hablaron a Helai de las marionetas. Algunos habían visto en Xiamen títeres de guante, típicos de la provincia de Fujian. Otros habían llegado hasta Quanzhou y asistido a espectáculos de «marionetas de codos», donde varios titiriteros se escondían tras un telón y movían muñecos por encima de sus cabezas. El público no veía el cuerpo ni la cabeza ni las manos de los titiriteros, pero sí los codos: de ahí el nombre de las marionetas. Basándose en lo que le habían contado sus amigos, Helai se imaginaba un sitio atestado de gente donde había un estrado cubierto con una tela negra en cuyo centro se alzaba un telón. Hasta creía oír el redoble de los tambores y el sonido de los gongs que acompañaban el espectáculo. Cuando hacía viento —

según le habían contado los chicos—, el telón, que tenía bordados unos pavos reales de plumaje multicolor, gualdrapeaba como la vela de un barco. Los laterales del estrado estaban ocultos tras sendas cortinas provistas de una abertura. Cuando empezaba el espectáculo, el público, alzado de puntillas, se agitaba y se empujaba para ver a un general entrar en escena con paso marcial. Llevaba una reluciente armadura cubierta de escamas, como un pez, con unas cadenas dibujadas, y por encima de él se alzaban unos estandartes.

—¿Y cómo se llama ese general? —les había preguntado Helai.

—Nos trae sin cuidado cómo se llame. Todo lo que sabemos es que tiene la cara negra y un gran sable.

—Yo sí lo sé —había dicho otro chico—. Es Gui Yan, general de los Reinos Combatientes.

Un día Yong Sheng llevó a la niña a una sastrería de Jiangkou para que le hicieran un vestido nuevo. Mientras el sastre le tomaba medidas, Helai oyó sonar gongs y tambores. Al instante cogió a su padre de la mano y, corriendo como una exhalación, lo arrastró hasta el lugar del que procedía el ruido. Cuando llegaron, la sala ya estaba llena de gente y no consiguieron abrirse paso hasta las primeras filas, así que Yong Sheng se la subió a los hombros.

—¿Son marionetas de codos? —le preguntó Helai a otro espectador.

—¿Marionetas de codos? ¡Es teatro de sábana!

En realidad, sí eran marionetas, pero el escenario, rodeado por una sábana vieja remendada en varios sitios, no era mayor que una mesa. En él solamente cabía un titiritero, que realizaba la proeza de manejar por sí solo una multitud de marionetas, a las que además daba voz e incluso hacía cantar, mientras tocaba un gong que tenía atado a una rodilla.

Aunque era un espectáculo de lo más rudimentario, Helai estaba entusiasmada. Cuando el tigre aparecía por encima del telón, la niña soltaba gritos de alegría. Era amarillo con rayas negras y, al mover la cabeza —tan magnífica como amenazadora—, azotaba el aire con la cola y saltaba con fiereza. Todos sus movimientos eran de una belleza arrebatadora. De pronto, a Helai le pareció que el animal, pese a ser rígido, le hacía un gesto. Sí, así era, no estaba soñando: le había

guiñado el ojo, como a una vieja amiga.

Aunque aún no había cumplido los seis años, sabía que había nacido en el año del Tigre, y con aquella marioneta tenía la sensación de encontrarse ante un miembro de su familia. Así que, cuando un prisionero, un borracho llamado Wu Song, atacó al tigre con un palo, a Helai se le encogió el corazón. Cada vez que el palo fallaba y golpeaba el aire, a diferencia del público, que mostraba su decepción con suspiros de impaciencia, la niña pataleaba de puro contenta. Pero cuando Wu Song alcanzaba el lomo del tigre y el marionetista soltaba un «¡pum!» para imitar el ruido del golpe, Helai agachaba la cabeza entre los hombros con un rictus de dolor, como si le hubieran pegado a ella. De pronto, el tigre lanzó un rugido ensordecedor y, alzado sobre las patas traseras, puso las delanteras sobre la cabeza de Wu Song. La niña agitó el puñito en el aire.

—¡Mátalo! —gritó exultante.

Hombre y fiera rodaron juntos, dando golpes a un lado y a otro, y al final Wu Song acabó con el tigre a puñetazos. La niña sintió un escalofrío, y cuando el tigre agonizante soltó el último estertor tuvo la sensación de que un intenso olor a animal salvaje se extendía por todo el pueblo de Jiangkou.

Esa noche, como homenaje al felino asesinado, Helai se negó a cenar.

Yong Sheng, que conocía a su hija, sabía que en momentos así era mejor no insistir y dejarla tranquila. Encendió la luz y empezó a tallar un trozo de bambú con la navaja. Helai le preguntó qué hacía.

—Una marioneta.

Cuando ella replicó que las marionetas se hacían con madera, él le dijo que no tenía las herramientas adecuadas.

Acabó de tallar la pieza de bambú y le colocó una bola de papel a modo de cabeza.

—La marioneta del tigre de esta tarde podía mover los hombros y todas las rayas de su cuerpo se agitaban a la vez cuando lo hacía —dijo Helai en tono desdeñoso—. Tu marioneta no puede hacer nada.

Por toda respuesta, Yong Sheng mojó un pincel en pintura amarilla y pintó el pelo en la bola de papel.

—¿Por qué tiene el pelo amarillo? —preguntó la pequeña.

—¡Espera, aún no está acabada! —respondió su padre—. ¿Sabes cómo tendrá el pelo? Del color del arcoíris.

Luego pintó los párpados y colocó debajo dos granos de arroz negro. A la luz de la lámpara, parecía que la marioneta tuviera ojos de verdad. Finalmente se arrancó un pelo, lo cortó en trozos minúsculos y los pegó uno a uno encima de los ojos.

—¡Es una chica! ¡Lo sé porque tiene las pestañas largas! —exclamó Helai, que empezaba a mostrar verdadero interés.

Tenía razón. Yong Sheng estaba haciendo una chica. Con papel blanco, le confeccionó un vestido largo, que le ciñó a la cintura con un trocito de lana roja.

—¿Cómo se llama? —preguntó la niña.

—Cenicienta.

Con otro pedazo de bambú, Yong Sheng talló un segundo personaje, al que vistió de terciopelo negro, puso un bonito sombrero en la cabeza y botas en los pies.

—¿Quién es ese chico tan guapo? —quiso saber Helai.

—Un príncipe.

A continuación Yong Sheng hizo dos chicas bastante feas y una anciana totalmente vestida de negro.

Una vez acabados los personajes, construyó un escenario de cartón no mayor que un cuenco de arroz.

La vieja vestida de negro fue la primera en salir a escena.

—¡Da miedo! ¿Es una bruja?

—No, es la madrastra de Cenicienta.

—¿Qué es una madrastra?

—Si yo me hubiera vuelto a casar con otra señora después de que tu mamá muriera, tendrías una madrastra.

—¿Y ésta cuántos años tiene? Anda muy despacio y tropieza continuamente.

—No tiene ni cincuenta, pero, mientras camina, no para de pensar en el modo de torturar a Cenicienta, que duerme en la cocina. Tropieza porque está muy concentrada en sus malvados pensamientos. ¡Bum! ¡Bum! ¡Bum! —Yong Sheng imitó el ruido de unos golpetazos

en una puerta y adoptó la voz de una anciana para gritar—: «¡Cenicienta, ya es de día! ¡Ve ahora mismo a sacar agua del pozo o te doy un torniscón!»

—¿Qué es un torniscón?

—A su madrastra le gusta mucho pellizcar fuerte. Coge un trozo de carne entre los dedos y lo retuerce apretando todo lo que puede. Eso hace tanto daño que la víctima grita como un cerdo cuando lo degüellan. —Yong Sheng imitó el chirrido de una puerta al abrirse. Cenicienta apareció, y la vieja se abalanzó sobre ella—. «¡Perezosa! ¡Como castigo, traerás cien cubos de agua!» «Pero si el depósito está casi lleno...» «¿Te atreves a replicar? ¿Quieres que te azote?»

Yong Sheng, golpeando la mesa con un trozo de tela, imitó el ruido de un látigo. El efecto fue tan realista que Helai dio un respingo.

—¿Y Cenicienta llegó a cargar con los cien cubos de agua? —preguntó.

—Tuvo que parar en el cuarenta y tres.

—¿Porque cayó rendida de cansancio?

Los ojos de la niña estaban brillantes de lágrimas.

—No, porque una de las hijas de su madrastra la llamó. —Adoptando la voz de una chica, Yong Sheng chilló—: «¡Cenicienta! ¿Dónde te has metido? Ven a abrirme las ventanas, quiero levantarme.» —Cenicienta se inclinó varias veces ante la malvada hermanastra y descorrió las numerosas cortinas de su habitación. (Yong Sheng reprodujo a la perfección el ruido de una pieza de tela deslizándose por una barra.)—. ¿Sabes cuántas cortinas tuvo que descorrer? La hermanastra ocupa toda una planta, con veinte ventanas en total. Y a la décima...

Cenicienta se tambaleó y cayó sobre el escenario.

—¡Va a morir! ¡Hay que socorrerla!

Su padre imitó la voz de la segunda chica.

—¡Cenicienta!

—¿Quién es ésa? —preguntó la niña.

—La segunda hija de la madrastra, que vive en el piso de arriba. «¡Date prisa, Cenicienta!» —continuó Yong Sheng—. «Tráeme diez cuencos de sopa de arroz, diez tostadas y diez bollos rellenos de cerdo

y cebolleta.»

—¡Cállate! —gritó Helai—. ¡Por favor! ¡Cenicienta ya está muerta de cansancio por culpa de tu madre y de tu hermana!

La madrastra reapareció.

—«¡Cenicienta! ¡Ve a lavar a los cerdos!»

—¿Tiene muchos cerdos? —preguntó la niña, preocupada.

—Más de trescientos.

—¡Oh, papá! ¿Y el príncipe? ¡Hazle venir para que salve a Cenicienta!

—Aún no ha llegado el momento.

—¿A qué espera?

—Paciencia… Uno de sus criados está embetunándole las botas, otro cepillándole la ropa, y el tercero, afeitándolo. Ahora se anuda la corbata delante de un espejo. Se está preparando para el gran baile, en el que conocerá a Cenicienta.

—¿La salvará?

—Bailará con ella. Pero Cenicienta tiene que volver a casa de su madrastra antes de medianoche, si no lo hace, la castigarán. Así que, cuando el reloj dé las doce… Helai, si quieres que el príncipe salve a Cenicienta, tienes que cenar. Si no, ¿cómo va a encontrarla en esta gran ciudad?

—Dime cómo la encontrará. No puedo esperar a saberlo.

—Cenicienta perderá una cosa.

—¿Qué cosa?

—Lo sabrás cuando acabes de cenar.

Esa noche hubo una gran tormenta, y el río, la llanura, la aquilaria en lo alto de la colina, el huerto, la choza… todo se difuminó silenciosamente en la lluvia. Yong Sheng, que aún no dormía, estaba preparando su sermón dominical. Le gustaba su trabajo y el contacto con sus fieles, pero lo que más le gustaba era escribir solo ante su mesa a la luz de una lámpara.

En silencio, construía palabra a palabra, frase a frase, aquella vida invisible a los ojos de los hombres, de la que sólo podía tomar nota tratando de no desvirtuarla. A veces, cuando el texto de su sermón le parecía excelente, se sentía feliz y experimentaba la misma plenitud

que cuando estaba en su huerto después de que una suave lluvia de primavera lo hubiera empapado.

Hacia medianoche, su hija bajó la escalera sosteniendo una lámpara de petróleo. Como la vez anterior, iba descalza y desnuda, como un querubín, con el cabello rizado oscilando sobre los hombros, iluminados delicadamente por la vacilante luz de la llama.

—Papá… —murmuró en mitad de la escalera—. Yo no quiero tener madrastra.

—Pero ¿de qué hablas? —exclamó Yong Sheng estupefacto.

—No quiero una madrastra.

—Sabes que papá es pastor… —dijo él, y, posando solemnemente la mano derecha sobre su biblia, añadió—: Yo, el pastor Yong, juro ante Dios que Helai nunca tendrá madrastra.

2

El orfelinato

Un aficionado había tomado una foto en blanco y negro delante del portón de la choza de Jiangkou. Hacía buen tiempo, un tiempo ideal para un fotógrafo. Una agradable luz bañaba el paisaje, nubes aborregadas salpicaban el azul del cielo... Debía de ser otoño, porque la vegetación de las lejanas laderas de las montañas, bastante oscura, permitía suponer que las hojas aún estaban verdes, mientras que el follaje de la gran aquilaria, que ocupaba buena parte de la derecha de la imagen, era de un gris claro resplandeciente, lo que significaba que sus hojas tenían el lustre plateado de las trompetas a las que se arrancan notas cristalinas. En ese gris, animado por el sol poniente —la foto había perdido los contrastes, pero los diferentes matices de gris permitían apreciar la perspectiva—, se veía, en el centro de la imagen, una nube de polvo que se alzaba como un remolino de humo blanco. Dos grupos de niños competían tirando de una cuerda, de la que sólo se veía un pequeño trozo, porque el resto estaba tapado por los contendientes del primer plano, que daban la espalda al objetivo. Esos niños no eran los pastores de búfalos que jugaban con Helai en el cauce seco del río de arena blanca. Aunque su ropa no estaba en perfecto estado, no daban la impresión de ser campesinos. Pero es que a Dios no parecían gustarle las prendas nuevas. ¿No decía Jesús: «Bienaventurados los pobres»? ¿No era especialmente compasivo con las mujeres feas, con aquellas a las que todo el mundo arrojaba piedras, con las que sufrían hemorragias uterinas o carecían de virtud? Desde luego, amar la pulcritud y la belleza era un sentimiento natural, pero no tenía nada que ver con el amor. Amar a un niño vestido con harapos: eso era verdadero amor. Algunos muchachos, de unos

dieciséis o diecisiete años, exhibían ya una apreciable musculatura; los más pequeños tenían cinco o seis. En el otro equipo, que estaba frente al objetivo, se veían las expresiones de las caras de todos los niños. Todos gritaban. Eran una docena de chavales descamisados, y a casi todos se les marcaban las costillas. Helai, la primera de ese grupo, tiraba con todas sus fuerzas echando el cuerpo hacia atrás. Llevaba una falda blanca estampada con flores oscuras. Un collar de conchas le colgaba del cuello. Tenía el pelo recogido en una cola de caballo y humedecido por el sudor, que le resbalaba por la cara y dejaba en ella surcos negros. Sus pies estaban plantados con fuerza en el suelo, medio hundidos en una espesa capa de polvo, y uno de sus zapatos había desaparecido entre la polvareda. Aquellos niños no iban a la escuela, porque no se veía ninguna cartera al pie de la aquilaria, tan sólo cestas de bambú, una de ellas, volcada. Unos cuantos longanes habían rodado alrededor del árbol. De una rama colgaba una balanza, como si acabaran de pesar la fruta que habían recogido en el huerto. Un poco más lejos, en el suelo, se veían redes de pescar y cestas con peces. Mirando la foto con lupa se habrían podido distinguir los cangrejos que escapaban de ellas. Con la camiseta del equipo de baloncesto de la Facultad de Teología y un silbato en los labios, Yong Sheng hacía de árbitro de la competición. Su cuerpo todavía parecía ágil, pero sus líneas habían perdido la rotundidad de sus años jóvenes. Llevaba el pelo largo. Seguramente debido al viento, un gran mechón le tapaba la boca. En segundo plano, el portón de la propiedad formaba un cuadrilátero, en el que se distinguía un sendero flanqueado de árboles que llegaba hasta la choza, situada al fondo. Encima del portón, un letrero de hojalata troquelada rezaba: orfanato cristiano de jiangkou. Al pie de la fotografía constaba que la imagen había sido tomada en octubre de 1942.

Efectivamente, Yong Sheng había transformado su casa en orfanato a principios de la primavera de 1942, justo después del ataque de Pearl Harbor.

¡Pearl Harbor! Un nombre extraño, desconocido hasta entonces. ¿Quién habría podido imaginar que, en un lugar tan alejado de China, las bombas japonesas desencadenarían un huracán de fuego que

alcanzaría a una tranquila aldea china, y que la Iglesia cristiana, a la que habían dedicado su vida varias generaciones de misioneros, quedaría reducida a la nada en una sola noche?

Había que reconocer que la guerra tenía su propia lógica. Sencilla, directa e infalible: en 1939 Alemania había invadido Polonia, y el Reino Unido había declarado la guerra a Alemania. En esos momentos, los japoneses ocupaban ya gran parte de China. Desgraciadamente, antes del ataque de Pearl Harbor, los ciudadanos británicos y los misioneros de Canadá —que pertenecía a la Commonwealth— habían sido enviados por los japoneses a campos de prisioneros de guerra. El 7 de diciembre de 1941 —los libros de historia y las enciclopedias no pueden ignorar este detalle: era domingo—, Japón y Estados Unidos habían entrado en guerra, y los misioneros estadounidenses (es decir, el noventa por ciento de los misioneros presentes en Putian) y sus familias habían huido sin esperar la orden oficial de evacuación. El 10 de diciembre, en una noche oscura, cuando la luna todavía no había salido, se habían subido a dos camionetas cuyas lonas, llenas de desgarrones, dejaban entrar un poco de luz; en uno de los vehículos, un misionero de la Iglesia episcopal manejaba un aparato parecido a una radio que emitía una serie de «tac-tac-tac-tac-tac-tac». Tres días después, en Shanghái, habían embarcado en un paquebote con destino a Estados Unidos. En resumen, aunque el ejército nipón nunca había puesto los pies en Putian —tras ocupar Fuzhou, había tomado esa dirección, pero la había abandonado rápidamente, sabe Dios por qué—, y aunque los habitantes de Putian se habían librado de la ocupación, las iglesias, hospitales y organizaciones caritativas —incluidos los orfanatos— de toda la región se habían visto privados de sus recursos financieros de la noche a la mañana y se habían sumido en la anarquía. El pastor Yong, que se había quedado sin sueldo, no imaginaba que un hombre tan anclado en la realidad como él —es decir, un hombre corriente, tranquilo, totalmente entregado a su trabajo— acabaría teniendo una cita con la historia.

Para él, la historia era lo contrario de la realidad. Estaba tan llena de dramaturgia que se parecía más bien a la ficción. Un pastor rural

que nunca había deseado desempeñar un papel protagonista, ni siquiera tener un papel, iba a acabar entrando en la historia local, arrastrado por quienes necesitaban la Historia para existir.

Su nombre apareció por primera vez en 1946, en el volumen 49 —dedicado a «La Caridad»— de los Anales de Putian, publicados por el Departamento de Archivos del Distrito. Dos años más tarde, con motivo de una reedición, su biografía se incluyó en el volumen 66, titulado «Las personalidades religiosas». Como no es muy largo, reproduciremos el artículo en su totalidad:

> Yong Sheng, nacido en 1911, es hijo del carpintero Yong, de Jiangkou. En 1935, adquirió oficialmente la condición de pastor, convirtiéndose así en el primer pastor chino de Putian. Acto seguido transformó su casa en un templo, al que los fieles denominan simplemente «la gran choza». Ante su portón se alza una enorme aquilaria, a la que todo el mundo conoce como «el árbol del pastor». Un día de enero de 1942, el pastor Yong, que ignoraba que todos los misioneros extranjeros habían sido evacuados, acudió a la ciudad como cada mes para cobrar su salario en la sede de su organización, donde descubrió con sorpresa que las oficinas estaban vacías. Allí coincidió con una decena de alumnos del orfanato que habían ido a la sede a exigir comida y que lo tomaron como rehén. El orfanato estaba a cierta distancia de la puerta este de la ciudad, en el Templo de las Luces, un viejo edificio abandonado. En sus inicios, había sido financiado por el gobierno republicano, que cuando empezó la guerra lo dejó al cuidado de la Iglesia protestante. Desgraciadamente, los profesores empleados por la Iglesia eran violentos y golpeaban a los niños, que acabaron rebelándose. Los huérfanos eran, en su mayoría, pequeños delincuentes, mendigos acostumbrados a vivir en la calle, que se agrupaban en bandas y estaban siempre dispuestos a pelear. Atacaron a sus profesores lanzándoles piedras y bancos, e hirieron de gravedad a algunos de ellos. Cuando Estados Unidos entró en la guerra, los mecenas estadounidenses interrumpieron la financiación, con lo que los niños dejaron de tener con qué alimentarse. El Templo de las Luces, que databa de la dinastía Qing, se alzaba junto a un antiguo cementerio y, según los rumores, estaba habitado por almas en pena y fantasmas. Con el fin de apaciguar a los espíritus, a mediados del periodo Qing les habían construido un pequeño pabellón. En 1931 la gran sala de oración fue transformada en aula para uso de los huérfanos, y el pabellón de los fantasmas se convirtió en dormitorio común. De vez en cuando se hundía un trozo de suelo y, debajo de las camas o entre ellas, aparecían ataúdes entreabiertos con esqueletos en su interior. Tras capturar al pastor Yong, los huérfanos lo encerraron allí y lo obligaron a tumbarse dentro del ataúd de una vieja sepultura. En

respuesta, el pastor inició una huelga de hambre, se negó incluso a beber y dedicó todo su tiempo a la oración. Al cabo de varios días, como todavía conservaba las fuerzas, los huérfanos empezaron a mirarlo con respeto, como si se tratara de un ser casi divino. Así fue como creó el orfelinato de Jiangkou. Levantó un dormitorio colectivo en su patio y acondicionó un aula en su choza. Como poseía un huerto de ochocientos metros cuadrados, en el que trabajaban los huérfanos, pudieron abastecerse de comida, de forma que nunca tuvieron dificultades para asegurarse el pan diario.

Helai quiso ver el lugar en el que habían encerrado a su padre.

El Templo de las Luces, el antiguo orfanato de Putian, estaba situado a dos kilómetros de la puerta este de la ciudad. Como la choza del pastor, se alzaba sobre una colina, desde cuya cima se podía abarcar con la mirada toda la llanura, recorrida por canales de riego. También se divisaba el río Mulan, que se desplegaba como una cinta de satén dorado entre arrozales, charcas y pantanos hasta donde alcanzaba la vista, para desaparecer luego en la lejana bruma del horizonte.

Ese año, el orfanato del pastor tuvo una excelente cosecha, y los huérfanos mayores y más fuertes fueron a vender cestas de lichis a Putian. Helai aprovechó la ocasión para acompañarlos. Acababa de cumplir siete años y, habitualmente, no trabajaba en el huerto, como ellos, pero compartía su aula y a su único profesor. Su camino no pasaba por el Templo de las Luces, que estaba al otro lado de la ciudad, pero, a la vuelta, rogó al chico junto al que se sentaba en clase, un manchú siete años mayor que ella apodado Cabellos Blancos, que la llevara a ver el lugar en el que había estado cautivo su padre.

Así que Cabellos Blancos la acompañó al «memorial» del pastor —la tumba del dormitorio común—, donde le contó que una noche, mientras estaba durmiendo, otro huérfano, Zhao el Quinto, había notado que su cama se movía, hasta que acabó derrumbándose. Al levantarse, comprobó que parte del suelo se había hundido. En el fondo del agujero se veía un viejo ataúd. A partir de ese momento, nadie volvió a atreverse a dormir allí, salvo el pastor, al que los niños secuestraron y obligaron a pasar varias noches seguidas en el agujero, sin dejar de atormentarlo durante todo ese tiempo: algunos se disfrazaron de diablos, de animales feroces o de aves rapaces para

asustarlo; otros, de chicas jóvenes para intentar seducirlo. También le metieron cucarachas y ratas muertas bajo la almohada. Por las noches le impedían dormir con un incesante guirigay de aullidos, lloros y gruñidos.

Cabellos Blancos, que aseguraba ser el hijo natural de un delincuente manchú apodado «el Divino Ladrón», se pasó la mayor parte del tiempo intentando robar una foto que el pastor guardaba en su cartera.

—Dentro ya no había dinero, porque fue lo primero que le quitamos. Sin embargo, vigilaba su cartera como si fuera un objeto sagrado.

Según el muchacho, su padre biológico había elevado sus habilidades a la categoría de arte. Antes de él, nunca se había alcanzado tal nivel de excelencia. Siempre avisaba a sus víctimas: «Cuidado, voy a robarle la cartera», les decía, y, antes de que el otro tuviera tiempo de llevarse la mano al bolsillo para protegerlo, ya le había quitado el dinero y vuelto a dejar la cartera en su sitio. Cabellos Blancos distaba de haber alcanzado su nivel. Aunque contenía la respiración y había ensayado sus movimientos, el pastor Yong siempre lo cogía in fraganti, y todo el mundo se reía.

Helai también se reía, pero no de la torpeza del chico, sino porque en su fuero interno se sentía halagada, dado que en la cartera de su padre lo único que había era una foto de ella a la edad de tres años.

El polvo danzaba en los rayos de luz que entraban por la ventana, de modo que la tumba abierta no le pareció tan siniestra como había imaginado. No eran más que cuatro losas de piedra, hundidas oblicuamente en un agujero más profundo por un lado que por el otro. Una losa estaba inclinada hacia la izquierda, y otras dos, hacia la derecha. Entre ellas habían crecido hierbajos. Pero no hierbajos cualesquiera, con tallos largos y delgados como flechas, sino plantas trepadoras de un color grisáceo, con las finas raíces enredadas unas con otras. En el fondo del agujero, más que verse bien, se adivinaba un ataúd. Era una caja marrón de madera tosca, parcialmente desfondada por el peso de las piedras y de la tierra, de la que sólo ascendía un vago olor a barro.

Cabellos Blancos se agachó junto al agujero.

Helai lo imitó y el olor a humedad le inundó las fosas nasales.

—¡Hola! —gritó el chico en dirección al ataúd.

—¡Hola! —repitió la niña.

Sus voces resonaron en las paredes de la fosa.

—La primera noche, cuando obligamos a tu padre a meterse ahí dentro, le dijo educadamente al inquilino cuyo sitio iba a ocupar: «Siento mucho molestarlo.»

—Hoy quien viene a saludarlo es la hija del pastor Yong —dijo la niña. De pronto tuvo una idea y se inclinó hacia su amigo—. ¿Tú crees que quien está en el ataúd podría encontrar a mi madre en el otro mundo?

—Quizá.

—Podría pedirle que le llevara un mensaje… Sólo unas palabras.

—Por intentarlo, que no quede.

Helai sacó un lápiz y un trozo de papel y le pidió a Cabellos Blancos que no mirara lo que escribía. El chico obedeció y cerró los ojos. Con mucho esmero, Helai escribió estas palabras: «Te echo de menos, mamá.»

Luego firmó solemnemente y arrojó el papel al agujero, donde revoloteó como una mariposa blanca entre las losas y las plantas trepadoras, antes de caer al fondo y convertirse en una pequeña sombra blanca que fue engullida por las tinieblas.

3

El arca de Noé

Una noche, Helai le hizo una pregunta a su padre.

—¿Por qué tengo los ojos azules en vez de negros, como los demás niños?

Yong Sheng se quedó un poco cortado.

—Porque te cayó en ellos el arcoíris —acabó respondiendo tras dudarlo unos instantes.

—¿Cuándo pasó eso?

—A los demás niños los trajeron al mundo sus madres, pero tú viniste del cielo, transportada por una grulla blanca que sujetaba con el pico la cinta de tus pañales. Llegaste en un paquete muy bonito atado con un lazo. La grulla blanca bajó del cielo y se posó en nuestra aquilaria.

De repente, mientras le estaba contando la historia, se subió a uno de los brazos del sillón en el que estaba sentado y empezó a soltar gritos que imitaban los roncos chillidos de las grullas, que la niña conocía porque los oía todos los años en la época de las migraciones.

Fue la primera vez que Helai se fijó en las arrugas que surcaban la frente de su padre, una frente abombada y un poco extraña, que le recordaba a una piedra agrietada que había recogido en el lecho del río de arena blanca.

Yong Sheng iba mal vestido y llevaba toda la ropa manchada de pintura de diversos colores, incluidos los calzoncillos. Tenía restos de pintura hasta en los pelos de la barba, que había olvidado afeitarse, y gotitas de pintura seca por toda la cara.

La vacilante luz de la lámpara de petróleo danzaba sobre su tranquilo rostro, en el que, no obstante, los ojos, inyectados en sangre,

expresaban estupor, sorpresa y duda. Sobre la oscura superficie de sus protuberantes globos oculares se reflejaba el haz de luz amarilla de la lámpara que Helai agitaba ante él. El resplandor se deslizó por su piel, brillante como el marfil, se detuvo en sus brazos, donde las venas creaban reflejos azulados, y acabó iluminando todo su cuerpo.

Yong Sheng se levantó del sillón lentamente y salió de la habitación. Como un largo y delgado hilo, su sombra, impresa en los ojos de la niña, atravesó los iris azules de la pequeña y se perdió en las comisuras de sus párpados.

La silueta se fue desvaneciendo hasta convertirse en una mancha clara cada vez más lejana, que no era sino la ropa que llevaba el pastor, una chaqueta gris con mangas cortas y botones de tela. Yong Sheng siempre se la ponía cuando abandonaba sus tareas pastorales y se dedicaba a pintar. Flotando en el aire como un fantasma, la mancha grisácea acabó desapareciendo también en la oscuridad.

Yong Sheng estaba pintando un gran fresco del arca de Noé en la fachada sur de su choza.

En 1945, tras la rendición de Japón, las congregaciones cristianas habían regresado a Putian, donde habían reanudado sus actividades. El orfanato de Jiangkou, que se autofinanciaba, no necesitaba ninguna subvención de la Iglesia protestante, pero Yong Sheng recibió encantado los numerosos libros que tuvieron a bien enviarle. Incluso construyó un nuevo edificio circular para convertirlo en biblioteca, de la que se nombró director. Esos libros, donados por cristianos de todo el mundo, eran sobre todo ediciones ilustradas destinadas a los niños, pero también había libros de arte dedicados al arca de Noé, cuyas ilustraciones en color examinó con avidez. Se zambulló por completo en ese extraño mundo. Como hechizado por la contemplación de un caleidoscopio, cuyos fragmentos de cristal creaban infinitas combinaciones de imágenes y colores, cada vez que giraba una página descubría nuevas vidas con formas diferentes.

Con el mismo esmero con que había copiado el dibujo de Leonardo en la biblioteca de la Facultad de Teología, empezó pintando la nave,

sus remos, mástiles y velas, sin olvidarse de su doble puente y sus tres pisos, provistos de camarotes, como los que podía permitirse la gente rica que viajaba en barco. Su nave era tan grande que habría podido transportar quinientas toneladas de mercancías o quinientos soldados y habría necesitado un mínimo de cuatrocientos marineros para manejar las velas y las jarcias. También representó varios pabellones destinados a la nobleza, e incluso un magnífico palacio, para que el emperador de China en persona pudiera viajar a bordo. Su fresco estaba enriquecido con una multitud de detalles, sobre todo en la proa —la parte más exuberante de los barcos occidentales—, en la que pintó figuras talladas de santos cristianos, animales mitológicos y personajes legendarios.

En la misma época viajó a Fuzhou para participar en un congreso de pastores de su provincia y aprovechó para visitar a su padre, que seguía viviendo en el famoso barrio de las Tres Calles y las Siete Callejas (su madre había muerto durante una epidemia de cólera). Al día siguiente fue a la tienda de pintura más grande de la ciudad, donde entregó a un dependiente una larga lista de pinceles y colores, especificándole que eran para una pintura mural. En el viaje de regreso se detuvo en Putian, donde compró varios cubos de pintura blanca que utilizó para pintar el fondo sobre la fachada, que medía veinticinco metros de largo y ocho de alto. Mientras la pintura se secaba, encargó a los alumnos del orfanato que cortaran largos tallos de bambú. Luego hizo venir a unos artesanos de Quanzhou para que le montaran un andamio —una «percha para águilas», como los llamaba la gente de Fujian— de ocho metros de alto a lo largo de la fachada, que aún despedía un fuerte olor a aguarrás. En cada plataforma, instalaron planchas de madera fijas, escaleras y un sistema de poleas para subir y bajar los botes de pintura.

Ni en sus sueños más estrambóticos se habría atrevido Yong Sheng a imaginar que un día, sujeto mediante una cuerda de seguridad atada alrededor de su cintura a varios metros del suelo —casi como sobre una nube—, pintaría un fresco inspirado en la Biblia. Fue una enorme publicidad para su Iglesia. La noticia corrió como un reguero de pólvora y atrajo a curiosos de todos los rincones del país que acudían

a verlo pintar. El acontecimiento adquirió rápidamente una dimensión casi sagrada, y algunos incluso le trajeron como ofrenda aves de corral, huevos, verdura y fruta, que dejaron con respeto al pie del andamio.

Día tras día iba llegando más y más gente, y dos semanas después ya se trataba de una muchedumbre considerable. En el sendero que serpenteaba por la colina, los que bajaban de visitar la choza se mostraban entusiasmados, aunque eran incapaces de describir lo que habían visto a los que subían.

—Vayan a verlo y háganse una idea por ustedes mismos. ¡Es realmente gigantesco!

Lo que era gigantesco y cubría casi toda la fachada sur del orfanato no era ni la proa ni la popa de la nave cuadrada. Yong Sheng no había pintado ni una sola gota de agua, pero la inclinación del barco producía la impresión de que surcaba olas encrespadas y podía ser engullido en cualquier momento por un mar embravecido. Cuando se situaban ante el fresco, los espectadores daban instintivamente un paso hacia atrás. El único detalle que indicaba la dirección del barco era la enorme y gruesa vela mayor, que Yong Sheng había tejido con corteza de bambú y colocado sobre una larga pértiga horizontal, en los dos tercios del mástil. El viento marino hinchaba la vela como un globo, y el efecto era tan realista que casi creías oír los crujidos de sus láminas de bambú. La vela secundaria del palo mayor y la del palo de mesana imitaban una tela más basta, y la había pintado con tanto primor que se percibía perfectamente la textura del tejido, como si se tocara con los dedos. Del mismo modo, a veces los remiendos de diferentes colores, que había añadido sobre supuestos desgarrones, parecían alzarse a impulsos de un viento imaginario, que amenazaba con arrancarlos.

Para las velas de lona Yong Sheng se había inspirado en las ilustraciones de libros occidentales, con el detalle añadido de los remiendos para mayor realismo, pero la vela mayor, tejida como una estera de bambú, era un elemento familiar en aquella ciudad costera. Aun así, ¿quién habría podido reprocharle al primer pastor chino de la región que homenajeara de ese modo a su tierra natal?

Al finalizar el barco, quedó sorprendido por el resultado. Se preguntó si de verdad había sido él, Yong Sheng, quien había pintado un fresco de aquellas dimensiones, que parecía salido de una obra de ciencia ficción.

En el Génesis, Dios le había dicho a Noé:

> Hazte un arca de madera de gofer; harás compartimentos en el arca y la calafatearás con brea por dentro y por fuera. Y de esta manera la harás: de trescientos codos la longitud del arca, de cincuenta codos su anchura, y de treinta codos su altura. Una ventana harás al arca, y la acabarás a un codo de elevación por la parte de arriba: y pondrás la puerta del arca a su lado; y le harás piso bajo, segundo y tercero. [...] Y de todo lo que vive, de toda carne, dos de cada especie meterás en el arca, para preservarles la vida contigo; macho y hembra serán. De las aves según su especie, y de las bestias según su especie, de todo reptil de la tierra según su especie, dos de cada especie entrarán contigo para preservarles la vida.

El arca pintada en la fachada de la choza tenía, efectivamente, tres niveles, conforme a la descripción de la Biblia. No se veía el interior del primero, es decir, la cala situada bajo el puente, sólo unos ojos de buey con marcos de cobre amarillo. En total, había cuatro hileras con cuarenta ojos de buey en cada una. De lejos, no eran más que ciento sesenta circulitos cobrizos, pero, cuando te acercabas, dentro de cada uno se veían parejas de insectos macho y hembra.

Entre los curiosos que acudían a admirar el fresco, muchos eran niños, que asistían embelesados a la creación de aquella enorme variedad de invertebrados.

Yong Sheng empezó con una pareja de avispas de fino talle, cuyo cuerpo en forma de huso conocían todos los chavales de Jiangkou. Mientras el pastor las pintaba, los niños imitaron a coro el zumbido de los insectos al volar. Era una representación tan realista que tenías la sensación de que las avispas, con su cuerpo negro rayado de amarillo, estaban celebrando que iban a librarse del futuro diluvio y se habían puesto a danzar en el cristal del ojo de buey, donde el mundo entero parecía haberse concentrado.

Cada día aparecía en las ventanas una nueva especie de insectos. Al principio, los niños los identificaban sin dificultad. Eran cigarras,

saltamontes, langostas, grillos, mantis religiosas, libélulas, mariposas, escarabajos… Pero Yong Sheng no tardó en superar sus conocimientos entomológicos al abordar el orden de los coleópteros, que reprodujo a partir de ilustraciones sacadas de los libros donados por su Iglesia. Todos esos insectos, de formas a veces exóticas, provistos de lustrosos y extraños caparazones que emitían reflejos metálicos o relucían como diamantes, permanecían pegados a su ojo de buey, desde el que, intrigados por el mundo exterior, admiraban el prodigioso talento de aquel pintor desconocido. ¿De dónde había salido aquella pareja de coleópteros sin cabeza? ¡La cabeza era la boca! ¿Y aquellos artrópodos con los palpos tan largos como la trompa de un elefante? ¿Y aquellos otros desprovistos de élitros, con el caparazón cubierto de puntitos dorados o recorrido por una raya verde que, a la manera de las líneas de las fronteras, los ríos, los lagos y las montañas en un mapa de China, dividía el caparazón en varias figuras geométricas irregulares? ¿Y aquel escarabajo cuyo macho tenía un caparazón esmeralda cubierto de escamas, mientras que el de la hembra era de un azul intenso salpicado de minúsculas placas blancas que lanzaban reflejos plateados a la luz del sol?

Tras los ciento sesenta ojos de buey, ciento sesenta parejas de diminutos insectos elegidos por Dios ocuparon su lugar en la inmensa arca, que había echado el ancla en Jiangkou, en las cercanías de Putian.

Yong Sheng pasó ochenta días pintándolos, a un ritmo de dos parejas de insectos diarias.

Una tarde, Helai se echó por la cabeza el agua del cubo de madera que siempre había al lado del pozo, porque a la mañana siguiente tenía que ir a la ciudad para participar en el examen de los alumnos de cuarto que estudiaban en establecimientos privados de la región. El agua le chorreó por el pelo, se le metió por el cuello y le resbaló por todo el cuerpo, hinchando como un globo su camisa, que llevaba remetida en el pantalón.

Todo el mundo lo llamaba «el pozo», pero en realidad se trataba de

una fuente rodeada de gruesas piedras, con un agua tan cristalina que los guijarros y los granos de arena que alfombraban el fondo se veían con toda claridad. En la superficie estallaban burbujas de aire y en la arena se revolvían renacuajos verde tornasolado, que con unas cuantas sacudidas de la cola asomaban por el borde. La niña hizo un cuenco con las manos y bebió unos tragos de agua.

Por la noche se puso enferma y tuvo violentos ataques de tos, que le subían del pecho en oleadas y, a veces, la dejaban al borde de la asfixia.

Yong Sheng fue a cortar un trozo de corteza de la aquilaria, encendió la estufa dentro de la choza y preparó una infusión. Normalmente, cuando Helai tenía tos, ese brebaje era un remedio muy eficaz, pero esta vez no le hizo el menor efecto. A medianoche seguía tosiendo y no podía conciliar el sueño.

—¿Cómo voy a aprobar el examen regional mañana?

Estaba tan angustiada que se echó a llorar.

No hace falta decir que a aquella ganadora nata la perspectiva de no participar en la prueba le resultaba insoportable. Además, era la primera vez que, gracias a ese examen, iba a evaluarse la calidad de la enseñanza que impartía su padre en el orfanato.

¿Cómo podía conseguir que durmiera, aunque sólo fueran tres o cuatro horas, para que pudiera pasar dignamente la prueba de la mañana siguiente?

«La noche que llegué de Guizhou dormí como un tronco después de aspirar el olor de la aquilaria quemada», se dijo Yong Sheng.

Volvió a salir y cortó una rama del árbol, que llevó a la habitación de su hija.

Pero estaba demasiado húmeda y se negó a prender.

En ese momento le vino a la memoria una imagen: una columna de decenas de miles de hormigas que transportaba un trozo de corteza de cuatro o cinco centímetros de largo en dirección al hormiguero, como hubiera hecho un batallón de soldados con un enorme cañón. El avance de la corteza era casi imperceptible. Pasado un minuto, parecía seguir en el mismo sitio y, al cabo de dos o tres, la distancia que había recorrido era ínfima.

Otro ataque de tos volvió a romper el silencio de la noche.

Yong Sheng encendió un farol y, provisto de un pequeño azadón, salió de casa por tercera vez.

Se dirigió hacia el olmo tras el que se elevaba el hormiguero. Su sombra se alargó sobre el alto montículo que varias generaciones de hormigas habían construido con hojas y ramitas.

Con el azadón, rascó la corteza de tierra que lo cubría.

Acercó el farol a la construcción para iluminar el interior y vio un laberinto de galerías, cavidades y pasillos que se entrecruzaban a lo largo de varios pisos obedeciendo a una organización muy estricta. Túneles excavados en todas direcciones comunicaban entre sí diminutos compartimentos en una red enormemente compleja, por la que las hormigas iban y venían.

Al instante, el azadón estaba cubierto de insectos.

Tras examinar detenidamente la complejidad de aquel hábitat, descubrió el compartimento más grande y llano, que era su centro neurálgico.

Con un golpe de azadón, partió en dos el corazón del hormiguero. Como si los hubieran sumergido en agua hirviendo, los enloquecidos insectos rodearon la herramienta.

Era el palacio de la reina, que también alojaba a las hembras ápteras. Diez veces mayor que los demás cubículos y con el suelo perfectamente nivelado, aquel pequeño espacio recordaba un poco a un hangar. La reina tenía unas alas enormes y los ojos protuberantes. En cuanto a las hembras fecundadas, que lucían un abdomen muy abultado, parecían estar jugando sobre el trozo de corteza de aquilaria: entraban por un agujerito y salían por otro arrastrando su abombado vientre, del que uno esperaba ver escapar las larvas en cualquier momento.

Con cuidado, Yong Sheng atrapó el trozo de corteza con dos finas varillas de bambú.

La luz del farol reveló su color, marrón tirando a púrpura. Estaba cubierto de una película grasa, que relucía en la claridad. Un aceite negruzco rezumaba de la infinidad de cavidades excavadas por los insectos. El trozo de corteza que habían transportado a su hormiguero

unos meses antes estaba casi irreconocible. Sencillamente, se había convertido en otra cosa. Ya no era más que un conjunto de fibras pegadas entre sí mediante una materia viscosa. Cuando Yong Sheng lo cogió con la mano, sus uñas se hundieron en la materia blanda.

Se la llevó a los labios, mordió un trocito, y se quedó sorprendido al notar su sabor picante, que le anestesió la boca.

El milagro se produjo. Segundos después de quemar el pequeño trozo de corteza en la habitación de su hija, la niña dejó de toser.

Envuelta en aquel aroma incomparable, Helai cayó en un dulce sopor. Por un instante luchó contra el sueño para ver consumirse en la llama lo que parecía un trozo de cuero acartonado, que se teñía de rojo a medida que se derretía. El olor, ligeramente dulzón, se hizo cada vez más picante.

Ante sus ojos, todo se volvió turbio e incierto.

«¿Qué me pasa?», se preguntó.

En la oscuridad de la habitación, creyó ver una multitud de luciérnagas que danzaban en medio de una vegetación exuberante. Iluminando el espacio con su fosforescencia, se encaramaron sobre una cerca. Allí formaron un corro iridiscente, tachonado de relucientes escamas de pez. Luego, unas estrellas se unieron a la danza y, todas juntas, cruzaron la cerca para cubrirle el cuerpo de innumerables copos luminosos.

Helai durmió apaciblemente hasta el amanecer y obtuvo la mejor nota en el examen regional.

El segundo nivel del arca de Noé dio cobijo a todo tipo de vertebrados. Yong Sheng recordaba que, en la Facultad de Teología, el misionero alemán Adams había afirmado que, con respecto a ese tema, la versión hebrea de la Biblia era más precisa que la latina, pues la segunda traducía como «reses» lo que la primera llamaba «cuadrúpedos». Primero pintó un habitáculo en forma de caja, tras cuyos barrotes instaló a una pareja de tigres. Había pensado representarlos lamiéndose las rayas negras de su pelaje amarillo, embriagados por el goce narcisista de su propia belleza, pero la jaula

era demasiado pequeña, así que tuvo que conformarse con pintar únicamente sus cabezas. Puso todo su empeño en dar realismo a los músculos de sus mejillas, los pelos del mentón, largos y afilados como hojas de cuchillo, los tiesos bigotes y las enmarañadas cejas, pero quedó descontento del resultado, porque le pareció que no había plasmado la belleza y la fuerza del animal favorito de su hija.

—En tu jaula morirán asfixiados —le dijo Helai—. ¿Cuántas parejas de mamíferos piensas meter en el arca?

—Ciento sesenta.

—¡Si pones ciento sesenta jaulas en ese nivel, quedará fatal!

—Dios pensó en todo. Si los tigres no estuvieran enjaulados, devorarían a los demás animales.

Pese a ello, al día siguiente subió al andamio con un cubo de pintura blanca, con la que cubrió la jaula que acababa de pintar.

Había tomado una decisión: ningún depredador tendría cabida en su arca.

Así que en el segundo nivel pintó un jardín de cuento de hadas lleno de rocas, acantilados diminutos, praderas suaves como el terciopelo, grutas, estanques, fuentes, escaleras de mármol blanco y columpios, para diversión de los monos. Los primeros en disfrutar de aquel edén fueron dos elefantes. Viendo su rugosa piel, perlada de relucientes gotas de agua, casi se podía percibir el olor a lluvia. El macho sacudía su gran cabeza para hacer caer el agua, que chorreaba por sus enormes orejas, mientras la hembra le tocaba el hombro con la punta de la trompa.

Al primer vistazo, Helai quedó encantada. Estuvo un buen rato al pie del fresco contemplando el largo apéndice nasal de los dos mamíferos: su padre había copiado a la perfección las ilustraciones que había encontrado en los libros. No podía apartar los ojos de los gruesos y firmes músculos de sus trompas, en cuya extremidad se habían representado las dos fosas nasales con primoroso detalle. Por un momento, la niña hasta tuvo la sensación de sentir en la piel el contacto de la protuberancia redondeada en que acababa el hocico. En el fresco, se parecía un poco a un largo y ágil dedo sobre el que se sostenía una piña de pino.

Los siguientes animales en entrar en el jardín fueron una pareja de cebras, especie que los habitantes de Putian nunca habían visto. El macho tenía el cuerpo fuerte, las caderas gruesas y la grupa firme y abombada. La hembra era puro refinamiento y elegancia. Sus ollares, abiertos como la boquilla de una pequeña trompeta, mostraban el rosáceo interior de las fosas nasales. Ante aquel par de animales desconocidos, no hubo visitante que no hiciera un comentario: ¿Eran caballos? No, decían unos, tienen las patas demasiado cortas, no están hechos para correr. Mirad qué cola tan pequeña y delgada, sin apenas crin. Quizá sea una raza nueva de caballos. Otros, seducidos por sus elegantes rayas —que en la cabeza y en la parte delantera del cuerpo partían de arriba, mientras que en la trasera se extendían oblicuamente hacia la cola—, pensaban que eran caballos de raza noble. Y otros más hacían notar que sus patas, desprovistas de rayas, se parecían a las de los caballos blancos, y que sus refinados cascos, especialmente los de la hembra, que golpeaba el aire con los delanteros, recordaban a los de una yegua joven todavía sin herrar.

Durante todo el tiempo que Yong Sheng empleó en pintar el fresco, la gente, como atraída por un imán, no podía evitar juntarse todas las tardes ante la fachada de la choza para comprobar qué nueva especie desconocida había metido en el arca.

Un día se encontraron con una pareja de animales de color ocre, fuertes como toros y con un grueso cuerno erguido sobre la nariz. Estaban cubiertos por un caparazón de piel que debía de tener tres o cuatro centímetros de grosor, y los grandes pliegues que les cubrían los hombros y las patas recordaban a una armadura de guerra. Parecían carecer de pelo; sólo los espectadores más atentos advirtieron que el artista les había pintado unos cuantos al final de la cola y alrededor de las orejas.

—Son rinocerontes —dijo un letrado local famoso por su erudición —. Durante la dinastía Song, los funcionarios de segunda categoría, los consejeros culturales y los ministros del emperador llevaban una imagen de esos animales bordada en su ropa de gala.

¡Rinocerontes! La palabra tenía una connotación sexual que ningún hombre ignoraba.

¿Qué chino no había deseado probar el polvo de cuerno de rinoceronte? (tan sólo conocían el cuerno en forma de polvo, que muy pocos podían permitirse). Era el remedio más caro de toda la farmacopea china (un gramo valía bastante más que un gramo de oro). Ahora descubrían el aspecto que tenía aquel valioso cuerno erguido sobre el hocico del poderoso animal, entre los dos protuberantes ojos, oscuros como el barro.

Cuando Yong Sheng se fue a cenar, se abalanzaron sobre el andamio para acariciar aquella maravillosa excrecencia nasal, que relucía como un cuchillo con los últimos rayos del sol poniente.

Yong Sheng tardó ciento sesenta días en pintar a los cuadrúpedos, a razón de una pareja diaria.

Cuando pintó la última, una cantidad increíble de gente se apelotonó ante el fresco para admirar a unos extraños animales llamados «jirafas».

Que un pintor aficionado pudiera recrear con tanta exactitud el peculiar color de su pelaje era casi inimaginable. Sin embargo, Yong Sheng consiguió reproducir aquel suave tono rojizo, que parecía obtenido a partir de polvo de cobre ligeramente oxidado y que era mucho más auténtico que el amarillo pálido de las ilustraciones de que disponía. Sin hacer un esbozo, trepó al andamio en cuanto consiguió el tono, como si temiera perderlo.

Ese día pintó sin interrupción desde mediodía hasta el anochecer.

—Si las miras inclinando la cabeza, tienes la sensación de que se mueven —murmuró para sí mismo.

El sol acababa de ponerse, y la vacilante luz del crepúsculo cambiaba de un segundo a otro. Helai alzó la cabeza, la inclinó, retrocedió, se acercó… Una y otra vez, las manchas claras del pelaje de las jirafas, que variaban con la luz, se animaban a tomar formas diferentes, como un mapamundi en movimiento sobre el que los ríos y las montañas se agitaran, mientras las patas, tan largas y finas como

ramas de árbol, ejecutaban una extraña danza.

Yong Sheng dedicó el tercer nivel del arca a los pájaros.

Primero les pintó un sitio en el que esparcirse, un huerto parecido al del orfanato, en el que crecían longanes, lichis y habas, recién refrescado por un chaparrón estival. El aire estaba tranquilo, las ramas de los árboles se doblaban bajo el peso de la fruta madura, su espeso follaje aún estaba perlado de gotas de lluvia y el suelo, cubierto de lichis de piel bermellón.

A continuación incluyó en el huerto varias pajareras rojas tapizadas de césped e inspiradas en el palomar de la familia Ge de Fuzhou, para que las aves pudieran descansar.

Luego añadió acacias, arces, caobos y pistacheros, acariciados por una suave brisa que representó mediante trazos azul oscuro.

¿Quiénes serían los primeros ocupantes de aquel paradisíaco vergel? Helai supuso que tal vez una pareja de magníficos pavos reales. En los libros ilustrados había admirado su tornasolado plumaje azul con toques verdes y su larga cola de plumas oceladas. O quizá un par de faisanes dorados, con su penacho en forma de corona sobre la cabeza púrpura, como un farolillo, que el sol adornaba con reflejos iridiscentes cuando estiraban el cuello.

Para su gran sorpresa, fueron unos cuervos.

Su padre le explicó que había tomado esa decisión porque en la Biblia, tras ciento cincuenta años de diluvio, Noé había enviado a un cuervo a comprobar si el nivel del agua había bajado, pero el ave no había regresado.

Al ver aquellas aves, los habitantes de Putian fueron unánimes al declarar que, ciertamente, habían ganado un pastor chino, pero habían perdido un pintor excepcional, como consta en un párrafo de los Anales de Putian:

> Una pareja de cuervos había hecho su nido en lo alto de unas ruinas invadidas por la vegetación, en las afueras de Hanjiang. Un día que, yendo en busca de comida, pasaron ante el templo protestante de Jiangkou, vieron a otra pareja encaramada en la fachada sur. Al instante, se posaron en un ribazo para observarla de lejos:

sus plumas de jade tenían reflejos satinados de un tono rosa. Al mirar su propio plumaje, descubrieron el mismo lustre, sin comprender que se debía a las primeras luces del alba. Cuando se hizo de día, sin embargo, sus plumas recuperaron su lúgubre color, mientras que en las de los otros seguía luciendo el mismo rosa. Entonces la emprendieron a picotazos con ellos, y así fue como el fresco quedó cubierto de agujeros que daban testimonio de su ira.

Luego, fueron las palomas las que subieron a bordo del arca. La primera era blanca como la nieve. La otra tenía la parte posterior de la cabeza y la nuca de color púrpura, con toques esmeralda; los costados y el interior de las alas, grises; la pechuga, inmaculada, y, bajo la garganta, una mancha bermellón en forma de llama.

Nadie sabía si, para pintar la primera, Yong Sheng se había inspirado en las palomas blancas de patas emplumadas del pastor Gu. En los álbumes donados por los extranjeros sólo había representaciones de palomas occidentales de lo más corrientes, que no podían compararse con las de los colombófilos con los que él había tratado, y menos aún con la pareja de palomas «jade con fisura» que de vez en cuando lo visitaban en sueños.

—Ahora lo entiendo —le susurró Helai—. Tus pájaros favoritos son las palomas.

—Es verdad —respondió su padre sin dejar de pintar—. Antes, incluso les hacía silbatos.

—¿Les hacías silbatos a las palomas?

Yong Sheng dejó el pincel. Para no reavivar recuerdos dolorosos, nunca le había hablado a su hija de su pasado como fabricante de silbatos y cuidador de las palomas del pastor Gu (el padre biológico de la niña).

Aunque pintaba a partir de ilustraciones, Yong Sheng nunca empezaba dibujando los contornos de los cuerpos o la cabeza de los animales. No tenía una visión de conjunto, así que se concentraba en un detalle: primero pintaba los ojos —o más bien un ojo—, esperando establecer contacto con la mirada del animal que iba a crear. Cuando la comunicación se había iniciado, sabía que podía continuar, que la

nariz o el pico, la boca, las orejas, el pelaje, el plumaje, nacerían de forma natural bajo su pincel, y que el contorno de la cabeza ya no sería más que una formalidad.

A Noé, el único humano a bordo del arca, lo creó siguiendo ese método.

Yong Sheng pintó primero un iris azul, que reflejaba el miedo de Noé, luego el blanco del ojo, surcado por hilillos de sangre, y por fin la órbita. El ojo así formado parecía estar viendo una imagen terrorífica, a punto de salirse de la cavidad orbital.

A Helai, que estaba presenciando la creación del patriarca, se le encogió el corazón. Le parecía estar viendo aparecer en el fresco uno de sus ojos. Yong Sheng no pintó el segundo, pero añadió al primero unas pestañas negras que, una vez más, se asemejaban a las suyas. Y lo dejó ahí.

A continuación consiguió varias esteras de bambú —de tres metros de ancho y varios de largo, como las que utilizaban los campesinos para poner a secar el arroz—, y cubrió con ellas el andamio. Durante el día permanecía sentado delante del andamio para asegurarse de que nadie, ni siquiera Helai, se acercara al fresco. Al caer la noche, encendía un farol de petróleo y desaparecía detrás de las esteras. Lo único que rompía el silencio era el ruido de la plataforma, que crujía bajo sus pies. Se lo oía andar, pisar, girar, ir de una punta a otra del fresco sin descanso, hasta que al amanecer volvía a salir, encorvado y exhausto como un soldado después de una dura batalla.

Pasó una semana, y Noé aún no estaba terminado.

Luego, otra.

Ese año Yong Sheng había pintado una pareja de animales al día, pero Noé le exigió todo un mes de trabajo.

Durante ese mes, Helai no oyó la voz de su padre ni una sola vez. Ya no tomaba las comidas con ella. La niña le preparaba una cesta y la dejaba, sin decir palabra, sobre la mesa colocada al pie del andamio. Sentado ante el muro, sumido en sus cavilaciones, Yong Sheng parecía no verla.

Una tarde, antes de que se pusiera el sol, cuando Helai estaba a punto de irse tras llevarle la cena, oyó la voz de su padre en la

penumbra.

—Terminaré pronto. Dentro de poco estará acabado.

La niña se despertó hacia las doce de la noche. La claridad de la luna, que entraba por la ventana de su cuarto, era especialmente intensa. Se levantó para ir a beber un vaso de agua a la cocina, pero, sin saber cómo ni por qué, se encaminó hacia el fresco. Al llegar a la parte posterior de la casa, atravesó el césped, iba descalza. La hierba estaba salpicada de caléndulas que despedían un acre olor a savia.

—¡Soy yo! —gritó ante las esteras—. ¿Puedo entrar? —Al no obtener respuesta, se deslizó tras ellas—. ¡Papá!

Yong Sheng seguía sin responder.

De pronto, algo despertó su curiosidad: en el andamio, la luz proyectaba sobre la pared la sombra de un hombre sentado a dos metros del suelo.

La sombra permanecía inmóvil.

Helai procuró no hacer ruido.

La luz vacilaba sobre los gruesos troncos de los bambúes, que al entrecruzarse dejaban vislumbrar en lo alto cuadrados de cielo de un azul oscuro y profundo. Trepó hasta los tablones que servían de plataformas, y sus pies resbalaron en la húmeda y pegajosa pintura que impregnaba la madera. Algunos de los tablones empezaban a pudrirse, porque hacía ya mucho tiempo que Yong Sheng había iniciado su obra. Las telarañas le rozaban la cara.

Cuando llegó a los dos metros de altura, el miedo la paralizó: tenía delante a Noé. O más bien a un viejo borracho en cueros que avanzaba hacia ella haciendo eses en el tercer nivel del arca.

Helai se agarró al andamio y ya no se atrevió a moverse.

Lo único que quería era huir, huir de aquella imagen. Pero consiguió tranquilizarse y la miró con más atención: Noé, totalmente desnudo, tenía el cuerpo de un anciano, los músculos flojos, el pecho caído y el vientre fofo e hinchado. Su vello púbico parecía un puñado de paja grisácea atrapado en la entrepierna, de la que colgaba tristemente su pene arrugado.

Los conocimientos de Helai sobre la anatomía del otro sexo eran muy reducidos, se limitaban a la de sus compañeros del orfanato, que

raras veces había visto desnudos. O sea, que no sabía gran cosa. Ignoraba la edad de Noé, pero suponía que era un viejo de unos sesenta o setenta años. De pronto se había topado con una realidad de la vida que la turbaba profundamente. Noé parecía un pájaro viejo y asustadizo refugiado bajo un longan, uno de los árboles más abundantes en Putian. No lloraba, pero saltaba a la vista que estaba aterrorizado.

¿Por qué? ¿Habría cometido algún crimen imperdonable?

¿Temía quizá a los testigos de su decadencia?

Helai aún era muy pequeña para haber leído este pasaje del Génesis:

> Y comenzó Noé a labrar la tierra, y plantó una viña; y bebió del vino, y se embriagó, y estaba descubierto en medio de su tienda. Y Cam, padre de Canaán, vio la desnudez de su padre, y lo dijo a sus dos hermanos que estaban afuera. Entonces Sem y Jafet tomaron la ropa, y la pusieron sobre sus propios hombros, y andando hacia atrás, cubrieron la desnudez de su padre teniendo vueltos sus rostros, y así no vieron la desnudez de su padre.

De pronto, la niña percibió un olor delicioso que flotaba a su alrededor: le hacía pensar en el sabor de las figuritas de mazapán que las misiones extranjeras les enviaban por Navidad, pero era más denso, con un toque del aroma del licor que su abuelo, el carpintero Yong, traía de su bodega. Era un olor azucarado y a la vez picante, mezclado con el sabor salado del mar.

Le recordaba al que había olido la noche que había estado enferma.

Penetró por todos los poros de su piel, le embotó el cerebro y, sin que pudiera evitarlo, la arrastró hacia algo que parecía esperarla agazapado en las sombras.

Se acercó a Noé y, como si se negara a creer que sólo fuera una pintura, posó la manita en la arrugada mano del anciano: no estaba ni caliente ni fría, pero parecía viva, como si el soplo que le había dado Dios siguiera animándola y aún confiara en poder hacer algo.

Sobre la cabeza de la niña, el farol de petróleo parpadeó y acabó apagándose.

«Papá se ha dormido y no se da cuenta de que no hay luz», pensó Helai.

Por suerte, la luna era tan clara que pudo seguir trepando por el andamio sin peligro.

Yong Sheng dormía sentado en las tablas. Tenía los brazos cruzados sobre un bastón de bambú apoyado en sus rodillas y la cabeza encima de los codos. Delante de él vio los restos ardientes de una rama de árbol, que estaba a punto de consumirse por completo. Helai vio que era de una aquilaria.

4

El sufrimiento del servidor de Dios

Un día de 1950, en lo alto de la gran aquilaria apareció la silueta de un hombre.

Yong Sheng siempre había prohibido a los niños del orfanato que treparan al árbol, pero ahora un adulto —un campesino con una gruesa cuerda enrollada en la cintura— saltaba de rama en rama, cargando todo su peso en cada una de ellas para comprobar cuál era la más resistente.

Un joven manco de unos veinticinco años permanecía de pie debajo del árbol. Era el revolucionario que realizaba los interrogatorios; llevaba un uniforme descolorido cuya manga derecha, vacía, oscilaba como el péndulo de un reloj. Bajo su gorra militar, adornada con una estrella roja de cinco puntas, asomaban unas cuantas greñas de pelo rebelde. Llevaba un cinturón ancho y grueso abrochado en las caderas, con una funda de la que sobresalía la negra culata de una pistola. Con su única mano, que utilizaba con asombrosa habilidad, cogió los dos extremos de la cuerda que el campesino acababa de lanzarle desde lo alto del árbol y tiró hacia abajo con todas sus fuerzas. La cuerda rechinó sobre la rama, que se inclinó y se combó, pero no se partió. El revolucionario pronunció esta misteriosa frase:

—¡Será ésa!

Tenía un fuerte acento del norte y a la gente del sur le costaba entenderlo, pero aquella frase, que dijo separando bien las sílabas, la comprendió todo el mundo.

El campesino saltó del árbol al suelo, donde otro campesino —ambos, ayudantes del revolucionario, es decir, encargados de las torturas— le repitió las palabras del jefe:

—¡Será ésa!

Un público abundante se apretujaba alrededor de la aquilaria. Salvo Helai, que en aquella época estudiaba en la escuela de secundaria de Hanjiang, todos los niños del orfelinato estaban presentes. Se miraban unos a otros desconcertados, incapaces de comprender las intenciones de los visitantes.

—Será ésa —susurró uno de los niños al oído de su vecino.

En el mismo tono misterioso, el segundo chico repitió la sibilina frase a su otro vecino, y las cuatro sílabas fueron pasando de los unos a los otros como una fórmula mágica.

El hombre que había sido sometido a interrogatorio aguardaba al pie de la aquilaria; tenía los brazos atados a la espalda con una cuerda gruesa y las muñecas inmovilizadas con otra más fina, que se le clavaba en la carne. El revolucionario se acercó a él, agarró la cuerda gruesa que lo mantenía atado y tiró con violencia para encararlo con los huérfanos.

Yong Sheng no sabía el nombre del individuo que lo maltrataba de aquel modo. Su repentino arresto lo había fulminado como un rayo caído del cielo. Cuando los tres hombres habían irrumpido en el orfanato, el soldado se había identificado, pero Yong Sheng, zarandeado y arrojado al suelo por los otros dos hombres, no lo había entendido.

—Es tu última oportunidad —le advirtió el interrogador con su marcado acento del norte.

Yong Sheng no lo comprendió.

—¿Puede repetirlo?

—¿Dónde has escondido el oro?

—¿El oro?

—¡El de la Iglesia extranjera! No te hagas el tonto, los extranjeros lo han confesado todo.

—La Iglesia nunca me ha dado oro.

—Entonces, ¿qué te ha dado? ¿Dinero?

—Tampoco. Este centro es autosuficiente. Se financia con la venta de la fruta de nuestro huerto y con las tasas de matrícula de los alumnos externos.

—¡Venga ya! ¿Nos tomas por idiotas? En cuanto vieron los cañones de nuestro Ejército de Liberación, esos occidentales cobardicas trajeron su oro a Jiangkou y lo escondieron en tu orfanato antes de salir por piernas.

—No sé de qué me habla.

—En realidad, sabemos perfectamente dónde está escondido el oro. No te necesitamos para encontrarlo. Pero te estamos dando la oportunidad de colaborar con nosotros. Si fueras listo, la aprovecharías.

—Yo no estoy al corriente de nada de eso.

—Te lo repito una vez más. No dejes escapar tu oportunidad. Si la pierdes, no volverá. Quizá hayas oído hablar del pastor reaccionario de Xianyou, que acaba de ser fusilado por el gobierno del pueblo...

—En mi orfanato no hay oro escondido.

—¿Al pie de un árbol, quizá?

Yong Sheng negó con la cabeza.

—¿Bajo éste, al que todo el mundo llama «el árbol del pastor», como si fuera tu esclavo y el de tu Iglesia?

Yong Sheng volvió a hacer un gesto de negación.

—«El árbol del pastor...» ¡Ese nombre apesta! Yo prefiero llamarlo «el árbol del esclavo de los occidentales». ¿No estás de acuerdo conmigo? —Yong Sheng guardó silencio—. ¿No eres esclavo de los occidentales?

—No.

—Pues, si no lo eres, confiesa dónde está el oro y puede que seamos clementes contigo.

Yong Sheng no abrió la boca.

Ahora el soldado lo empujó debajo de la gruesa rama que había elegido hacía un momento, de la que pendía la cuerda, se inclinó para coger uno de los extremos y, con su única mano, hizo un nudo corredizo con una destreza impresionante, que dejó boquiabierto a todo el mundo. Con unos cuantos movimientos igual de hábiles, pasó el otro extremo primero por detrás de las ligaduras de Yong Sheng y luego por el nudo corredizo, y se aseguró de que se deslizaba bien.

Los dos campesinos a sus órdenes tiraron de la cuerda con todas sus

fuerzas, y Yong Sheng se alzó del suelo.

El roce de la cuerda contra la corteza fue lo único que rompió el silencio sepulcral que se apoderó de los niños.

Aquel suplicio se llamaba «el cadáver flotando en el agua». Como cuando un soldado era alcanzado por una bala o un trozo de metralla, la primera reacción no era el dolor, sino un estupor letárgico. Yong Sheng pensó con alivio que, por suerte, Helai no estaba allí para presenciar su humillación.

¿Cuánto tiempo estuvo en esa posición? ¿Tres minutos? ¿Diez? ¿Una hora? ¿Y qué era aquel murmullo que oía sobre su cabeza?

Las hojas del árbol, movidas por el viento.

Oyó voces a sus pies. Desde luego, el revolucionario manco era un hombre con muchas habilidades. No sólo dirigía los arrestos y los interrogatorios y sabía hacer nudos corredizos e infligir torturas, también era un experto en relaciones humanas. Los huérfanos sentían una simpatía natural por los inválidos, así que le resultó fácil establecer con ellos una relación de confianza. Sentado entre los chavales, les dejaba tocarle el muñón dentro de la manga vacía. Ellos lo miraban como a un héroe.

«Si se convirtiera, sería un pastor excelente», se dijo a su pesar Yong Sheng, suspendido en el aire.

El héroe manco del Ejército Popular de Liberación sacó la pistola de la funda del cinturón, le quitó el cargador, extrajo las balas —seis en total— y las dejó en el suelo. Luego tendió el arma a uno de los chicos.

—Sujétala un momento.

Tras una breve vacilación, el niño cogió la pistola, pero, sorprendido por su peso, estuvo a punto de dejarla caer. El manco se echó a reír, disfrutando del momento.

—Si mi arma no fuera tan pesada, ¿cómo iba a poder liberar al pueblo?

La pistola pasó de mano en mano entre los huérfanos. Los más lanzados fingieron armarla y disparar sobre sus compañeros.

Un crío de siete u ocho años se acercó al revolucionario.

—¿Puede usted bajar a nuestro director?

—No debes llamarlo «director», sino «cerdo imperialista».

—¿Puede bajar a nuestro imperialista, por favor?

—Bueno, como me lo pides tú, lo voy a bajar, y pasaré a la segunda fase del interrogatorio —respondió el manco.

Hizo una señal a los dos campesinos, que aflojaron la cuerda al instante, entre los gritos de júbilo de los huérfanos.

Con un reflejo casi animal, Yong Sheng flexionó las piernas para amortiguar la caída, como un gato al que se lanza al vacío.

Pero, cuando quiso levantarse, sus temblorosas piernas se negaron a sostenerlo, y no tuvo más remedio que hincar una rodilla en tierra.

El interrogador se acercó a él.

—Y ahora, ¿has recuperado la memoria, señor pastor? —Yong Sheng abrió la boca, pero no emitió ningún sonido; sólo pudo sacudir la cabeza—. ¡El oro! ¡Confiesa dónde está!

Yong Sheng volvió a negar con la cabeza.

El soldado recobró la calma y esbozó un gesto con su única mano, la izquierda, como si quisiera hacer retroceder a un coche. Los dos campesinos tiraron de la cuerda con todas sus fuerzas, y Yong Sheng se vio de nuevo en el aire. Sobre su cabeza, las ramas chocaron entre sí, como agitadas por una fuerte racha de viento. La cuerda rechinó sobre la corteza con el mismo ruido desagradable que haría un cuchillo al deslizarse por un cristal. Al cabo de unos segundos ya sólo oía ese chirrido; un chirrido tan agudo que Yong Sheng pensó que iba a reventarle los tímpanos.

Sus piernas pedalearon en el aire como si estuviera montado en una bicicleta invisible. Su cuerpo se desequilibró, se dio la vuelta y se quedó boca abajo, con la boca muy abierta pero incapaz de emitir sonido alguno.

El manco ordenó por señas que dejaran de tirar.

El chirrido de la cuerda cesó.

Suspendido en el aire, Yong Sheng se contorsionó como un acróbata y recuperó la posición vertical.

Los campesinos volvieron a tirar de la cuerda.

—¡Alto! —ordenó su jefe.

En el silencio que se produjo a continuación, siguió oyéndose el chirrido de la cuerda en la rama, mezclado con los gemidos de Yong Sheng. El manco alzó el brazo con el puño cerrado. Parecía un director de orquesta señalando el punto culminante de un movimiento sinfónico.

—¡Soltad!

A diferencia de la vez anterior, en lugar de bajarlo lentamente los dos hombres soltaron la cuerda de golpe, y Yong Sheng cayó como una piedra. La velocidad de la caída aumentó aún más el peso de su cuerpo inmovilizado. Tuvo la sensación de que se desmembraba, y aulló como un animal herido de muerte. En el instante en que tocó el suelo, le pareció que todos sus órganos internos explotaban, sus piernas se partían y sus tímpanos estallaban. Ya no oía nada.

Perdió el conocimiento. Delante de sus ojos, todo se volvió negro. El manco le repitió la pregunta sobre el oro, pero Yong Sheng no respondió porque no oía absolutamente nada. Lo alzaron en el aire una vez más. Y una vez más, lo dejaron caer a plomo. Una vez más, el revolucionario le hizo la pregunta. Y una vez más...

—Tengo sed.

Pronunció esas palabras mientras recobraba el conocimiento. Había caído la noche, y seguía colgado de la aquilaria con las manos atadas a la espalda.

—Veremos cuánto aguanta —les había dicho el manco a los campesinos antes de llevarse a los huérfanos a registrar el lugar—. Aunque haya decidido no decirnos dónde está el oro, acabará hablando.

—Tengo sed —repitió Yong Sheng.

De pronto le sorprendió oírse diciendo esas dos palabras, que tantas veces había leído en el Evangelio de san Juan. ¿No eran las mismas palabras que, veinte siglos antes, había dicho el mártir en la cruz?

«Al parecer, lo único que no me han roto es la memoria», pensó.

Para confirmarlo, intentó recitar los nombres de los doce apóstoles.

—Simón Pedro…

Para un chino, esas dos palabras no parecían el nombre de una persona; eran sonidos extraños, como los que hacía una cuerda reseca en la polea de un pozo.

—Andrés…

Éste empezaba con una sílaba suave y profunda, seguida de otra que se escapa delicadamente de entre los labios. Jamás hubiera imaginado que pronunciar esos dos nombres le exigiría tantos esfuerzos.

Le costaba tanto respirar que tuvo que interrumpir la recitación.

Aun así, había atraído la atención de los dos campesinos, sentados al pie del árbol.

—¿Has oído lo que ha dicho?

—Sí, parecían nombres.

—Habría que apuntarlos para decírselos al jefe mañana por la mañana.

—¿Apuntarlos? ¿Y cómo vamos a hacer eso, si no sabemos escribir?

—Pues debemos retenerlos en la cabeza. Seguro que ha escondido el oro de la Iglesia en la casa de esa gente.

—Puede que sean contactos de su red de espías.

—El primero era «xi» algo…

—¡Xi Menqing!

Xi Menqing era uno de los protagonistas de *Jing Ping Mei*, novela anónima del siglo xvi, considerada la primera obra erótica y satírica de la literatura china.

—¡El segundo empezaba por «an»!

—¿«An»? No, me parece que no.

De pronto oyeron la débil y entrecortada voz de Yong Sheng en el árbol:

—Judas, Mateo, Juan…

Se concentraron para escuchar atentamente, por miedo a que se les escapara alguna palabra.

—Son nombres extranjeros. Nombres de reaccionarios…

—Esos nombres de espías occidentales no son nada fáciles de recordar… No lo conseguiremos jamás.

Cuando acabó de recitar la lista de los doce apóstoles, Yong Sheng

volvió a empezar, y quedó satisfecho al comprobar que su memoria seguía intacta.

Se dijo que le sería difícil aguantar una noche más, y que limitarse a decir los nombres de los apóstoles antes de morir sería bien poco para un cristiano cuya misión era predicar la Palabra. Antes de exhalar el último suspiro, debía recitar al menos un pasaje entero de la Biblia.

—Tú, que me diste la vida… —le imploró a Dios en la oscuridad—, ¿podrías concederme unos minutos más para recitar unas cuantas frases de las Sagradas Escrituras? Para mí sería la prueba de Tu existencia, de la existencia de mi memoria y también de la utilidad de mi vida.

En ese preciso instante, una ráfaga de viento recorrió el huerto, como el preludio de una tormenta dispuesta a asaltar la colina, o como la respiración de un gigante con el corazón latiendo a toda velocidad.

Al parecer, Dios accedía a la petición de su servidor.

Yong Sheng no sabía cuánto tiempo iba a concederle el Todopoderoso. ¿Unos minutos? ¿Media hora? ¿Y qué pasaje de la Biblia podía resumir mejor su vida?

Primero pensó en el Libro de Oseas, del Antiguo Testamento. Siempre había sentido especial predilección por ese profeta, cuyo Dios era amor más que autoridad: el amor no se impone y la salvación no se consigue a base de castigos. El amor es lo único que puede salvar a los hombres. Su principal vínculo con ese profeta era el doloroso pasado que tenían en común (aunque no estaba claro si Oseas hablaba de su mujer o de Israel). Él también había fracasado en su matrimonio y tomado una esposa que fornicaba con otros. La había dejado, aunque seguía amándola. Era una mujer querida, pero adúltera. Y ella, al verse abandonada por sus amantes, había dicho: «Iré, y me volveré a mi primer marido; porque mejor me iba entonces que ahora.» Y él la había aceptado de nuevo.

Elegir un pasaje apropiado del Libro de Oseas no era tan fácil, porque el profeta hablaba de sí mismo de una forma bastante

desordenada; el relato de su vida estaba compuesto por frases esparcidas aquí y allá en los tres primeros capítulos de su profecía, y Yong Sheng sabía que sería incapaz de juntarlas y transformarlas en una narración coherente en unos minutos.

El tiempo apremiaba. Temía entregar el alma antes de haber podido recitar su pasaje. Tenía que elegir otro.

Pensó en el profeta Jeremías, pero no en las terribles y sangrientas predicciones que llenaban su libro, sino en los dolorosos combates interiores que lo habían atormentado. También Yong Sheng se había apartado de Dios al perseguir a Mary con la intención de matarla. Pero ni él ni el profeta habían conseguido apartarse del Camino. El hombre no escapaba a su destino, del que también formaban parte sus intentos de combatirlo.

Una vez más, tuvo dudas sobre el pasaje del Libro de Jeremías que debía elegir, pero acabó optando por los capítulos 30 a 33, conocidos habitualmente como «Libro de las consolaciones» y repletos de datos históricos sobre la vida del pueblo de Israel. En ellos, Dios había anunciado su nueva alianza por boca de su profeta:

> He aquí que vienen días, dice Jehová, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Jacob y la casa de Judá: No como el pacto que hice con sus padres el día que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto.

Él, que tenía los minutos contados, ya no necesitaba una nueva alianza. Lo único que quería era hacer balance de su vida.

De pronto, otro texto surgió del fondo de su memoria y las palabras acudieron a sus labios de forma natural.

Recitó un largo pasaje del Libro de Isaías, que los chinos conocen como «Sufrimientos del siervo de Dios». Consta de varios centenares de palabras y describe con patetismo a un hombre destrozado. Lo recitó de un tirón, sin dejarse nada.

—¡Amén! —concluyó, y volvió a gritar—: ¡Tengo sed!

Los dos campesinos se dijeron que era su oportunidad de hacerle hablar y pensaron que, si le daban de beber, acabaría confesándolo todo.

Ataron un cuenco de bambú lleno de agua al extremo de una

pértiga de dos metros y se lo acercaron a los labios.

Yong Sheng, en un estado semicomatoso, cerró los ojos y lamió el agua con el ansia del náufrago que se agarra a un trozo de madera flotante. Faltó poco para que se tragara el cuenco entero. El agua le chorreaba por la barbilla.

Empezó a atragantarse.

En el Nuevo Testamento, los soldados le daban de beber a Jesús una esponja empapada en vinagre.

No sabía cuándo había comenzado la destrucción del fresco.

Al cabo de unas horas, la sangre dejó de regarle las manos, luego los antebrazos y, por fin, el resto de los brazos. Ya no los sentía, sólo notaba los huesos —pesados y rígidos como palos— de esa parte muerta de su cuerpo, cuyos nervios y venas parecían haberse secado.

La cuerda que lo ataba al árbol, en cambio, se le antojaba llena de vida. Tan pronto lo dejaba caer como tiraba de él hacia arriba, y con cada tirón Yong Sheng tenía la sensación de que sus tendones se estiraban hasta casi romperse.

En realidad, hablar de sensaciones resultaba un poco inexacto, porque en su caso la frontera entre la consciencia y el coma era tan tenue que nunca estaba realmente lúcido.

De pronto, un ruido suave ascendió por la ladera de la colina hasta la copa de la aquilaria. Era un ruido de masticación, que lo envolvió totalmente. Las hojas empezaron a dejar caer gruesas gotas de agua sobre su rostro con un sonido ahogado.

A su alrededor, todo era oscuridad. Sus dos guardianes se habían marchado, no sabía cuándo ni adónde. Quizá habían ido a resguardarse de la lluvia, o a transmitir al manco los fragmentos de palabras que habían oído.

La lluvia, cada vez más densa, le azotaba el rostro. En el instante en que abrió los ojos, un relámpago desgarró el cielo, y un segundo después restalló otro, que soltó haces de chispas azuladas.

La cara de Yong Sheng había cambiado de aspecto: parecía haberse contraído. Sus asombrados ojos miraban fijamente algo que había

enfrente.

Un tercer relámpago en forma de lanza atravesó el cielo en medio de un torbellino de electricidad dorada, que acabó concentrándose en su resplandeciente punta. Una sucesión de fogonazos envolvió la choza, y su fachada sur quedó iluminada como en pleno día.

Desde la alta rama de la que colgaba, Yong Sheng veía el muro con toda claridad: subido a una escalera de mano, un hombre, del que sólo distinguía la silueta, estaba destruyendo su fresco con un hacha. Una manga de su chaqueta estaba vacía y flotaba al viento.

En su arca de Noé ya no había más que cadáveres de animales y charcos de sangre. Ni una sola criatura se había salvado de la masacre.

El resplandor de un relámpago volvió a iluminar el muro y, a su vez, a los elefantes, las jirafas, las cebras y los pavos reales, petrificados por la estupefacción. Un trueno hizo temblar la choza, y su rugido amenazador acentuó aún más la violencia de los hachazos, que el manco asestaba al ritmo de los relámpagos. Los animales, tan vivos hasta entonces, desaparecían unos tras otros como en el interior de un volcán, cubiertos de heridas de las que asomaban sus tripas y sus entrañas, humeantes y temblorosas.

Un hachazo decapitó a la cebra, cuya cabeza voló por los aires, mientras de su pescuezo parecían brotar chorros de sangre sobre la cara del verdugo, que sin embargo seguía golpeándola y gritando como un loco, sin comprender que no tenía sentido ensañarse con ella porque ya había muerto. Pero el manco seguía asestando hachazos con los ojos inyectados en sangre y el cuerpo, la cara, la boca y el pelo teñidos de rojo. También la escalera estaba cubierta de sangre. La suya. En su furia destructiva, había perdido el equilibrio, golpeado el muro con la cabeza violentamente y empezado a sangrar en abundancia.

En el puente del segundo nivel del arca, un perrito lo miraba. Con las orejas tiesas y los ojos muy abiertos, parecía olisquear la sangre fresca que le resbalaba por el cuerpo (la de los animales se había secado y había adquirido un color negruzco). El manco lo vio y lo mató de un hachazo, sin darle tiempo a soltar siquiera un último ladrido.

Justo en ese momento, una bandada de murciélagos empezó a describir negras espirales sobre la cabeza del revolucionario. En pequeños grupos, se lanzaban en picado hacia él y volvían a ascender súbitamente, como si ejecutaran una última danza en memoria de las pobres víctimas del arca de Noé.

La lluvia azotaba el dolorido rostro de Yong Sheng con tanta fuerza que apenas podía respirar. Jadeaba. Las gotas le resbalaban por la cara como un torrente de lágrimas, se detenían en la barbilla y, tras temblar un instante, caían al suelo.

Una vez más se oyó a sí mismo pronunciando unas frases de la Biblia: «¿Quién ha creído nuestro anuncio? ¿Y sobre quién se ha manifestado el brazo de Dios?»

¿No pertenecían también al pasaje del Libro de Isaías conocido como «Sufrimientos del siervo de Dios»? Aun así, a diferencia de lo que había ocurrido antes, ahora el texto sonaba en sus oídos como las campanas que anuncian la muerte. Una sílaba seguía a la otra, una palabra completaba la anterior, una idea traía la siguiente, pero, por encima de todo, lo que resumían esas largas frases era su destino:

> Subirá cual renuevo delante de Él, y como raíz de tierra seca; no hay parecer en Él, ni hermosura; le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos.
>
> Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de Él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos.
>
> Ciertamente llevó Él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas Él herido fue por nuestras transgresiones, molido por nuestros pecados [...].
>
> Angustiado Él, y afligido, no abrió su boca; y como cordero fue llevado al matadero.

TERCERA PARTE

1

El regreso

Un atardecer de marea alta, seis años después de la destrucción del fresco de la gran choza, bajo una fina llovizna agitada por la brisa, una embarcación a motor salió como una exhalación del muelle de Wusong, en Shanghái, para abrirse paso entre los barcos que maniobraban por el puerto. La mayoría eran cargueros, y sus luces, cuando la embarcación pasaba cerca de ellos, iluminaban la silueta de la mujer occidental que iba a bordo. Aunque llevaba una chaqueta blanca de estilo chino y un ancho pantalón negro, saltaba a la vista que era extranjera. Tenía unos sesenta años, pero su porte enérgico, sus voluptuosas curvas, sus pechos, todavía firmes, y su larga melena suelta sobre los hombros le conferían un indudable atractivo que aún tentaba la mirada de los hombres.

Los demás pasajeros debían de encontrarse en el interior de la embarcación, porque la mujer estaba sola en cubierta, con los ojos clavados en un reflector fijado al mástil de un enorme paquebote, que horadaba la oscuridad con sus haces luminosos.

No era la primera vez que Mary embarcaba en el puerto de Shanghái, pero, siempre que lo hacía, el zumbido de los motores y las hélices, el chirrido de los cabrestantes y los molinetes y el alboroto de los pasajeros en los camarotes y en la cubierta hacían sonar en sus oídos la melodía de su lejana juventud, que volvía a ella como una dulce ilusión.

Ante sus ojos se deslizaron hileras de resplandores verdes; luego, una luz roja iluminó su mirada: su motora abordaba ya al paquebote.

En realidad, era un viejo cascarón que ya había sufrido innumerables averías. En sus buenos tiempos, había hecho durante

muchos años la travesía entre Hong Kong e Inglaterra. Después lo había comprado Chen Yubo, el mayor armador de Macao. En 1945 se había convertido en propiedad de la compañía marítima Orient Cruise, de Shanghái, pero, diez años más tarde, el presidente de la compañía, que había oído rumores sobre la inminente nacionalización de las empresas privadas por parte del gobierno comunista, se lo había cedido por iniciativa propia al Estado, que lo había rebautizado como *Gran Shun*, en alusión al legendario soberano que habría reinado en aquellas tierras entre el 2255 y el 2206 a. C. Era una forma de mostrar que los dirigentes del momento eran aún más importantes que el antiguo monarca. El nombre estaba pintado en la popa con enormes letras doradas, subrayadas por dibujos que simbolizaban olas y torbellinos.

Mary leyó el nombre del paquebote en el que se disponía a embarcar con voz fuerte, pero tranquila y agradable. En su forma de pronunciarlo se percibía el acento del dialecto de Putian, que había aprendido hacía cuarenta años, y también la influencia del de Guizhou, que, como el sichuanés, no distingue el sonido de la «t» del de la «d».

No estaba especialmente orgullosa de su torpe pronunciación del mandarín, teniendo en cuenta que, si se sumaban las estancias que había hecho en China, el total superaba el cuarto de siglo.

Poco antes del amanecer, y cuando aún faltaba mucho para llegar a Guangzhou, el paquebote sufrió una avería en alta mar.

De pronto, los motores se apagaron y a bordo se hizo un silencio casi insoportable. Todas las luces dejaron de funcionar. La oscuridad era total, y en esa absoluta negrura no se oía una sola voz. Mary salió de su camarote y vio a gente corriendo hacia cubierta.

—¿Nos hemos parado? —oyó susurrar.

—¿Y ahora qué?

—Diría que el barco aún se mueve...

—Volveremos a ponernos en marcha, ¿no?

Mary arrojó por la borda un pedacito de papel y lo vio volar y

posarse en la superficie del agua.

Efectivamente, el barco estaba inmóvil, porque el papel seguía flotando en el mismo sitio en el que había caído. Las negras aguas estaban tranquilas, como dormidas. No sólo eso: el mar infinito parecía muerto. El *Gran Shun*, paralizado, no era más que un enorme contenedor metálico posado sobre aquella inmensidad petrificada.

Del camarote del comandante salía el crepitar de un telégrafo: estaba lanzando un sos. A bordo había doscientos ochenta y siete pasajeros, entre ellos una profesora de origen estadounidense y nacionalidad china.

En esa época, el transporte marítimo chino estaba en una situación pésima: no existían organismos de auxilio marítimo y ninguno de los numerosos puertos del mar de China disponía de un remolcador lo bastante potente para tirar del gigantesco paquebote. Finalmente, el puerto de Ningbo envió los dos que tenía: el 161 y el 111.

Un grueso cable yacía en un rincón de la húmeda cubierta del *Gran Shun*, salpicada de herrumbre. Su extremo colgaba de la proa como una larga serpiente, oscilando silenciosamente al ritmo de las olas.

Dos horas después de la salida del sol, los marineros vieron aparecer al fin el primer barco en la bruma matinal y bajaron la bandera a media asta como señal de emergencia.

Por desgracia no era el remolcador esperado, sino un buque malayo. Desapareció rápidamente en la niebla, pero el ruido de sus motores, dado el espantoso silencio que reinaba en el paquebote desde hacía horas, sonó como la música más hermosa del mundo.

Diez minutos después, la niebla se disipó y los rayos del sol iluminaron su blanco casco, erguido sobre el agua como una torre inmaculada.

Los pasajeros de las dos naves se saludaron de lejos e intercambiaron unas cuantas frases. Como no hablaban la misma lengua, no se entendieron.

La piel oscura de los marinos malayos contrastaba con la blancura de su barco. Dirigieron gestos compasivos a los pasajeros de la otra embarcación, como adultos que intentan consolar a unos niños asustados. La piel negra de su pecho estaba cubierta de vistosos

tatuajes.

El capitán del *Gran Shun* hizo bajar un bote al agua e invitó a su pasajera estadounidense a acompañarlo para que hiciera de intérprete. Mary embarcó con él y con cuatro marineros, que remaron hasta la nave malaya, a la que se amarraron enganchando el rezón en una cadena.

Mary trepó por la escala de cuerda con una agilidad que no tenía nada que envidiar a la del capitán, veinte años más joven. No tuvo ninguna dificultad para realizar la traducción, porque conocía perfectamente el chino y también dominaba el vocabulario técnico. Incluso salpicó la conversación con expresiones idiomáticas, que impresionaron a los dos capitanes.

Cuando Mary volvió al *Gran Shun*, el grueso cable que yacía en cubierta se despertó, inició una frenética y alegre danza y, de pronto, se tensó como la cuerda de un arco.

Saboreando aún los cumplidos que le habían hecho los dos hombres, Mary vio cómo el paquebote se sometía dócilmente a la tracción del cable y empezaba a moverse.

«Si no hubiera pasado tanto tiempo fuera de China, aún los habría impresionado más», pensaba.

Había estado ausente catorce años, de 1935 a 1949.

A su regreso en Estados Unidos había sufrido una larga depresión. Un día, para intentar animarla, un amigo de su difunto marido, el pastor Chivas Regal, la llevó a un estudio de grabación donde un grupo de jazz estaba ensayando un disco. Eddie Condon, líder y alma de la formación, no respondía en absoluto a la idea que tenía Mary de los músicos de jazz. Era alcohólico, sí, pero no iba desaliñado ni consumía drogas. Tocaba un instrumento desconocido para ella, una especie de guitarra de cuatro cuerdas. Era un hombre fino y educado, que, en lugar de reírse a carcajadas, practicaba un humor seco. Ese día habían grabado una pieza titulada «Bixie Land», compuesta por Bix Beiderbecke, sin dejar de engullir litros de whisky escocés. Bix era un personaje trágico y autodestructivo que cantaba sobre la inutilidad y

el vacío de la vida, pero, curiosamente, durante todo ese día, Mary se mostró divertida, alegre, relajada y llena de ingenio. Eddie había improvisado dos frases que se le habían quedado en la cabeza:

No estoy de humor para disculparme,
ni siquiera ante el pastor Chivas Regal.

Mary se pasaba el día canturreándolas. A veces sólo silbaba la melodía, como cuando era niña. Hasta que un día esas frases la inspiraron para poner por escrito su experiencia como prisionera del Ejército Rojo. Estuvo redactando durante varias semanas, al final de las cuales había escrito unas memorias tituladas *La mano de Dios*. Para ella, era la única manera de explicar la escena que había vivido en aquella ciénaga, en una remota montaña de la provincia de Guizhou, donde un soldado revolucionario había posado el cañón de su fusil en su rostro de imperialista huida. La había tenido encañonada un minuto y, finalmente, había bajado el arma. Mary había visto en ese último gesto la intervención de la mano de Dios, que había apartado de ella el cañón, impregnado de olor a pólvora.

La mano de Dios encabezó la lista de libros más vendidos en Estados Unidos, y Mary utilizó los derechos de autor para viajar a Europa, donde visitó Francia, Italia y España, hasta que el ejército alemán invadió Checoslovaquia, y Francia y el Reino Unido declararon la guerra a Alemania. Como se encontraba en Ginebra, se enroló en la Cruz Roja Internacional, que a finales de 1942 la envió a Stalingrado como encargada de un equipo de voluntarios. Tras la guerra se instaló en Moscú, donde trabajó como locutora en el programa de lengua inglesa de la radio soviética. Cuando estaba empezando a olvidar el mandarín, una afortunada casualidad puso en su camino a Wu Yuan, un dramaturgo chino que estudiaba en Moscú. Era la primera vez que, más de una década después de haber abandonado China, oía a un ser humano de carne y hueso recitar poemas de la dinastía Tang o Song y declamar óperas escritas por Guan Hanjin, de la dinastía Yuan. Wu, diez años más joven que ella, era natural de Xianyou, provincia de Fujian. Hablaba habitualmente el dialecto de Putian y conocía muchas

arias de óperas locales. La dulce luz de esa provincia, el viento salino del mar, el aroma de los lichis, el croar de las ranas en los arrozales, el canto de las oropéndolas, el olor a barro del canal, que le recordaba el sabor de los cangrejos mojados en salsa de soja... De repente, todo aquello regresó a su memoria, y Mary comprendió que todo lo que había hecho hasta entonces —ella, a quien los heridos a los que había cuidado consideraban un ángel—, el camino que había recorrido hasta llegar a la URSS, no era, como le habían enseñado en la infancia, una vía de redención frente a la corrupción, la violencia y la decadencia, sino la ruta que la devolvería al Extremo Oriente. Vivió dos años con Wu Yuan; luego, el dramaturgo desapareció súbitamente, sin dejar rastro. Jamás regresó al «piso» sin cocina ni cuarto de baño que compartían en la tercera planta de la residencia del personal de la radio. Nadie sabía qué había sido de él.

En la primavera de 1949, Mary viajó a Pekín en busca del hombre con el que no estaba casada sobre el papel, pero con el que había compartido los últimos años de su vida. En esa época, la ciudad aún estaba en poder del Kuomintang, pero el Ejército Popular de Liberación la cercaba desde hacía varias semanas. Gracias a una carta de recomendación de un profesor universitario estadounidense entregado a la causa comunista, Mary pudo cruzar la zona neutral y llegar a la parte ocupada por el Ejército de Liberación, en la que buscó en vano a su marido. Lo que sí encontró fue su vocación. Fue en esa época cuando volvió a ejercer, después de muchos años, su verdadera profesión: profesora de inglés. Al principio enseñó en la Universidad Normal de Pekín. En 1955 había adquirido la nacionalidad china y, un año después, obtenía un puesto en la Universidad Jinan, en Guangzhou.

Al atardecer, contra todo pronóstico, el mar se transformó en una inmensa extensión de espuma blanca, y de pronto el suave viento del sudoeste se convirtió en un violento vendaval. Al principio, el cielo estaba tan bajo que parecía al alcance de la mano, pero muy pronto desapareció, junto con las estrellas, detrás de las gruesas nubes negras

que sobrevolaban las embravecidas aguas.

Enormes olas espumosas asaltaron los barcos, a los que golpeaban siseando como furias, y la nave malaya se vio obligada a detenerse cuando el cable metálico, tenso en su popa, se partió de golpe. El *Gran Shun*, paralizado desde hacía horas con sus doscientos ochenta y siete pasajeros a bordo, se alzó repentinamente sobre las olas y quedó como suspendido entre el cielo y el mar. El corazón de Mary dejó de latir cuando, con una sacudida que hizo temblar todo el casco, volvió a caer a plomo en el seno de una ola.

No era más que el principio del desastre.

Tras la rotura del cable, el capitán del barco malayo accionó la sirena de emergencia, cuyo aullido sonaba tan fuerte como el llanto ahogado de un niño en medio de aquella horripilante tempestad. Barriendo las furiosas olas con sus reflectores, volvió junto al paquebote, que seguía haciendo locas piruetas entre las olas. Los dos tambaleantes navíos parecían lanzados a una competición de acrobacias acuáticas. El primero se movía como una libélula en vuelo rasante, y el segundo parecía un gallo que andaba a la pata coja. Uno daba volteretas mientras el otro se desgañitaba. Los dos capitanes, que no hablaban la misma lengua, volvieron a recurrir a Mary. Cuando llegó a cubierta, el paquebote se agitaba de tal modo que ella apenas podía mantenerse en pie, empapada por las olas que saltaban por encima de la borda. En ese momento, las nubes de color tinta empezaron a descargar una tormenta de granizo. El capitán intentó abrir un paraguas, pero, al instante, una brusca ventada se lo arrancó de las manos. Los trozos de granizo golpeaban furiosamente sus cuerpos, martilleaban la cubierta y salían rebotados como pelotas de goma. Mary trató de protegerse el rostro con los brazos, pero, viendo que era inútil, se resignó a traducir con la piel martirizada por los alfilerazos del pedrisco y los ojos clavados en las rabiosas olas, que se desplomaban sobre el casco como altas montañas coronadas de nieve. El capitán malayo empezó a soltar una explicación embarullada, que, en resumen, invitaba a los pasajeros del *Gran Shun* a trasladarse a su barco; pero aún no había acabado la frase cuando el paquebote volvió a encaramarse en la cresta de una ola como un cormorán con las alas

desplegadas. Mary, alzada del suelo por el súbito movimiento del barco, vio al capitán malayo agitando los brazos como un cangrejo en el seno de la ola, y le pareció que había encogido de repente. El *Gran Shun* volvió a caer pesadamente, y las cascadas que inundaron la cubierta estuvieron a punto de hacerlo volcar, envuelto en lechosa espuma. El paquebote se tumbó sobre un costado, y Mary apenas tuvo tiempo de agarrarse a la regala para no caer por la borda. La cubierta se inclinó en el agua como la vertiente de un tejado, a ras de las tumultuosas olas. Volvió a ver al capitán malayo, aunque esta vez parecía un puntito negro encaramado en la cresta de la ola. Seguía moviendo frenéticamente sus pinzas de cangrejo, pero el sonido de su voz parecía proceder de otro sitio, como si los movimientos y las palabras no pertenecieran a la misma persona. Mary se oyó gritar a sí misma, y la sorprendió que un sonido tan ronco y desgarrador pudiera salir de su garganta. Era un grito de animal herido. El capitán del paquebote, que también había caído sobre la cubierta, vociferaba en dirección a su homólogo, pero, aunque el *Gran Shun* sólo estaba a unos metros de la otra nave, el malayo no conseguía oírlo entre el fragor de las olas, los aullidos del viento y los gritos de los pasajeros. Por fin consiguió ponerse en pie. En su nerviosismo, ni siquiera se dio cuenta de que Mary estaba muy cerca de él y podía oírlo perfectamente, y empezó a hacer aspavientos para que lo siguiera a popa. Agarrándose a la barandilla, Mary avanzó con dificultad hacia la parte posterior de la empinada cubierta mientras luchaba contra las olas, que rompían contra el casco con un estruendo ensordecedor y la zarandeaban. Una de ellas la alcanzó de lleno en la espalda y la lanzó contra el entablado, donde se dio un fuerte golpe en la cabeza. El agua la cubrió, y ya no oyó nada más. Intentó reaccionar y seguir reptando, pero su cuerpo estaba paralizado. Alzó los ojos hacia el cielo, y lo que vio la llenó de terror: una violenta ráfaga de viento desgarró la oscuridad, una nube negra se partió en dos, y entonces apareció una luz lívida y amenazadora, casi sobrenatural, que parecía anunciar el fin del mundo. Era la luna. Nunca la había visto brillar ni moverse así, como un caballo desbocado que galopaba hacia atrás.

En ese momento, sobre las olas, aparecieron dos gigantescas

tortugas negras. Una nube volvió a ocultar la luna, la cubierta se sumió en la oscuridad y Mary perdió el conocimiento.

Las dos tortugas gigantescas eran los remolcadores del puerto de Ningbo, que habían peinado el mar durante más de veinte horas hasta encontrar al paquebote.

Al amanecer, una luz pálida rompió el horizonte y rieló con timidez sobre la aún siniestra extensión de agua, cuya agitación había cesado al fin. El casco espantosamente maltrecho del *Gran Shun* se arrastraba detrás de los remolcadores, que lo llevaban al puerto.

Había que repararlo con la máxima urgencia.

Por fortuna, ningún pasajero o tripulante había caído al agua durante la tempestad, pero muchos estaban heridos. A Mary, inconsciente, la habían acostado en su camarote, con un ojo negro e hinchado y los labios tumefactos.

Las calderas estaban averiadas, pero el capitán consiguió encontrar un termo con un poco de agua caliente y le pidió al cocinero que hiciera un café para Mary, con la esperanza de reanimarla.

Ella apenas le dio dos sorbos, que vomitó de inmediato.

Su capacidad auditiva había disminuido considerablemente. Los sonidos parecían llegarle de muy lejos, y cuando los pasajeros empezaron a soltar grandes gritos de alegría al divisar por fin la costa, apenas consiguió oírlos. Sólo percibió un débil rumor, muy parecido al ruido que hacían las cucarachas al corretear por su camarote.

Dos horas más tarde volvió a oír el mismo rumor confuso, pero, hasta que el capitán no le dio la noticia, no comprendió que eran las exclamaciones de júbilo de los viajeros.

En la costa, cada vez más cercana, se veía un ancho desgarrón, por el que un río se vertía en el mar. A su lado, el capitán murmuró el nombre del pueblo que se alzaba junto a la desembocadura, pero Mary, absorta en los recuerdos que la asaltaban, no le prestó atención.

Treinta y ocho años atrás, cuando tenía diecisiete, también había llegado a China en barco. Al ver la bahía a lo lejos, le había señalado a su padre la imprecisa línea de la costa, parcialmente oculta en la

bruma, y el pastor Gu había cantado un himno. Su barco entró en el puerto durante el crepúsculo y fue recibido por las luces de los faroles de una miríada de barquitos chinos, que danzaban en el aire como luciérnagas. Las velas de los sampanes restallaban al viento. Las había de todo tipo: velas nuevas de gruesa lona blanca; velas remendadas, que habían conocido todas las vicisitudes de la existencia; velas de láminas de bambú y velas hechas con hojas de árbol… Por primera vez en su vida, Mary vio un faro chino. No estaba erguido sobre un escollo, sino sobre una simple gabarra de madera, y mientras subía y bajaba al ritmo de las olas proyectaba su luz roja con un movimiento oscilante.

Lo que más le llamó la atención, sin embargo, fue el barquero del sampán que los llevó a ella y a sus padres desde el barco hasta el puerto: un muchacho chino, que, con el torso desnudo, permanecía de pie en la popa de la embarcación. La larga coleta le golpeaba la espalda mientras maniobraba con la espadilla, que se movía silenciosamente como una aleta dorsal que emergía del agua y volvía a sumergirse en ella al instante. Los movimientos del adolescente eran muy suaves. Su ancho pantalón negro flotaba en la brisa del atardecer. De pronto, la bamboleante coleta pareció molestarle para maniobrar, de modo que, sin soltar la espadilla, se la enrolló al cuello con la otra mano con un movimiento tan rápido como eficaz. Luego siguió guiando el sampán, que hacía zigzaguear con destreza entre las lanchas a motor y los barcos de pesca.

Arrastrado por los remolcadores, el *Gran Shun* entró al fin en una zona de la desembocadura del río donde unos terraplenes de tierra formaban una especie de dique, que el casco golpeaba regularmente. Con cada choque, la bombilla que iluminaba el camarote de Mary se balanceaba al final del cable eléctrico. Por fin había recuperado la capacidad auditiva, y ahora percibía claramente el ruido de los motores de los remolcadores, cuyo ronroneo disminuyó poco a poco hasta acabar cesando. El paquebote avanzó aún unos metros y entró en la dársena de carenado. Mary oyó echar la sonda, y un marinero

notificó la profundidad del agua en un mandarín chapurreado. Luego, el ruido del cordaje, lanzado desde la popa del barco, le indicó que por fin habían llegado al dique seco.

No vio ni los almacenes construidos en aquel golfo desierto y lejano, ni los talleres de reparación —tres diques secos excavados en la roca—, ni los muelles ni el espigón, porque la desembarcaron en una camilla, desde la que sólo pudo ver en contrapicado los inmensos brazos de las grúas y los tejados de los edificios entre las copas de las palmeras. Preguntó adónde la llevaban, pero los camilleros, pendientes del camino, que estaba en muy mal estado, no la oyeron, y no recibió más respuesta que el ruido de sus pies descalzos chapoteando en el denso barro.

Subieron la camilla a un vapor, que remontó el curso de un río. Nadie le dirigió la palabra; el ruido de la hélice era lo único que rompía el silencio. Dos hombres tripulaban la embarcación. Los camilleros estaban sentados en la borda, con las piernas colgando sobre el agua. Acababan de entrar en un ancho y profundo canal, de aspecto antiguo y majestuoso, cuando el chapoteo de las pequeñas olas contra el casco le recordó que el capitán del *Gran Shun* había pronunciado el nombre de un pueblo. Pero por más que buscó en su memoria, no consiguió recordarlo.

A medida que remontaban el río, las orillas iban siendo más y más boscosas, y no tardaron en atravesar un soto tan tupido que, en determinados sitios, los árboles no dejaban pasar la luz. Era una plantación de lichis, por cuyo centro zigzagueaba la embarcación. De vez en cuando, las ramas azotaban el parabrisas del puente. En el denso y húmedo aire se oían gritos de pájaros y chirridos de insectos, que se mezclaban con el zumbido de la hélice. Con la mirada fija en el río, los pilotos ponían toda su atención en evitar las raíces y las rocas ocultas bajo la superficie. Cuando veían trozos de madera flotando en la corriente, se lanzaban el agua para recogerla y subirla al barco, donde la utilizaban como leña para cocinar.

Poco después penetraron en un canal más estrecho flanqueado por arrozales, donde los campesinos, tocados con sombreros de fibra de bambú, trabajaban con el torso desnudo y las manos y la cara

cubiertos de barro negro. Algunos estaban asombrosamente delgados. Bajo su piel, tan fina como film transparente, el sol hacía destacar sus costillas. A lo lejos, en la abrupta ladera de una colina, una multitud de hombres, que en la distancia parecían hormigas, se agitaba alrededor de un grupo de cabañas y altos montículos negros. Probablemente estaban trabajando en una mina artesanal. De pronto, sin que Mary oyera la menor explosión, la tierra se estremeció y en lo alto de la colina se levantó una densa humareda. Poco después, el vapor pasó bajo un puente de piedra sostenido por arcos, más allá del cual el resplandor del sol le impidió admirar el paisaje.

La desembarcaron en la camilla. Otros dos camilleros tomaron el relevo de los anteriores, que desaparecieron sin siquiera despedirse, y la llevaron hasta un pueblo. Ellos también iban descalzos, pero su recorrido fue más cómodo, porque el suelo estaba pavimentado con losas de piedra. El ruido de sus pasos resonaba en los muros de las casas a ambos lados de las calles.

Los olores a pan tostado, salsa de soja, verduras marinadas, caldo de arroz y panecillos al vapor invadieron las fosas nasales de Mary, que sin embargo no oyó una sola voz. Era como si todo el mundo hubiera desaparecido súbitamente tras soltar los palillos y abandonar los cuencos y los platos llenos de comida sobre las mesas de las casas y tabernas.

Mary supuso que los habitantes de aquella aldea no habían visto nunca a un occidental y, tomándola por un fantasma, para colmo tendido en una camilla, se habían quedado mudos del susto.

A pesar de su posición, en realidad sólo veía los tejados de las casas que flanqueaban las callejas. La mayoría estaban cubiertos de paja, que reverberaba en una multitud de deslumbrantes partículas luminosas bajo los rayos del sol.

El hospital local —un simple dispensario— estaba fuera del pueblo, a unos diez minutos de marcha. Era el único edificio con cubierta de tejas y se alzaba al final de un patio muy pulcro. Pero dentro no encontraron a médicos ni a enfermeras, sólo a una anciana que tejía junto a una ventana. No había camas ni equipamiento sanitario, ni siquiera un soporte para colgar un gotero.

En una de las paredes había pintada una cruz roja, junto a la que colgaba un retrato del presidente Mao. La sala no tenía más mobiliario que una mesa rectangular sin cajones, cuya gran elegancia contrastaba con la desnudez del lugar. En otros tiempos debía de haber pertenecido a un letrado. Sobre ella, una botella de licor vacía con una vela encajada en el gollete sugería que no había electricidad. En una esquina destacaba una tumbona plana de bambú, que crujió horriblemente cuando los porteadores posaron la camilla sobre ella.

La anciana abandonó la labor y, sin decir palabra, le quitó la chaqueta a su paciente, la hizo ponerse boca abajo y empezó a darle un masaje. Tenía las manos muy ágiles y, cada vez que las movía, los numerosos brazaletes que le adornaban las muñecas tintineaban a un ritmo casi hipnótico.

—¡Relájese, está muy tensa! —exclamó de pronto la mujer.

Ante esas palabras, Mary sintió que le explotaba la cabeza y no pudo evitar romper a llorar desconsoladamente. Era la primera vez en ocho años, desde la desaparición de Wu Yuan, que oía el dialecto de Putian.

De pronto se dio cuenta del nombre del pueblo que había pronunciado el capitán del *Gran Shun*.

—¡Dios mío! ¡Jiangkou! ¡Estoy en Jiangkou! ¿Cómo no he reaccionado al oír ese nombre?

2

La prensa de aceite

La luz del sol entraba por la ventana y proyectaba la sombra de la vela sobre la mesa antigua, cuya silueta se dibujaba en el suelo del dispensario. Con el paso de las horas, poco a poco, las sombras se fueron desplazando y se deformaron.

Tendida en la vieja tumbona, Mary oyó gritos lejanos. Primero identificó la voz de un hombre, que, debilitada por la distancia, no era mucho más audible que los primeros gorjeos de un polluelo. Dijo tres palabras que Mary no entendió y que, tras un breve silencio, resonaron en forma de eco. Luego, cuando el hombre volvió a gritar, Mary comprendió que no se trataba del eco, sino de otras personas que repetían sus palabras. Por tercera vez oyó pronunciar la frase de tres palabras, o la palabra de tres sílabas, que las demás voces repitieron de nuevo.

Eso le recordó los rítmicos gritos de los mozos de sirga, que tantas veces había oído a orillas del río Jinsha, en la provincia de Guizhou, con la salvedad de que ellos, con la espalda casi a ras del suelo, gritaban con voz más lenta y arrastrada, debido al esfuerzo de tirar de la cuerda relucientes de sudor.

Mary se levantó y salió del dispensario. Detrás del edificio se alzaba una colina coronada por un árbol enorme desconocido para ella.

—¡Antes lo llamaban «el árbol del pastor»! —le gritó la anciana, que estaba trabajando en el huerto—. Pero ahora ya nadie se atreve a llamarlo así. Su nombre científico es «aquilaria».

«¿Un pastor?», se preguntó Mary. ¿Había habido alguno en el pueblo, aparte de su padre?

Con pasos todavía vacilantes empezó a subir la colina, pero, aunque

la ladera no era muy empinada, a los pocos metros tuvo que sentarse para recuperar el aliento. A medio camino, el sol declinó y la cegadora luz del atardecer adquirió tonos rojizos cada vez menos intensos. A lo lejos, los contornos de la bahía empezaban a difuminarse en la bruma.

No tardó en oír los mismos gritos rítmicos de antes, que parecían salir de una gran construcción del tamaño de un templo con techo de paja que se alzaba detrás de la aquilaria.

Mary nunca había estado allí. Había dejado Putian y la iglesia de su padre para proseguir su misión evangelizadora en Guizhou sin haber puesto nunca los pies en Jiangkou. Y nunca había vuelto a la región.

Los gritos de los trabajadores procedían de esa gran casa. Los golpes de un pesado martillo contra una superficie dura hacían temblar el suelo y se intercalaban en el canto.

Delante del edificio había varios montones de fruta. Mary cogió una, la peló y reconoció por el olor que era el fruto del aleurites, un árbol oleaginoso cuyo aceite se utilizaba en la elaboración de lacas y barnices. Dedujo que se encontraba ante una prensa de aceite. Recordaba que en la zona había muchas plantaciones de aleurites, la más famosa de las cuales, conocida como «la colina de los mil aleurites», estaba entre Hanjiang y Jiangkou. Al comienzo de la primavera, el promontorio se cubría de flores blancas, y en la época de la recolección se llenaba de mujeres y niños de toda la región, que golpeaban las ramas con pértigas para hacer caer el fruto y transportarlo luego a la prensa.

Al entrar en el taller tuvo la sensación de penetrar en un mundo infernal y siniestro.

Los rayos carmesíes del sol poniente se filtraban por una claraboya, y apenas le permitieron entrever una masa de grandes cuerpos que se movían en la penumbra. Luego, sus ojos se habituaron a la escasa luz, y comprendió que era un grupo de bueyes rojos que avanzaban hacia ella con paso mecánico, amenazados por la aguijada que un hombre blandía junto a ellos. Estaban uncidos de dos en dos con grandes yugos y una cadena de hierro del grosor de un puño los unía a un enorme rodillo. Los dilatados ollares de los animales temblaban debido al esfuerzo, pero en sus ojos vacíos no se veía más que una

apática indiferencia. Ninguno volvió la cabeza hacia ella. El ritmo lento de su avance era como una escena a cámara lenta en una pantalla de cine. Sus pasos estaban perfectamente sincronizados; todos giraban al mismo ritmo alrededor de un gigantesco disco de piedra colocado sobre la tierra, que ocupaba un tercio largo del taller. El rodillo, movido por las cadenas de los yugos, giraba lentamente para aplastar los frutos secos extendidos debajo de él. A su paso, las cáscaras crujían y estallaban como huesos en las fauces de una trituradora.

Al fondo del taller, unos resplandores rojos se agitaban de forma intermitente. No era el carmesí de los últimos rayos del sol, que no habrían podido atravesar la oscuridad hasta allí, sino las llamas que crepitaban en un horno, sobre el que descansaba una enorme cuba. Por el ruido que salía de ella, Mary comprendió que contenía agua hirviendo. En ese momento, dos personas pasaron delante de las llamas —fue incapaz de distinguir su sexo o su edad, porque sólo veía sus siluetas— y levantaron la pesada tapa de madera de la cuba, en cuyo interior vaciaron un enorme saco de frutos machacados. Sus brazos desaparecieron en una densa nube de vapor, que acabó por envolverlas completamente.

Mary se dirigió hacia allí, donde enseguida se vio rodeada por aquel desagradable vapor. El avance de los bueyes le impedía ahora retroceder, y sobre su cabeza sonaba un incesante ruido de apisonamiento, que recordaba al ritmo de los tam-tams de la jungla. Paso a paso, penetró en el corazón de aquel siniestro infierno.

La prensa en sí se parecía al instrumento de tortura en el que se aplastaba a los criminales en las representaciones populares de los Infiernos chinos. Era un enorme tronco de aleurites vaciado y colocado oblicuamente bajo el armazón del edificio, del que pendían, como trapos viejos colgados de las vigas, los jirones de luz solar que se filtraban por unas cuantas tejas de vidrio. En ese momento del día, iluminaban tenuemente el extremo superior del tronco, sin conseguir extenderse al resto, envuelto en la nube de vapor. Aun así, esa pizca de luz se reflejaba en los aros metálicos que ceñían la madera, en los que formaban relucientes lágrimas que parecían gotear sobre la fibra

leñosa. En la parte inferior del gigantesco tronco hueco, unos hombres desnudos por completo, excepto por un taparrabos de cuero, manejaban un enorme martillo oblicuo, cuyo desmesurado tamaño los hacía parecer pequeños insectos.

Mary se sintió transportada a uno de los diez Palacios de los Reyes de los Infiernos, en concreto, al más espeluznante de todos, el Séptimo, gobernado por el Rey del monte Tai, donde también había un tronco de más de dos metros de largo y uno de diámetro, en cuyo interior se había excavado un conducto de cuarenta centímetros horadado por una serie de orificios que comunicaban con una cañería más estrecha. El Séptimo Palacio de los Infiernos estaba reservado a los ladrones de tumbas y a los violadores de niñas. Cuando llegaba uno de esos criminales, los soldados del rey lo metían en el interior del tronco y, a continuación, atravesaban los orificios con clavijas, introducidas con ayuda de un gigantesco martillo que colgaba de una viga. Era un artefacto tan horrible como fascinante. Las clavijas perforaban atrozmente el cuerpo del reo y acababan reduciéndolo a un amasijo de carne y grasa, que caía en la cañería, donde otra sucesión de clavijas más finas lo picaba y convertía en un jugo que se deslizaba lentamente hacia la boca del tronco inclinado y acababa cayendo en una ancha tina.

Mary se acercó a la prensa de aceite, en cuya sombra se agitaba un bosque de brazos y muslos cobrizos y sudorosos que relucían en la oscuridad. Como un solo hombre, los trabajadores hacían caer el pesado martillo suspendido de la viga, cuya cabeza metálica reflejaba las llamas del horno.

Otros hombres iban a buscar los frutos triturados, pasados ya por el vapor, que ahora parecían galletas envueltas en paja y sujetas con aros de metal. Como los herreros que baten el hierro caliente, los introducían, todavía humeantes, en el interior del ancho conducto de la prensa, en el que, como los soldados del Séptimo Rey de los Infiernos, insertaban clavijas utilizando el martillo suspendido del techo. Con cada golpe, las clavijas se hundían un poco más en los agujeros, ejerciendo una fuerte presión sobre las fisuras de los frutos.

De pronto, uno de ellos soltó un grito estridente.

—¡Llega la lluvia!

—¡Llega la lluvia! —repitieron entonces a coro todos los demás.

Mary se preguntó si aquellos gritos, dignos del Séptimo Palacio Infernal, se referían a ella. ¿Era una maldición, o una frase de bienvenida?

Empezaba a distinguir los rostros de los trabajadores, que hasta ese momento no habían sido mucho más reales que fantasmas, aunque aún eran poco más que una masa de bocas vociferantes.

De repente sintió como si la abofetearan en pleno rostro.

Dos ojos que conocía bien brillaban en la oscuridad.

El hombre al que pertenecían también la había reconocido. Parecía impasible, pero su mano temblaba sobre el martillo.

Al acercarse a él, Mary advirtió que el brillo que durante unos segundos había animado los ojos del hombre se apagaba, como en el momento de la muerte. Un instante después, se extinguió por completo.

—En este taller hace un frío del demonio —le dijo Mary en el dialecto de Putian.

Él le dirigió una mirada vacía, indescifrable.

—El pastor reaccionario Yong Sheng no está autorizado a dirigirse a un mando revolucionario —murmuró a continuación.

—Yo no soy un mando revolucionario, sino una simple profesora —respondió Mary. Susurrando, le preguntó—: ¿Yong Sheng?

El pesado martillo golpeó ruidosamente la hilera de clavijas, y en ese momento la tierra volvió a temblar bajo los pies de Mary.

—¡Llega el trueno! —gritó el trabajador que llevaba la voz cantante.

—¡Llega el trueno! —repitieron a coro los demás.

Mary acababa de comprender que el soldado del Ejército Rojo que le había apuntado con el cañón del fusil para vengarse de su padre, el pastor Gu, era Yong Sheng.

Por un instante había podido ver en aquel cuarentón demacrado y escuálido el brillo que iluminaba los ojos del niño de cinco años que antaño había compartido su habitación. Pero ese brillo había vuelto a desaparecer casi de inmediato tras sus gruesos párpados entornados.

—¡El orinal...! —gritó la voz cantante.

—¡... se ha roto! —respondió el estentóreo coro.

La primera gota de espeso aceite apareció en la boca de la prensa, donde permaneció suspendida unos instantes, hinchada como una perla piriforme, ambarina, traslúcida y luminosa. Por fin cayó en una tina de madera colocada en el suelo, y luego la siguió un goteo grasiento y viscoso.

Las autoridades administrativas fueron rápidamente informadas de que había llegado al pueblo una estadounidense, y los funcionarios de la región decidieron enviar un jeep —el único coche de la zona— para llevarla al hospital del distrito, donde podrían atenderla.

El vehículo, sin embargo, se averió nada más salir, así que Mary tuvo que pasar la noche en el dispensario de Jiangkou.

En esa época, el pueblo aún no disponía de electricidad, pero, a la tenue luz de la vela, Mary pudo ver que los pedacitos de madera que caían al suelo procedían de las vigas, roídas por un ejército de ratas y cubiertas de enormes telarañas. Los roedores, especialmente belicosos, trotaban por encima de su cabeza y se peleaban sin piedad, y en su encarnizada lucha desgarraban las telarañas, cuyos deshilachados jirones colgaban del techo en forma de largos guiñapos grises, mientras que del marco de la ventana y de los tabiques de madera, a cuál más agujereado —por otro ejército, el de las termitas—, llovía un serrín fino como el polvo.

Tumbada en aquel cuchitril que amenazaba con venirse abajo, Mary intentó conciliar el sueño pese al alboroto de las ratas, pero no lo consiguió. Cerrara o abriera los ojos, apagara o encendiera la vela, no conseguía borrar de su mente la escena que había presenciado en la prensa de aceite. Volvía a ver una y otra vez las yuntas de bueyes que hacían girar el rodillo, las fantasmales siluetas de los hombres inclinados sobre la cuba y el enorme martillo suspendido de la viga, al que Yong Sheng y sus compañeros, con la espalda encorvada, imprimían un rítmico movimiento de vaivén.

Se le ocurrió una pregunta: ¿quién había inventado aquel asombroso artefacto? ¿La prensa de aceite se había inspirado en la prensa de carne humana de los Infiernos, o viceversa?

Poco a poco, las imágenes de los trabajadores de la prensa se

mezclaron y se superpusieron con las de los diversos suplicios infligidos a los pecadores en los palacios de los diez Reyes de los Infiernos, tal como se representaban en los frescos de los templos y en las ilustraciones de los libros antiguos: cada muerto, tras cruzar la frontera que separa el mundo terrestre del subterráneo, comparecía ineludiblemente ante el tribunal de los diez Reyes infernales. Además de la «prensa humana», que era el instrumento de tortura del Palacio del monte Tai, existía el «Infierno de los cuchillos», situado en el Palacio del Rey de Chujiang y reservado a los funcionarios corruptos y a las mujeres adúlteras, a los que los demonios arrojaban al vacío desde lo alto de una pared rocosa erizada de hojas de cuchillo. También había un castigo destinado a los perjuros, que eran enviados al «Infierno del molino de hierro», donde dos diablillos les metían la cabeza en una especie de picadora. La sangre brotaba a chorros y se deslizaba, junto con los huesos pulverizados, por un canalón, para llegar hasta un cuenco colocado en el suelo del que bebían a lengüetazos unos perros famélicos. Los que se habían beneficiado de la desgracia ajena toda su vida acababan en el «Infierno de cobre», donde se cocían en una enorme olla. Y quienes no habían respetado a sus padres eran condenados al «Infierno de hielo».

Dos imágenes la obsesionaban: la del martillo suspendido de una viga en la prensa de aceite de Jiangkou, y la de Yong Sheng, demacrado, esquelético, humillado, con las vergüenzas cubiertas con un ridículo taparrabos de cuero. Sin saber por qué, su antiguo alumno le había hecho pensar en un gran pájaro, cuyo nombre ya no recordaba, que había visto en su infancia en una jaula, encaramado en un palo cubierto de sus propios excrementos.

Mary recordó otra tortura, la que consideraba la más horrible de todas. Se empleaba en el Palacio Infernal del Rey Song y se aplicaba a los ingratos, condenados al «Infierno del desuello» por haber perjudicado voluntariamente a sus benefactores: unos demonios los ataban a una columna y los despellejaban vivos con un afilado cuchillo. Algunas veces también eran enviados al «Infierno de la enucleación», donde les arrancaban los ojos. En cuanto a los egoístas, que habían ignorado toda forma de caridad, acababan en el «Infierno

de la perforación», donde les atravesaban el cuerpo con grandes clavos. Los granujas que habían falseado cuentas tenían reservado el «Infierno de la suspensión», y los organizadores de bodas falsas, el «Infierno de los pies cortados».

Aunque ya no se acordaba del nombre de todos los palacios infernales, las espeluznantes imágenes de las torturas que se practicaban en ellos emergían una tras otra del fondo de su memoria: en el «Infierno del deslizamiento», los vendedores de falsos medicamentos eran condenados a escalar eternamente por unas rocas cubiertas de aceite hirviendo.

También había un sexto nivel infernal, ideado especialmente para aquellos que, aun sin haberlos puesto en práctica, habían tenido pensamientos criminales: a éstos los destripaban, y sus entrañas todavía humeantes eran devoradas por perros y aves rapaces, tras lo cual los demonios les arrancaban el corazón y lo hacían pedazos. La atmósfera del «Infierno del escaldamiento» recordaba a la de los baños públicos, debido a los chorros de vapor blanco que brotaban como géiseres de la superficie del agua en ebullición, en la que flotaban montones de cuerpos lívidos. Junto a ellos, unos diablillos atravesaban —con lanzas untadas con veneno de escorpión— cadáveres infestados de gusanos, larvas y sanguijuelas.

Alrededor de medianoche, Mary abandonó el dispensario en una especie de trance sonámbulo y, descalza, se dirigió hacia el camino que llevaba a la prensa. Llovía bastante y, como el suelo estaba resbaladizo, acabó cayéndose en el canal de desagüe y se quedó empapada.

El ruido de sus pasos en la oscuridad le recordó a Yong Sheng chapoteando en aquel pantano perdido en las montañas de Guizhou muchos años atrás. Se acordó de cómo se sentía mientras estaba hundida hasta la cintura en el barro helado, y el hedor de la vegetación putrefacta volvió a inundar sus fosas nasales.

La niebla, aliada con la lluvia, difuminaba la silueta de la enorme choza, y el camino que llevaba a ella le pareció que era un barrizal tan

intransitable como una ciénaga infinita.

El corazón le golpeaba el pecho.

«¡Cálmate! Pareces una colegiala que acude a su primera cita. ¡No será esta pequeña cuesta lo que te está haciendo jadear!», se dijo.

La prensa se alzó al fin ante ella en la oscuridad de la noche, aún más imponente que en pleno día.

La lluvia crepitaba sobre la paja del techo.

El corazón le latía a toda velocidad.

Y entonces vio a Yong Sheng tan cerca de ella, sentado a solas en medio del taller, que ya no sabía si realmente se trataba de su antiguo discípulo o si estaba soñando. En realidad, no estaba sentado, sino acuclillado encima del taburete, como si fuera un pájaro. La luz de la lámpara de petróleo iluminaba su torso desnudo y su pelo entrecano e hirsuto, tieso como un hierbajo en lo alto de su cabeza. Tenía la boca muy abierta.

Mary creyó que, al verla de pronto frente a él, se pondría a gritar.

Pero Yong Sheng no la veía, y de sus labios no salió el menor sonido.

Su boca, sin embargo, se abrió aún más. La sombra de su lengua, cada vez más larga, se proyectó sobre la tulipa de la lámpara.

A través del cristal, la llama la tiñó de rojo. Mary vio que temblaba ligeramente.

Yong Sheng levantó la mano derecha; sujetaba un objeto brillante entre el índice y el pulgar. Era una aguja de tres o cuatro centímetros de longitud.

La apretaba con tanta fuerza que la arrugada piel de su mano llegaba incluso a temblar.

En cuanto la aguja tocó la punta de la lengua, ésta se retrajo instintivamente y se ocultó en el interior de su boca como un conejo asustado en su madriguera. Pero una cruel y despiadada pinza —el pulgar y el corazón de su propia mano izquierda— volvió a sacarla a la fuerza.

El reflejo de la lengua en la tulipa se estremeció, y unas cuantas gotas de líquido dorado con visos blanquecinos brotaron de ella. Los músculos linguales estaban tan congestionados que casi se sentía

palpitar la sangre en ellos. En el sitio que apretaban los dedos se formó una espuma grisácea.

Pese a todo, los ojos de Yong Sheng seguían estando increíblemente tranquilos, casi risueños, como si no tuvieran ninguna relación con su lengua martirizada.

Presintiendo lo que iba a ocurrir, Mary cerró los ojos.

Pero la imagen de la fina aguja de acero había quedado impresa en su retina y, bajo sus párpados cerrados, su amenazadora punta adquirió un tamaño desmesurado, ocupando todo su campo de visión. Aunque sabía que era imposible, oyó con claridad el ruido que hizo la aguja al atravesar cada fibra del órgano muscular.

Cuando volvió a abrir los ojos, la aguja había desaparecido. Como la primera gota de aceite de aleurites salida de la boca de la prensa, la perla roja que pendía de la punta de la lengua de Yong Sheng se estiró y acabó cayendo en un cubilete, seguida por unas cuantas más.

El pastor reaccionario cogió un pincel y lo introdujo en el cubilete, donde lo empapó de sangre. Acto seguido abrió un cuaderno y, trazo a trazo, escribió una palabra sanguinolenta.

Una vez más, Mary creyó oír claramente el ruido de los pelos del pincel deslizándose por la hoja y el del líquido infiltrándose en las fibras del papel.

Incluso creyó percibir el olor de la sangre.

—Perdón por molestarte.

La voz de Mary surgió de la oscuridad y un instante después aparecieron sus pies descalzos. El barro que los cubría no podía ocultar su blancura ni la suavidad de su piel. Los bajos de su ancho pantalón estaban acampanados como la boca de una trompeta.

Yong Sheng saltó al suelo desde el taburete y se inclinó ante ella con una profunda reverencia.

—¿Qué haces?

—Nada.

—Entonces, ¿a qué viene esa reverencia?

Mary se acercó. Yong Sheng percibió su olor. La ropa empapada por

la lluvia no conseguía ocultar la voluptuosa fragancia de su exuberante cuerpo, que escapaba por el escote de su vestido.

El olor de aquel cuerpo lo devolvió a la infancia, y sus fosas nasales volvieron a llenarse de los suaves efluvios de sus pechos. Vio otra vez la recámara iluminada tenuemente, sus senos, temblorosos como el cuello de un pajarillo, y las gotitas de leche que salpicaban la talla de madera del Cristo crucificado.

—Me inclino ante usted porque es una invitada extranjera.

—¿Invitada? Tengo la nacionalidad china y soy profesora en la Universidad de Guangzhou.

—Una profesora universitaria es un mando revolucionario.

Mary medía dos o tres centímetros más que él. Se acercó e hizo un gesto propio de una maestra ante un joven alumno: con el índice, le apartó de la frente un mechón de pelo. Yong Sheng dio un respingo. Aquel dedo ya no pertenecía a la sexagenaria que tenía enfrente, sino a su joven maestra; un dedo fino, suave y leve como una pluma sobre su cabello mugriento.

Ese gesto fugaz, sin embargo, no dio paso a otras demostraciones de afecto. Yong Sheng permaneció inmóvil, intentando acallar los acelerados latidos de su corazón.

—Siéntate —le dijo Mary.

—Lo tengo prohibido. Soy un pastor reaccionario al que se reeduca mediante el trabajo.

—Jamás habría imaginado que volvería a Putian y te encontraría trabajando en una prensa de aceite.

—En este taller he hecho de todo. Al principio conduje los bueyes durante un año. Luego me dejaron ocuparme del horno otros dos, antes de permitirme tocar el martillo.

—¿Es el trabajo de mayor responsabilidad?

—No, el trabajo de mayor responsabilidad es alimentar la prensa.

—Me alojo en el dispensario, pero está infestado de ratas que no paran de pelearse.

Yong Sheng creyó oír el ruido de la lluvia, aunque quizá sólo fuera el suspiro que escapó de los labios de Mary.

Muchos años atrás la había buscado bajo la lluvia para llevarle unas

botas de goma remendadas.

Cerró los ojos para percibir mejor el olor de su cuerpo. De pronto, ella le rozó la oreja con la punta de la nariz, y a él le explotó la cabeza. Todo su cuerpo se inflamó. Su miembro se enderezó.

—Fuera está lloviendo, y me he caído en el canal de desagüe —dijo ella.

—El fuego del horno todavía no se ha apagado del todo. Si quieres, puedes quitarte la ropa mojada y la pondremos a secar.

Yong Sheng abrió la puerta del horno. Las cenizas aún estaban calientes, y bastó que las removiera con el atizador para avivar las brasas.

Con la lámpara de petróleo en la mano, fue a buscar troncos a un cobertizo situado detrás del taller, y aprovechó para echar un vistazo por la ventana del edificio en el que descansaban los trabajadores. Los quince hombres dormían profundamente.

En unos instantes, la ropa mojada de Mary empezó a soltar un tibio vapor.

Yong Sheng tenía la sensación de asistir a un milagro. Las prendas empapadas e informes que se estaban secando ante el fuego ya no eran simples piezas de tela, sino el cuerpo mojado de Mary envuelto en nubecillas de vapor que se movían y revoloteaban entre sus dedos.

Ella estaba en sujetador. Era la primera vez que Yong Sheng veía uno. De hecho, ni siquiera sabía cómo se llamaba. No conocía más que los «paños de pecho», las toscas bandas de tela que utilizaban las mujeres de Putian. La gastada prenda que cubría los senos de Mary estaba provista de dos tirantes de raso, que se alzaban como antenas a ambos lados de sus pechos y desaparecían bajo su revuelta cabellera. Las llamas le daban un tono cobrizo.

Estaba totalmente envuelta en vapor.

Tal vez sólo era un espejismo que no tardaría en desvanecerse.

Mientras Yong Sheng le daba la espalda, Mary se acercó a él.

El resplandor de las llamas bailaba sobre el huesudo cuerpo del pastor, y con la punta de los dedos Mary acarició la abultada cicatriz que le recorría la espalda.

—¿Te torturaron?

—Sí.

—¿Por qué?

—Fue un error. Creían que la Iglesia había escondido oro en mi orfanato.

Las llamas se alzaron en el horno y los troncos crepitaron. Luego el ruido cesó, y ya no se oyó más que un sonido apagado y blando, como cuando se machacan gusanos en un mortero. Después, en el vientre del horno volvieron a sonar unos ruidos secos, parecidos a los que hacían las cáscaras al partirse bajo el rodillo del que tiraban los bueyes. Los dedos de Mary, suaves como plumas, se deslizaron por la cicatriz de Yong Sheng, produciéndole un placer cercano al éxtasis.

—Hace un momento, antes de entrar, te he observado a escondidas y he visto cómo te atravesabas la lengua con una aguja.

—No tenías por qué esconderte. No hacía nada secreto.

—Enséñame la lengua.

Yong Sheng hizo lo que le decía.

Mary examinó el orificio que había dejado la aguja. Ya apenas se veía.

Le entraron ganas de lamer la pequeña herida, pero se contuvo.

—¿Te duele?

—¿Has nadado alguna vez en pleno invierno? —Mary negó con la cabeza—. Cuando saltas al agua helada, tienes la sensación de que unos cuchillos te atraviesan la carne. Si te perforas la lengua, sientes más o menos lo mismo. Antes de hacerlo, suele paralizarme el miedo. En los sacrificios rituales, en vez de sangre humana se usa sangre de gallo, y los textos sagrados ya no se escriben con polvo de oro, sino con tinta. Pero la sangre de la lengua es insustituible. Es la única que provoca el miedo del que te hablo, y es así como se alcanza la perfección, o, como decimos nosotros, los cristianos, el estado de beatitud.

—Lástima que no seas católico. Puede que el Vaticano te canonizara.

—Disto mucho de ser un santo.

—¿Conoces el monte Jiuhua? —Yong Sheng negó con la cabeza—. Es una montaña sagrada del budismo.

—No sé nada sobre budismo.

—Yo estuve allí una vez, participando en un coloquio de profesores, y pude visitar el templo del rey Dizang. Se perforaba la lengua, como tú, para copiar los textos sagrados con su sangre. Lo hizo a diario durante catorce años. Unos meses después de su muerte, como su cadáver seguía sin descomponerse, empezaron a venerarlo como a un santo.

—La diferencia es que yo no copio textos sagrados.

—¿No escribes pasajes de la Biblia?

—¿De la Biblia? ¡No! Copio los pensamientos del presidente Mao.

En ese momento Mary vio un librito abierto sobre la mesa, bajo la lámpara de petróleo. Toda la luz parecía concentrarse sobre sus amarillentas páginas. En realidad no era un libro, sino un conjunto de cuartillas ciclostiladas que todavía olían a tinta, cuyo título, *Servir al pueblo*, estaba escrito en gruesos caracteres negros. Lo cogió.

Yong Sheng volvió la cabeza y miró la mecha de la lámpara, que se consumía lentamente soltando finas volutas de humo negro. Cuando Mary cogió el cuaderno en el que lo había visto escribir, las delgadas hojas temblaron como alas de insecto agitadas por la brisa. La sangre aún no se había secado del todo. Las palabras relucían como pintura al óleo escarlata.

La lluvia se filtraba por el techo. Una tras otra, las gotas caían sobre la piedra de la muela y el tronco de árbol hueco con un ruido ahogado. Lentamente, el agua penetraba en las venas de la madera.

Con la yema del índice, Mary acarició cada una de las palabras escritas con la sangre de un cristiano —la sangre de la lengua de un pastor— y las leyó en voz alta:

> Ciertamente, todos los hombres están destinados a morir; pero algunas muertes tienen más peso que el monte Tai, y otras, menos que una pluma. El camarada Chang Si-te murió por los intereses del pueblo, y su muerte tiene más peso que el monte Tai.

En ese momento, una gota cayó del techo sobre la hoja y se deslizó por el texto formando a su paso un gran borrón sanguinolento.

—Hace veinte años, mi mujer murió y me dejó con una hija de

apenas un mes. Se llama Helai y lleva mi apellido. Era una niña muy inteligente y una estudiante aplicada. Consiguió la mejor nota en el examen regional de los alumnos de cuarto año de primaria. En la escuela de secundaria siempre estaba entre los cinco primeros y era muy activa políticamente. Era la responsable de la colocación de carteles. Siempre estaba dispuesta a ayudar a los compañeros con problemas y nunca protestaba si tenía que limpiar las aulas. Si un pupitre o un taburete estaban estropeados, ella los arreglaba. Si uno de sus compañeros se rompía una pierna, le fabricaba una muleta. Pero, por culpa mía, nunca pudo ser delegada de clase.

—En la universidad en la que enseño, los delegados de clase son elegidos por sus compañeros.

—En la escuela, también. Pero la hija de un pastor no puede presentarse a las elecciones. Por el mismo motivo, nunca ha podido ingresar en la Liga de la Juventud Comunista.

—¿Lo ha solicitado por escrito?

—Desde el tercer año de secundaria, pero nunca la han aceptado. Oyó que para entrar en la Liga tenías que redactar regularmente informes sobre tus ideas. Escribió uno por semana hasta que acabó los estudios, pero no sirvió de nada.

—¿Y qué escribía?

—Nunca me lo enseñó. Cuando le preguntaba, me decía que escribía que iba a romper la relación conmigo, que atacaba la religión cristiana y que contaba que yo leía la Biblia a escondidas. Hace tres años, al terminar la secundaria, hizo el examen de ingreso en la universidad. Uno tras otro, compañeros de clase mucho menos brillantes que ella recibieron la carta de admisión; en cambio, ella el 15 de agosto aún no sabía nada. Era la fecha límite, después ya no podía esperar que la admitieran. Estuvo todo el día encerrada en su habitación, dibujando. En esa época todavía no nos habían confiscado las tres habitaciones de nuestra choza. Yo ya trabajaba en la prensa de aceite, pero podía volver a casa. Ahora vivo con los demás trabajadores. La oí llorar todo el día.

»Fui pastor durante catorce años, hasta 1949. Me pasaba la mayor parte del tiempo escuchando los problemas de la gente, y estaba

acostumbrado a las lágrimas, pero nunca había oído llorar durante tanto tiempo a nadie. Tenía el corazón encogido. Al llegar la noche comprendí que el cartero no vendría. Yo le había destrozado la vida. Si eras hija de un pastor, no entrabas en la universidad. Helai acababa de cumplir dieciocho años y no tenía ningún futuro. Esa noche encendí la lámpara y, sentado en la cama, recité un pasaje de la Biblia. Ella entró en mi habitación, se sentó a mi lado, me escuchó unos instantes y luego me interrumpió: «¿Quieres venir a la sala de estar?» Le pregunté para qué. «Para rezar por mí.» Al entrar en la sala no daba crédito a lo que veían mis ojos: el dibujo en el que había estado trabajando durante todo el día estaba colgado de la pared. Era un enorme retrato del presidente Mao. Como no es mi hija biológica, no puedo decir que haya heredado ese talento de mí, pero tengo que admitir que dibuja bien. Había reproducido con exactitud hasta el menor detalle del rostro. Se notaba que había puesto todo el corazón en aquella obra. El efecto era impresionante e iba más allá de un simple retrato: el presidente Mao estaba representado en tres dimensiones. Más que delante de un dibujo, era como si estuvieras ante una estatua. Parecía vivo, con la cabeza ligeramente alzada y el pelo negro echado hacia atrás, tan lustroso que parecía que acabara de salir del agua. Tenía el aspecto de un gran personaje. Los rasgos del rostro eran especialmente delicados. Lo había dibujado sin hacer un esbozo, sin trazar una cuadrícula para asegurarse de que respetaba las proporciones, sin retocar un solo trazo. Y no había olvidado el lunar que tiene en la barbilla.

—¿Y tu hija pretendía que tú, un pastor, rezaras delante de un retrato de Mao?

—Me dijo: «Papá, sé que tú tienes fe. Puede que, si se lo pides tú, el presidente Mao me deje entrar en la universidad.»

—¿Sabe que no eres su padre biológico?

—Sí. Se lo dijo un profesor en la escuela. Como pastor, no podía negarme a satisfacerla. Estaba tan desesperada... Si una desconocida tan desamparada como ella me hubiera pedido ayuda, se la habría prestado sin dudarlo. Imagínate lo que sería capaz de hacer por Helai.

—No necesito que me lo digas. Yo también soy hija de pastor, y mi

difunto marido también lo era. Todo lo que sabían hacer era rezar.

—Sin pensarlo dos veces me arrodillé en el suelo, pero no me sentía en disposición de rezar. Para mí, la oración es una de las cosas más maravillosas del mundo. En esos momentos me sentía más bien como un culpable arrodillado. Era como si estuviera confesando mis delitos y pidiendo que me castigaran. No era una oración. Así que me tendí.

—¿Te tumbaste boca abajo delante de un retrato de Mao?

—Era la segunda vez en mi vida que rezaba en esa posición.

—¿Y después?

—Mis labios se negaron a rezar. Instintivamente, mi obstinada lengua de pastor se rebeló. Abrí la boca, pero el único sonido que oí fue el de mi sangre, que latía en mis venas, el de mis tripas, que se reblandecían, y el de mi carne, que se petrificaba. Era incapaz de rezar. Me quedé tumbado en el suelo en mitad de la sala de estar y esperé. Una hora, dos... Cuando oí el canto de un gallo a lo lejos, la tierra se había reblandecido bajo mi cuerpo. El suelo de la sala era de tierra batida, y estaba húmeda y pegajosa. Tenía la sensación de que quería tragárseme entero, de que estaba disolviéndome en ella, de que, como era polvo de la tierra, iba a volver a la tierra. Incluso creí oír un ruido de succión procedente de las profundidades. Estaba saliendo el sol. En una especie de duermevela, contemplé el retrato de Mao. Noté un gusto a hierro en la boca. Era sangre. Me había mordido la lengua. En ese instante hice un juramento a nuestro presidente: si Helai entraba en la universidad, copiaría todos sus escritos con la sangre de mi lengua, aunque no consiguiera escribir más que una o dos palabras al día. Poco después del amanecer, llamaron a la puerta. Era el viejo Zhang, nuestro cartero. Sostenía un grueso sobre con el remite escrito en rojo: «Universidad de Fudan.» Habían admitido a Helai en una de las mejores universidades del país.

3

El Manco

Diez años después de la visita de Mary a la región en la que había crecido, el vendaval de la Revolución Cultural se abatió sobre China.

Yong Sheng acababa de cumplir cincuenta años.

El tiempo ya no significaba nada para él. Los acusadores, en cambio, se referían obsesivamente a fechas concretas en cada interrogatorio o «sesión de lucha»: tal hora de tal día de tal mes hizo usted tal cosa. Pero él tenía el cerebro vacío. Apenas se acordaba de que era hijo de un carpintero y de que había aprendido a hacer silbatos. Lo único que sabía era por qué lo acusaban: lo consideraban un pastor contrarrevolucionario, agente secreto del imperialismo y propagador del opio intelectual.

A él mismo le asombraba seguir vivo a su edad. «Dios mío, ¿por qué razón no me condenaron a muerte en lugar de castigarme a trabajar en este rudimentario taller? ¿Dónde caerá al fin mi agotado cuerpo, bajo el rodillo de piedra de la muela, bajo las pezuñas de los bueyes, bajo el martillo suspendido del techo o dentro de la caldera o del tronco hueco, donde quedará reducido a una chorreante papilla?»

La tarde del 1 de junio de 1966, la oscuridad invadió la prensa de aceite. Poco a poco, las sombras envolvieron el retrato del presidente Mao que colgaba de una pared (el dibujo hecho a lápiz por Helai en vísperas de su entrada en la universidad). El pelo, echado hacia atrás, fue lo primero en desaparecer en la penumbra; luego se difuminaron los risueños y bondadosos ojos, y, por fin, la noche se tragó los prominentes pómulos y el resto del rostro. Sólo quedó el cuello gris claro de su chaqueta —que, durante décadas, se convertiría en el uniforme de todos los mandos del Partido y funcionarios chinos—,

aunque también acabó desvaneciéndose poco a poco. Lo único que permaneció fue el lunar de la barbilla, que brillaba débilmente en mitad del cuadro en sombras. Otro retrato del Gran Timonel adornaba la puerta de entrada de las oficinas municipales, instaladas en un antiguo templo. No era un dibujo, sino una enorme foto de brillantes colores. En ella, el presidente Mao aparecía tocado con una gorra militar caqui adornada con una estrella roja, y llevaba una guerrera cuyo cuello lucía a cada lado la insignia roja del Ejército Popular de Liberación. Tenía el brazo derecho en alto y un cigarrillo encendido entre los dedos. Su rostro era más grueso, más voluminoso. Su mirada, animada por una chispa casi divina, abarcaba a una gran multitud, congregada ante la puerta de esas mismas oficinas.

A principios de los años cincuenta, en el ayuntamiento de Jiangkou sólo trabajaban cinco o seis personas, pero cuando el régimen reformó el antiguo sistema de división territorial y Jiangkou se convirtió en una comuna popular, más de cien dirigentes se integraron en las oficinas municipales —subdivididas en varios gabinetes, despachos y comisiones—, y la maquinaria administrativa pasó a adquirir tales dimensiones que fue necesario requisar las viviendas vecinas para que cupiera todo el mundo.

Delante del antiguo templo, frente a la montaña Guanghou, se extendía un inmenso descampado atravesado de norte a sur por el río Mulan. El antiguo puente de madera que unía sus dos orillas tenía una galería con columnas y cubierta de tejas en la que había bancos. (A principios de los años cincuenta, cuando el Partido había nacionalizado todas las tierras agrícolas, la playa de arena, al este del puente, había sido el lugar elegido para la ejecución de contrarrevolucionarios. Allí se había fusilado a un terrateniente y a un funcionario del Kuomintang.) La tarde del 1 de junio de 1966, el puente y el descampado estaban abarrotados. Todos los cargos de la comuna popular de Jiangkou, los miembros del Partido Comunista, de la Liga de la Juventud Comunista y de la milicia popular, los campesinos pobres y modestos —considerados aliados de la Revolución—, los vendedores de fideos y otros pequeños comerciantes, junto con los trabajadores de la prensa de aceite, se

habían congregado allí para escuchar el programa político difundido por la Radio Central del Pueblo, que iba a dar lectura al primer «dazibao» —esos periódicos murales escritos para denunciar o criticar — marxista-leninista redactado en la Universidad de Pekín por Nie Yuanzhu. La luz de las bombillas suspendidas en mitad del descampado se reflejaba en los cañones de los fusiles de los milicianos.

El pastor contrarrevolucionario Yong Sheng no fue autorizado a participar en el acto porque había sido privado de los derechos civiles, incluido el de escuchar los programas de la Radio Central. Así que se quedó en el taller con Qiu Xiangui, condenado a la misma privación de derechos que él y «confinado» en la prensa desde principios de los años sesenta.

Qiu nunca había entendido por qué había acabado allí.

En 1950, cuando los comunistas habían liberado Putian, se encontraba en la ciudad: era el interrogador manco que, con una sola mano, había hecho el nudo corredizo de la cuerda con la que Yong Sheng había sido colgado de la aquilaria. Después de aquello, había seguido al Ejército de Liberación hasta el Tíbet. En esa época, todos los años se permitía ingresar en la universidad a una cuota de soldados jóvenes; para ello, sólo necesitaban la recomendación política de sus mandos. Qiu Xiangui, sin embargo, fue admitido por méritos propios, tras presentarse al examen nacional. Entró en la Facultad de Periodismo de Fudan, donde llamó la atención de sus profesores. En 1957, en plena Campaña de las Cien Flores, el Partido lo invitó a dar públicamente su opinión sobre la política desarrollada por el régimen, pero, tras sus declaraciones, fue acusado de derechista, expulsado del Partido y de la universidad y devuelto a Xianyou, en su provincia natal de Fujian, donde, calzado con un par de gruesos zuecos, fue colocado como aprendiz en una carnicería. Al cabo de un mes, gracias a su extraordinaria rapidez mental, las distintas piezas de carne de buey, cordero y cerdo ya no tenían secretos para él, y los clientes lo llamaban «el fabuloso carnicero manco». Aseguraban que, cortada por él, la carne era mil veces más tierna y gustosa. Los compradores hacían cola ante el establecimiento mucho antes de que abriera, para asegurarse de que los atendería él. Dos años después, la

presión de los clientes consiguió que lo rehabilitaran y dejaran de acusarlo de deriva derechista. Pero su maestría en el corte de la carne no pudo hacer nada contra su aciago destino. A partir de 1960, tres años de catástrofes y hambrunas asolaron China, y todas las carnicerías cerraron. Qiu cursó una solicitud para ejercer como maestro en un pueblo de montaña, pero tras consultar su expediente, en el que se aludía a su supuesto pasado derechista, las autoridades rechazaron su candidatura. Finalmente, gracias al cocinero del gobierno local de Putian, que era uno de sus grandes admiradores, el jefe de distrito aceptó emplearlo en la cantina. A pesar de todo, como en esa época el país sufría escasez de carne, fue «confinado» provisionalmente en la prensa de aceite de Jiangkou (una empresa socialista famosa por su trabajo de reeducación de contrarrevolucionarios). Allí recibía un sueldo mensual de diez yuanes pagado por el Estado. Dos años después, la economía del país volvió a despegar, y las carnicerías reabrieron. Por desgracia para él, en esa misma época se inició el movimiento de la «educación socialista», que imponía reexaminar los casos de todos los antiguos «enemigos». Pese a su rehabilitación, su pasado de derechista lo convertía en un antiguo enemigo del pueblo, y la posibilidad de volver a ejercitar su talento de carnicero ante una clientela embelesada se convirtió en una lejana quimera. Ése era el motivo de que su confinamiento en la prensa de Jiangkou se hubiera eternizado.

El noventa por ciento de los trabajadores del taller, campesinos pobres o pertenecientes a familias de campesinos modestas aliadas de la Revolución, obtuvieron autorización para ir a escuchar el programa radiado ese día histórico del 1 de junio de 1966. Antes de ponerse en camino se reunieron en el patio agitando banderas rojas y gritando consignas en medio del mayor desorden. El jefe de seguridad de la comuna entró en el taller y convocó al pastor contrarrevolucionario y al antiguo derechista ante el horno, cuyas llamas iluminaron sus rostros. El amenazador sonido de su voz se mezcló con el borboteo del agua que hervía en la tina.

—Tú, el pastor enemigo del pueblo y de la dictadura del proletariado, te quedarás trabajando hasta que acabe el programa de radio. —Mientras hablaba, cogió unas pinzas, las puso al fuego y, en cuanto las puntas estuvieron al rojo vivo, las agitó ante Yong Sheng—. ¡Míralas! ¡Si no curras, te arrancaré con ellas los pocos cojones que te quedan! —gritó. Entonces se volvió hacia Qiu Xiangui—. Tu expediente de antiguo derechista sigue estando en manos del pueblo. No olvides que puedes ser recalificado en cualquier momento. ¡Si no andas derecho, te arrancaré el muñón con estas pinzas!

—¡Como intente tocarme con sus jodidas pinzas, lo meto en la cuba de agua hirviendo! —dijo el Manco entre dientes.

Yong Sheng, que pudo oírlo, se quedó asombrado ante su osadía. Él no había pensado nada semejante en ningún momento. El jefe de seguridad era un representante de la dictadura del proletariado, y a él nunca se le habría pasado por la cabeza arrojarlo al agua hirviendo.

En esa cálida tarde casi ya de principios de verano, la brisa llevó hasta el taller el eco del guirigay de la muchedumbre reunida en el descampado. La retransmisión aún no había empezado, pero la gente berreaba cánticos sin parar, ininteligibles bajo el ruido dominante de las trompetas. La barahúnda, propagada por los altavoces de la comuna, penetró en la densa atmósfera de la prensa, saturada de olores a grasa, boñigas y estiércol, y llegó a los oídos de los dos enemigos del pueblo. A esa distancia, el sonido de las trompetas parecía el restallido de unas sábanas en una cuerda de tender.

Los dos hombres estaban empapados en sudor. Yong Sheng, que sólo llevaba unos calzoncillos, tenía la cara y el cuerpo negros de polvo. Estaba vaciando pesados cestos de frutos secos en la enorme muela circular mientras el Manco, armado con una aguijada, hacía avanzar a los bueyes que tiraban del rodillo de piedra.

¡Los bueyes! Estos animales, mansos y dignos de lástima, aceptaban sin protestar su miserable condición en el interior de aquel infierno humano. Eran un ejemplo y parecían haber sido creados para mostrar a los hombres que era posible soportar incluso los sufrimientos más

inimaginables hasta el final de su penosa existencia. Un final diferente para cada uno, pero siempre igual de triste. La fuerza que les permitía sobrellevar todas las adversidades, heredada de generación en generación, estaba inscrita en cada fibra de sus músculos y de sus nervios.

Los frutos secos se amontonaban bajo el rodillo de piedra, y Yong Sheng tenía que encargarse de que ninguno de ellos saltara fuera de la muela y escapara a la trituración. Los crujidos de sus cáscaras no conseguían ahogar el ruido de los lejanos altavoces, y aunque no alcanzaba a entender las palabras, Yong Sheng comprendió que la retransmisión había empezado.

Los seis escuálidos bueyes del taller ya habían dado cientos de vueltas. Ese día habían recorrido al menos diez kilómetros. De pronto, la voz del locutor estrella de la radio del Estado sonó con más claridad. Era una voz firme y potente, una voz capaz de hacer temblar de miedo a los enemigos del pueblo esa tarde del 1 de junio. Hasta los bueyes rojos, como espoleados por su tono solemne, empezaron a dar pasos más largos entre los trozos de cáscara y los fragmentos de piedra caídos de la muela. Uno de ellos se rompió una pezuña, pero era demasiado pronto para parar. Había que aguantar hasta que volvieran los trabajadores, una vez finalizado el programa, y era posible que no lo hicieran hasta muy tarde, después de haber desfilado con sus banderas rojas a la luz de las antorchas. El buey herido, sin embargo, no podría ser liberado de su yugo hasta que regresaran. Otro de los animales tenía profundos cortes en el lomo. De pronto, en un momento de locura, el más viejo de todos se dejó caer sobre el costado, con la cabeza hacia atrás y los ojos desorbitados. Rápidamente asfixiado por el ronzal, se quedó inmóvil, apoyado en el eje del rodillo.

El Manco le dio unos golpecitos cariñosos en la cabeza e intentó hacerlo regresar a la fila. El animal dio unos cuantos pasos vacilantes.

—¡Tiene un problema! —le gritó a Yong Sheng—. Ya no se sostiene en pie.

Efectivamente, el viejo y jadeante buey, exhausto, era incapaz de dar un paso más. Sus compañeros de fatigas se detuvieron a su vez y

lo miraron mientras se tambaleaba. El Manco intentó sostenerlo como pudo al tiempo que llamaba a su compañero para que acudiera en su ayuda, pero cuando Yong Sheng se acercó el animal ya se había derrumbado del todo. Tras quitarle el yugo, el Manco y él intentaron levantarlo. Las patas ya no lo sostenían, así que tuvieron que azotarlo y, cuando al fin se levantó, intentaron sacarlo del taller para devolverlo al establo, que estaba en el patio. Tras dar unos pasos, el buey volvió a tambalearse, resbaló y se derrumbó en la hierba. Yong Sheng le quitó el ronzal, y el Manco fue a buscar un cubo con agua. El animal, que yacía sobre el costado con las cuatro patas dobladas, ni siquiera tenía fuerzas para levantar la cabeza y beber. El Manco le tiró el agua en el morro, pero el buey fue incapaz de abrir los labios. Tenía la cabeza empapada, y sus costillas se movían al ritmo de su agitada respiración, que se hizo cada vez más lenta. El agua se extendió por la hierba a su alrededor.

La voz del locutor, amplificada por los altavoces, llegó a los oídos de los dos hombres.

—Que el pueblo de todo el país alce muy alto la bandera de la Revolución Cultural del proletariado para evitar que sus enemigos la mancillen.

Con un ojo medio abierto y lleno de lágrimas, el animal miró a los dos hombres, de pie junto a él.

—Es como si supiera que están hablando de nosotros… —comentó el Manco.

—A mí me consideran un enemigo del pueblo, pero a ti te rehabilitaron —lo corrigió Yong Sheng—. El buey se está muriendo —dijo tras una pausa—, voy a recitarle un pasaje de la Biblia.

E inclinándose hacia el oído del animal moribundo, murmuró:

Jehová es mi pastor; nada me faltará.
En lugares de delicados pastos me hará descansar;
junto a aguas de reposo me pastoreará.

Ese salmo —el mismo que los pastores recitan para los cristianos moribundos— fue lo que brotó espontáneamente de los labios de Yong Sheng.

Era el milagro de la memoria. Las palabras fluían sin el menor titubeo, pese a que hacía dieciséis años que tenía prohibido oficiar ceremonias y asistir a moribundos.

Luego entonó un himno en inglés. El Manco no comprendió la letra, pero aun así lo encontró muy bello, tanto que no pudo evitar canturrear con Yong Sheng la segunda estrofa.

—¿Es un canto religioso? —preguntó al acabar.

—Sí, se llama «Cuando veo tu cruz, oh, mi Salvador». La letra la escribió un pastor inglés en el siglo xviii.

Los dos se quedaron callados. Al otro lado del valle, los altavoces también guardaban silencio.

—Me gustaría que me dieras el... el... —tartamudeó el Manco—. Me gustaría que me bautizaras, pastor Yong —dijo al fin.

—¿Estás loco? —exclamó Yong Sheng mirando inquieto a su alrededor—. ¡Dios mío, menos mal que no puede oírnos nadie! ¿Por qué quieres bautizarte? Hiciste la guerra, mataste, torturaste a cristianos...

—Porque Helai es cristiana.

¿Quién habría podido imaginar que, en ese día histórico del inicio de la Revolución Cultural, un antiguo derechista manco, un revolucionario que había sacrificado un brazo por el advenimiento de una nueva China, recibiría el bautismo en secreto y se convertiría al cristianismo ante el horno encendido de la prensa de aceite de Jiangkou?

Como siempre, alrededor de medianoche, cuando los demás trabajadores se durmieron, Yong Sheng se coló en el taller y se acercó a un arcón colocado a la izquierda del tronco hueco, que iluminó con una linterna. La luz hizo relucir las telarañas que habían invadido ese rincón de la sala. El recipiente, de madera de longan, medía casi dos metros de largo y estaba montado sobre pies de madera adornados con espirales talladas. Llevaba décadas olvidado en aquel sitio. Era el antiguo arcón del arroz del orfanato, que había hecho las veces de «caja fuerte» cuando la iglesia había sido cerrada y convertida en

prensa de aceite. Luego, como el negocio era cada vez más floreciente, se había habilitado un despacho para un contable, y el arcón, que recordaba bastante a un ataúd, había quedado abandonado en el taller.

Ahora ocupaba un rincón oscuro bajo el tronco hueco. Todas las noches a la misma hora, una linterna arrojaba sobre él su inconfundible haz de luz y una mano hacía chirriar en el silencio la plancha de madera que le servía de tapa. Estaba lleno de viejas herramientas y cachivaches inútiles, pero también contenía un envoltorio de tela con unas ramas de aquilaria. Yong Sheng cogió del arcón una lámpara de petróleo, un ejemplar de los escritos del presidente Mao, un cuaderno, un cubilete de porcelana y un pincel. Luego cerró la tapa, que volvió a romper la calma del lugar con su quejido. Encendió la lámpara, le quitó la tulipa, acercó la aguja a la llama, sacó la lengua y se la perforó. La sangre cayó gota a gota en el cubilete. A continuación destapó un frasco lleno de un líquido con polvo de oro en suspensión, que mezcló con la sangre en el cubilete, y empezó a copiar con el pincel las palabras del Gran Timonel…

Y entonces ocurrió algo que habría sido incapaz de explicar. Cuando leyó la frase que acababa de escribir, se quedó aterrado:

«He hallado la oveja que se había perdido.»

Todo el torso se le cubrió de un sudor frío.

El presidente Mao jamás había dicho aquella frase, que, como todo buen pastor sabía, procedía de la parábola de la oveja perdida, narrada en el capítulo 15 del Evangelio de san Lucas:

> Y se acercaban a Él todos los publicanos y pecadores para oírle. Y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: «Éste a los pecadores recibe, y con ellos come.» Y Él les relató esta parábola, diciendo: «¿Qué hombre de vosotros, teniendo cien ovejas, si perdiere una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va tras la que se perdió, hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, la pone sobre sus hombros, gozoso; y viniendo a casa, reúne a sus amigos y a sus vecinos, diciéndoles: "Regocijaos conmigo, porque he hallado mi oveja que se había perdido."»

Instintivamente, sopló sobre la llama de la lámpara para apagarla, aterrorizado ante la posibilidad de que lo sorprendieran en flagrante

delito.

«Es muy probable que lo que me ha hecho escribir esa frase sea la emoción por la conversión del Manco. ¡Realmente, eres un pastor contrarrevolucionario incurable, Yong Sheng! ¿A qué esperas para destruir la prueba de tus pensamientos delictivos?», se dijo.

Volvió a encender la lámpara, y no pudo evitar releer la frase, tras lo cual, en vez de romper la hoja, volvió a perforarse la lengua y escribió la continuación de la parábola: «Yo os digo que en el cielo será mayor la alegría por un pecador que se arrepiente que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentirse.»

El dormitorio de los trabajadores se componía de tres habitaciones, con simples jergones colocados en el suelo. Yong Sheng y el Manco dormían uno al lado del otro. Esa noche, mientras todos los demás roncaban a coro, le leyó la parábola que acababa de copiar con su sangre.

A partir de ese día, el texto bíblico, escondido entre los pensamientos del presidente Mao, se convirtió en el secreto de ambos.

En realidad, pronto fue conocido por una tercera persona, porque el Manco no pudo evitar compartirlo con Helai.

Acababan de dar las doce.

Yong Sheng caminaba a través de los arrozales, porque no se había atrevido a ir por la carretera que llevaba a Putian ni por la orilla del río Mulan.

Se creía intrépido, pero bastaba con que croara una rana, con que la tierra se deshiciera bajo sus pies o con que una piedra cayera al agua para que pegara un respingo.

«Sólo vas a leer los dazibaos colgados por la ciudad. ¿De qué tienes miedo? Si te preguntan, basta con que digas la verdad: que vas a leer los dazibaos de la escuela de secundaria en la que da clases tu hija», se decía para tranquilizarse.

En 1958, cuando Helai se había licenciado en Fudan, todas las grandes universidades del país habían rechazado su candidatura a un puesto de profesora debido a los antecedentes de su padre. Como

tampoco había querido contratarla ningún laboratorio de investigación científica, el Estado la devolvió a su provincia natal, donde fue destinada a la escuela número 5 de Putian. Cuando estalló la Revolución Cultural, llevaba ocho años enseñando allí. Yong Sheng había oído decir que, en esos inicios de la Revolución, los profesores habían pasado a ser objeto de las críticas de sus alumnos. El director de la escuela número 1, que daba literatura, incluso había sido agredido por los estudiantes, que le habían roto una pierna. En la escuela número 3, otro profesor, que no pudo seguir soportando las humillaciones a que lo sometían, se había suicidado arrojándose al río.

De pronto vio alzarse ante él las murallas de la ciudad.

«¡Dios mío! ¿Cuántas toneladas de papel y de cola se habrán necesitado para cubrirlas?»

Ésa fue su primera reacción ante los muros, totalmente ocultos bajo los dazibaos.

A la débil luz de las farolas era imposible leer el texto de los carteles. Todo lo que pudo distinguir fueron las proclamas escritas en las anchas banderolas que ondeaban al viento suspendidas sobre las calles.

El corazón le latía a toda velocidad: ¿Habría tantos carteles en la escuela número 5? ¿Y en alguno de ellos se criticaba o denunciaba a Helai?

Nada más cruzar las puertas de la ciudad, un fuerte olor a quemado, mezclado con el de la cola, invadió sus fosas nasales. El fuego de la Revolución Cultural se había extendido hasta la última calleja de Putian. Sólo hacía unas semanas que había empezado, pero, para asombro de Yong Sheng, el nombre de muchas calles ya había cambiado. La de la Pequeña India, en la que tantas veces había hecho una pausa para comerse un cuenco de fideos, había sido rebautizada como «calle del Gran Salto Adelante». La de al lado, como «calle del Modelo del Ejército Revolucionario». En cuanto al puentecillo que siempre se había llamado el «medio puente», ahora era el Puente de la Victoria. Por dondequiera que pasaba, tenía la sensación de que la ciudad estaba siendo saqueada. En la mayoría de las calles ardían hogueras, en las que se consumían las tablillas de los antepasados que

sus propios descendientes habían decidido quemar. El aire estaba lleno de nubes de humo negro. En una calleja en la que había tenido lugar una quema de libros, algunos trozos de páginas carbonizadas —que, llevados por el viento, volaban como negras mariposas nocturnas en todas direcciones— se pegaron a la ropa y la cara de Yong Sheng, que se las vio y se las deseó para quitárselos.

Por fin llegó a la escuela de secundaria número 5. A ambos lados del portal abierto, el suelo estaba lleno de pinceles de todos los tamaños, de cubos de pintura y de recipientes con cola de harina seca, que olía a podrido. Había dazibaos pegados por todas partes: en los muros de los edificios, en los tableros de anuncios e incluso en los arriates de flores. A ambos lados del pasillo que atravesaba el establecimiento, las paredes estaban igualmente cubiertas de carteles. Incluso se había colocado una larga valla de madera para poder poner más. En muchos sitios había varias capas superpuestas. La escuela estaba desierta, salvo por las mariposas nocturnas atraídas por la luz de las farolas que iluminaban la valla.

Yong Sheng echó un rápido vistazo al contenido de los carteles, aunque sin entretenerse mucho, porque había tantos que no habría podido leerlos todos antes del amanecer.

Lo único que quería saber era si el nombre de Helai aparecía en alguno de ellos.

Después de leer por encima varias decenas, se sintió aliviado. Ninguno mencionaba a su hija.

Era casi un milagro que la hija de un pastor pudiera librarse de las represalias de los revolucionarios.

De pronto oyó que alguien arrancaba con rabia un dazibao de la valla y, al volverse, reconoció de inmediato al hombre que estaba perpetrando aquel acto de sabotaje contra la obra de la gran Revolución Cultural.

Se había colado en la escuela en plena noche, como él. Su única mano, la izquierda, hacía trizas algunos carteles mientras la manga derecha de su chaqueta se bamboleaba rítmicamente en su costado.

Huelga decir que era el Manco, que, como Yong Sheng, había atravesado el valle de Putian para romper los dazibaos relacionados

con Helai pegados en las paredes de la escuela número 5.

No había muchos que la acusaran de haber dicho cosas supuestamente contrarrevolucionarias. La mayoría, escritos por estudiantes y profesores, denunciaban que, a sus treinta años, aún no se hubiera casado, o la insultaban por tener los ojos azules. Todos sus movimientos, todas sus actitudes en relación a los hombres, se examinaban con lupa, se analizaban y se criticaban desde el punto de vista de la lucha de clases. Otros la acusaban —además de ser, como hija de pastor, inevitablemente una detestable burguesa— de crear en su laboratorio criaturas diabólicas mediante manipulaciones biológicas, lo que evidenciaba su maldad y perversidad: pájaros con cuerpos deformes, provistos de dientes y alas torcidas, creados de manera artificial con órganos de otras especies; un líquido que volvía transparentes a los animales muertos, que sumergía en tarros en los que flotaban eternamente...

Escondido detrás de la valla, Yong Sheng temblaba de miedo; tenía la sensación de que el ruido de los carteles arrancados y rasgados por el Manco le iba a reventar los tímpanos. Le habría gustado arrojarse sobre él para impedirle que se pusiera en peligro, pero no se atrevía a moverse. Incapaz de contener los sollozos que le llenaban el pecho, se apoyó en la valla: en aquel mundo cruel había alguien más que amaba a su Helai con un amor profundo e inquebrantable.

La sala de biología estaba detrás de los dos edificios principales del centro. El primero, una construcción de ladrillo de cuatro pisos edificada a principios de los años sesenta, estaba destinado al primer ciclo de secundaria. El segundo ciclo se alojaba en el otro; un edificio gris de dos plantas que databa de comienzos del siglo xx. En el pasado había sido una escuela para niñas financiada por la iglesia cristiana. Su arquitectura era una mezcla de estilo occidental y chino (visible en las columnatas rojas y el tejado en cola de golondrina). Para proteger ambos edificios de la humedad, los habían construido sobre una enorme terraza de piedra de metro y medio de altura que las alumnas invadían entre gritos y risas cuando la campana anunciaba la hora del

recreo. A principios de los años cincuenta, sin embargo, el centro se había convertido en mixto, y esa terraza era el lugar donde, todas las mañanas, los alumnos formaban en fila para escuchar los discursos del director y entonar cánticos revolucionarios. Desde el inicio de la Revolución Cultural también era el escenario de los incesantes mítines. Los había casi todos los días, incluso por la noche, a la luz de las antorchas, que iluminaban el lugar como en pleno día. Las losas de piedra temblaban bajo el fanático frenesí de los guardias rojos, que alzaban los brazos, agitaban banderas y vociferaban lemas revolucionarios.

Al final de esas «sesiones de lucha», la escuela recuperaba una calma relativa. Por la noche, los dos grandes ginkgos centenarios que flanqueaban la puerta del laboratorio de biología y eran conocidos como «la pareja de novios» se llenaban de centenares de cigarras, que iniciaban una serenata de chirridos. Los insectos interpretaban su loco concierto en ráfagas sincopadas y, de pronto, como obedeciendo a un movimiento de batuta de un director invisible, se quedaban callados. Cuando se hacía el silencio, en la oscuridad ya sólo se distinguían las caricaturas de los enemigos del pueblo, cuyos nombres estaban tachados con gruesos trazos rojos.

El laboratorio de biología, protegido por cristales tan gruesos como los de un acuario y por pesadas cortinas de terciopelo dignas de un escenario teatral, era un recinto impenetrable tanto para los gritos y lemas de los estudiantes como para los recitales nocturnos de las cigarras. Era casi un búnker aislado del mundo exterior. Un universo aparte. Hileras de tarros, cuyas tapas relucían en la penumbra, llenaban las estanterías, que llegaban hasta el techo. Dentro de esos tarros, flotaban en formol especímenes de diversas especies.

Algunos de esos ejemplares —los más afortunados de la colección— habían tenido el privilegio de asistir al nacimiento de una historia de amor, y lo que entonces se había reflejado en el cristal de sus tarros parecía haberlos revivificado. Daba la sensación de que brillaban desde el interior, como animados por una chispa nueva.

La heroína de ese romance era una profesora de biología de treinta años, y el héroe, un antiguo derechista manco que le llevaba diez.

En la etiqueta de un gran tarro podía leerse: «Muestra del oído medio e interno de un mamífero.» Helai —la única profesora de biología de la escuela— había escrito esas palabras con evidente entusiasmo: los trazos verticales se alzaban como espadas y rasgaban el espacio virgen de la etiqueta, mientras que los horizontales mostraban una gran suavidad. Los dos segmentos del oído, que habían pertenecido a un cerdo y ahora flotaban en formol, parecían atentos al menor ruido del aula: el temblor casi imperceptible de las gruesas cortinas, las ligeras vibraciones del entarimado, el insensible avance de un insecto por las paredes, la inaudible dispersión de las finas partículas caídas del ala de una mariposa nocturna, salida de Dios sabía dónde...

La fecha y el lugar de su extracción también figuraban en la etiqueta: «Fiesta de la Luna, 1965. Pueblo de Guanghou, comuna de Jiangkou, Putian.»

Ese año, la fiesta de la Luna había caído a finales del mes de septiembre, y Helai había regresado a Jiangkou para asistir a la boda de un pariente lejano. Como antiguo pastor, Yong Sheng tenía prohibido participar en esa clase de reuniones familiares. No obstante, la víspera de la ceremonia había ido a llevar un modesto regalo a los novios: una botella de aceite de aleurites procedente de su taller. La familia del novio estaba desesperada. El cocinero y sus ayudantes habían llegado, pero no encontraban a nadie para matar al cerdo, de modo que Yong Sheng les envió a Qiu Xiangui.

A la mañana siguiente, calzado con sus gruesos zuecos, «el fabuloso carnicero manco» demostró su excepcional talento ante los invitados. Cierta profesora de biología quedó especialmente impresionada. Observó, fascinada, los hábiles movimientos de su cuchillo, que se deslizaba sobre los músculos con la suavidad de un hilillo de agua. Qiu era tan hábil que, apenas las tocaba, las articulaciones parecían abrirse solas bajo la hoja. Le había hecho a Helai una demostración en vivo de todo lo que ella había aprendido en los textos de anatomía.

En realidad, ella había visto varias veces a Qiu Xiangui en el campus de la Universidad de Fudan, en Shanghái, aunque nunca habían hablado. La mayoría de los estudiantes lo conocían, porque en esa época era el líder de la asociación de alumnos de periodismo.

Brillante orador, cuando tomaba la palabra en público siempre causaba impacto. El contenido de sus discursos era de lo más pertinente; la forma, de una elegancia exquisita, y el timbre de su voz, de una profundidad deliciosa. Una estrella como él no iba a perder el tiempo con una simple estudiante de biología. Pero ahora, por increíble que pareciera, aquel pequeño genio estaba allí, en aquel pueblo de mala muerte, matando a un cerdo para la boda de unos campesinos. Eso no había hecho más que aumentar la admiración de Helai.

—¿Puedo pedirte que le extraigas el oído para mí? —le preguntó—. Soy profesora de biología en la escuela número 5 de Putian. Podría utilizarlo en mis clases de anatomía de los mamíferos.

El Manco posó la mirada en los ojos azules de la joven y, todavía con la mano en las entrañas humeantes del animal, respondió:

—¿Quieres el oído medio o el interno?

La pregunta, que sugería ciertos conocimientos científicos, sorprendió a Helai.

—Los dos me serían útiles para una clase sobre el aparato auditivo.

—Si los huesecillos del oído medio están lo bastante limpios, te vendrán muy bien para tu clase.

Tras retirar toda la carne del cráneo, Qiu Xiangui abrió el oído para dejar al descubierto la membrana traslúcida que separa el conducto auditivo externo de la cavidad media.

—Es perfecto —dijo Helai—. La membrana del tímpano se distingue muy bien. ¿Puedo tocarla?

La chica posó el dedo en la película de tejido, que le pareció más resistente de lo que su finura hacía suponer.

Con la punta de una navaja como las que utilizaban los niños para sacar punta a los lápices, Qiu Xiangui retiró la caja del tímpano.

En su interior, aparecieron tres huesecillos diminutos, que Helai no pudo evitar nombrar en voz alta:

—El martillo, el yunque…

—Y el estribo —añadió él con voz pausada. A continuación extrajo con cuidado los tres huesecillos, unidos por un fino eslabón, y los dejó sobre una piedra—. Entre los carniceros de Putian está prohibido

hablar cuando se saca el oído interno de un cerdo. De lo contrario, puedes quedarte sordo.

—¿De verdad?

Helai se llevó las manos a los labios y contuvo la respiración.

—Estaba bromeando... —dijo él riendo. Tras poner al descubierto la trompa de Eustaquio con la navaja, alcanzó la parte más importante del aparato auditivo: el oído interno—. ¿Ves esas cavidades? Es el laberinto —explicó.

Las dos muestras habían causado admiración entre los alumnos de Helai, algunos de los cuales incluso habían dibujado un croquis del oído en la tapa de su cuaderno de biología. Aquellos inocentes muchachos ignoraban aún que iban a convertirse en guardias rojos y que acabarían profesando un odio feroz a la ciencia.

Dos semanas más tarde, con motivo de la fiesta nacional, Helai aprovechó sus dos días de descanso para ir en bicicleta a Jiangkou, donde le regaló al Manco un silbato de paloma para agradecerle que hubiera contribuido al éxito de su clase.

Era la primera vez que Qiu Xiangui veía un objeto parecido, no mayor que una canica de cristal, del que sobresalían unos tubos minúsculos de bambú y caña. El conjunto era de un refinamiento exquisito. La caja de resonancia parecía una diminuta calabaza hueca. La pintura violeta que la cubría estaba agrietada y descascarillada en algunos sitios, porque el silbato era antiguo. El Manco lo alzó hacia la luz del sol para examinarlo y descubrió dos caracteres grabados en el interior del doble fondo de la calabaza: «Yong el Joven.»

—¿Quién es Yong el Joven? ¿Yong Sheng?

—Sí. El silbato lo hizo él. Su padre firmaba los suyos como «Yong el Viejo».

—No sabía que tu padre fabricara silbatos...

—No ha vuelto a hacerlo desde que acabó sus estudios en la Facultad de Teología de Nankín. Salvo éste, que me regaló cuando cumplí siete años. Se llama «la calabaza violeta con trece tubos».

De un extremo del silbato colgaba un cordelito de seda. El Manco lo

cogió e hizo girar el pequeño instrumento sobre su cabeza, y el agudo y prolongado sonido que vibró en el aire lo dejó maravillado. A continuación lo hizo evolucionar a su alrededor a toda velocidad. Mientras describía curvas y círculos vertiginosos, el silbato desplegó su amplia gama sonora: la calabaza producía profundas y solemnes vibraciones, y paralelamente, cada uno de los finos tubos emitía un sonido distinto, a cuál más cristalino.

De pronto ocurrió algo increíble: en el cielo apareció una paloma, que, atraída por la familiar música del silbato, fue a posarse en el techo de paja de la prensa, donde permaneció inmóvil y con el cuello estirado, atenta como un espectador en un palco de una sala de conciertos.

Con cierta malicia infantil —y tal vez para mostrar la habilidad de su única mano—, el Manco metió el silbato en un cesto de mimbre, cuya tapa dejó entreabierta y sostenida por un palo atado a una cuerdecita. Luego dejó el cesto en el suelo y desenrolló la cuerda hasta el interior del taller, donde Helai y él se escondieron, cada uno a un lado de la puerta.

La paloma bajó del tejado, se posó cerca del cesto y dio unos cuantos saltitos a su alrededor, indecisa pero intrigada. Desde su escondite, Helai pudo admirar su pequeño pico, con la parte superior negra y la inferior de color carne. Tenía los párpados finos y blancos, y sus patitas eran rojas con visos dorados.

—La semana que viene tengo que dar una clase sobre el sistema respiratorio de las aves. Podría utilizar esta paloma… —murmuró.

Qiu Xiangui le hizo señas para que se callara.

Justo en ese momento, la paloma sobrepasó el borde del cesto, en cuyo interior estaba el magnífico silbato, y el Manco tiró rápidamente de la cuerda. La tapa se cerró de golpe y el ave quedó atrapada. Helai podía oír el rápido golpeteo de sus alas en el mimbre.

¿Qué podía ser mejor, para explicar a los alumnos la estructura y el funcionamiento de los órganos internos, que las muestras obtenidas directamente de seres vivos? Helai fue a la escuela del pueblo a recoger todas las pelotas de ping-pong rotas que encontró, a las que el Manco añadió un cepillo de dientes viejo —el pastor y él eran los

únicos trabajadores del taller que se cepillaban los dientes a diario—, y lo fundieron todo en un crisol. Después, con una gran jeringa que pidió prestada en el dispensario, Helai inyectó la solución aún caliente en los pulmones de la paloma y, cuando el plástico se enfrió y se endureció, disolvió los tejidos blandos con ácido clorhídrico para no conservar más que el molde.

Al sumergirlo en un tarro de formol en el laboratorio de biología, las ramificaciones de los bronquios de ambos lóbulos se desplegaron en el líquido como dos ramas de coral blanco en el fondo del mar. Los dos pulmones, cubiertos de finos y sinuosos surcos, se abrieron y volvieron a cerrar, como para aspirar una última bocanada de aire, y los bronquiolos, tan finos como hilos de seda, se extendieron y arrastraron con ellos las bolsas plateadas de los alveolos, hinchados como burbujas.

El nuevo dueño del silbato firmado por «Yong el Joven» decidió corresponder al obsequio regalándole algo a Helai para su cumpleaños (había conseguido saber la fecha de su nacimiento tras consultarlo, como quien no quiere la cosa, con Yong Sheng). Para ello, estaba dispuesto a gastarse todos sus ahorros (había logrado ahorrar algunas decenas de yuanes de los dieciocho que recibía al mes para costearse la comida y otros gastos diarios). Fue a los grandes almacenes que acababan de abrir en Putian, cuyos escaparates exhibían un montón de objetos tentadores. Una vez allí se entretuvo acariciando retales de sedosas telas, pidió que le enseñaran cadenas y brazaletes deslumbrantes y, por fin, se decidió por una cámara fotográfica bifocal de la marca Gaviota. Ardía de impaciencia por fotografiar a su amada el día de su cumpleaños. Cuando el visor se abrió bajo sus dedos, sintió un estremecimiento y, al pegar el ojo a él, le pareció estar viendo que los ojos azules de la chica ocupaban todo el encuadre. Luego, en planos encadenados, como en una película, vio desfilar imágenes del cumpleaños y, por fin, de la boda de ambos, en las que él aparecía al lado de Helai con el pelo recién cortado y la larga barba primorosamente afeitada.

La cámara costaba ciento ochenta yuanes, un precio exorbitante. Para poder comprársela, habría tenido que ahorrar otros tres años.

A la vuelta, al pasar por Hanjiang, se acercó a la compañía de transportes Viento del Este para pedirles que fueran a la prensa a recoger los desperdicios. Y fue en aquel patio lleno de carretas donde, por sorpresa, encontró el regalo ideal. Mientras se bebía el vaso de agua que le habían ofrecido, seguía pensando en la cámara fotográfica de los grandes almacenes, y entonces se fijó en un envoltorio fetal aterciopelado y sanguinolento en cuyo interior se acurrucaba una pequeña masa de carne de color marrón oscuro. Al acercarse, vio un cuerpo provisto de cuatro extremidades, un largo cuello y unos grandes ojos cerrados, altos y próximos a las sienes, como sólo los tienen los caballos.

Era el feto de un potro envuelto todavía en la placenta.

Un empleado le contó que, la noche anterior, una yegua había parido con cuarenta días de adelanto, y que el feto, de sólo ocho meses, no era viable.

El corazón del Manco se conmovió ante aquella pequeña criatura, muerta antes incluso de abrir los ojos.

—Voy a regalarte una nueva vida —le dijo—. Te convertirás en el espécimen más hermoso de un aula de biología y en el regalo de cumpleaños de Helai. Serás el testigo de nuestro amor y, por lo tanto, inmortal.

La librería de Hanjiang estaba justo enfrente de la empresa de transportes y, aunque era más bien pequeña, tenía un gran surtido de libros, entre los que Qiu Xiangui descubrió una obra titulada *Método de momificación traslúcida*.

¿Qué mejor regalo para una profesora de biología que un espécimen de feto de potro?

Siguiendo las indicaciones del manual, hizo una incisión en una arteria del feto y, con su única mano, apretó con cuidado para extraer toda la sangre.

«La presión ejercida debe ser muy suave. La clave del éxito es esa suavidad, porque, si se rompe un solo vaso, todo el proceso fracasará», advertía el autor del libro.

Todos los empleados de la empresa de transportes se acercaron a ver qué hacía, y aquellos hombres, habitualmente ruidosos —la mayoría tiraban de carretones de mano, algunos conducían carros, y sólo uno llevaba un tractor, lo que lo situaba claramente por encima de los demás—, formaron un silencioso corro alrededor del pequeño cadáver, como si fuera un objeto ceremonial, casi sagrado.

Tras vaciarlo de sangre, le inyectó en las venas una solución roja y viscosa hecha con harina y cinabrio que le proporcionaron los trabajadores. Según el libro, debería haberlos diluido en cien gramos de alcohol etílico, pero, como la farmacia del pueblo estaba cerrada, había sustituido el etanol por agua. La jeringa se la proporcionó el veterinario. Tras esa operación se dirigió al hospital de Hanjiang, donde un técnico de laboratorio accedió a darle formol a cambio de cigarrillos. Llenó con él un recipiente de aluminio que encontró en la cantina de la empresa de transportes y sumergió en la solución el feto, que fue a buscar dos días después. Cuando lo sacó del baño, el cadáver presentaba la deseada rigidez y había pasado a la etapa de la desecación. Una vez más, los empleados se congregaron a su alrededor para observar todos sus movimientos, mientras Qiu Xiangui secaba cuidadosamente la piel con una gasa. Emocionados por la prueba de amor que el antiguo derechista mutilado quería ofrecer a su enamorada, los carreteros le pagaron a escote un cubo de cinco litros de etanol. Qiu puso a macerar el feto, cuya piel había perforado con miles de alfilerazos. Al cabo de cinco días, estaba totalmente deshidratado.

Con sus ahorros compró un enorme tarro de cristal, que llenó de benceno. Luego sumergió el feto en el líquido. Poco a poco, se fue volviendo traslúcido y mostró con toda nitidez las ramificaciones más finas de su sistema vascular sanguíneo, que recordaba a la compleja red de raíces de un árbol.

—Apenas puedo contener las lágrimas —acabó diciendo Helai, que al principio se había quedado muda ante aquel regalo de cumpleaños.

Luego, hizo algo que confirmaba definitivamente que por sus venas corría sangre extranjera: besar al Manco.

Desde la fiesta de la Luna de 1965 hasta el 1 de junio de 1966, fecha de la difusión del primer dazibao de Pekín por la Radio del Pueblo, Helai y el Manco habían preparado juntos más de una veintena de especímenes biológicos, doce de ellos por «momificación traslúcida» y cinco por desecación. Del resto, sólo habían conservado el esqueleto (tras despellejar y eviscerar a los animales, los mantenían en una caja hermética, donde los gusanos se daban un banquete con la carne y sólo dejaban los huesos).

Incluso coleccionaban huevos de rana en sus diferentes etapas de incubación.

Del huevo a la rana, pasando por el renacuajo, ¿cómo se transformaba un animal acuático en una criatura terrestre? Era una lección imprescindible en la enseñanza de la biología. Antes de conocer al Manco, todos los años, en la época de celo, Helai compraba con su propio dinero unos cuantos batracios que los campesinos le traían de los arrozales. Luego realizaba una fecundación *in vitro*: presionaba suavemente el vientre de una hembra para hacerla poner y, a continuación, le retiraba a un macho la vesícula seminal, que machacaba y mezclaba con los óvulos para fecundarlos. En cuanto a los diferentes estadios de la incubación, sólo podía dibujarlos en la pizarra.

Tras la estación de las lluvias, hasta las charcas más pequeñas se llenaban de ranas. En Putian, la época de celo era en abril. Una noche, provistos de un cubo y un largo cucharón, Qiu Xiangui y Helai fueron a los arrozales, en los que los campesinos aún no habían trasplantado el arroz, pero donde los batracios ya se cortejaban. En cuanto se alejó de la escuela y percibió el inconfundible olor de los arrozales, Helai, que siempre había amado la naturaleza, sintió una deliciosa embriaguez. Se quitó los zapatos para correr descalza, como una loca, por los estrechos ribazos de tierra, lanzando hacia las estrellas gritos ensordecedores que parecían responder a los cantos de amor de las ranas.

El Manco se descalzó a su vez y recorrió la superficie del agua con el haz de luz de una linterna. Luego se arremangó el pantalón y se metió en el barro. A su alrededor se formaban burbujas de aire

mientras se hundía en el lodo hasta las rodillas. Volvió atrás para guardar el reloj en uno de sus zapatos, que había dejado en un terraplén, y regresó al agua, donde enfocó a una pareja de batracios en pleno coito. Por desgracia, apenas consiguió entrever la cabeza del macho, de un verde muy vivo, porque la hembra enseguida arrastró a su compañero al fondo del agua, donde desaparecieron los dos.

Helai fue la primera que encontró un racimo de huevos en la linde de un campo. Le pidió a su compañero que llenara el cubo con un poco de agua y plantas acuáticas, pero el Manco no se atrevió a coger el racimo de huevos por miedo a romper la membrana que los protegía. Helai le quitó el cucharón de las manos y, con mucho cuidado, los introdujo en el cubo.

Cuando los examinó a la luz de la linterna, se llevó una decepción.

—No están recién puestos, ya están cubiertos de una costra de tierra —dijo con pesar, y volvió a sumergirlos en el arrozal.

En ese instante empezó a soplar el viento, las nubes ocultaron las estrellas y un fuerte aguacero se abatió sobre ellos. Apenas les dio tiempo a refugiarse bajo un árbol para no quedarse completamente empapados.

Era un tejo de China del Norte, de unos veinte metros de alto, cuyo denso follaje debía de medir al menos cien metros cuadrados. Se alzaba cerca de un poblado de la minoría she. Según la costumbre de esa etnia, en los árboles de la zona se habían colgado numerosos talismanes. En la base del tronco del tejo se había abierto una gran cavidad, y los dos enamorados se refugiaron en ella.

El techo de la cavidad era tan bajo que el Manco tuvo que encorvarse para poder moverse por su interior. Sus pies se hundieron en el suelo, alfombrado de una gruesa capa de hojas reblandecidas, casi podridas por la humedad.

—Sé dónde estamos —dijo el Manco—. Es un lugar muy conocido, al que suelen venir los amantes. Si una pareja quiere estar tranquila, ata una cinta roja a un arbusto cerca de la entrada, para que se sepa que el sitio está ocupado.

Cuando quiso salir para enseñarle el arbusto a Helai, resbaló en la alfombra de hojas y, al intentar agarrarse a su compañera, la arrastró

en su caída. Acabaron tendidos los dos en el suelo, abrazados el uno al otro. Como ella estaba tumbada encima de él, Qiu Xiangui tuvo la sensación de hundirse en aquel lecho pegajoso, que olía a yodo y a fango. Con él debajo y ella encima, su unión fue muy parecida a la de aquellas parejas de batracios cuyos retozos habían espiado durante buena parte de la noche.

A las nueve de la mañana siguiente llegaron a Putian con el cubo lleno de óvulos recién fecundados y entraron en las oficinas municipales, situadas junto al Puente de la Victoria. Era la oficina pública más cercana a los dormitorios de los profesores de la escuela número 5.

—Queremos formalizar nuestra relación —dijo Helai.

La funcionaria que se encargaba de las actas de matrimonio la conocía. Su hija había estudiado en la escuela. Por suerte no quiso ponerles dificultades, y ni siquiera les pidió los certificados expedidos por las autoridades de sus lugares de residencia. Si lo hubiera hecho, no habrían podido justificar su unión. De hecho, tanto Helai como Qiu Xiangui ignoraban que debían obtener el aval de las autoridades. La mujer sacó de un cajón una hoja de papel rojo y, tras pedirles que escribieran en ella sus nombres, direcciones y fechas de nacimiento, la estampó con un sello.

—¿Qué es?

—Vuestro certificado de matrimonio.

Cuando salieron del despacho cogidos de la mano, las calles estaban casi vacías.

—Si fueras cristiano, como yo, habríamos podido casarnos por la Iglesia —dijo Helai.

—¿Cómo?

—Le habríamos pedido a mi padre que nos bendijera en secreto.

—¿Te gustaría una boda con ceremonia y vestido blanco?

—Para eso tendrás que bautizarte. Si no, no podrás casarte conmigo ante un pastor.

Desgraciadamente, unos días después, cuando aún no habían dispuesto los detalles de la ceremonia, estalló la Revolución Cultural, y Helai tuvo que guardar su certificado de matrimonio en un cajón,

donde no tardó en desaparecer bajo un montón de folletos del buró político y de recortes del *Diario del pueblo*. Durante algún tiempo, nadie, ni siquiera Yong Sheng, supo que se habían casado.

4

La traición

Aunque la comuna popular de Jiangkou estaba lejos de la capital, el fuego de la Revolución Cultural no tardó en inflamar a sus habitantes, de costumbres apacibles hasta entonces. El vicesecretario del concejo fue declarado enemigo del pueblo; el jefe de la milicia, criticado en numerosos dazibaos, y el administrador de la cantina, denunciado. ¿Cómo había podido este último, que sólo dirigía a unas cuantas cocineras y a quien todo el mundo apreciaba, convertirse de repente en el blanco de denuncias calumniosas? Había ingresado en el Partido a principios de los años cincuenta, lo que lo convertía en un revolucionario de primera hornada. Pero, debido a su analfabetismo, nunca había tenido la oportunidad de progresar dentro del Partido y no había podido aspirar a otro cargo más destacado. Nadie habría podido reprocharle ser «un influyente miembro del Partido, descarriado por la senda del capitalismo», pero, un caluroso día de verano, extendió una esterilla en el suelo de la cocina y propuso a las cinco cocineras —a las que llamaba sus «cinco flores de oro», como la película de Wang Jiayi de 1959— que se echaran una siestecita con él, motivo por el que, durante una sesión de lucha, lo obligaron a llevar un gorro puntiagudo de papel —el capirote de la infamia— en el que podía leerse: «Acosador de mujeres.» Una de las «cinco flores de oro», una oronda matrona con los cincuenta bien cumplidos, subió al estrado para explicar, con el robusto corpachón sacudido por los sollozos, que aquel nuevo Huang Shiren —un vil terrateniente que, en la ópera revolucionaria *La joven de los cabellos blancos*, somete a la esclavitud a la joven Xier— se había atrevido a hacerle proposiciones deshonestas, a ella, que era tan virgen y pura como la pobre Xier.

Como la mayoría de la gente del lugar, lo que más temía el administrador era la vergüenza y la humillación. Acorralado por esas falsas acusaciones, de las que sabía que no saldría indemne, se agenció un potente insecticida y una botella de aguardiente. En el cuchitril donde dormía, ante el gorro de la infamia en el que estaba escrito su presunto crimen, empezó a emborracharse, y luego se bebió el insecticida para terminar con todo.

Una tarde, mientras Yong Sheng y sus compañeros golpeaban con el gran martillo las clavijas de la prensa de aceite, el jefe del taller —que antiguamente había sido el jefe de un pueblo vecino— acudió en busca del pastor.

—¡Estás jodido! Me han ordenado que te lleve a las dependencias del antiguo templo.

Cuando un enemigo del pueblo de la comuna popular de Jiangkou oía la frase «dependencias del antiguo templo», se echaba a temblar, porque a principios de los años cincuenta, durante la época de la reforma agrícola —que había nacionalizado todas las propiedades agrarias—, el templo se había utilizado una temporada como tribunal antes de convertirse en oficinas municipales. Allí era donde los comunistas interrogaban y torturaban a los terratenientes. Ahora, uno de los edificios era una cárcel donde se encerraba a los enemigos del pueblo.

Escoltado por dos trabajadores de la prensa, Yong Sheng llegó a la puerta del antiguo templo justo cuando el jefe de seguridad salía de él. Era el mismo hombre que, un mes antes, el día en que la Radio Central del Pueblo había difundido el primer dazibao de Pekín, lo había amenazado con «arrancarle los cojones» con unas pinzas.

—Llevadlo al edificio del otro lado del patio —les ordenó a los dos escoltas—. Y coged un capirote para ponérselo en la cabeza.

Como no sabían de dónde sacarlo, los dos hombres pusieron cara de desconcierto.

—Los encontraréis en la sala de reuniones. Los tenemos preparados para estos cerdos contrarrevolucionarios. Coged el que lleva su nombre.

El edificio situado en la parte trasera del antiguo templo tenía un

extraño parecido con la residencia del pastor Gu en Hanjiang, aunque sólo contaba con un patio rodeado por dos construcciones. La primera estaba reservada a los miembros del Partido; la segunda albergaba las oficinas relacionadas con la producción agrícola, la milicia, las mujeres, la salud, la cultura y el deporte.

Para llegar a la sala de reuniones, atravesaron el primer edificio y luego pasaron ante una sucesión de cuartitos separados entre sí por tabiques de ladrillos. Uno de los acompañantes de Yong Sheng le dijo que era en uno de esos cuartos, del tamaño de un retrete, donde el administrador de la cantina se había suicidado. Armándose de valor, Yong Sheng le echó un vistazo. Aunque las puertas estaban cerradas, de pronto tuvo la sensación de percibir el olor a aguardiente e insecticida, y en su mente se impuso la imagen del administrador retorciéndose de dolor, gritando y debatiéndose en el jergón.

Los dos trabajadores de la prensa entraron en la sala de reuniones, donde estaban los capirotes, pero, como no sabían leer, le pidieron a Yong Sheng que cogiera él mismo el que llevaba su nombre.

La puerta de la sala, que había sido una casa de té en otros tiempos, tenía un alto tranco de madera, típico de esos establecimientos.

—No sé si es lo adecuado... —dijo Yong Sheng, sin atreverse a cruzarlo—. Soy un criminal, y vosotros representáis al pueblo. Debería llevar un capirote infamante elegido por el pueblo.

Sus acompañantes lo empujaron al interior.

Yong Sheng tropezó en el tranco y entró trastabillando.

En una gran mesa arrimada a una ventana se alineaba una decena de gorros puntiagudos de papel blanco. Desde la entrada era imposible distinguir lo que ponía en cada uno de ellos.

En la sala de reuniones no había nada aparte de aquella mesa rectangular y aquellos altos capirotes, cuyas sombras se proyectaban en el suelo de madera.

En cada uno estaban escritos verticalmente y con tinta negra el nombre del destinatario y su presunto delito. Igual que los de los condenados a muerte publicados en los tableros de anuncios de los tribunales, algunos nombres estaban tachados con una cruz roja.

Yong Sheng los leyó uno tras otro, pero no vio su nombre en

ninguno.

«El jefe de seguridad debe de haberse equivocado, el mío no está aquí.»

Por la ventana entreabierta penetró una corriente de aire, y un leve estremecimiento recorrió los capirotes, hechos con simple papel de embalar.

Acariciados por la brisa, hacían el mismo ruido que los pasquines de las sentencias de muerte, que, en la época de la reforma agraria, se clavaban en las tablillas de madera o bambú que colgaban de la espalda de los grandes terratenientes a los que iban a ejecutar. Los lemas de la época volvieron a resonar en los oídos de Yong Sheng, que vio de nuevo las espantosas imágenes de los condenados, bajados a empujones de la tribuna en la que habían sido juzgados y arrastrados por la fuerza hasta la playa, donde, de un tiro de fusil en la nuca, les volaban la tapa de los sesos, que se esparcían por la arena ensangrentada.

Los gorros puntiagudos colocados sobre la mesa tenían distintos tamaños. El más alto debía de medir un metro y veinte centímetros y el más bajo, un metro.

«Pasa como con los raviolis. Los primeros que se hacen son más grandes y llevan más relleno que los demás», pensó Yong Sheng. Luego se dijo que quizá la diferencia no era casual, sino intencionada, y que la altura se correspondía con la gravedad del delito.

Primero leyó el nombre escrito en el más pequeño, comprobando con pesar que no era el suyo.

Continuó por orden creciente, pero seguía sin encontrar su nombre.

Hasta que llegó al último, el más alto.

Los rayos del sol atravesaban el cristal de la ventana y se reflejaban en el papel blanco, cuyo resplandor le impedía leer el texto.

Recuperó la esperanza.

«Realmente, el jefe de seguridad se ha equivocado. Mi nombre no aparece en ningún capirote.»

Aun así, decidió volverlo hacia él para ver qué ponía. Hizo un movimiento torpe, y ese último gorro, el más alto de todos, rodó por la mesa y cayó al suelo, en el que rebotó débilmente. Fue en ese

momento cuando Yong Sheng vio el nombre, tachado con tinta roja.

Sintió que un velo negro le cubría los ojos.

Era su nombre.

Su delito: pastor contrarrevolucionario.

Sobre el capirote de papel cayó una lluvia de gruesos escupitajos.

Para quien lo llevaba, era una vergüenza atroz.

Te sentías como una rata acorralada en una esquina a la que la gente quería ver muerta. Esa gente, la misma que en otros tiempos se inclinaba con respeto ante él, su pastor, cada vez que lo veía ahora le escupía. Incluidos los niños. Aquella calle de Jiangkou estaba flanqueada por soportales llenos de pequeñas tiendas. Sentadas ante las puertas, las ancianas que cosían zapatillas de lona le lanzaban sartas de insultos. La más furibunda se levantó con una suela en la mano y se plantó delante de él para abofetearlo en la cara con ella.

—¡Mira lo que tengo para tu sucia jeta de pastor! ¡Esto para la mejilla derecha! Y ahora, ¿por qué no pones la izquierda?

La estrecha calzada estaba atestada de carretillas, bicicletas y carros de mano, contra los que Yong Sheng, aturdido por aquella pesadilla, chocaba constantemente.

Soltando bocanadas de humo negro, un triciclo a motor con el remolque lleno de ladrillos y tejas se cruzó con él a toda velocidad, y la corriente de aire se llevó el capirote.

Viéndolo correr detrás de él para recuperarlo, la gente se tronchaba de risa. El gorro voló hasta una carnicería y cayó en un charco de desperdicios sanguinolentos. Yong Sheng se agachó para recogerlo y volvió a ponérselo en la cabeza cuidadosamente. Ahora, los escupitajos que se habían quedado pegados al papel se mezclaban con largos churretones de sangre.

El jefe de seguridad que lo escoltaba se dirigió hacia el puente Taihe. La botica de Lin Zhongyi estaba cerrada, y un grupo de gente se había congregado delante de su casa, cuyo mobiliario, en parte volcado, estaba en la calle.

Yong Sheng reconoció de inmediato el mueble favorito de Lin: un

gran sillón de la dinastía Ming. Conocía bien a aquella familia, a la que había visitado muchas veces para recoger donativos para su iglesia. Lin Zhongyi siempre se sentaba en una silla de respaldo alto, y su hijo, en un taburete de madera, mientras que su nieto permanecía de pie. El sillón antiguo estaba reservado a los invitados. Cuando la mujer del patriarca estaba presente, ocupaba un sillón de respaldo redondo, que también había sido arrojado a la calle. De pie sobre una carreta llena ya hasta los topes, unos chicos que lucían el brazalete de los guardias rojos intentaban subir un tocador finamente tallado tirando de las cuerdas con que lo habían atado. Entre los objetos que ya estaban cargados en el vehículo, Yong Sheng reconoció un biombo en el que aparecían los Ocho Inmortales. A su alrededor, se amontonaba la colección de vasijas rituales utilizadas durante las bodas y los responsos, por las que los Lin sentían especial apego.

«Realmente se comportan como verdaderos bandidos», pensó.

—Tienes suerte de no poseer una casa —le dijo el jefe de seguridad—. Si no, nosotros, el pueblo revolucionario, te habríamos hecho lo mismo que a Lin Zhongyi. Te habríamos confiscado todos los bienes. ¿Lo has comprendido?

—Sí.

—¿De qué hablo?

—De confiscar.

—¿Y quién confisca a quién?

—El pueblo revolucionario confisca los bienes a los reaccionarios.

De pronto vio a Lin Zhongyi detrás de la carreta. Estaba de rodillas en la acera ante una pila de discos de baquelita negra y un tocadiscos, destrozándolo todo a martillazos. Los pedazos volaban por el aire y rebotaban en el suelo a su alrededor. Unos caían en el adoquinado y otros, junto al bordillo de la acera.

Sobre el puente Taihe había una galería que la gente del pueblo llamaba «el kiosco del puente». Era una estructura de madera sostenida por columnas con la pintura descascarillada y coronada por un tejado en cola de golondrina, bajo el que solían instalarse vendedores ambulantes de fruta o repostería. Ese día no había tenderetes y, de pie sobre los bancos donde solían descansar los

transeúntes, se veía a una decena de individuos tocados como Yong Sheng con el infamante capirote de papel.

Sin esperar a que el jefe de seguridad se lo ordenara, Yong Sheng se subió a uno de los bancos y se colocó junto a ellos.

El gran capirote que lo cubría de ignominia no paraba de resbalarle por la frente, empapada en sudor, como si su cabeza hubiera encogido bajo el peso de la humillación. Ya se le había deslizado hasta las cejas.

Y seguía bajando.

Tenía el rostro tan crispado que parecía haber empequeñecido, como si quisiera desaparecer para escapar de la tortura psicológica.

Al cabo de una hora, aquel ridículo gorro le había resbalado hasta la nariz. Ya no veía nada a través del grueso papel blanco, aparte de bultos oscuros. Lo único que parecía brillar ligeramente ante sus ojos era el agua que corría bajo el puente, en la que se reflejaban los rayos del sol. Pero también acabó oscureciéndose bajo la lluvia de escupitajos que volvió a lanzarle la gente, acompañándola de insultos horribles.

Esa noche, cuando todos los demás dormían, fue al taller, pero esta vez no para escribir con la sangre de su lengua. Levantó la tapa del gran arcón de madera de longan olvidado detrás del tronco hueco y sacó los trozos de aquilaria que había escondido en él. Era todo lo que poseía. Si alguien los encontraba, su caso aún se agravaría más. Acompañado por el Manco, fue a enterrarlos al pie de un viejo olmo, detrás de la prensa.

Como Helai, el Manco lo había oído hablar muchas veces de aquella maravillosa resina aromática, pero era la primera vez que la tenía en las manos y, en cuanto aspiró su olor, se sintió transportado a un lugar secreto donde el pastor bendeciría su unión con Helai. Aunque todos los trozos procedían del «árbol del pastor», tenían un aroma más o menos intenso, dependiendo de la época en la que los hubieran recogido. En el paquete había varias ramas partidas por la tormenta, con la corteza azulada y la pulpa de un tono más oscuro, cuyo fresco olor se parecía al de la flor de loto. Al Manco, sin embargo, aquel olor

le recordaba sobre todo a su Helai, cuando aún era una joven estudiante en el campus de Fudan. Pero el grueso de la colección estaba formado por trozos de color púrpura, que Yong Sheng había conseguido en hormigueros y nidos de serpiente. Cuando Qiu Xiangui se los acercó a la nariz, su denso aroma dulzón y levemente lácteo le recordó los olores que salían de las pastelerías francesas de Nankín y Shanghái. Un aroma casi tan embriagador como el de Helai, en la flor de la vida.

En total, había seis ramitas, tres de ellas pequeñas y no más gruesas que un hueso de pollo, de tres a ocho centímetros. La cuarta era un poco más larga. Tras una tormenta había estado varios días sumergida en barro, lo que le había dado aquella hermosa pátina lustrosa, en la que se reflejaba la luz de la luna. La quinta era la más sorprendente de todas: una rama de unos treinta centímetros, de cuyo codo, más oscuro que el resto, salían tres afiladas espinas.

—Ésta me trae a la mente un verso del presidente Mao —dijo el Manco—: «La espada que atraviesa el firmamento mantiene su hoja inmaculada.»

—¡Calla! —le susurró Yong Sheng llevándose un dedo a los labios—. ¿Por qué citas al presidente Mao sin ton ni son? El firmamento al que se refiere es el del socialismo, el firmamento del pueblo. Y nosotros somos enemigos del pueblo. Esta rama no tiene nada que ver con una espada.

—Y según tú, ¿a qué se parece?

—A un atún. Cuando está derecha no se aprecia, pero si la tumbas, realmente se parece a un atún, con su gran boca en forma de arco.

La sexta rama la había encontrado Yong Sheng hacía tres años, mientras cavaba una acequia, en la madriguera de una pitón. También debía de haberse desgajado durante una tormenta, y la serpiente, seducida por su olor, probablemente la había arrastrado hasta su refugio. Tenía una textura parecida a la del carbón, pero en algunos sitios rezumaba una sustancia viscosa y un tanto grasienta.

—A ésta la llamo «monte Wuyi» por la forma.

—Me gustaría saber a qué huele cuando se quema un trozo —dijo el Manco pensando en la ceremonia de boda con la que soñaba Helai—.

Desde luego, envuelta en humo aún se parecería más al monte Wuyi, con su cima siempre oculta en un océano de nubes.

Tras enterrar los aromáticos trozos de aquilaria, los dos hombres regresaron al taller prometiéndose la mayor discreción posible para no levantar sospechas. Incluso decidieron no volver a dirigirse la palabra y comportarse como completos desconocidos. Y como sus jergones estaban uno junto al otro, acordaron que, en caso de urgencia, se avisarían con notitas metidas bajo sus respectivas mantas.

Un día el chico que se encargaba de los bueyes se puso enfermo y eligieron a Yong Sheng para gobernarlos alrededor de la gran muela.

Al cabo de un rato se oyeron gritos en el exterior. Dos hombres, que acababan de arrojar frutos machacados a la tina de ebullición, bajaron a toda prisa los tres peldaños de la tarima en la que descansaba el horno para ir a ver qué pasaba. Por su parte, Yong Sheng, sin hacer caso de las voces, siguió aguijando a los bueyes (en realidad, la aguijada era una simple vara de bambú). De vez en cuando se detenía para recoger los frutos que saltaban fuera de la muela y volvía a meterlos debajo.

Delante del taller, el alboroto aumentó.

El griterío incluso acabó ahogando los estrepitosos crujidos de los frutos triturados por la muela. Los trabajadores encargados del martillo se detuvieron a su vez y fueron a ver qué ocurría.

Dos estudiantes de unos quince o dieciséis años irrumpieron en el taller. Pese al insoportable calor de ese día de verano, vestían uniformes del Ejército Popular de Liberación, raídos y demasiado grandes para ellos. Probablemente llevaban la indumentaria militar de sus padres, que también habían sido revolucionarios, aunque en el centro de las gorras con que se cubrían la cabeza la estrella roja de cinco puntas había sido reemplazada por una insignia con la efigie del presidente Mao. Prendido al pecho con un alfiler, llevaban el distintivo de la escuela número 5 de Putian, donde enseñaba Helai.

—¿Eres Yong Sheng?

—Sí.

Lo arrastraron fuera del taller, donde se había congregado una muchedumbre. Yong Sheng se apresuró a bajar los ojos. Aparte de un grupo de estudiantes, sólo había gente de Jiangkou, atraída por la curiosidad.

Con la cabeza agachada y el cuerpo inclinado hacia delante, Yong Sheng no se atrevía a mirarlos, y cuando apareció en el patio, todos se quedaron callados.

En ese silencio sepulcral sólo se oían los crujidos de una escalera de mano, por la que alguien estaba trepando.

Yong Sheng echó un vistazo furtivo y vio a una mujer encaramada en lo alto con un dazibao en una mano y un cubo en la otra.

Los reflejos del sol en el metal del cubo lo deslumbraron, y creyó que sus ojos, cegados por el intenso resplandor, le jugaban una mala pasada, porque la mujer que subía por la escalera tenía un extraño parecido con Helai.

Cerró los párpados y no se atrevió a abrirlos de nuevo.

Oyó el ruido de una brocha que embadurnaba la pared y luego el de un dazibao desplegado sobre la cola.

Una salva de aplausos y gritos de ánimo saludó la acción de la cartelera con tanto entusiasmo como si fuera un acto altamente heroico.

Yong Sheng seguía sin atreverse a abrir los ojos.

La mujer respondió a la multitud vociferando una proclama revolucionaria:

—¡Haber sido engañado no es un crimen!

¡Cómo se parecía su voz a la de Helai!

Yong Sheng había oído la frase perfectamente, pero no la entendía. ¿A quién se refería? ¿Quién había engañado a quién?

La muchedumbre revolucionaria repitió la proclama.

—¡Lo importante es denunciar al embaucador! —gritó de nuevo la chica.

Aunque seguía sin entender lo que se estaba diciendo, Yong Sheng abrió la boca para gritar con los demás.

Al fin, alzó la cabeza y la vio. «¡Dios mío, pero... si es ella! ¡Es mi Helai!» La joven golpeaba el cartel febrilmente con la palma de la

mano, como para asegurarse de que no se despegaría al primer golpe de viento.

Yong Sheng pudo leer por fin el dazibao: «El vil secreto de un pastor que aseguraba estar copiando los escritos del presidente Mao con su sangre.» Quiso dar un paso atrás para leer la continuación, pero se le nubló la vista y se derrumbó en el suelo.

Cuando despertó, ya no llevaba el alto capirote de papel, sino una placa de cemento de diez kilos atada al cuello.

En la parte inferior de la placa había una hoja pegada en la que ponía lo siguiente:

Nombre del perro: Yong Sheng.
Edad: 55 años.
Estatus: Pastor contrarrevolucionario.
Lugar de nacimiento: Putian.
Dirección: Prensa de aceite de Jiangkou.
Principal delito: Engaño con agravantes. Copia secreta de la Biblia con la sangre de su lengua.
Las masas revolucionarias que se crucen con él deben maltratarlo.

5

La prensa en ebullición

La heroína que acababa de denunciar a su padre no se contentó con esa victoria. Profesores, alumnos y empleados de la escuela número 5 acudieron en su ayuda con las armas de la Revolución Cultural: papel, tinta, pinceles gruesos y un cubo de cola de harina, cuyo repugnante olor inundó la prensa de aceite. Eran ellos quienes habían transportado en bicitaxi, de Putian a Jiangkou, la placa de cemento que colgaba del cuello de Yong Sheng.

Aquella placa era un producto genuino de la fábrica vinculada a la escuela número 5 (todos los centros escolares de aquel periodo estaban asociados a una; así los alumnos estudiaban, trabajaban y asimilaban el pensamiento obrero). La idea original había sido de tres obreros; luego, un grupo de profesores de física había perfeccionado el diseño, y a partir de él se habían hecho moldes. Ahora las placas se producían en grandes cantidades y se enviaban gratuitamente a todos los rincones de la provincia. Los primeros en probarlas habían sido dieciséis empleados de la escuela declarados enemigos del pueblo. Todas las mañanas los habían obligado a dar una vuelta alrededor del centro de rodillas y con la placa colgada del cuello, y luego a recorrer a cuatro patas un túnel de treinta centímetros de altura hecho con bancos y pupitres conocido como «la caseta del perro».

En el taller de la prensa no había una mesa en la que profesores y estudiantes pudieran pintar sus carteles. Pero eso no fue un obstáculo. Entonando una canción titulada «El Ejército Rojo no teme las penalidades de la Larga Marcha», extendieron las pancartas en el suelo y, bajo la dirección de Helai, escribieron con grandes pinceladas consignas en las que cada palabra era como una bala disparada al

corazón del pastor contrarrevolucionario.

«¡Si el enemigo no capitula, condenémoslo a muerte!»

«¡Aplastemos la cabeza del perro que se atreve a falsificar las palabras del presidente Mao!»

«¡Preferimos morir a dejar que los reaccionarios ataquen a nuestro Gran Timonel!»

Ese día, la comuna popular de Jiangkou quedó casi totalmente paralizada. Los vecinos de los pueblos circundantes y los pescadores de los barcos que fondeaban en la zona invadieron el sendero que ascendía por la colina, en dirección a la prensa de aceite. Muchas mujeres hicieron el trayecto con sus hijos, que en muchos casos apenas habían empezado a andar. Nadie quería perderse el acontecimiento: cosas así no pasaban todos los días. Incluso una mujer que acababa de parir llegó con su bebé amarrado al pecho para que también él fuera testigo de aquel momento cumbre de la historia regional.

El último mitin de esas dimensiones había tenido lugar un mes antes, con motivo de la «sesión de lucha» contra el viejo administrador de la cantina. Para esa ocasión se había erigido una tribuna utilizando los batientes de la puerta de la sala de reuniones del antiguo templo. En el patio, que podía albergar cerca de doscientas personas, no cabía ni un alfiler. La muchedumbre era tan compacta que incluso a los niños les costaba meterse entre las piernas de los adultos. Cientos de curiosos se habían visto obligados a quedarse en el exterior del edificio. Fue una tremenda decepción para ellos, y durante semanas estuvieron suplicando a los afortunados que habían podido entrar que les contaran lo que habían visto. Éstos, con sonrisas de suficiencia y voz arrogante, se habían dignado a contarles la actuación del jefe de la cantina, quien había confesado los detalles de sus vergonzosas relaciones con las cinco flores de oro.

Cuando la gran choza de Yong Sheng fue confiscada para convertirse en prensa de aceite, el antiguo dormitorio de los huérfanos pasó a ser el dormitorio de los trabajadores. La habitación del pastor se

transformó en una despensa y una segunda habitación en una letrina.

Pero, como todos los trabajadores eran hombres, las mujeres que habían acudido a la sesión de lucha no sabían dónde hacer sus necesidades.

Tras escribir unas cuantas proclamas en varios carteles, la heroína del día, que acababa de cambiar de bando, se marchó a toda prisa. El Manco, que hacía rato que quería hablar con ella en privado, decidió seguirla. Imaginando que tenía una necesidad apremiante, se acordó de Hong Zhujiu, el médico jefe del hospital de Putian, que también era un enemigo del pueblo. Lo acusaban de haber defendido una tesis contrarrevolucionaria según la cual gritar lemas y robar en una casa tenía el mismo efecto en el ser humano: relajarle los esfínteres. Por lo visto, en las casas donde se producía un robo solían encontrarse excrementos humanos. Y parece ser que, a principios de los años cincuenta, un grupo de una minoría nacional acudió a una reunión política —hombres y mujeres vestidos con falda larga, según su costumbre—: sentados en el suelo, gritaron lemas con entusiasmo y fervor, y al final, cuando se levantaron, resultó que todos habían hecho sus necesidades allí mismo.

El Manco pensó regocijado que las tesis del doctor Hong también podían aplicarse a la estrella del día, obligada a dejar a sus nuevos amigos revolucionarios para ir a descargar el vientre.

Procurando no llamar la atención, la siguió de lejos.

Aunque la llama de la Revolución Cultural también había prendido en Jiangkou, en la galería centenaria del puente Taihe seguía sin haber letrinas públicas para las mujeres. Helai tuvo que cruzar la calle principal y pasar ante numerosas tiendas para llegar al antiguo templo, donde se encontraban las oficinas de la comuna.

Las letrinas, símbolo de la civilización contemporánea, estaban divididas en dos. En la puerta de la izquierda se veía dibujada la cabeza de una mujer. La puerta de los hombres tenía dos hojas: una se había salido parcialmente de los goznes y estaba muy inclinada hacia el interior; la otra había desaparecido. Puede que la hubieran arrancado para hacer leña, o tomado prestada para construir la tribuna de una sesión de lucha.

El Manco se acercó con precaución para que la hoja no le cayera encima y se deslizó al interior, donde fue asaltado por una densa nube de moscas. Afortunadamente, no había nadie. El suelo estaba cubierto de charcos amarillentos, formados no se sabía si por la lluvia, que se colaba por el techo, o por algún grupo de chavales —los retoños de los cargos del Partido— que habían jugado a ver quién meaba más lejos desde la puerta. Por lo demás, parecía que quienes habían hecho sus necesidades allí habían traído consigo todo el polvo de las obras, el lodo de los arrozales y el barro de los caminos, porque el color predominante era el marrón fango. La acumulación de escupitajos, colillas aplastadas y excrementos había acabado formando una costra negruzca sobre la cal de las paredes. Los usuarios se sentaban unos junto a otros, sin la menor intimidad, en una tabla de varios metros de longitud provista de orificios. Bajo ella, había una fosa de insondable profundidad, de la que ascendía un irrespirable hedor a heces y amoniaco.

Una gruesa pared, sin ninguna abertura, separaba aquellos retretes de las letrinas de las mujeres para que nadie practicara el voyerismo, sobre todo porque la mayoría de las usuarias eran cargos del Partido, cuya virtud era sagrada. (Las de menos rango eran las cinco flores de oro de las cocinas.) Para todos los viciosos de Jiangkou, aquella pared era un verdadero suplicio.

Nadie sabía su grosor exacto, pero, a juzgar por el volumen de los ruidos y las voces que llegaban del otro lado, al menos tendría treinta centímetros. Una bala no habría podido atravesarla. Así que, cuando el Manco creyó oír llorar a un bebé, lo que en realidad le llegó fue una queja ahogada, como de alguien escondido detrás de una puerta insonorizada. Mucho tiempo después, cada vez que se acordaba de aquellos grititos, se decía que quizá había percibido la llamada de un embrión desde el útero de su madre. Al otro lado de la pared oyó que una mujer salía de las letrinas. Por el ruido de los pasos supo que no era Helai. Imaginó que se trataba de la madre del bebé, y pegó el oído a la pared de separación.

Alguien estaba vomitando.

—Helai, soy yo. ¿Podemos hablar?

—Sí, estoy sola. He visto que me seguías...

—¿Por qué no me has avisado de lo que ibas a hacer? Aparte del cielo y la tierra, los únicos que sabíamos que tu padre había copiado un pasaje de la Biblia éramos él y yo. Eso me convierte en un delator, o al menos en tu cómplice. Pero yo nunca he denunciado a nadie. Hace sólo unas semanas querías casarte por la Iglesia, y ahora lo denuncias. Le has dado la espalda a...

—¡Cállate y déjame hablar! Estoy... ¿Me oyes?

—Sí. ¿Qué te pasa?

—El mes pasado no me vino la regla. Y tengo náuseas desde hace días. No paro de vomitar.

—¿Has ido al hospital?

—Sí.

—¿Estás embarazada?

—Sí. Por eso decidí escribir el dazibao.

El Manco soltó una carcajada tan ruidosa que hizo alzar el vuelo a un ejército de moscas y al puñado de pájaros posados en el cable del telégrafo, tendido por encima del tejado de las letrinas.

—¿Te parece divertido? ¡Realmente, eres increíble! ¿No puedes ser más discreto?

—Perdona, no he podido evitarlo. ¿Sabes que hace un momento he pensado que confirmabas la tesis del doctor Hong?

—¿Y eso qué es?

—Da igual, olvídalo. Dice que hay algo que une a los ladrones de casas y a los revolucionarios: las ganas irreprimibles de cagar.

—En realidad, yo he venido a hacer pipí, pero al entrar me han dado ganas de vomitar.

—Lo he oído, pero no sabía que eras tú, ni que ese ruido al otro lado de la pared fuera el de mi felicidad. ¡Alabado sea Dios! Ya sabes que me he convertido... Tu embarazo es un regalo del Señor. Me gustaría poder cruzar la pared para oír los latidos del corazón de nuestro bebé.

—He traicionado a Yong Sheng, pero debía hacerlo para que en el futuro nuestro hijo no sufra las consecuencias de tener a un pastor contrarrevolucionario por abuelo.

—Ya lo hablaremos más tarde, pero no me parece bien lo que has hecho.

—Oigo a alguien. No tenemos más tiempo. Tú también debes denunciar a Yong Sheng.

—¿Quieres que denuncie a tu padre?

—¡No es mi padre!

—¿Y qué quieres que diga?

—Lo que te parezca. Si no lo haces, serás tú quien sufrirá las consecuencias.

—No se me ocurre qué podría decir…

—La Revolución necesita hechos, no dudas. ¡Si no lo haces por ti mismo, hazlo por tu hijo! ¡Quién me mandaría a mí juntarme con semejante irresponsable!

Poco después de mediodía, el tiempo cambió repentinamente y el cielo se tiñó de un alarmante color tinta. En previsión de un chaparrón estival, los alumnos y profesores de la escuela número 5, de acuerdo con los campesinos revolucionarios del lugar, decidieron no celebrar la reunión de lucha de Yong Sheng bajo el inmenso dazibao marxista-leninista que había pegado Helai en la fachada, sino dentro del taller, donde instalaron la tribuna alrededor de la tarima del horno.

Los campesinos que habían llegado por la mañana regresaron a casa para comer, pero, en cuanto acabaron, volvieron con sus hijos y se trajeron taburetes para sentarse. Asistir a una sesión de lucha tenía recompensa. Según el baremo vigente, media jornada de presencia reportaba cinco puntos a un hombre, cuatro a una mujer y tres a los ancianos, enfermos e inválidos. En cuanto a los cargos no remunerados por el Estado, recibían una prima, además de su sueldo habitual.

En teoría, como antiguo derechista rehabilitado, el Manco disfrutaba de sus derechos civiles, pero en la práctica nunca se le autorizaba a asistir a una reunión política de la comuna. No porque quisieran privarlo de la pequeña compensación económica o del día de descanso que suponía la participación en tales actos —para

campesinos y obreros, eso era menos duro que un día de trabajo—, sino porque, como «confinado», era un caso aparte. Todos los meses, como carnicero a la espera de empleo, recibía una remuneración del distrito, pero no le permitían asistir a las asambleas y lo obligaban a trabajar. Así que, esa tarde, el jefe de taller le encargó la tarea de llevar los bueyes a la orilla del río y cortar forraje.

Qiu Xiangui condujo a los animales hasta el embarcadero con el corazón lleno de alegría porque pronto iba a ser padre. Más que alegría, lo que sentía era una dicha embriagadora; le parecía que el suelo se había ablandado bajo sus pies. Desde el embarcadero contempló los prados y el río de arena blanca, que había descubierto gracias a Yong Sheng. Al volver la cabeza vio el follaje de la gran aquilaria, erguida delante de la prensa.

Se sentó en la hierba y se quedó mirando los bueyes mientras pacían. En ese momento, un rayo de sol atravesó las nubes e iluminó sus voluminosos cuerpos, cuyo pelaje castaño adquirió reflejos rojizos. A medida que la luz se intensificaba, las sombras de los bueyes se alargaban. Luego el sol se ocultó, y las sombras con él. La hierba que pastaban también perdió sus reflejos cobrizos. La amenaza de lluvia parecía alejarse. Un pájaro se posó en una de las reses para picotear los parásitos de su lomo, y el Manco obligó a los bueyes a meterse en el río, donde los remojó y les quitó la suciedad adherida a los párpados.

Allí era donde, de niña, a Helai le gustaba corretear descalza y coger guijarros para hacerlos rebotar en el agua.

De pronto pensó en la sesión de lucha de Yong Sheng, y la alegría por convertirse en padre desapareció de un plumazo. Instintivamente sintió que tenía que volver al taller y subir a la tribuna para denunciarlo. Si no lo hacía, Helai no se lo perdonaría jamás.

«¡Quién me mandaría a mí juntarme con semejante irresponsable!» Al recordar la exclamación de la chica, se le encogió el corazón.

¿Tan irreprochable era Yong Sheng? ¿No podía encontrarle algún fallo? ¿Realmente era un modelo de reeducación? ¿Haber copiado un pasaje de la Biblia era su único error? ¿Habría hecho algo aún más terrible?

«Helai sabe que me bautizó. Pero no lo mencionó en su dazibao por miedo a que también me castigaran a mí», se dijo.

Tras darle vueltas y más vueltas al asunto, acabó recordando algo lo bastante grave, que sin embargo no supondría una condena a muerte para el pastor. Había ocurrido ese mismo año, en la época de mayor actividad, conocida por los campesinos como «el mayo rojo» porque tenían que recoger el trigo y, a la vez, plantar los brotes jóvenes de arroz. Había tanta faena que la prensa de aceite cerraba y los trabajadores eran enviados a sus pueblos para que participaran en las labores agrícolas. Para arengar a las tropas antes de la batalla, la comuna popular organizaba grandes reuniones, durante las cuales los comunistas y los miembros de la Liga de la Juventud juraban obtener la victoria para el Partido. A Yong Sheng y el Manco los habían enviado a trasplantar plantas en los arrozales, donde habían estado varios días con los pies metidos en el barro bajo un sol de justicia. A las dos semanas tenían las piernas destrozadas y el cuerpo contusionado, pero siguieron trabajando con la cabeza gacha, sin atreverse a quejarse jamás. Sabían que, al final de ese periodo, los dirigentes de la comuna reunirían a todo el mundo para hacer balance, y que la menor falta cometida por un enemigo del pueblo sería calificada de «sabotaje». De tanto trabajar encorvados, al final del día ya ni siquiera podían enderezar el cuerpo. Pero eran conscientes de que, si sus plantas de arroz no estaban perfectamente alineadas, si hacían la menor ese, serían acusados de haber «subvertido la producción agrícola de la Revolución».

Una tarde los mandaron a reforzar uno de los terraplenes que separaban los arrozales. Durante horas, Yong Sheng repitió los mismos movimientos: metido en el agua hasta las rodillas, sumergía los brazos en el fondo del arrozal para sacar grandes puñados de barro, con los que iba consolidando el parapeto. Con su única mano, tan hábil que parecía una llana de albañil, el Manco rellenaba el lomo de tierra a una velocidad de vértigo, hasta obtener un terraplén lo bastante alto para contener el agua de los arrozales, que se veía lisa como la superficie de un espejo. El sol les quemaba la piel y, tras unas horas en aquel horno, sintieron una sed que superaba el límite de lo soportable.

De pronto, Yong Sheng le contó una anécdota de la época en que estudiaba teología en Nankín: un día, uno de sus profesores, misionero alemán, le había dado a probar un vino de Borgoña importado de Francia. Yong Sheng aún se acordaba de la intensidad de su color, de su buqué, de lo mucho que le había halagado el olfato, y de su fresco sabor, que le había alegrado las papilas y se había extendido por todo su cuerpo. «¡Madre mía! —dijo soltando un largo suspiro—. ¡Lo que daría ahora mismo por un simple sorbo de aguardiente de arroz a falta de aquel maravilloso néctar!» Huelga decir que aquella frase constituía un delito: estaba llena de nostalgia por los valores del imperialismo y de odio hacia la patria socialista.

El Manco dejó el cuévano en el suelo y empezó a cortar forraje, sin dejar de hurgar en su memoria en busca de otro paso en falso de Yong Sheng que pudiera denunciar.

—Pero ¿será posible? —exclamó de pronto—. ¿Cómo no me he acordado de las ramitas de aquilaria?

Cuando acabó de llenar el cuévano, se lo cargó a la espalda y corrió hacia el lugar donde las habían enterrado juntos. Probablemente la sesión de lucha aún no habría empezado, y seguro que su revelación caería como una bomba. Ya veía al viejo pastor derribado por la onda expansiva. Corría a tal velocidad que las cañas y los brotes jóvenes de bambú que había puesto encima del forraje saltaban con frenesí en el cuévano.

«¡Allá voy, Helai! ¡Te demostraré lo equivocada que estás conmigo!»

Un alambre estrangulaba a Yong Sheng, arrodillado en el suelo.

La placa de cemento de diez kilos tiraba de él de tal modo que el acero penetraba profundamente en su carne. La ancha tumefacción que se había formado a su alrededor se inflamaba cada vez más, y sus vértebras cervicales parecían a punto de romperse.

La hinchazón le rodeaba la nuca empapada en sudor como un grueso gusano parduzco que se hubiera deslizado por los surcos de su cuello en carne viva. En el relieve de las vértebras, la inflamación tenía un feo aspecto varicoso.

Haber pasado horas de rodillas sobre el entablado había sometido a un suplicio a sus rótulas, sobre todo a la derecha. Yong Sheng tenía la sensación de que estaba hecha pedazos. Para aliviarla, intentó echar todo su peso sobre la izquierda, pero el cambio de postura desequilibró la placa de cemento apoyada en su pecho, y lo obligó a inclinarse hacia delante. Se asustó tanto que empezó a ahogarse. Sus costillas bajaban y subían espasmódicamente bajo la camiseta. La protuberancia de su nuca se volvió violeta.

La placa de cemento, sin embargo, acabó estabilizándose. Yong Sheng había estado a punto de caer hacia delante.

Gruesas gotas —no de lluvia, sino de sudor— resbalaban como lágrimas por su barbudo rostro y se juntaban en la punta de su barbilla para formar largos hilillos brillantes, que caían en la madera y penetraban en sus vetas. Bajo su cabeza agachada se había formado un charco.

La camiseta, empapada, se le adhería al cuerpo, y el pelo se le pegaba a la sudorosa frente. Sus mechones entrecanos estaban tan mojados que parecía que llevara un puñado de algas oscuras sobre la cabeza. El pantalón se le había desgarrado en varios sitios, y en la parte posterior de las rodillas se había formado una especie de espuma negruzca.

Se dijo que quienes habían ideado la placa de cemento tenían una inteligencia aterradora. Habían estado realmente inspirados. Con su invento habían descubierto, en pleno siglo xx, una nueva ley de la física: cuanto más fino era el alambre del que colgaba la placa, más pesada la hacía la gravedad.

Alzó la cabeza y, a través del denso sudor que le nublaba la vista, distinguió el rostro de Mao, como una confusa aparición rodeada de un halo turbio. Era un retrato del presidente que sus acusadores habían colocado delante de él para la sesión de lucha.

«Presidente Mao, la verdad es que no tengo remedio. Mi infección ideológica es demasiado grave. Usted me ofrece la oportunidad de ser criticado por las masas, pero, mientras estoy aquí de rodillas, mi cerebro enfermo sigue recordando los conocimientos de física que adquirí en la Facultad de Teología, y en lo único en que soy capaz de

pensar es en la ley de la gravedad, descubierta por un occidental. Gracias a su Revolución Cultural, espero poder cortar, de una vez por todas, los vínculos que aún me unen a las ideas de los imperialistas...»

El aguacero esperado no cayó.

Por la tarde, la saltarina luz de un tímido rayo de sol tembló sobre la bandera roja colocada encima del tronco hueco de la prensa de aceite, y luego alzó el vuelo hacia otra bandera, colgada en diagonal en una pared. A continuación subió hasta el retrato de Mao dibujado por Helai hacía ya muchos años y se demoró unos instantes en sus cabellos de azabache, perfectamente peinados, que cubrió de reflejos dorados. Acto seguido asaeteó la improvisada tribuna levantada sobre la plataforma del horno, iluminó las caras de los campesinos sentados alrededor de ella, pareció jugar al escondite con los niños que correteaban entre los taburetes, se reflejó en las gafas de los profesores de la escuela número 5, iluminó los puños alzados de la multitud que vociferaba lemas ensordecedores y, haciendo danzar el polvo a su paso, se detuvo al fin en los jóvenes brotes de bambú que asomaban fuera de un cuévano, a los que los estremecimientos de la luz dieron el aspecto de plumas revoloteantes.

El Manco era el único que sabía que, en el fondo de aquel cuévano alargado, escondida bajo el forraje recién cortado, estaba la prueba del delito de Yong Sheng que acababa de desenterrar: los aromáticos pedazos de aquilaria.

Con paso decidido, subió los tres peldaños que llevaban a la tribuna. Hacía mucho tiempo que no caminaba con tanta seguridad. En esos momentos ya no era el pobre diablo sumiso que doblaba el espinazo delante de todo el mundo, sino el héroe de antaño, de andares orgullosos, cuyos ataques de cólera asustaban a las nubes y al viento. El héroe que no tenía más que levantar el brazo para enardecer a las multitudes. ¡El terrible Manco! Con los bambúes bamboleándose en el cuévano al ritmo de sus rápidos pasos, parecía uno de los imponentes y temibles generales de las óperas antiguas, que llevaban el espaldar de la armadura erizado de flechas.

Arrodillado en el segundo peldaño del estrado, con la cabeza casi a ras de suelo, Yong Sheng se echó a temblar.

El Manco lanzó una mirada llena de orgullo a Helai, que había tomado la palabra para denunciar a su padre.

Ella evitó mirarlo, como si no lo conociera. Eso lo desconcertó de tal manera que, cuando se quitó el cuévano para dejarlo en el suelo, sus movimientos fueron tan torpes como los de un payaso que finge enredarse en sus propios tirantes. La gente apelotonada alrededor de la tribuna tuvo la sensación de estar presenciando un número de circo en el que un prestidigitador se disponía a hacer aparecer un conejo blanco, una paloma o una gallina a punto de poner un huevo. En vez de eso, las cañas y los bambúes se salieron del cuévano y se desparramaron por el suelo, lo que provocó la hilaridad general. El Manco volvió a buscar los ojos de Helai, que, una vez más, rehuyó su mirada y mantuvo la vista fija en el pueblo revolucionario congregado ante la tribuna.

¡Pobre Manco! Antes de que hubiera pronunciado una sola palabra, al fin había comprendido la actitud de Helai —visiblemente interesada en mostrar a los demás que no tenía nada que ver con él—, y esa constatación lo había dejado mudo.

El jefe de seguridad apareció a su lado y le soltó esta frase, que resonó en sus oídos como un trueno y lo dejó desorientado:

—¡Tienes una cara muy dura! ¿Has olvidado que no puedes mezclarte con los campesinos?

Helai volvió la cabeza hacia el otro lado para no ver lo que estaba ocurriendo.

—He recuperado mis derechos civiles —replicó Qiu Xiangui con voz temblorosa.

El jefe de seguridad lo reprendió severamente:

—Eso no significa que formes parte del pueblo. Tus derechos civiles están en manos del pueblo. Y el pueblo aún puede decidir confiscártelos en cualquier momento. —Y alzando el puño ante la multitud, gritó—: ¡Los derechistas están a las órdenes del pueblo! ¡No pueden hablar ni actuar cuando se les antoja!

Todo el mundo imitó su gesto y repitió sus palabras a coro. De

pronto, en el bosque de puños en alto, el Manco reconoció uno que le era familiar. ¿Cuántas veces habría recorrido con la punta de la lengua cada uno de sus nudillos, cada uno de sus huecos? Ahora el adorado puño de Helai se agitaba ante él. Sólo lo blandía para cubrir las apariencias, pero lo hacía con un fervor fanático, gritando proclamas a voz en cuello.

—¡Mirad! ¡El pastor está lloriqueando!

Ese grito, salido de la boca de un niño, desvió la atención de la concurrencia.

El Manco se volvió hacia Yong Sheng y vio que, efectivamente, los sollozos le sacudían los hombros.

En la tribuna, un joven revolucionario vestido con la camiseta del equipo de fútbol de la escuela número 5 se levantó para propinarle una fuerte patada en las costillas, en un despeje digno de un jugador profesional. Fue un golpe tan brutal que lanzó al anciano al escalón de abajo. El alambre se le salió del cuello, y, al instante, como un animal salvaje liberado de sus ataduras, la placa de cemento rodó por la escalera y, rompiendo trozos de peldaño a su paso, aterrizó sobre un taburete, cuyas patas salieron volando, hechas pedazos. La campesina revolucionaria que hasta entonces había estado sentada en el taburete cayó al suelo de espaldas. Cuando la placa se detuvo, la hoja de papel en la que figuraba el delito del antiguo pastor estaba tan arrugada y desgarrada que la mayoría de las palabras eran ilegibles.

Los insultos de la furibunda campesina y los gritos de cólera de los demás asistentes inundaron los oídos de Yong Sheng mientras unas manos lo aferraban para levantarlo, volverle al colgar la placa del cuello y obligarlo a arrodillarse de nuevo en lo alto del estrado.

¿Quién era el responsable de lo que acababa de ocurrir? Puede que eso se convirtiera en un futuro motivo de discusiones entre la pareja. Según el Manco, la culpa era de Helai. ¿Y según Helai? Ella se negaría en redondo a responder a esa pregunta, pero, si le insistía un poco, seguramente acusaría a la aquilaria.

El desgraciado incidente confundió al Manco, pero no mermó su

lucidez.

«Si Helai no se atreve a mostrar en público que me conoce es porque, mientras lee su ridículo texto, le bulle en la cabeza una idea terrible: que un hombre que ni siquiera tiene derecho a asistir a una asamblea de campesinos no puede ser el padre de su hijo», se dijo.

Tenía demasiada experiencia en la lucha de clases como para conformarse con ese simple análisis.

Se preguntó cómo cortar de raíz la posibilidad de semejante traición.

Tras su intento de subir a la tribuna, los milicianos lo habían alejado de ella y mandado a freír espárragos a él y a su cuévano de brotes de bambú. Milagrosamente, los aromáticos trozos de aquilaria no se habían movido del fondo. Eran su salvación.

«¿Y si quemara uno? Quién sabe, puede que su olor impida que Helai me traicione vilmente.»

Lo habían echado de la tribuna, pero seguía en el taller. Los profesores y estudiantes revolucionarios estaban sentados delante del estrado; sin embargo, entre la parte posterior del horno y la muela circular no había nadie. En el taller, acondicionado en la antigua choza del pastor, el horno estaba instalado sobre la tribuna desde la que Yong Sheng pronunciaba antaño sus sermones. La boca del horno también encaraba a la muchedumbre. En su día, la sala estaba dividida en dos mitades separadas por una cortina: el lado izquierdo estaba reservado a los hombres y el derecho, a las mujeres. La acústica arquitectónica estaba bien pensada. El sitio donde el sonido se propagaba y se recibía mejor era el que había ocupado el pastor. En la parte posterior del taller, donde ahora se encontraba el Manco, la resonancia de los gritos de la multitud y de las palabras de los acusadores era menos intensa, más ahogada.

Se deslizó detrás del horno. La tribuna original, cuando el taller aún era una iglesia, consistía en una plataforma de piedra a la que se accedía mediante tres escalones de madera que la rodeaban totalmente. Para las necesidades de la reunión, los revolucionarios habían prolongado la parte delantera con tablas y hojas de puerta, pero no habían tocado la posterior, que seguía abierta.

Se metió a gatas bajo los peldaños.

La luz apenas penetraba bajo la plataforma, así que se encontraba casi a oscuras. El suelo era desigual y estaba muy húmedo, como si el agua que hervía permanentemente en la tina se filtrara hacia abajo. Se golpeó la cabeza contra una de las piedras que sostenían los peldaños, con tanta fuerza que vio las estrellas. Al golpearse contra otra, se arañó el cuello.

«¡Seré torpe! ¡Y pensar que cuando era soldado me metía dentro de las alambradas de espino para cortarlas con la cizalla!», se riñó a sí mismo.

Reptó hasta la parte delantera de la tribuna. Los peldaños no tenían contrahuella, pero, como el más bajo descansaba sobre las losas de piedra, disponía de un espacio de unos treinta centímetros de altura para ocultarse. Tumbado boca abajo bajo ese primer peldaño, sólo estaba a unos pasos de la gente. Sobre su cabeza oía la voz quejumbrosa de Helai, cuyo discurso se veía regularmente interrumpido por los gritos de los encrespados campesinos.

Era una lástima que los otros dos peldaños lo separaran del suelo de la tribuna; de no ser por ellos, habría podido quemar la resina aromática bajo los adorables pies de su amada, que ese día iba descalza, tal vez para trepar con más facilidad a la escalera de mano y pegar el gran dazibao o para mostrar a los campesinos que era una de ellos. El Manco imaginaba ya las volutas de humo perfumado deslizándose entre los dedos de sus pies y envolviéndole los tobillos.

Tenía el segundo dedo del pie izquierdo más largo que el dedo gordo.

El Manco soltó un suspiro.

—Helai, en cuanto huelas esto, ya no querrás criticarme o traicionarme —dijo entre dientes mientras se santiguaba.

Preparó el «atún».

Primero pensó que cogería un trocito minúsculo y lo quemaría en la punta de su navaja para hacerse una idea del efecto que producía. Luego cambió de opinión y decidió convertirlo en una especie de ofrenda.

Lo posó con solemnidad sobre un peldaño.

Con su única mano, sumamente habilidosa, encendió una cerilla. El gesto le trajo a la memoria una película estadounidense que había visto en sus tiempos de estudiante, en la que los vaqueros siempre encendían los cigarrillos frotando una cerilla contra el talón de la bota con una sola mano. La coincidencia le hizo sonreír.

De la ancha boca del «atún» se alzó un hilillo de humo, cuyo suave aroma, ligeramente lácteo, se extendió alrededor de los peldaños.

Era la primera vez que percibía aquel olor, en el que se mezclaban notas de miel, leche y seda. Con las fosas nasales dilatadas, se incorporó para acercarse todo lo posible al trozo de aquilaria e inhalar ávidamente los vapores, como si fuera un drogadicto esnifando una raya de cocaína. Luego sopló para acelerar la combustión, de manera que los efluvios ascendieran hasta el tercer peldaño y llegasen hasta el estrado.

«¡Vamos! Ejerce tu embrujo sobre la mujer que está hablando en la tribuna. Hazle oler tu dulce aroma, con el que tantas veces ha soñado. Demuestra tu poder a todos esos idiotas que ladran consignas. ¡Hechízalos y que cierren el pico de una vez!

Mientras soplaba, agitaba la mano para extender el humo, que tardaba en dispersarse. Justo en ese momento, una corriente de aire acudió en su ayuda, y un racimo de volutas azuladas empezó a serpentear por el suelo... Desgraciadamente, la fragancia no subió hacia la tribuna y se disipó con rapidez en el hedor del taller, que en ese momento era una mezcla infecta de los olores de la tinta y la cola de harina de los dazibaos, las bostas de los bueyes, los orines de las letrinas, el aceite rancio de aleurites, la madera podrida, los excrementos de rata, el pescado en salazón colgado en la despensa —que el cocinero compraba todas las mañanas para limpiarlo y desescamarlo, y que en los días de mucho calor despedía un olor nauseabundo—, la paja en descomposición y la peste a sudor y mugre del centenar de campesinos, cuyo espantoso aliento, provocado por la mala alimentación y los dientes cariados, brotaba de sus bocas en bocanadas pútridas cada vez que las abrían.

El Manco prestó atención para comprobar si el humo del «atún» les producía algún efecto, pero no tardó en comprender que nada había

cambiado. La fetidez reinante parecía impedir el resultado previsto. O tal vez la chica que hablaba en la tribuna, los jóvenes que vociferaban lemas, la multitud que los repetía con el puño en alto, todos, en definitiva, tenían la nariz tapada. ¿Estarían resfriados? ¿Padecerían sinusitis? ¿O carecían del sentido del olfato y por eso seguían berreando como si nada?

Cuando ya empezaba a desesperar, todo el mundo se calló de golpe. Escondido bajo el primer peldaño, el único que tenía contrahuella, el Manco lamentó no poder ver lo que pasaba a su alrededor, pero trató de hacerse una idea a partir de los ruidos que le llegaban. Al parecer, Helai había sido la primera en notar algo, y ahora buscaba por todas partes de dónde provenía el olor, mientras la muchedumbre, que no había tardado en imitarla, empezaba a olisquear el aire ruidosamente.

Poco después, el jefe de seguridad, al no ver nada sospechoso, ordenó que continuara el acto.

Pero tras ese episodio el Manco comprobó que la atmósfera de la asamblea empezaba a cambiar: la primera afectada fue Helai. Sus palabras perdieron agresividad, y su discurso se volvió menos contundente. Hasta parecía haber olvidado que estaba participando en una sesión de lucha. Sencillamente volvía a ser la profesora de biología que daba clases sobre la reproducción de los batracios en un aula de la escuela de secundaria. El jefe de seguridad, que parecía inmune al prodigioso olor del «atún», era el único que seguía gritando lemas revolucionarios. Los asistentes, sin embargo, parecían aburridos y ya no lo escuchaban. Habían renunciado. Muchos, viéndolo desgañitarse solo en la tribuna, incluso reían por lo bajo.

Los ojos de Yong Sheng, que seguía de rodillas en el entarimado, se llenaron de lágrimas. Ensanchó las fosas nasales para deleitarse con el maravilloso aroma, cuya delicada suavidad superaba a la de cualquier golosina hecha con leche y miel, incluso a la más exquisita del mundo. De hecho, compararla con una chuchería era como comparar una sinfonía con unas cuantas notas de zampoña. Temiendo que volvieran a castigarlo por llorar —tenía muy presente la tragedia desencadenada por las lágrimas de compasión que había vertido hacía un rato por el Manco—, se apresuró a cerrar los ojos.

De pronto, un recuerdo asaltó su mente y le hizo olvidar la situación en la que se encontraba: el recuerdo de un niño que cruzaba un patio azotado por la lluvia y luego una sala de oración, hasta llegar a una recámara oculta en una pared, donde descubría unos pechos de pezones morenos y ligeramente enrojecidos que temblaban como el cuello de un pajarillo y lanzaban un rayo de leche hacia el rostro de Cristo crucificado.

Volvió a abrir los ojos e inspiró profundamente. Aquél no era el olor del incienso que se quemaba en las iglesias o en los templos, ni tampoco el del mirto o el del estoraque que mencionaba la Biblia, sino un aroma único que constituía por sí solo un mundo aparte. Más que mágico, era milagroso, y disipaba al instante las peores crueldades que pudieran infligirte. Él mismo se había olvidado de la pesada placa de cemento que le desollaba el cuello, y ya no sentía la quemazón de su nuca hinchada y enrojecida. Jamás habría imaginado que pudiera sentirse tan feliz y tan libre estando arrodillado ante una muchedumbre de acusadores. Le entraban ganas de gritarles: «¡He tenido una vida extraordinaria y plena!»

Alzó la cabeza para buscar al Manco, porque, aunque no lo hubiera visto, había adivinado que era él quien había desenterrado los pedazos de aquilaria. No sabía con exactitud cuál de ellos se estaba consumiendo, pero, desde luego, no era «el monte Wuyi», cuyo embriagador aroma era tan sutil como una suave brisa de mayo deslizándose por el follaje. El fresco rastro que dejaba éste hacía pensar que procedía más bien de un nido de serpientes.

Había acabado acostumbrándose a los insultos de la muchedumbre que lo rodeaba. Ni los que subían a la tribuna ni los que gritaban lemas sentados en sus taburetes le dedicaban una sola mirada, como si para ellos fuera transparente. Y quienes se acercaban para abofetearlo o propinarle una patada sólo le echaban un vistazo despectivo, como para mostrarle que era menos que nada, apenas un ser vivo al que convenía maltratar. Luego, no volvían a mirarlo. Para ellos sólo era un chivo expiatorio sobre el que descargar su propia ira. Cuando ya se habían desahogado, él dejaba de existir para ellos.

Ahora, cada vez que alzaba la cabeza para mirar a sus detractores,

constataba con orgullo hasta qué punto se habían transformado tras oler sus trozos de aquilaria. No paraban de lanzarle miradas en las que el asombro se mezclaba con el respeto y el temor, como si intuyeran que el olor que los envolvía tenía una dimensión religiosa. Les recordaba su antigua iglesia, a su antiguo pastor. De repente, muchos de ellos parecían reparar, con evidente incomodidad, en la herida que el alambre le hacía en la nuca y en el sudor que empapaba el entarimado que tenía debajo.

Ahora, en la mirada de aquella gente, tan cruel hacía poco, se leía cierta compasión. Los niños, que hasta ese momento habían procurado mantenerse alejados de él, parecían haberle perdido el miedo. Un chaval incluso se acercó a dejarle una mandarina pelada y ni un solo estudiante revolucionario se lo impidió o lanzó la fruta lejos de una patada. Yong Sheng la cogió y se la llevó a la boca sin poder disimular la alegría. Se alegraba no de que al fin se apiadaran de él, sino de comprobar el milagro obrado por las ramas de aquilaria. La gente no era tan mala como parecía. Había bastado con quemar un trozo minúsculo de un árbol que un carpintero había plantado antaño casi por casualidad, para que los niños más crueles —que al principio le pegaban y le escupían— empezaran a quererlo, a él, al pastor contrarrevolucionario. Tenía ganas de coger en brazos al pequeño que le había regalado la mandarina y montarlo a caballito sobre sus hombros, pero eso habría estado fuera de lugar en el contexto de una sesión de lucha en la que él era el protagonista. Sin embargo, estaba seguro de que la madre del niño no se habría molestado e incluso le habría agradecido ese gesto, como en el pasado.

Había que reconocer que el Manco también había alcanzado a su blanco principal: Helai. Pero la transformación duró poco: la chica consiguió reponerse y miró a derecha e izquierda para comprobar si la gente se había percatado de que había perdido el control de sus emociones por un instante.

Al ver que Yong Sheng la miraba, se estremeció y se puso roja. Durante una fracción de segundo pareció a punto de saltar al suelo y huir del taller entre los vapores aromáticos que envolvían la tribuna.

Pero se limitó a desviar la mirada y a pegarse a la cara los folios en

los que había escrito su acta de acusación, como para impedirse respirar. Seguramente confiaba en que todas aquellas palabras llenas de ira hicieran de parapeto frente al irresistible aroma. ¿No aseguraban los medios de comunicación de la época que cada palabra podía ser una bala disparada a la cabeza del enemigo, un puñal para clavárselo en el corazón?

Para volver a encontrar el camino de la Revolución, decidió, sencillamente, taparse la nariz con los dedos.

No contaba con el «atún», cuyo aroma tomó de pronto otra dimensión.

A medida que el pedazo se consumía, como la concentración de resina no era uniforme, el olor se hacía más o menos intenso. Al principio, la aquilaria había exhalado un aroma muy dulzón, que había inundado las fosas nasales de los presentes sin ascender hasta los senos. Cuando la calcinación se había acercado al codo de la rama, había emanado notas mentoladas, todavía dulces pero más frescas, que habían penetrado hasta lo más profundo de sus cráneos y despertado su consciencia como un latigazo.

Ahora, los efluvios que flotaban en el aire del taller procedían del extremo de la ramita. Yong Sheng los llamaba «el buqué final». En cierto modo, era como cuando un grupo de palomas desaparecía detrás de las nubes y el sonido de sus silbatos invisibles seguía llenando el cielo. El buqué final que desprendía el «atún» era tan exquisito como elegante, con un toque de miel y notas de canela, hierba de limón y almizcle.

Helai luchó y forcejeó para recuperar la línea política, pero el combate fue largo y difícil. Con la mitad del discurso en una mano y la otra mitad en la otra, agitó el fajo de la izquierda ante su rostro para alejar los efluvios que la atacaban por ese lado, mientras se pegaba a la cara el de la derecha a modo de barrera contra el enemigo invisible, que la asediaba por el otro.

Por encima de las hojas, sus ojos azules tenían una mirada tremendamente severa.

«Helai, hoy debes traicionar a tu familia para cambiar el curso de tu vida. ¡Despierta! ¡Ataca a los que te impiden ser una auténtica

revolucionaria y te amargan la existencia! ¡No dejes escapar este momento decisivo!», se dijo.

Se subió a una mesa de un salto y paseó la mirada por la multitud. Para reconducir la situación, sólo contaba consigo misma. Quiso alzar el puño y gritar un lema para reactivar la sesión, pero sus brazos estaban tan flojos que se resistían a moverse y su boca se negó a abrirse. Su mente seguía resistiéndose al efecto del aroma, pero su cuerpo ya se había dado por vencido. Nadie le prestaba atención. La reunión se había ido al traste y la situación parecía irrecuperable. Los estudiantes más revolucionarios, que se habían mostrado tan agresivos y violentos hasta hacía unos instantes, parecían personas nuevas. Algunos incluso estaban de rodillas y lloraban a lágrima viva, como si el presidente Mao en persona se les hubiera aparecido envuelto en volutas de humo. Algunas jóvenes, aprovechando el desorden para coger de la mano a chicos con la mirada perdida, habían empezado a cantar «El presidente Mao es un sol rojo sobre una montaña de oro». Los profesores de educación física y música se habían puesto a bailar en honor del Gran Timonel.

Los campesinos, sorprendidos por el humo al principio, se habían puesto muy contentos de golpe, y poco a poco en sus ceñudos rostros habían aparecido grandes sonrisas. De repente, un campesino de unos cuarenta años se volvió hacia el secretario del Partido de su pueblo.

—¡Hijo de puta! —le gritó—. ¡Llevas años jodiéndonos con tu maldito poder!

El «buqué final» había hecho caer las máscaras una tras otra y agrietado los muros que se alzaban entre dirigentes y dirigidos. Los antiguos vecinos se insultaban, los conflictos familiares estallaban a plena luz, las viejas rencillas se reavivaban y los trapos sucios se ventilaban en la plaza pública.

—¡Vamos, di claramente lo que piensas! —gritaban algunos mientras las parejas adúlteras se despellejaban entre sí.

De pronto, un fuerte olor marino se extendió por el taller.

«Es el aroma del “monte Wuyi”», se dijo Yong Sheng al reconocer la fragancia de aquel pedazo de aquilaria de textura rugosa y tacto ligeramente graso, que recordaba a un acantilado rocoso. Un día, por

descuido, había dejado caer un trozo tan fino como un papel de fumar en un cubo lleno de agua. Su masa era tan densa que se hundió en el fondo del cubo de inmediato. Tras recogerlo, se lo llevó a la boca y mordió un trocito. Al instante, una explosión de sabores particularmente especiados y picantes le llenó la cavidad bucal, como si hubiera masticado un puñado de frutos del *zanthoxylum*, de uso corriente en la cocina, tan condimentada, de Sichuan. Sus encías quedaron totalmente anestesiadas, dejó de sentir la lengua y los entumecidos labios, y tardó mucho en recuperar un mínimo de sensibilidad bucal. Cuando más tarde decidió quemar el pedacito, la sustancia aceitosa que lo impregnaba empezó a hervir y exhalar un olor a un tiempo picante y yodado, con un toque de almendras saladas que le irritó las fosas nasales.

¡Qué proeza! El Manco había tenido que gatear y reptar para deslizarse debajo de la tribuna. Ninguna de esas etapas había sido fácil. La puesta en práctica de su plan había exigido la capacidad de concentración de un agente secreto y la flexibilidad de un deportista de primer nivel. Animado por su éxito, retrocedió bajo los peldaños y salió de detrás del horno con el cuévano vacío.

Si los primeros efluvios del «monte Wuyi» eran un tanto agresivos y bastante yodados, los siguientes eran ligeros y florales, con notas de hierba recién cortada, y en cuanto penetraban en las fosas nasales se extendían por la lengua y la garganta, a las que proporcionaban una deliciosa sensación de frescor.

Ahora en el taller reinaba el caos más absoluto. Unos cantaban, otros bailaban y saltaban, y los niños, excitados, chillaban como demonios. En aquel manicomio, nadie se fijó en el Manco, que, de pronto, apareció en la tribuna y, de un salto, se subió a la mesa en la que estaba Helai.

En la severa mirada de la joven asomó un destello de sorpresa, que no tardó en dar paso a la chispa del deseo.

Sus ojos azules parecían suplicarle que se la llevara de aquel manicomio.

—Alza el vuelo conmigo, mi dulce esposa —le susurró el Manco, dejando el cuévano en el suelo y ayudándola a meterse en él.

Acto seguido se agachó, pasó los brazos por debajo de las correas y se cargó el cuévano a la espalda.

Helai tocó un pedazo de aquilaria con el pie descalzo, metió la mano en el fondo del cuévano y se llevó el trozo de corteza a la nariz.

—¡Alcemos el vuelo! —exclamó.

Y lo alzaron.

Salieron volando en dirección a la claraboya cenital, que se encontraba justo encima del tronco hueco de la prensa. Estaba abierta y dejaba entrar el sol, cuyos rayos salpicaban de manchas micáceas la oscura madera.

El Manco se elevó en el aire respirando el olor del «monte Wuyi» a pleno pulmón. «¡Qué aroma tan extraordinario!», se dijo cuando el «buqué final» estalló al fin y sus fosas nasales se llenaron de efluvios de frutos secos.

Eran tan deliciosos que se le quitó la prisa por abandonar el taller. De pronto, el jefe de seguridad agarró el alambre que rodeaba el cuello de Yong Sheng y arrastró al antiguo pastor al centro de la tribuna.

—¡Muy bien! Ahora vas a recitar un pasaje del *Libro rojo* para pedir al presidente Mao que te perdone.

—¿Qué pasaje? Deje que lo piense...

—¡Pero date prisa!

—Ya está. Si cometo errores, pido a todos los camaradas que me corrijan.

La caridad es sufrida, es benigna;

Al pie de la tribuna, un grupo de niños coreó la frase:

la caridad no tiene envidia,

Otros niños se unieron al primer grupo para repetir sus palabras. Parecía un coro de jóvenes catecúmenos, cuyas cristalinas voces resonaban en aquel lugar que en otros tiempos había sido una iglesia. A Helai y el Manco, que volaban por los aires encima de ellos, les gustó tanto que regresaron al suelo.

la caridad no es jactanciosa, no se envanece;
no hace nada indebido, no busca lo suyo.

Poco a poco, la gente dejó de pelearse y unió su voz a las de los niños, y todos empezaron a repetir mecánicamente el sermón de Yong Sheng, como si fueran autómatas:

no se irrita, no piensa el mal;
no se goza en la injusticia, mas se goza en
la verdad;

Contagiado del fervor de la multitud, el jefe de seguridad empezó a mover los labios. Cuando repitió a su vez las palabras pronunciadas por Yong Sheng, el sonido que salió de su boca se parecía más a un ladrido que a una voz humana.

todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera,
todo lo soporta.

Esa frase, que Yong Sheng prolongó como una larga queja, le trajo a la memoria sus bendiciones de antaño.

La caridad nunca deja de ser.

Los revolucionarios, exaltados, repitieron esa última frase, y sus voces resonaron como un trueno bajo la bóveda del taller.

Por fin, con infinita dulzura, Yong Sheng les reveló la fuente de aquel sermón.

—Primera Carta a los Corintios, capítulo 13, versículos 4-8.

Al oírlo, los presentes dudaron un instante, pero terminaron repitiendo palabra por palabra lo que acababa de decir.

—¡Eso no es del *Libro rojo*! —gritó alguien entre el público.

El jefe de seguridad se volvió hacia Yong Sheng.

—¿A qué juegas? —le preguntó.

—He tenido un lapsus. Me he equivocado de libro.

—¿De dónde son esas frases?

—De la Biblia. Del Nuevo Testamento.

Sin dejarle acabar la frase, el jefe de seguridad le pegó una fuerte patada, que lo hizo caer de la tribuna. Una vez más, la placa de cemento rodó por los peldaños de la plataforma del horno, como un borracho.

6

El futuro de un niño

—¡Mirad las llamas!

—¡Hay fuego!

—¡La prensa está ardiendo!

El 13 de enero de 1967, a las cuatro de la tarde, esos gritos resonaron en todo Jiangkou, y una ola de pánico se apoderó de la población. La noticia del incendio corrió de casa en casa como un reguero de pólvora, y la gente se echó a la calle. De la prensa empezaban a brotar nubes de humo negro.

Sólo hubo una persona que no oyó los gritos. Yong Sheng.

Estaba limpiando las letrinas del Comité de los Rebeldes de la Revolución con una toalla sucia alrededor del cuello. Lo único que oía era el ruido del agua que arrojaba a cubos sobre la larga tabla perforada que hacía las veces de asiento, y lo único que olía era la fetidez del lugar, tan intensa que ahogaba el olor a aceite quemado que saturaba el aire.

En invierno, la prensa dejaba de funcionar debido a la falta de materia prima, y los trabajadores, que en su mayoría eran de los pueblos vecinos, retornaban a sus lugares de origen. Los bueyes rojos permanecían en el establo, y los únicos que vigilaban el taller eran los dos enemigos del pueblo, Yong Sheng y el Manco. Aun así, después de lo ocurrido en la «sesión de lucha» del verano anterior, el antiguo pastor, el enemigo público número uno, tenía que seguir trabajando durante los tres meses de invierno, además de personarse todas las semanas en las oficinas del Comité de los Rebeldes de la Revolución, como se llamaba a los obreros, mientras que la denominación «guardias rojos» estaba reservada a los estudiantes de secundaria y

universitarios.

Todas las mañanas, antes de salir el sol, armado con una escoba larga con un haz de ramitas de bambú en el extremo, otra más corta provista de una gavilla de espigas de trigo, un rascador y un cepillo duro para acabar con la suciedad más tenaz, Yong Sheng iba a limpiar las dos calles principales de Jiangkou, las seis callejas que las rodeaban, el mercado de verduras y la lonja del pescado. Pero los domingos —y el 13 de enero era precisamente domingo— tenía que restregar las letrinas del Comité de los Rebeldes de la Revolución.

Todos los años, el tejado de la choza que había construido tres décadas antes se cubría con paja nueva, y eso fue lo primero que devoró el fuego. Enormes llamas lamían con avidez las ennegrecidas vigas. Amarillas al principio, las llamas fueron volviéndose rojas, azules y verdes a medida que se extendían. Empezaron comiéndose la cal de las paredes, y luego la emprendieron con el adobe, que se ventilaron en un santiamén. Lo único que aún se resistía a la devastación eran las piedras. En esa época, la comuna de Jiangkou no disponía de agua corriente ni tenía ningún equipamiento contra los incendios, por no hablar de parque de bomberos. Mientras rezaban al cielo para que enviara un aguacero antes de que el taller quedara reducido a cenizas, los habitantes se armaron de cubos y se alinearon en fila india a lo largo del camino que llevaba al pequeño estanque construido en otro tiempo por los huérfanos, situado detrás de la colina. Pero los cubos, después de pasar por tantas manos, llegaban medio vacíos al final del recorrido, y el agua que quedaba en ellos apenas apagaba unas llamitas. Algunos jóvenes más temerarios intentaron atacar la parte trasera del taller —donde se había iniciado el fuego— con palas y picos, y empezaron a cavar una zanja a su alrededor para atajar el incendio, que amenazaba con extenderse a la plantación de árboles frutales. Pero viéndose asfixiados por el denso humo, no tardaron en desistir.

En cuanto al antiguo propietario de la gran choza, condenado a la reeducación mediante trabajos forzados, seguía ajeno a la catástrofe.

Tras haber arrebatado el poder a los antiguos comunistas, a los que ahora acusaban de ser capitalistas, los rebeldes de la Revolución de Putian, que se hacían llamar «unidad de combate maoísta», habían repintado de arriba abajo el antiguo templo que ahora albergaba su nuevo comité, y después habían construido nuevas letrinas públicas en el centro del descampado que antaño había servido como lugar de ejecución, cerca del río Mulan.

El edificio era una construcción alargada en la que cabían varias decenas de personas a la vez. Tenía una cubierta de tejas grises y el suelo de cemento, perforado por numerosos retretes a la turca separados entre sí por tabiques de madera. Los usuarios que se acuclillaban sobre ellos con los pies sobre las dos rejas que flanqueaban el agujero ya no temían caer a la fosa, como en los tiempos de las largas tablas perforadas. Con el pantalón bajado hasta las rodillas, incluso tenían la satisfacción de ver su mierda caer al agujero y de oír el débil «¡plof!» que producía al hundirse en el agua. En ese momento se sentían como inmortales flotando sobre las brumas de las montañas.

Aislado del mundo exterior por los gruesos muros de esa moderna construcción y totalmente concentrado en su tarea, que ejecutaba con tanto celo como el que antaño ponía en evangelizar, Yong Sheng no oía nada. Como el invierno no era frío se había quitado el pantalón caqui —el único que tenía y que estaba muy gastado— para trabajar en ropa interior, con unos calzoncillos muy remendados y recosidos y una camiseta agujereada y llena de manchas marronáceas de sudor. No se conformaba con fregar el suelo de cemento y rascar las heces que habían quedado pegadas alrededor de los agujeros; también embadurnaba con cal las frases y los dibujos obscenos garabateados en las paredes por los chavales. Ésa era la tarea más dura. Empezaba frotándolos hasta que resultaban ilegibles, y luego repasaba los borrones con un pincel. La mayoría de las veces, no acababa hasta el anochecer.

Esa noche, al salir de las letrinas, le sorprendió el intenso y peculiar enrojecimiento del horizonte, pero tenía el cerebro tan embotado por los infectos olores que había estado respirando durante horas que no

le prestó demasiada atención. A su alrededor, la naturaleza se adormecía poco a poco. Una tenue bruma flotaba sobre los arrozales y, en los campos, el rocío comenzaba a perlar los brotes jóvenes de maíz. Tenía ganas de llegar a casa.

Se había vuelto a poner el pantalón caqui y, con la toalla sucia todavía alrededor del cuello, se había colocado la chaqueta de rebelde de la Revolución encima de la camiseta manchada de sudor. Como el alto capirote de papel era difícilmente compatible con el trabajo, el responsable de la unidad de combate maoísta le había hecho coser en el dorso de la chaqueta un trozo de tela en el que estaba escrita con grandes caracteres la palabra «demonio». Era un uso que recordaba al de la China antigua, cuando los gobernadores hacían tatuar el nombre del delito en el rostro de los criminales. Unos días antes lo había sorprendido un chaparrón mientras regresaba al taller y, aunque se había cambiado enseguida para que la ropa mojada se secara, al día siguiente la chaqueta aún estaba húmeda. Así que se puso otra, con cuello Mao y llena de remiendos. Por desgracia se cruzó con un miembro del servicio de orden, que advirtió la desaparición del letrero de su espalda y lo amonestó con dureza. Yong Sheng le había pedido disculpas y, esa misma noche, se había cosido a la chaqueta un trozo de tela blanca, en el que había copiado con un pincel la palabra «demonio», imitando la letra del responsable de la unidad de combate maoísta.

Llevaba años caminando con la cabeza gacha y la espalda encorvada. Temía que, si erguía el cuerpo, le reprocharan tener la actitud arrogante del antiguo pastor. Hasta cuando estaba solo, como esa noche, avanzaba con la cabeza metida entre los hombros encogidos y la vista en el suelo, como un perro vagabundo que rehúye la crueldad de los hombres.

De pronto, una racha de viento le azotó el rostro, y comprendió que ocurría algo anormal. Unas cenizas negras traídas por la brisa se le pegaron a la chaqueta, y Yong Sheng alzó la cabeza y vio su antigua choza con el techo totalmente calcinado. Aún no podía oír las voces de los hombres y mujeres que intentaban sofocar el incendio. Sólo veía la colina devastada por el fuego, el taller en llamas, el huerto ardiendo...

En ese momento comprendió que siempre había pensado que aquel lugar seguía siendo suyo. Le habían confiscado todos sus bienes, que ahora pertenecían a la comuna, y eso no tenía remedio, pero, a pesar de todo, allí se sentía en casa. Aquél era el lugar en el que había sido libre de ir y venir, de pronunciar sermones, de transmitir las lecciones de la Biblia y de aconsejar a sus fieles. Jamás había cerrado ni la puerta ni las ventanas, porque su casa siempre estaba abierta a los pobres y a los desamparados. Había vivido allí toda su vida y, tras la década transcurrida desde que la choza se había transformado en prensa de aceite, seguía siendo allí donde vivía y trabajaba.

El viento continuaba trayendo cenizas, que se pegaban como una máscara a su sudoroso rostro.

—¡Dios Todopoderoso! —gritó echando a correr hacia la colina.

En esos momentos sólo sentía un inmenso dolor.

Antes de llegar a la cima vio su gran aquilaria, a la que en otro tiempo todos llamaban «el árbol del pastor». Con el follaje carbonizado por completo, alzaba lastimosamente su esqueleto calcinado hacia el cielo, lleno de humo negro.

Pidió a los que se pasaban los cubos que le rociaran el cuerpo con agua, pero nadie le hizo caso. Era como si no existiera, o como si ya no recordaran quién era. Parecían no reconocer a aquel hombre con la cara cubierta de cenizas y el pelo revuelto salpicado de restos polvorientos.

Le quitó un cubo de la mano a un hombre y se lo echó por encima. El agua helada lo caló hasta los huesos. Luego corrió hacia el incendio.

Cuando acababa de entrar en el taller, una pared se hundió a sus espaldas con un estruendo horripilante. Una nube de chispas lo envolvió, pero siguió avanzando en dirección al tronco hueco en el que se prensaban los frutos. El gran arcón colocado detrás de él había desaparecido. ¿Era posible que el fuego ya lo hubiera devorado? De pronto, grandes llamas brotaron del interior del tronco, cuya combustión se vio acelerada por la mugre y los restos de aceite acumulados durante años en las fibras de la madera. El tronco no tardó en rajarse y explotar bajo la presión del fuego, y una sustancia

densa y viscosa como la lava empezó a chorrear de él.

Los tres peldaños de madera que llevaban al horno también estaban envueltos en llamas, y el halo anaranjado que formaba el fuego alrededor del hierro fundido, unido a los chorros de vapor del agua que hervía en la tina, daba al conjunto el aspecto de un incensario.

De pronto oyó ruido de zuecos a sus espaldas y alguien le susurró:

—El fuego lo he provocado yo.

Sin necesidad de volver la cabeza, Yong Sheng supo que era el Manco.

—Ahora ya no tienes nada. Así que aquí tienes mis zuecos.

Y con esas palabras, el Manco se lanzó hacia el gran horno envuelto en llamas, y se zambulló sin dudarlo en la tina de agua hirviendo.

En el tanque, rodeado de llamas cada vez más altas, se oyeron unos gritos espeluznantes. Con los zuecos en la mano, Yong Sheng, petrificado, no se atrevía a mirar.

Cuando el tronco hueco se derrumbó, los alaridos de dolor del Manco se mezclaron con los ensordecedores crujidos de la madera. Ahora las llamas, cuya virulencia se había redoblado, tenían varios metros de altura. Protegiéndose la cara con los zuecos lo mejor que podía, Yong Sheng corrió hacia el horno, pero se vio rodeado por densos remolinos de humo negro y detenido por la fuerza del fuego, que devoraba los peldaños. El segundo escalón se derrumbó bajo sus pies, y lo último que vio antes de perder el conocimiento fueron las llamas que envolvían al Manco.

Cuando volvió en sí, lo sorprendió una luz pálida, fría, casi dura, y un fuerte olor a éter y ozono, como el que flota en los depósitos de cadáveres. Luego comprendió que, simplemente, yacía en una cama de hospital.

Tiempo atrás había acordado con el Manco que evitarían hablar el uno con el otro. Se comunicarían dejándose mensajes bajo la ropa de la cama.

Se dijo que el Manco debía de haberlo olvidado.

Cuando los policías fueron a interrogarlo en el curso de su

investigación, le mostraron una carta.

Según ellos, el Manco había incendiado el taller después de recibirla.

Yong Sheng la leyó y releyó varias veces, como había hecho con la carta de su padre en el pasado.

La del carpintero contenía cuarenta y nueve caracteres. Ésta, más de quinientos. Era una demanda de divorcio dirigida al Manco. Helai lo instaba a firmar. La había escrito con un bolígrafo, pero no de tinta azul, como la mayoría de la gente, sino negra, como para subrayar la irrevocabilidad de lo que había puesto sobre el blanco papel. Cada uno de los caracteres estaba trazado con decisión, sin el menor titubeo. Se notaba que había hecho un borrador y que luego lo había copiado con su mejor letra. Sólo había una tachadura. Estaba en la primera frase del párrafo que explicaba el motivo de su demanda: «Pienso en el futuro del niño que vendrá al mundo.» Al final de la carta había escrito la fecha e impreso su sello con tinta roja: «Yong Helai.»

CUARTA PARTE

La hoja del cúter cortó de un solo tajo la cinta adhesiva que rodeaba la caja.

Era un paquete postal de un metro veinte de alto, sesenta centímetros de largo y treinta de ancho que no había sido entregado a su destinatario. El impreso del certificado cumplimentado por el remitente iba pegado al lado derecho de la caja.

Estaba tremendamente manchada, pero no era posible saber si otro paquete que contenía algún líquido se había roto durante el transporte o si las manchas se debían a la dejadez de los empleados de correos, porque era difícil identificar los churretones que lo cubrían. Podía tratarse de un producto químico, de alcohol, de leche condensada o de pasta de guindilla. Había salpicado incluso el impreso. No lo habían rellenado con bolígrafo, sino con rotulador. Los trazos eran gruesos —el peritaje concluyó que la punta del rotulador medía siete milímetros de diámetro— y algunos estaban incompletos, como las inscripciones grabadas en las antiguas estelas de piedra que el tiempo ha borrado parcialmente. Otros no eran más que una especie de garabatos, en el que todos los trazos se mezclaban.

La casilla destinada al número de teléfono del remitente estaba vacía.

¿Carecía de teléfono?

¿O tenía algo que ocultar?

Un grueso dedo enfundado en un guante blanco se deslizó de derecha a izquierda, deteniéndose en cada una de las palabras escritas en el remite.

—Provincia de Fujian, Pu…

Una mancha de líquido había hecho desaparecer el siguiente carácter. El que venía a continuación también estaba salpicado: sólo se veía un largo trazo vertical, en el lado derecho de una mancha redonda con los bordes ligeramente plateados. Lo único totalmente claro era el final de la dirección: «Antigua prensa de aceite de

Jiangkou.»

En la casilla reservada al apellido del remitente, el primer carácter, que también estaba manchado, se parecía a «Yong». Una palabra que conocía todo el mundo, porque era la primera que escribían los alumnos cuando estaban aprendiendo a manejar el pincel en las clases de caligrafía.

En cuanto al nombre, se había diluido completamente y no quedaba el menor rastro de él.

El hombre que examinaba el paquete tuvo la sensación de que acababan de abofetearlo.

Era como si el remitente se estuviera riendo de él.

No cabía duda de que había querido poner a prueba su inteligencia, porque en la casilla para la firma había estampado con tinta roja un sello cuadrado en el que no había nombre, sino un misterioso dibujo geométrico: un trazo horizontal que tenía las puntas dobladas, con un cuadradito encima de la izquierda y dos juntos debajo de la derecha.

El dibujo podía representar un sampán estilizado, en el que un cuadradito sería la cabina del piloto, y los otros dos, su reflejo deformado en el agua.

También cabía interpretarlo como una barca embarrancada en una playa: los cangrejos habían acabado sepultando la cubierta, y ya no se veían más que la cabina y su sombra en la arena.

El par de manos enguantadas despegó con cuidado la cinta adhesiva que cerraba el paquete y la guardó en una cajita de plástico blanco, en cuya etiqueta escribió la fecha y la hora: 15 de septiembre de 1999. 10:20 horas. Una vez abierto el paquete, bajo el papel burbuja que lo protegía apareció un bafle de alta fidelidad.

¿Uno solo? Normalmente, un equipo de música necesitaba dos.

El bafle era danés, de la marca Avance. El remitente había adjuntado una nota en la que traducía al chino ese nombre comercial y afirmaba que era una de las diez mejores marcas del mundo, muy apreciada por los aficionados a la música.

A diferencia de los bafles clásicos, que solían ser cuadrangulares, éste tenía una forma ahusada muy aerodinámica que permitía una mejor difusión del sonido. Estaba hecho con paneles de aglomerado

forrados con pícea —una madera que también se utilizaba para fabricar violines de concierto—, perfectamente pulidos y barnizados al horno. En función de la luz, su satinada superficie se cubría de reflejos rojos o dorados.

Como en los violines, la parte posterior del bafle era de madera de arce barnizada, cuyas marcadas vetas recordaban el pelaje de un tigre. Cuando retiró ese panel, el agente de policía estaba tan excitado como un joyero que hubiera descubierto el frío pero fascinante fulgor de una pulsera de diamantes en el interior de un estuche de cuero negro: dentro brillaban tres altavoces de excelente calidad. Eran de diferentes tamaños. El más pequeño, que estaba arriba, era el altavoz de los agudos. Medía ocho centímetros de diámetro. Fue lo primero que desmontó. Estaba cubierto por una fina hoja de seda, que vibró bajo la presión de los guantes blancos. El pequeño cono puntiagudo colocado en medio, que servía para fijar la dirección del sonido, cayó al suelo con el ruido de una bala de plomo y resonó en el silencio. Uno tras otro, el policía retiró todos los componentes: las placas de hierro, los cojinetes, los imanes, la caja posterior, el separador, los resortes, los divisores de frecuencias, los sensores, los hilos de seda o eléctricos... Por último desenrolló el largo hilo de cobre de la bobina de acordes.

No vio nada más.

En el sitio que había ocupado el altavoz de agudos, sólo quedó un agujero forrado con copos de algodón amarillo pálido, que servían para amortiguar las vibraciones. Los examinó con idéntica minuciosidad. Sin ningún resultado.

Luego se centró en el altavoz de los medios, de doce centímetros de diámetro y situado en el centro del bafle. Lo desmontó pieza a pieza. Comparó el peso de la hoja de vibración, de material sintético, con el de la anterior, que era de seda. Uno tras otro, inspeccionó los pedazos de algodón que forraban el interior del compartimento y fue dejándolos en la mesa, donde la corriente de un ventilador los hizo bailar.

Por fin pasó al altavoz de los graves, pero apenas había empezado a desmontarlo cuando tuvo que parar.

Del interior del compartimento que acababa de vaciar salía un polvo

blanco.

A diferencia de las anteriores, aquella cavidad de dieciocho centímetros de diámetro no contenía algodón amarillo pálido, sino una sustancia que parecía talco de mala calidad.

Como suele ocurrir cuando nos sonríe la suerte o hacemos un descubrimiento inesperado, al principio el agente no reaccionó.

En el despacho, todo el mundo se quedó petrificado.

¿Era un nuevo material para amortiguar las vibraciones? El polvo, blanco como la nieve, seguía cayendo a la mesa y esparciéndose al pie del bafle.

En unos segundos formó un pequeño montículo.

Un inspector de estupefacientes metió en él la punta del índice y se la llevó a la lengua.

—¡Es coca!

Chispeaba, y en el vehículo policial los limpiaparabrisas apartaban las finas gotas de lluvia con la regularidad de un metrónomo. Después de un largo trayecto, el conductor distinguió a la derecha una colina grisácea, ligeramente difuminada por la llovizna. En la cima, medio oculta tras un jirón de bruma, se acurrucaba una casita de piedra. Delante de ella, entre la niebla, asomaba un árbol que ninguno de los policías habría sabido identificar.

Los ocho agentes de la brigada de estupefacientes, con pasamontañas negros y fuertemente armados, se dividieron en cuatro grupos de dos y se adentraron con sigilo en los matorrales para rodear la casa.

Era un edificio aislado, construido con grandes sillares resistentes a los incendios. El tejado, formado también por losas de piedra, estaba cubierto de una espesa capa de excrementos de pájaro y cáscaras de huevos caídos de los nidos. De lejos parecía haber sido blanqueado con cal. La casa, que no tendría más de treinta metros cuadrados, estaba rodeada de densos matorrales que la ocultaban a las miradas. Un lugar ideal para esconder estupefacientes.

Para sorpresa de los policías, un hombre surgió de entre las zarzas y

las plantas trepadoras que ocultaban la entrada.

El presunto traficante era un individuo de edad indefinida. Lo mismo podía tener sesenta que noventa años. Iba tocado con un sombrero ancho de hojas de bambú y vestía pantalón corto y un abrigo de fibras de junco. Caminaba descalzo. Una caricatura del viejecito inocente.

El jefe de la brigada hizo señas a sus hombres para que no dispararan y siguieran acercándose con sigilo, pero la capa de barro era tan gruesa que, a cada paso, las pesadas botas de los agentes se hundían en el suelo y volvían a emerger con un espantoso ruido de succión.

Aun así, el sospechoso no se enteró. O estaba sordo como una tapia o iba muy colocado.

El hombre caminó hasta un estanque situado en la parte posterior de la colina, en medio de una densa plantación de bambúes. El agua era de un azul muy oscuro, casi negro. La superficie estaba cubierta de hojas en descomposición, que despedían un fuerte olor a gas de los pantanos. El presunto traficante se dirigió hacia una losa colocada al pie de un poste.

Entre los bambúes, los cañones de los fusiles que le apuntaban vigilaban todos sus movimientos.

Con gestos pausados se desabrochó el cinturón, se volvió de espaldas al estanque y se acuclilló sobre la losa de piedra.

El ruido de la orina en el agua rompió el silencio. Luego, se oyó el «¡plof!» de un zurullo, y su eco resonó durante unos instantes sobre la superficie del estanque.

Perplejos, los policías bajaron las armas e intercambiaron unos cuantos comentarios.

En el sitio en el que el sospechoso acababa de hacer sus necesidades se inició un ballet de pececillos, gambas y sanguijuelas, alertados por la súbita irrupción en sus dominios de un cuerpo extraño. A continuación el presunto traficante, que al parecer no había cogido papel higiénico, empezó a ejecutar una serie de contorsiones que requerían cierta flexibilidad: todavía en cuclillas, echó ligeramente la cabeza hacia atrás —se había quitado el gran sombrero de bambú, que

seguía sujeto a su cuello por el barboquejo— y arqueó la espalda para desplazar su centro de gravedad y poder sumergir las nalgas. Luego las agitó en el agua unos instantes, como saboreando el placer de ese fresco contacto, y finalmente se levantó, se subió el pantalón y se abrochó el cinturón.

Acto seguido desanduvo el camino hasta la casita de piedra. Los policías se quedaron indecisos por un momento, y el jefe contactó con la brigada a través del móvil para comprobar que, efectivamente, se encontraban en la dirección de envío de la cocaína.

Justo en ese momento oyeron música en la casa. Al principio fueron unas cuantas notas tocadas en unos timbales, que sonaron como si una mujer elegante diera unos golpes furtivos con los nudillos en una puerta. Cuatro toques breves, casi vacilantes. La siguiente frase musical fue un coro de instrumentos de cuerda, puntuado de nuevo por varios delicados golpes de timbal, semejantes a pasos ligeros. La mujer volvió a llamar a la puerta otras cuatro veces, pero de forma más insinuante, como saboreando por anticipado el placer que iba a encontrar en el interior de la casa. De pronto se inició un delicioso solo de violín de tono poético y ritmo muy lento, que parecía interpretado por un violinista un poco ebrio. Luego, otros cuatro golpes de timbal, esta vez muy contundentes —de hecho, sonaron con tanta potencia que su eco se oyó en toda la colina—, y a continuación la orquesta tomó una dirección nueva. Los instrumentos tocaron con más suavidad y con notas más bajas. De nuevo, cuatro golpes de timbal. Luego, silencio.

Era el *Concierto para violín en re mayor* de Beethoven, compuesto en 1806, la época en la que creó su música más elegante. Con esta pieza introdujo por primera vez los timbales en su obra. Se adivinaba que el compositor estaba fascinado por su sonido, fácil de confundir con unos suaves toques dados en una puerta por una mujer, cuyo perfume parecía atravesar la hoja. Ese efecto le gustaba tanto que hizo participar a los timbales setenta veces sólo en el primer movimiento. Al final, ya no tenías la sensación de oír los redobles del instrumento, sino los febriles latidos del corazón de un amante.

Desgraciadamente, el concierto se vio interrumpido por los

violentos golpes de la policía, que estaba forzando la entrada de la casa. Golpes que recordaban un poco al comienzo de la *Quinta sinfonía* del mismo compositor: la brutal irrupción del destino.

El pequeño edificio de piedra no tenía ni tranco ni puerta. La entrada estaba protegida por un frágil parapeto de bambú, que los agentes derribaron con un par de culatazos.

La casita había sido construida en 1986 en el emplazamiento de lo que había sido sucesivamente una choza, un templo protestante, un orfanato y una prensa de aceite. De los antiguos edificios se distinguían aún los sólidos cimientos de piedra roja, una parte de los cuales se había aprovechado para erigir la casa actual, de menores dimensiones. El resto del terreno mostraba todavía, treinta y un años después, las huellas del trágico incendio que había devastado el lugar.

Varios policías se subieron al tejado, que crujió y tembló bajo el peso de sus cuerpos y sus armas. Levantaron dos o tres losas de piedra y descubrieron que el armazón que las sostenía no era de madera, sino de bambú. Sus movimientos hicieron vibrar la campana cuadrada que cubría un hogar excavado en la tierra batida en mitad de la sala, y que dirigía el humo hacia un conducto de evacuación practicado en el techo. Al instante, una densa nube de hollín se extendió por encima del fuego, sobre el que oscilaba una tetera de cobre amarillo suspendida de un gancho.

En un rincón había una cama de piedra y, delante, una mesita con una vasija de barro que se había roto y había sido reparada con una mezcla de aceite de aleurites y cal. En su interior, pegadas al fondo, se veían unas cuantas hojas cocidas de crisantemo silvestre, gruesas y carnosas. Eran los restos de una comida. Al pie de la cama, un estupendo y flamante bafle de formas aerodinámicas contrastaba con la austeridad de la vivienda, casi miserable.

El segundo movimiento del concierto, un dechado de lirismo, poesía y dulzura en el que el violín desplegaba todo su voluptuoso encanto, salía de sus altavoces.

El bafle, que evidentemente era de la marca danesa Avance, tenía

tres.

Los policías comprendieron de inmediato que era el hermano gemelo del que habían decomisado. Ya tenían la pareja.

¿Contendría también el altavoz de los graves un kilo de cocaína?

Impaciente por comprobarlo, sin apagar la música siquiera, el jefe de brigada cogió un cuchillo de cocina colocado junto al fuego e intentó arrancar la placa de madera del dorso del bafle, y al ver que se resistía, asió el hacha con la que el viejo debía de cortar la leña y asestó un fuerte golpe a la caja, que se partió por la mitad.

A continuación arrancó de cuajo el altavoz de los graves para examinar el compartimento, mientras los otros dos seguían difundiendo el sonido del violín. El tema era sencillo, casi ingenuo: bajo la luna creciente, una suave brisa acariciaba la llanura de Putian. Unas nubes blancas se deslizaban por el cielo, reflejadas por los arrozales. Una mujer caminaba por un sendero iluminado por la luna...

Del hueco del altavoz de los graves no salió ninguna sustancia blanca.

Un agente introdujo la mano enguantada. En ese preciso instante, como si al solista le hubiera dado un escalofrío, el violín emitió una sucesión de inquietos vibratos.

La mano sacó un puñado de algodones amarillos que servían para amortiguar el sonido.

Una vez extraídos los otros dos altavoces, se comprobó que tampoco ocultaban nada sospechoso.

En la casita de piedra no había ni cocina ni cocinera, sólo un agujero excavado en la tierra, frente al parapeto de bambú, en el que se estaban consumiendo unos cuantos trozos de carbón que emitían un débil resplandor.

El sospechoso extendió la mano hacia las brasas incandescentes y, con el índice y el pulgar, cogió una raíz de taro que se asaba en la ceniza. Era el tubérculo del que se alimentaban los ermitaños y grandes maestros del budismo zen, retirados en remotas montañas,

desde hacía miles de años.

(En China, todo el mundo había oído, en su juventud, historias sobre anacoretas que, en el momento de llevarse la comida a la boca, entraban súbitamente en ese estado de cese de actividad consciente que los budistas llaman «ausencia de pensamiento».[1] Cuando despertaban, el reseco tubérculo de taro estaba cubierto de moho y más duro que una piedra porque habían transcurrido seis meses.)

En la arrugada piel de la mano del anciano se veían dos gruesas y sinuosas venas que atravesaban la constelación de la Osa Mayor, formada por siete manchas marrones de vejez que se extendían entre el índice y el pulgar, y llegaban hasta el anular.

El viejo inspiró profundamente, y sus marcadas costillas ascendieron bajo la floja y arrugada piel, que le colgaba de los huesos como un saco de yute demasiado grande. Luego sopló sobre la raíz de taro que tenía entre los dedos, y la ceniza blanca que la cubría se dispersó en el aire y se posó en su pelo, en sus cejas y en la piel de su rostro, surcada por profundas arrugas.

—¿Qué edad tiene usted? —le preguntó el jefe de la brigada.

El sospechoso le respondió por señas, como si hubiera perdido el habla.

—¿Ochenta y nueve? ¿Es usted mudo?

El sospechoso asintió.

—¿Desde hace mucho?

El sospechoso volvió a gesticular.

—¿Desde 1968? Eso son treinta y un años…

El sospechoso asintió con la cabeza y sonrió levemente.

—Un equipo estéreo siempre tiene dos bafles. ¿Por qué el suyo sólo tiene uno?

El sospechoso no respondió.

—¿Qué ha sido del otro?

Con un gesto, el sospechoso indicó que lo ignoraba.

—¿No lo sabe? ¿Quiere que le refresque la memoria? —Se sacó del bolsillo el impreso del certificado—. Mire. ¿Es su sello? —preguntó agitando la hoja salpicada de manchas ante el rostro del anciano. En la casilla destinada a la firma del remitente, había un sello rojo de forma cuadrada en el que no aparecía un nombre, sino un dibujo geométrico—. Algunos de mis compañeros ven un sampán con la cabina a la izquierda y su reflejo en el agua a la derecha.

El sospechoso negó con la cabeza.

—¿Qué representa?

El sospechoso abrió la boca y señaló los tres dientes que le quedaban.

El jefe de la brigada no lo comprendió.

—¿Qué quiere decir con eso?

El viejo soltó una sonora carcajada y entrechocó las palmas de las manos, como si se aplaudiera a sí mismo. Se partía de risa. En esos momentos, parecía un niño de cinco años.

Su carcajada espantó a los gorriones posados en las losas del tejado.

El anciano volvió a abrir la boca por completo y señaló los tres dientes con la punta del índice.

Como en el estilizado dibujo grabado en el sello, uno de los dientes le quedaba en el lado izquierdo de la mandíbula superior, y los otros dos, juntos, en el lado derecho de la mandíbula inferior.

En la casita de piedra, todos los objetos estaban marcados con el misterioso sello cuadrado.

En un rincón se veía una escalera de mano con la madera carcomida. Cabía suponer que el viejo la habría utilizado, cuando los años aún se lo permitían, para subir al tejado a reparar las losas agrietadas, por las que debía de colarse la lluvia. Ahora era demasiado mayor para trepar por ella; cuando había goteras se conformaba con poner cubos, barreños, cuencos y platos por toda la casa para recoger el agua. De los cinco peldaños originales, sólo quedaban tres. Los dos de en medio habían desaparecido. Cuando uno de los agentes quitó la espesa capa de polvo y telarañas que cubría la escalera, en la madera apareció el dibujo del sello, grabado con la punta de un cuchillo y coloreado con tinta roja.

La misma figura geométrica había sido grabada en el centro del asa de madera de un cubo. Como el dibujo estaba justo donde se ataba la cuerda para arrojar el cubo al agua —a juzgar por la diferencia de tonalidad de la madera en el interior, el anciano ya sólo podía llenarlo hasta la mitad—, con los años el roce había acabado por desgastar las líneas, y dos de los tres cuadraditos ya no se veían.

La palangana esmaltada que el hombre usaba para lavarse era toda una reliquia. Era una de esas típicas de los años sesenta, con el ancho borde adornado con dibujos de girasoles descoloridos y una bandera roja en el fondo, bajo la que se veían tres personajes: un obrero, un soldado y una campesina. La mujer, que estaba en medio de los otros dos, llevaba una pañoleta en la cabeza, sostenía un grueso haz de paja bajo un brazo y blandía una hoz con la otra mano. Con el tiempo, el esmalte se había ido descascarillando y de la hoz sólo quedaba el mango. La hoja, antaño reluciente, había desaparecido con su correspondiente trocito de esmalte. En su lugar, alguien había dibujado con pintura roja la dichosa figura geométrica.

Al percatarse de que en la casa no había ningún espejo, los policías dedujeron que el sospechoso sólo veía reflejado su rostro y sus tres dientes en el agua de la palangana, cuando se lavaba.

En el interior de la casa había muy pocos muebles. Aparte de la cama de piedra y de la mesita, se veían un taburete de madera, una estantería de bambú, una pequeña cómoda y dos cajas, colocadas una encima de otra, que hacían las veces de mesa. Todos esos objetos parecían niños huérfanos nacidos de la misma madre, marcados con la misma mancha de nacimiento: el extraño dibujo geométrico.

En el suelo, junto a la entrada, yacía el mango roto de un utensilio agrícola. Seguramente servía para asegurar el parapeto de bambú los días que el viento soplaba con fuerza. El dibujo grabado en él llamó la atención del jefe de la brigada de estupefacientes. La imagen seguía siendo la misma, pero había sido tallada con un instrumento de doble punta y con profundidad. Debajo se había inscrito una fecha: 1968.

Sin decir palabra, el policía garabateó unas frases en una libreta: «El viejo me ha tomado el pelo. El dibujo de su sello no representa los tres dientes que le quedan porque en 1968 sólo tenía cincuenta y siete

años. Nadie está desdentado a esa edad.»

En aquella casa, en la que todos los objetos llevaban el mismo sello, sólo uno se saltaba la regla: el bafle.

La conclusión estaba clara: o su propietario lo había comprado hacía poco y aún no le había puesto su marca, o pertenecía a otra persona.

El haz de luz de una linterna barrió lentamente, como un foco en miniatura, cada centímetro del espacio de debajo de la cama de piedra. Pero sólo iluminó telarañas intactas y un montón de excrementos de rata. A juzgar por la cantidad, durante la noche aquello debía de transformarse en un campo de batalla, donde los roedores, libres al fin, interpretaban el concierto de Beethoven a su manera, a base de chillidos y mordiscos.

La luz se detuvo un instante en un avispero reseco, que los insectos habían abandonado hacía mucho tiempo. Aunque tal vez era un trofeo conservado por las ratas en su reino de tinieblas, tras darse un festín con los cadáveres de las avispas.

De pronto, el haz luminoso enfocó una cajita de madera marrón oscuro.

Los policías de la brigada de estupefacientes, que seguramente habían visto demasiadas series policiacas estadounidenses, se palmearon la espalda mutuamente gritando: «¡Bingo!» Un técnico forense sacó una Nikon e hizo varias fotografías de la caja, encontrada bajo la cama.

El agente que la abrió era el mismo que había desmontado el bafle en la comisaría, y la excitación del momento le provocó un estremecimiento análogo al de la vez anterior: el del joyero que abre el estuche de una pulsera de diamantes.

Pero ¿qué encontró dentro?

Cuatro hojas de sierra de diferentes tamaños.

Tres finos escoplos de distintas marcas.

Un juego de cepillos: una garlopa, un acanalador y un avivador. El más ancho medía diez centímetros y el más estrecho, apenas uno y medio.

Dos martillos.

Seis limas de distinto tamaño.

El entusiasmo de los policías se desinfló de inmediato. En aquella vulgar caja de herramientas no había el menor rastro de drogas.

Eran, a todas luces, los instrumentos de trabajo de un carpintero, aunque faltaba lo más indispensable, un cordel de trazado. Sin embargo, había un juego completo de doce buriles, que no solían venderse más que en las tiendas de grabadores de sellos. Todos sus mangos llevaban también el dibujo geométrico, profundamente grabado con un instrumento de doble punta. Se habían realizado en la misma época que el del mango de la herramienta agrícola.

De pronto, un destello de esperanza iluminó la mirada del jefe de la brigada, que acababa de fijarse en un bulto redondeado cubierto por un trapo mugriento.

Al levantarlo, descubrió un objeto cuya utilidad ignoraba. Era una calabaza del tamaño de un puño pintada de un marrón tirando a caoba, de cuyo centro sobresalía un tubo de bambú, como una nariz en mitad de una cara. En su interior había una lengüeta tan fina como las alas de una cigarra. Desde luego, su elaboración había exigido un largo trabajo de lima y mucha habilidad. Por si fuera poco, la calabaza estaba erizada de cañitas de diversa longitud que también contenían pequeñas laminillas, tan finas que costaba verlas.

La omnipresente figura geométrica había sido grabada recientemente en el tubo de bambú que parecía una nariz. ¿Era posible que ese viejo senil fuera el autor de un trabajo tan delicado?

Tal vez. Si se comparaba esta figura con las grabadas en 1968, se notaba que, en la más reciente, la mano había ejercido menos fuerza, y que ya no se había utilizado una herramienta de doble punta.

La calabaza tenía dos fondos. En el primero había un dibujo grabado que recordaba la refinada marquetería de las ventanas de la China antigua. El que aparecía en la panza estaba inacabado y había sido hecho no con un buril, sino con una aguja insertada en un bastoncillo de incienso, que los policías encontraron en el fondo de la caja de herramientas. La punta aún estaba caliente. El anciano acababa de utilizarla. Sólo había grabado unos cuantos trazos del dibujo, aunque había esbozado el conjunto con lápiz: un viejo estaba

sentado bajo un gran árbol parecido al que crecía delante de su casa. Junto a él, un niño tocaba un violín.

—¿Qué es esto? —preguntó el jefe.

El anciano se levantó, extendió los brazos y empezó a moverlos como si fueran alas mientras zureaba.

Los policías se quedaron mudos.

El hombre cogió la calabaza, le ató un cordel y la hizo girar sobre su cabeza. El objeto emitió un leve sonido, similar al zumbido de un hilo telegráfico.

De repente, con un movimiento brusco, la lanzó hacia la izquierda, y un silbido estridente resonó en la sala. A continuación la hizo girar como una peonza, cada vez más deprisa, y toda una gama de sonidos melodiosos y elegantes halagó los oídos de los policías.

Finalmente, el anciano se detuvo. Pese a los gestos que acababa de hacer, no parecía cansado. Respiraba con normalidad, como si no hubiera hecho ningún esfuerzo. El eco de la serenata que acababa de interpretar subsistió un instante entre las paredes, y el jefe de la brigada guardó silencio unos segundos.

—¿Es un silbato para palomas? —preguntó al fin mientras arrancaba una hoja de su libreta.

El sospechoso cogió la hoja y el bolígrafo que le tendía y escribió una sola palabra: «Yong.»

El jefe de la brigada, que se tomaba su trabajo muy en serio, decidió investigar un poco más. Sacó de la biblioteca el libro *Los silbatos de paloma*, de Wang Shixiang, y lo devoró en una noche. A la mañana siguiente se puso una chaqueta tradicional china y unos zapatos de lona y fue al mercado de pájaros de Putian, donde se hizo pasar por un colombófilo pequinés. En menos de dos horas trabó amistad con dos coleccionistas de silbatos, que lo invitaron a sus casas para que admirara los antiguos ejemplares de la marca Yong que tenían la fortuna de poseer. El más antiguo, que era obra del carpintero, databa del primer año del reinado del emperador Xuantong, de la dinastía Qing; es decir, había sido fabricado en 1909.

A finales del siglo xx, los chinos más ricos empezaron a invertir fortunas en obras de arte. Los silbatos para paloma producidos por la familia Yong estaban entre los objetos más buscados. Junto con las marionetas de madera talladas por el maestro titiritero Jiang Jiazhou, aquellos silbatos eran considerados una de las dos maravillas del sur de la provincia de Fujian. El más sencillo de todos, una simple calabaza sin doble tabique ni cañas, y por tanto con una limitada gama de sonidos, alcanzaba más de diez mil yuanes si estaba firmado por el padre. Cuando era muy elaborado y ofrecía una extensa gama sonora, su valor superaba el de un apartamento en el mejor barrio de la ciudad.

El jefe de la brigada de estupefacientes anotó en la libreta todo lo que le revelaron los coleccionistas sobre las obras del padre y del hijo: las diferencias entre sus firmas, sus preferencias estéticas, sus sonoridades favoritas...

Los coleccionistas le explicaron que, tras un largo periodo de inactividad, Yong Sheng había vuelto a elaborarlos en 1977.

El primer coleccionista se acordaba de todo perfectamente: «La Revolución Cultural finalizó en octubre del año anterior, tras la muerte de Mao, el 9 de septiembre de 1976. Poco después, el mercado de pájaros de Putian se reabrió al pie del pabellón de los Tambores. En la misma época, las congregaciones cristianas volvieron a instalarse en China. Las iglesias estaban abarrotadas, y todos los amantes de las palomas coincidían en el mercado, como en los buenos tiempos. Antiguamente, a Yong Sheng lo llamaban "pastor Yong"; incluso durante la Revolución Cultural, cuando hablábamos entre nosotros, siempre nos referíamos a él como "el pastor". Lo mismo puede decirse del árbol que hay delante de su casa, que parecía haber quedado destruido después de un incendio, pero que volvió a brotar unos meses después: siempre fue "el árbol del pastor". Ahora todo el mundo lo llama Yong Sheng, porque ya no es pastor. En 1977 sólo tenía setenta y seis años, pero no había pronunciado una sola palabra desde el incendio de 1968. Nueve años... ¡Figúrese! ¡Es más de lo que duró la guerra con Japón! En Putian, todo el mundo sabía que no había perdido el uso de la voz, sino que se negaba a hablar. Sin embargo, si

alguien lo abordaba por la calle, le mostraba un letrerito en el que había escrito: soy mudo. Rechazó la ayuda económica de su antigua Iglesia y las prestaciones sociales del Estado. Vivía en su casita de piedra de lo que obtenía con la elaboración de los silbatos, en los que ya no grababa su firma, sino una extraña figura geométrica. Un trazo horizontal un poco doblado en los extremos, con un cuadradito encima de la punta izquierda y dos debajo de la derecha. Con el tiempo, dejó de grabar esa marca de fábrica en la panza de las calabazas y pasó a hacerlo en el tubo principal con lengüeta.»

El segundo coleccionista poseía ciento veinte silbatos firmados con ese curioso dibujo. Pertenecía a una familia cristiana de Hanjiang. Tras la muerte del pastor Gu, y después de que la Iglesia baptista estadounidense abandonara Fujian, sus padres lo habían llevado a Jiangkou para que lo bautizara Yong Sheng. Cuando los comunistas tomaron el poder, empezó a enseñar biología en una escuela local y, en varias ocasiones, durante diversos intercambios pedagógicos, coincidió con Helai, que enseñaba la misma materia en Putian. En la época de la Revolución Cultural, también había sido considerado enemigo del pueblo, y a menudo se había encontrado de rodillas junto a Yong Sheng en el transcurso de las reuniones políticas celebradas delante de su escuela de secundaria, en las oficinas del municipio o en el puente Taihe.

—Hay más marcas de nuestras rodillas en la tierra de Jiangkou que pelos en mi cabeza —dijo con sorna.

El jefe de la brigada de estupefacientes guardó la libreta y luego encendió discretamente un minimagnetófono. Dada la especial naturaleza de las relaciones de aquel hombre con el sospechoso, su testimonio podría ser útil durante un eventual juicio.

—La opinión general es que decidió dejar de hablar a raíz del incendio que devastó la prensa de aceite en 1968. En cualquier caso, para mí sigue siendo el pastor que me bautizó. Incluso les he dicho a mis hijos que el día de mi entierro no quiero que esté presente ningún religioso que no sea el pastor Yong.

»En fin, a lo que íbamos. Aquella prensa de aceite era en realidad una enorme choza que el pastor había construido con sus propias

manos. La había convertido en su iglesia y, más tarde, la transformó en orfanato. Luego se la confiscaron e instalaron allí una prensa. A partir de entonces, vivió un infierno, condenado a la reeducación mediante monstruosos trabajos forzados. ¿Por qué decidió no volver a hablar después de la destrucción de ese odioso lugar? Uno podría pensar que durante años incluso rezó en secreto para que fuera arrasado por un tifón o un terremoto.

»En mi opinión, su decisión no fue consecuencia del incendio, sino del suicidio del Manco, que se arrojó a una tina de agua hirviendo. ¡Imagínese! Si usted hubiera presenciado una muerte tan horrible de un ser querido, tendría pesadillas todas las noches. En realidad, se sintió responsable del suicidio del Manco, que había conocido a su hija Helai porque los dos trabajaban en el mismo taller y se había quitado la vida porque ella le pidió el divorcio.

»De un modo u otro, en su fuero interno el pastor siempre se ha culpado por haber desempeñado un papel determinante en el trágico final de ese desventurado.

»Un día de invierno de 1968, las autoridades cogieron a varios profesores de la escuela, todos enemigos del pueblo, yo entre ellos, y nos hicieron transportar ladrillos hasta Jiangkou con carretillas. Después tuvimos que limpiar las letrinas del Comité de los Rebeldes de la Revolución. Ese día coincidí con el pastor Yong, al que le habían asignado la misma tarea. Cuando nadie se fijaba en nosotros, fui a saludarlo. No me contestó. Eso no era propio de él. Cuando acabamos de limpiar, un joven revolucionario nos ordenó arrancar las malas hierbas del patio. Aproveché un momento en que estaba detrás de él para preguntarle si se encontraba bien. Entonces escribió una palabra en la tierra con la escardilla: «Mudo.» Le pregunté por qué. Con mano temblorosa, pero con fuerza, empezó a dibujar otra palabra, que no pude leer porque se acercaban los guardias rojos. Bajé la cabeza. Cuando se fueron y quise leer lo que había escrito, vi que había tapado las palabras con un montón de malas hierbas.

»Todos dejaron los hierbajos en ese primer montón. Al final del día, los guardias rojos nos obligaron a echar encima trozos de madera, papeles y otros desperdicios para quemarlo todo. A la hora de la cena,

no me fui con los demás; me quedé hasta que el fuego se apagó, para ver si debajo de las cenizas quedaban huellas de las palabras escritas por el pastor. Pero ya sólo había tierra calcinada.

—¿Qué piensa la gente de él?

—¿La gente de Putian? No sabría decirle. Lo que puedo asegurarle es que tuvo un gran impacto en la comunidad cristiana, aun sin ser considerado un santo.

—¿Puede contarme algo más?

—Ya que parece tan interesado en él, voy a contarle una anécdota, que sé por su nieto.

—¿Es el niño que toca el violín a su lado en los grabados de los silbatos?

—Sí, es Jin Lala. Jin es el apellido de su padrastro, un manchú de origen coreano. Ya conoce a los coreanos, son muy aficionados a las canciones y a los bailes. Pero sus dotes para el violín no las ha heredado de él, porque no es su padre biológico. En realidad, es hijo del Manco, el antiguo derechista que se suicidó antes de que el niño naciera.

—¿Y Lala? ¿De dónde le viene ese extraño nombre?

—Cuando su madre estaba de parto en el hospital, un médico que estudiaba violín se pasó horas practicando escalas en el dormitorio del personal sanitario, situado al lado. Invariablemente se atascaba en el «la», que tocaba una y otra vez. Así que Helai trajo al mundo al niño con esa nota, que le dio por nombre.

»Déjeme calcular… La prensa de aceite ardió en 1968, y Lala llegó a Jiangkou a finales del 76, tras la muerte de Mao. Tenía ocho años, y su abuelo, sesenta y cinco. Se quedó con él durante casi un año. Ese invierno, un día que fui a comprar tofu a la tienda de la señora Zhang, me encontré a su marido, que era nuestro cartero. Acababa de entregarle una carta al pastor, que, al reconocer la letra del sobre, había quedado visiblemente impresionado.

»Mao murió en septiembre y en octubre cayó la Banda de los Cuatro. A partir de ese momento, el pastor ya no tuvo que barrer las calles ni limpiar las letrinas. Aun así, las iglesias cristianas todavía no habían reanudado sus actividades, y nadie se atrevía a ir a la casita

del viejo pastor para visitarlo. La gente ni siquiera se atrevía a saludarlo cuando se lo encontraba. Así las cosas, la única persona que podía haberle escrito una carta era su hija, la antigua profesora de la escuela número 5 de Putian. Digo «su hija», pero lo cierto es que no los unía ningún lazo de sangre. Durante la Revolución Cultural, Helai había cortado relaciones con él. En diez años no había venido a verlo ni una sola vez.

»Sea como sea, era efectivamente ella quien le había enviado la carta. Se había licenciado en biología en la Universidad de Fudan, una de las mejores de China. Tras la caída de la Banda de los Cuatro, los jóvenes pudieron presentarse de nuevo al examen de ingreso en la universidad, pero, después de la Revolución Cultural, la educación nacional sufría escasez de profesores. Tras haber sido perseguidos, los de mayor edad habían muerto. De modo que las universidades empezaron a reclutar a sus antiguos licenciados, y así fue como Helai tuvo la suerte de obtener un puesto en Shanghái. Su marido, que era coreano, fue autorizado a instalarse allí con ella, pero las autoridades informaron a Helai de que tendría que esperar varios meses para obtener un permiso de residencia para su hijo. Sin ese documento, llamado *hukou* y más importante que el carnet de identidad, no era posible escolarizar al niño, así que Helai escribió al pastor para pedirle que lo acogiera en su casa hasta que obtuviera los papeles.

»Evidentemente, Yong Sheng aceptó, y unos días después de su respuesta, el pequeño Lala llegó a Jiangkou. Era un 24 de diciembre. En esa época, la mayoría de la gente ni siquiera sabía lo que significaba la palabra «Navidad». Helai dejó a su hijo en la puerta sur de Putian, donde pidió un bicitaxi para que lo llevara a casa de su abuelo. En nuestra región no hay *rickshaws*, pero siempre encuentras ciclistas con el portaequipaje adaptado para el transporte de personas. Así fue como llegó Lala, acompañado de un pequeño bolso de viaje en el que llevaba el violín y algunas partituras. Según se cuenta, cuando el niño llegó a lo alto de la colina en la que se alzaba la casa de su abuelo, Yong Sheng volvió a sacar sus herramientas, que no utilizaba desde hacía muchos años, y se dispuso a hacerle un silbato. Por la noche celebraron la Nochebuena con pescado al vapor y una sopa de

calabaza y tomate. Fue Lala quien me lo contó.

»Era su primera Navidad. Pero no sabía lo que celebraban, porque su abuelo no hablaba. Tampoco se lo explicó por escrito. Por otra parte, era demasiado pequeño para comprender lo que significa esa fiesta cristiana, y a esa edad un niño todavía no sabe leer bien. A la mañana siguiente, cuando despertó, encontró un silbato en uno de sus zapatos. Era su regalo, que Papá Noel le había dejado allí durante la noche.

»Algunos me llaman “fanático” porque tengo cuarenta y seis silbatos firmados por Yong el Joven, el último de ellos hecho en 1931 con nueve cortezas de longan, pegadas en tres hileras de tres sobre una tablilla sostenida por huesecillos tallados y colocados en cruz. Fue su última creación. Ese mismo año, se fue a estudiar teología a Nankín. A su regreso, se hizo pastor y después abrió un orfanato. No volvió a hacer silbatos, con una sola excepción: el que le regaló para su séptimo cumpleaños a Helai, quien a su vez se lo regaló al Manco cuando iniciaron su relación. Tras el suicidio de éste, el silbato no apareció. Por eso, para los coleccionistas, el que le hizo a su nieto para sus primeras Navidades tiene mucho valor. Todos nos preguntábamos si, tras cuarenta años de inactividad, aún estaba en la cima de su arte.

»Pude examinar ese silbato con todo detalle. Era radicalmente distinto de los que había hecho hasta entonces. Para empezar, no utilizó una calabaza. Como ha podido comprobar en el mercado hace un rato, la calabaza es el principal material utilizado. Se abre y se coloca una lengüeta en su interior. El que le regaló a Lala estaba totalmente hecho con bambú, lo que requiere una técnica mucho más compleja, porque el cuerpo del silbato, construido con dos trozos de bambú, debe tener una forma elipsoidal perfecta. Era un trabajo de gran precisión. Tuvo que trabajar la corteza y la pulpa a la vez para conseguir el contorno ideal en esa parte que se conoce como «el amarillo» de un tallo de bambú, un material extremadamente ligero que permite a las palomas volar decenas de kilómetros sin sentir incomodidad o fatiga.

»Sin duda alguna, en la carta Helai le había contado que el niño tocaba el violín. Por eso decidió hacerle un silbato de bambú, pues

con ese material se obtiene una gama de agudos muy sutil y al mismo tiempo marcada, bastante cercana a la sonoridad de un violín.

»Esa misma mañana de Navidad, el pastor vino a visitarme con su nieto. En cuanto vi el silbato, supe el motivo de su visita, y fui a buscar una de mis palomas para que pudieran probarlo. Como había visto que el silbato era del tipo «siete estrellas», es decir, que tenía siete tubos, elegí una paloma de una especie noble, conocida como «siete estrellas con el lomo moteado» debido a que tiene siete puntos blancos en cada una de sus alas y el lomo cubierto de pintas. Al ser Navidad, para sujetar el silbato el pastor no utilizó un simple hilo de algodón blanco, sino un cordón de seda de cinco colores vivos. En esa época aún tenía muy buena vista. Con movimientos tan seguros y precisos como en el pasado, lo cosió a las plumas caudales de mi paloma. El niño lo miraba con los ojos abiertos como platos, como si su abuelo fuera un mago. Observaba hasta el menor de sus movimientos con admiración. Cuando el pastor le dejó hacer el nudo, el pequeño no cabía en sí de alegría. Estaba tan emocionado que tuvo que intentarlo varias veces antes de conseguirlo.

»El pastor colocó el silbato entre dos plumas de la cola del ave y lo estabilizó con un hilo de plomo. Luego, soltamos a la paloma...

»Pero cuando el ave alzó el vuelo, el silbato siguió mudo. Todo estaba en silencio a nuestro alrededor. La paloma trazaba grandes círculos sobre nuestras cabezas, pero del silbato no salía el menor sonido. El pastor estaba pálido. Ya ni se atrevía a mirar a su nieto. El sudor le resbalaba por la cara. Supuse que las aberturas eran demasiado estrechas o que las lengüetas estaban mal inclinadas. Hasta yo estaba deprimido.

»De pronto, cuando mi paloma había desaparecido ya en el cielo, se oyó un sonido fino y agudo. Parecían notas de violín. Luego, los siete tubitos sonaron al mismo tiempo, y tuve la sensación de estar oyendo un concierto de instrumentos de cuerda. Era una pura maravilla. Ya no se veía a la paloma, sólo teníamos ante nosotros un banco de nubes blancas, en cuyo interior se interpretaba una música casi milagrosa. Me sentí como sumergido en pleno corazón de la Vía de los Pájaros con la que soñaban nuestros antiguos sabios. Esos pájaros cuyo rastro

no se percibe, pero cuyo paso se adivina por el ondulante eco de su vuelo.

»Lo que voy a contarle ahora lo sé por Lala. Acababa de empezar el año. Le pregunté qué le había hecho su abuelo para cenar en Nochevieja. Debo decirle que, pese a su corta edad, al pequeño le encantaba hablar y contar historias. Ya tenía un gran dominio de la lengua. Manejaba las metáforas a las mil maravillas. A su manera, era genial. Por ejemplo, cuando hablaba de la casa de piedra de su abuelo, decía que tenía la sensación de vivir en el fondo de un pozo que, durante el día, cuando la única luz era la del hogar excavado en la tierra, olía a taro asado y, por la noche, despedía el olor a musgo y humedad de los viejos pozos.

»Me contó que, en Nochevieja, había tenido la sensación de que todo estaba demasiado tranquilo. En aquella extraña casa, que parecía la guarida de un oso más que una vivienda humana, no se oía ni el sonido del viento. Había decidido escaparse y volver a Putian. Incluso había preparado el bolso de viaje. Luego, lo pensó mejor. En plena noche no encontraría ningún medio de transporte, ni siquiera un bicitaxi, y a pie tendría que caminar hasta el amanecer para llegar a la ciudad. No se sentía con ánimos. Mientras sopesaba los pros y los contras, oyó pasos en el exterior, pero como solía tener sueños en los que oía ruido de pasos, parecidos a los golpes de timbales del *Concierto para violín en re mayor* de Beethoven, apenas les prestó atención. Supuso que era el eco de uno de sus sueños recurrentes, de los que al despertar no recordaba más que ese ruido obsesionante. Cuando los pasos se acercaron, llegó a la conclusión de que se trataba de un ladrón. Incluso reconoció el ruido de unas chancletas de plástico. Tenía un oído tan fino que se dio cuenta de que la derecha estaba más gastada, lo que seguramente indicaba que el hombre era cojo. En Putian, todo el mundo, salvo los oficinistas, usa chancletas de plástico, pero a Lala le pareció extraño que un malhechor las llevara para robar en una casa. O era un aficionado o sabía que allí nadie echaría a correr detrás de él.

»El niño bajó de la cama de piedra y cogió una linterna, pero no se atrevió a salir. Tras encenderla, sacudió a su abuelo, que dormía a su

lado, pero el anciano no se despertó. Los ruidos de pasos rodearon la gran aquilaria y luego se alejaron. Poco después oyó otros. Los de varias personas que corrían descalzas. Entonces pensó que el cojo sólo hacía de explorador, y que los verdaderos ladrones eran éstos. También dieron una vuelta alrededor del árbol sin acercarse a la casa. Luego se marcharon a la carrera, y volvió a reinar la calma.

»Intrigado, el niño acabó acercándose al parapeto de bambú, pero no vio a nadie. La ladera estaba envuelta en la niebla. En esa zona siempre hay mucha niebla por la noche. Tiempo atrás, yo solía ir a jugar al ajedrez con el pastor, y a menudo nuestras partidas duraban hasta después de medianoche, porque él pensaba mucho los movimientos. Desde la entrada de la casa se veía la niebla subiendo por la colina con el paso de las horas. Poco a poco se colaba por debajo del parapeto de bambú, se extendía por el suelo y trepaba hasta la mesa en la que jugábamos. Al cabo de un rato, la lámpara de petróleo quedaba envuelta en una bruma tan densa que ya no se veía más que un débil halo de luz.

»No es difícil imaginar la angustia de Lala, a solas en la entrada de la casa iluminada por la luna, que colgaba del cielo como una extraña farola. Más gente ascendía por la colina entre la niebla. Según sus propias palabras, los sonidos que llegaban al interior eran una octava más débiles, como si alguien tocara el violín en el fondo del mar y las notas tuvieran que atravesar la masa de agua para alcanzar sus oídos. Era un niño especialmente inteligente para su edad.

»Por las grietas del parapeto observó lo que ocurría fuera: cuatro personas, un anciano, un hombre, una mujer y un niño, que debían de pertenecer a la misma familia, se alumbraban con una linterna cuyas pilas debían de estar muy usadas, porque la luz era débil. La mujer llevaba una bolsa con nueces; rompía la cáscara con los dientes y se las iba dando al niño.

»Caminaban lentamente detrás del anciano, que llevaba la linterna. La luz iba iluminando ahora el rostro del niño, ahora el de sus padres, que parpadeaban como deslumbrados por un potente foco. Nadie abría la boca. Lala vio que el hombre se sacaba una piedra de la chaqueta y se la daba a su hijo; luego sacaba otras tres, tendía una a

su mujer y otra a su padre, y se quedaba la última.

»Lala se preguntó si se disponían a atacar la casa de su abuelo. ¿Tanto odiaban al anciano?

»A la luz de la linterna, las piedras parecían cubiertas de una capa de pintura dorada. Cuando no les daba la luz, tenían un brillo plateado. Los desconocidos se acercaron a la aquilaria y, con las piedras en la mano, se inclinaron hacia las raíces, como si fueran a golpearlas. Luego, volvieron a erguirse e intercambiaron una sonrisa cómplice. Se habían limitado a dejar las piedras en el suelo y a deslizar una hoja de papel debajo de ellas.

»Gracias a la luz de la linterna, Lala vio otros trozos de papel sujetos con piedras alrededor de las musgosas raíces del árbol. Sin duda alguna, las habían colocado quienes habían venido momentos antes: el cojo y la gente descalza.

»Las idas y venidas duraron toda la noche. Unas veces, era un hombre solo; otras, toda una familia. Las mujeres eran más numerosas. Incluso se presentó un grupo de chicas de la hilandería de Putian, según dijo Lala, que las oyó hablar de su trabajo. Los que no llevaban linterna palpaban el suelo en la oscuridad para dejar las piedras.

»Lala se pasó la noche observándolos, sin comprender sus tejemanejes. Al amanecer, cuando al fin dejó de llegar gente, salió al exterior. Era el primer día del nuevo año. El pie del árbol estaba rodeado de piedras. En algunos sitios había varias capas. Las había azules, grises, blancas, violetas... y eran a cuál más bonita. Bajo cada una de ellas había no un simple trozo de papel, sino un billete, y a veces, un fajo de billetes. Billetes de un yuan, pero también de cinco, de diez y hasta de veinte. Los billetes de cincuenta o de cien aún no existían.»

Yong Sheng cogió la fotografía que le tendía el jefe de la brigada de estupefacientes. Mientras la sostenía con el índice y el pulgar, las dos nudosas venas que le sobresalían del dorso de la mano desaparecieron entre los pliegues de su arrugada piel. Entonces miró la imagen

entornando los ojos.

Era una foto en blanco y negro amarilleada por el tiempo, cuyo denso grano acentuaba la sensación de antigüedad. Un haz luminoso enfocaba un escenario en el que había un niño con un violín. La luz se concentraba en las cuatro cuerdas del instrumento, que formaban cuatro rayas plateadas, sobre las que el pequeño había colocado el índice de la mano izquierda. Sus otros dedos, ligeros y vibrantes, parecían bailar suspendidos sobre el mástil.

En un primer momento tenías la sensación de estar viendo a un violinista en miniatura dentro de una caja de música, pero, mirando con más atención, se distinguía detrás de él la masa oscura de una orquesta y la silueta del director, a quien la cola del frac le daba aspecto de coleóptero.

—Es una foto que encontramos en la habitación de su nieto en el momento de su detención.

Yong Sheng le dio la vuelta. En el dorso se leía:

1982.Concurso internacional de violín de Copenhague.
Obra interpretada: Concierto para violín en re mayor, opus 61 de Beethoven.
Primer premio: dos bafles daneses Avance.

—Permítame precisar que consultamos los archivos del concurso. Ese año, su nieto interpretó sucesivamente la *Zarabanda* de Juan Sebastián Bach, el *Capricho* n.º 21 de Paganini y el primer movimiento del *Concierto para violín en la mayor* de Mozart. Todos ellos, sin partitura. En la semifinal, tocó una sonata de Debussy.

Yong Sheng volvió a mirar la foto, y sus ojos se detuvieron largo rato en la mano derecha del niño. La que sostenía el arco.

—Veo que mira el arco. Si tuviera unas cuantas decenas de años menos, podría ser un buen inspector. Dado el ángulo de la toma, no se distingue bien el violín, pero creo que se ha percatado de que el arco no es el que usted conocía. Efectivamente. Cuando ingresó en el conservatorio de Pekín, su padrastro, antiguo profesor de francés, le regaló un violín italiano, cuyo arco, hecho con madera de ébano por un artesano francés, fue especialmente concebido para adaptarse a su mano. Lo que lleva grabado no es su enigmático sello, sino el nombre

del artesano.

El inspector se interrumpió. En el silencio de la casa sólo se oía la respiración de los dos hombres. Al cabo de unos instantes, el policía volvió a coger la foto de las manos de Yong Sheng.

—Era la primera vez que su nieto ganaba un concurso internacional. En esa época, el precio de un par de bafles de esa marca y calidad equivalía al de un apartamento en el centro de Putian. Pero se los regaló a usted. Más tarde se convirtió en primer violinista de una orquesta, pero lo detuvieron por consumo de drogas y perdió el trabajo. Hace tres meses volvió aquí. Escondió un kilo de cocaína en uno de los bafles y lo envió a su nombre, añadiendo su sello, que representa sus tres dientes.

El inspector hablaba sin apartar los ojos de la foto, porque no se atrevía a mirar a Yong Sheng. A fuerza de pasear la mirada por las clavijas del violín y por la mano izquierda del niño, cuyos dedos volaban sobre las cuerdas y sobre la caja del instrumento apoyada contra su hombro, tuvo la sensación de oír un débil suspiro, casi una queja, procedente de la foto.

Luego oyó una voz.

Recordó que alguien había comparado la casita de piedra con un pozo. ¿Quién había sido? El niño prodigio, por supuesto.

Las palabras que oyó no parecían salir de la boca de aquel viejo decrépito, sino de las profundidades de un pozo:

—Lala no tiene nada que ver con eso. El traficante de drogas soy yo.

FINAL

A Yong Sheng, uno de los mejores fabricantes de silbatos para palomas, antiguo estudiante de la Facultad de Teología de Nankín, primer pastor chino de Putian, director de orfanato y, más tarde, trabajador de la prensa de aceite de Jiangkou, todavía le quedaban quince minutos de vida. El 18 de julio de 2001, el tribunal popular de la provincia de Fujian lo había condenado a muerte por tráfico de drogas. En atención a su avanzada edad —tenía noventa años— y a su antigua condición de pastor, se había decidido ejecutarlo mediante inyección letal, un método experimentado desde hacía algunos años en algunas provincias del sur de China.

El 16 de agosto a las diez de la mañana, un verdugo vestido con una bata blanca subió a una furgoneta —una ambulancia del hospital— aparcada en el patio de la prisión de Putian. Era un individuo de unos treinta años, muy bajo y muy delgado, que recordaba por su físico a un profeta de los tiempos bíblicos. Con cuidado, le arremangó la camisa a Yong Sheng, lo sujetó con correas a la mesa de ejecución y le clavó en una vena de cada brazo sendas agujas conectadas a una bomba de inyección. El viejo pastor no se inmutó.

El hombre de la bata blanca bajó de la furgoneta, y la voz del comandante en jefe resonó en un altavoz:

—¡Ejecución!

El verdugo pulsó un botón y la sustancia letal empezó a penetrar en las venas de Yong Sheng.

Se preveían quince minutos entre el momento de la inyección y la detención irreversible de las funciones vitales, que constataría el forense. Por lo general, un gramo de pentotal sódico —un barbitúrico muy potente— bastaba para anestesiar a un hombre adulto en cuarenta segundos. En el caso de una ejecución, se inyectaban cinco gramos, de modo que el condenado a muerte perdía el conocimiento en apenas diez segundos. A los tres minutos, entraba en un estado de muerte cerebral. A los diez, el forense comprobaba la ausencia total de

reacción del individuo; entonces se le administraba una segunda inyección, de Pavulon, que paralizaba los músculos y provocaba una parada respiratoria. Por último, una tercera inyección, de cloruro de potasio, efectuada a los quince minutos, causaba la parada total y definitiva del miocardio.

(Diez años después, los únicos productos autorizados para las inyecciones letales en todo el territorio serían los aprobados y distribuidos por el Ministerio de Justicia. Sin embargo, en 2001, ese método de ejecución todavía estaba en fase experimental, y las autoridades judiciales de cada provincia tenían libertad para adquirir las sustancias letales que más les convinieran, en función del presupuesto disponible. Precisamente ese año, la provincia de Fujian sufrió escasez de pentotal sódico, y los anestesistas del hospital de Putian sugirieron sustituirlo con midazolam, un potente anestésico. Su propuesta fue aceptada por el Tribunal Popular de la provincia. Evidentemente, a los condenados no se les advertía de ese cambio y, menos aún, de las eventuales consecuencias.)

Yong Sheng no había notado el pinchazo de las agujas que el verdugo había introducido en las venas de sus brazos. Tampoco había oído la orden de ejecución. Durante unos segundos, el sonido de un violín absorbió totalmente su cerebro.

«Aún estoy vivo», se dijo.

Se concentró para escuchar lo que ocurría a su alrededor, y sólo percibió débiles rumores, como en una sala de conciertos llena de espectadores.

Un músico afinaba su violín.

Huelga decir que era el primer violín de la orquesta, que punteaba las cuerdas del instrumento para dar el «la». Lala le había explicado qué cuerdas correspondían a las diferentes notas, y en cuanto oía un «la», el anciano pensaba en la grabación del concurso de Copenhague que le había regalado su nieto.

Yong Sheng lo había oído practicar muchas veces con el violín bajo la gran aquilaria, delante de la casita de piedra. El ritual siempre era

el mismo. Lala abría el estuche, sacaba el arco y, tras frotarlo con colofonia, le apretaba el tornillo. Luego cogía el violín y lo afinaba. En esa época sólo tenía un violín de estudio, pero a Yong Sheng le gustaba acariciar las clavijas del instrumento y las suaves curvas de su caja de madera.

Lala había participado en el concurso de Copenhague con un violín nuevo de fabricación italiana cuya tonalidad era más cálida, más aterciopelada, más armoniosa que la del instrumento de su infancia. Su resonancia también era mejor.

Se imaginaba a su nieto con el violín sujeto entre el cuello y la barbilla, y con los largos cabellos flotándole sobre los hombros. Lo veía posando el arco, hecho para él por un artesano francés, sobre las cuerdas del instrumento, y sentía en su carne las vibraciones de las crines en la cantarela y el ligero temblor de la abertura en forma de efe practicada en la tapa superior del instrumento.

«¡Dios mío! ¿No irá a tocar el *Concierto para violín* de Chaikovski?»

En su infancia, Lala había interpretado a menudo obras de Chaikovski y de Sibelius, argumentando que estaban entre las más difíciles, pero a Yong Sheng no le gustaba ninguno de aquellos dos compositores.

Por suerte, Lala aún no había empezado a tocar. Se limitaba a afinar el violín, que sin duda no había utilizado en mucho tiempo. Él también había pasado una temporada en la cárcel, y tenía que volver a familiarizarse con el instrumento. Practicó con las escalas varias veces. De pronto se oyeron cuatro golpes de timbales. Sólo era una imitación de Lala hecha con la boca, pero los ojos de Yong Sheng se llenaron de lágrimas: se sentía como si se hubiera reencontrado con un viejo amigo, el *Concierto para violín en re mayor* de Beethoven. Una vez más oyó los pasos de una mujer dulce y elegante. Se detuvo delante de su puerta. Era Mary.

«¡Señor! Tú que eres el dueño del tiempo, regálame diez minutos más para que pueda oír entero el primer movimiento», rezó Yong Sheng.

¿Cuánto hacía que no rezaba? Ni él mismo lo sabía. Seguramente, desde la muerte del Manco, cuyo suicidio había acabado con su fe.

Desde ese día no había vuelto a tener ganas de intercambiar una sola palabra con sus semejantes. Tras la Revolución Cultural habría podido volver a ejercer como pastor. Sólo tenía sesenta y cinco años. Aún era capaz de predicar. Pero ya no soportaba las palabras y las frases que utilizaba desde la infancia. Ahora el lenguaje le parecía inútil, daba igual si se trataba del mandarín, del dialecto de Putian o el de Fuzhou. Con el Manco en el fondo del tanque de ebullición, el lenguaje había perdido su significado. Cuando le había hecho un silbato a su nieto, que había aparecido en su vida de forma inesperada, había descubierto que los sonidos sustituían muy bien a la voz humana. Eran incluso más ricos y más puros que el lenguaje. A menudo más profundos y, en ocasiones, majestuosos. Cambiaban con el viento, se estiraban hasta el infinito, pero siempre seguían siendo armoniosos.

Tal vez Dios había oído la plegaria de su servidor.

El concierto de Beethoven ya llevaba sonando tres minutos, el tiempo previsto por los anestesistas para que se produjera la muerte cerebral, y Lala seguía haciendo cantar a su violín. El ritmo era más lento. El primer movimiento estaba lleno de maravillosas prolongaciones de notas, que el joven sostenía largamente, como absorto en lejanos recuerdos. Llevado por la música, Yong Sheng volvía a ver las imágenes del pasado: dos años después de la llegada de Lala habían caminado durante varios días por la orilla del río Mulan. Era el principio de la primavera. Yong Sheng había recibido un paquete del departamento de lenguas extranjeras de la Universidad Jinan de Guangzhou, que contenía la urna cineraria de Mary. Una breve carta explicaba que había muerto enferma al final de la Revolución Cultural; en su testamento pedía que sus cenizas fueran enviadas a su antiguo alumno de Putian, para que las arrojara en el nacimiento del río Mulan, en el monte Bijia. El primer día, el anciano y el niño remontaron el río cincuenta kilómetros. Como había marea baja, el lecho estaba casi seco. Caminaron por la arena, endurecida por el sol. Por la tarde, el mar subió, y el agua refluyó a tal velocidad que tuvieron que correr para que no se los llevara. Las márgenes estaban inundadas. Por suerte encontraron a un campesino que, a cambio de unas monedas, aceptó llevar a Lala en el portaequipaje de

su bicicleta. Atravesaron un bosque próximo a una presa. Yong Sheng recogió ramas para hacer fuego, y se detuvieron allí para pasar la noche. La situación le trajo a la memoria la noche que había pasado con su padre en un horno de tejas cuando fueron a cortar un alcanforero, como les había pedido su abuela moribunda. El segundo día alcanzaron el monte Bijia, y la mañana del tercero, al despertar, descubrieron la cumbre. Era una larga cresta de varios kilómetros, con las dentadas líneas doradas por las luces del alba. El cuarto día de marcha, el lecho del río, cada vez más estrecho, empezó a despedir un olor cenagoso. Había tramos en que el agua era tan poco profunda como la de un arroyo. Les llegaba por los tobillos y tenía una frescura muy agradable. Había otros en que se transformaba en un torrente que se perdía en los bosques. Por fin llegaron a la fuente que buscaban. Costaba creerlo: el nacimiento de aquel ancho río de varios cientos de kilómetros de longitud, que regaba generosamente la llanura de Xinghua, estaba en un simple torrente de montaña, tan insignificante que estuvieron a punto de pasar de largo junto a él. A la orilla del agua había un viejo poste de telégrafo un poco inclinado, que la gente de la zona llamaba «la vieja columna». Parecía el mástil de un barco naufragado. Con el tiempo, el brillo de la pintura roja se había apagado. Aun así, el sol que se reflejaba en su extremo superior lo hacía parecer una vela encendida. Era un sitio ideal para esparcir las cenizas. Yong Sheng le pidió a Lala que tocara una pieza mientras él sacaba la urna de su cuévano. Luego se subió a lo alto del poste, que vaciló bajo su peso.

En esa época, el niño sólo tenía un violín de estudio, de sonoridad bastante sencilla, pero pura y graciosa. En aquel paisaje de montaña, el concierto de Beethoven resonó con una belleza cristalina, casi titilante.

Cuando Yong Sheng se disponía a abrir la urna, el poste, cuya base estaba rodeada de plantas acuáticas y conchas, empezó a inclinarse poco a poco hasta llegar a ras de agua. Por fin, con un ruido terrible, cuyo eco resonó durante casi un minuto, el anciano cayó al torrente con la urna, que fue arrastrada por la corriente. Por supuesto, Yong Sheng intentó recuperarla, pero el agua estaba helada y, al cabo de

unos diez metros, renunció y se quedó mirando cómo se alejaba hasta desaparecer. Tenía la ropa empapada y estaba aterido. Para entrar en calor anduvo por la orilla, pero acabó metiéndose en una charca de lodo, como hizo Mary muchos años atrás mientras él la perseguía por el monte Youyang para matarla. Por un instante creyó oler de nuevo la pólvora de su fusil y la mezcla de sudor y cieno que emanaba del cuerpo de la joven atrapada en la charca. Luego empezó a llover, y la música del violín se mezcló con el ruido de las gotas que caían en el barro con un sonido ahogado, subrayando aún más el silencio que los rodeaba. Al final del primer movimiento, la montaña y los bosques recobraron una calma serena que los envolvió dulcemente.

El tiempo previsto había pasado.

Si la ejecución mediante inyección letal no se hubiera producido en 2001, sino diez o tan sólo cinco años más tarde, no habría tenido lugar en una ambulancia prestada por el hospital local, y a Yong Sheng no lo habrían atado a una simple camilla con ruedas. El tribunal habría enviado a la prisión un furgón especial acondicionado para ese tipo de ejecuciones. Pero la provincia de Fujian no lo adquirió hasta 2005: el interior parecía un coche cama de primera clase, con una litera iluminada por un plafón, a la que se sujetaba al condenado con correas, como si fuera un paciente de un hospital psiquiátrico. Una pantalla de ordenador permitía seguir la evolución de su actividad cerebral después de la primera inyección, gracias al gráfico del electroencefalograma, que siempre acababa en línea recta. El registro de los datos se imprimía en papel y se adjuntaba al expediente del condenado. Después, el verdugo le ponía la segunda inyección.

El individuo de la bata blanca elegido para administrarle las inyecciones no era un profesional de las ejecuciones, sino un joven anestesista del hospital de Putian. Hasta ese momento, un pelotón de tiradores de élite del ejército se encargaba de fusilar a los condenados a muerte, pero en este caso, al tratarse de una inyección letal, los militares, que carecían de formación médica, quedaban descartados.

Ni siquiera habrían encontrado las venas en las que debían pinchar. Desde luego, la prisión contaba con tres médicos y cuatro enfermeras, pero todos se habían negado a intervenir por una cuestión de ética profesional. Así que se había recurrido a un joven anestesista del hospital que no tenía dilemas de ética. Al contrario: dado que, después de pinchar a Yong Sheng, debía salir de la furgoneta para accionar la bomba de inyección, había considerado que ese cúmulo de funciones merecía doble salario y había ido a negociar con el comandante en jefe de la prisión, que le había dado un no categórico por respuesta.

Para vengarse, no siguió el protocolo a propósito y, pasados diez minutos de la inyección de midazolam —que sustituía al pentotal sódico, no disponible en la provincia—, sin molestarse en comprobar las funciones motrices y cerebrales de Yong Sheng, pulsó la tecla de «inyección» del Pavulon, que paralizaba los músculos y provocaba la parada respiratoria.

No sabría decir cuántas veces he oído el Concierto para violín en re mayor *de Beethoven, pero siempre me maravilla el segundo movimiento, cuando los timbales se callan y el violín toca en sordina. He oído a Lala interpretarlo bajo la aquilaria muchas veces. En ocasiones, tenía la sensación de que las notas fluían sobre las raíces a ras de tierra. Otras veces parecían escalar el tronco y circular entre las ramas y hojas de su densa fronda hasta la abombada copa. Para mí, el segundo movimiento siempre ha sido un canto apacible, simple, profundo. Una especie de contemplación. Ahora ya no siento lo mismo. No sé si es por la inyección o porque el estilo de Lala ha cambiado. ¿Habrá perdido el virtuosismo de su infancia, cuando su mano izquierda añadía bellos adornos a la melodía? Ésa es la clase de detalles que distinguen a los niños prodigio. Ahora los mordientes, apoyaturas y grupetos han desaparecido de su interpretación, y el segundo movimiento se ha transformado en un cántico. Eso me recuerda los viejos tiempos, cuando yo era un pastor joven y elegante que, al subir a predicar a la tribuna, era recibido con un silencio majestuoso.*

Señor Todopoderoso, desde el día en que enviaste a Lala a mi humilde morada, no sé cuántas veces te he dado las gracias por la felicidad que me

proporcionaste. Como Israel, a quien concediste en el umbral de su vejez volver a ver a su hijo bien amado, al que creía haber perdido, a menudo he repetido esta frase que le dijo a José en el capítulo 48 del Génesis: «No pensaba yo ver tu rostro, y he aquí Dios me ha hecho ver también tu simiente.»

No me sé la continuación de memoria, pero recuerdo que Israel besó a sus nietos y los bendijo diciendo: «Que el Dios que me ha guiado toda mi vida y hasta el día de hoy bendiga a estos jóvenes.»

La madre de Lala no había venido a verme nunca más, y yo no esperaba conocer a mi nieto. Un día lo llevé a ver la tumba de su abuela materna. Cogimos el autocar en la puerta sur de Putian y viajamos hasta Zaolin. Era un pueblo muy pobre del que los jóvenes se habían marchado. Le preguntamos a una anciana dónde estaba la sepultura de Heling, y ella nos pidió diez yuanes por decírnoslo. El camino estaba en mal estado. Al cabo de un kilómetro encontramos unas tumbas de la familia Huang cubiertas de malas hierbas y matorrales. Lala pidió ayuda a cuatro campesinos que trabajaban cerca para que nos despejaran el terreno: otros cuarenta yuanes. En total, había ocho tumbas. Sólo había una que no tenía una estela de piedra sino una tabla de madera en la que se había grabado una gran cruz pintada de rojo. Era la de la abuela de Lala, la única de su familia que se había casado con un pastor.

Esa misma tarde cogimos el autocar de vuelta a Putian. Era el último. No recuerdo por qué, pero Lala estaba muy nervioso. No paraba de levantarse de su asiento para ir y venir por el pasillo, y cuando el vehículo se averió, mucho antes de llegar a nuestro destino, perdió los estribos. Empezó a aporrear la puerta con los puños para que el conductor le abriera. En cuanto lo hizo, Lala saltó al exterior y desapareció en la oscuridad. Al cabo de un rato la avería se arregló y reanudamos la marcha. Pero, cuando circulábamos por una gran avenida cerca del centro de la ciudad, vimos la silueta de un joven que corría como un loco por mitad de la calzada. Gracias a Dios, era plena noche y no había coches. ¡Era Lala! No daba crédito a mis ojos. Tenía los largos cabellos empapados en sudor y pegados a la frente. Casi daba miedo. El conductor paró el vehículo, abrió la puerta y le pidió que subiera, pero Lala ni siquiera lo miró y siguió corriendo como un poseso. En su momento no comprendí el

motivo de su comportamiento, pero ahora, cuando lo recuerdo, pienso que tenía el mono y que corría en busca de un traficante para comprar una dosis.

A partir de ese día, en cuanto cerraba los ojos volvía a ver esa escena inverosímil, y me echaba a temblar. Me obsesionaba su rostro empapado en sudor, su boca muy abierta, ansiosa y jadeante como un pez fuera del agua. Imaginaba las torturas que debía de soportar. Parecía un muerto viviente, no mi nieto.

Dos días después se fue sin decirme adiós aprovechando que yo estaba durmiendo la siesta en la tumbona. Se había llevado uno de los bafles. Era un chico extraño, siempre se comportaba de un modo inesperado. Seguramente porque no había tenido padre. Era un caballo desbocado. No me pregunté qué pensaba hacer con el bafle. Tampoco me di cuenta de que me había robado el sello hasta que el policía me mostró el impreso del certificado.

Pero, en realidad, ¿puede decirse que fue un robo?

No, porque el dibujo grabado en el bafle —cuando le dije al policía que representaba mis tres dientes, me burlaba de él— simboliza los zuecos de madera de su padre, que son similares a los que llevan todos los carniceros de la región: el cuadrado de arriba es el empeine y los dos de abajo, el talón de madera.

¿Acaso no contó Jesús esta parábola? «¿Qué hombre de vosotros, si tiene cien ovejas y se le pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va tras la que se le perdió, hasta encontrarla? Cuando la encuentra, la pone contento sobre sus hombros, y al llegar a casa, reúne a sus amigos y vecinos, y les dice: "Alegraos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido. Os digo que habrá más alegría en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento."»

Vaya, parece que sopla una bocanada de fresca brisa primaveral…

Ahora el violín toca un tema lleno de alegría, tan fluido como la seda.

Las notas saltan jubilosas bajo el arco, como saboreando los primeros rayos de sol a la salida del invierno.

No puedo evitar sonreír. Dios ha oído mi plegaria y ha decidido dejarme oír el concierto de Beethoven hasta el final.

El tercer movimiento, ligero y majestuoso a un tiempo, me recuerda a mi padre.

Vuelvo a verlo alzando la cabeza hacia la copa de un enorme alcanforero, con cuya madera piensa hacer mi cama de matrimonio. Oigo su hacha golpeando el tronco y a los pájaros que han hecho el nido en sus ramas alzando el vuelo con un siseo parecido al de un retal de seda desgarrado por un vendedor de telas. Son becadas: su largo pico es del color de un yunque, y su mandíbula inferior, ligeramente curva, se adorna con reflejos rosados a la luz del sol. Las rayas marrones y violetas de las plumas de su nuca y su buche, que se confunden con las sombras que proyectan en el suelo, las hacen parecer más grandes de lo que realmente son. Me miran sin temor, con unos ojos límpidos como el agua clara. Yo también las contemplo largo rato, hasta que mi padre me llama y me tiende una viruta de madera. Aún oigo resonar su voz en mis oídos: «Si dejas esta viruta en cualquier sitio a cien metros a la redonda, no volverás a ver ni una mosca ni un mosquito.» Alzo la viruta hacia el cielo, y las becadas siguen mi movimiento con la mirada. Sus ojos relucen en la luz, las rayas de su buche se cubren de reflejos púrpura, y mi viruta de madera adquiere una transparencia ambarina mientras los rayos del sol danzan sobre sus finas vetas. Una rama de árbol que mi padre acaba de cortar cae al suelo. Las becadas levantan el vuelo, y el batir de sus alas armoniza con los tresillos, las cuartas y las quintas del violín.

También llega a mis oídos otro ruido de alas. Las de un gallo. Seis años después del incendio, nevó muchísimo en invierno. Es algo muy poco frecuente en nuestra región, donde nieva cada diez años. No había visto tanta nieve desde la muerte de mi abuela. El suelo estaba cubierto de un grueso manto blanco. Por primera vez en seis años, mis ojos no veían la tierra calcinada, que me traía a la memoria el funesto incendio. La casita de piedra aún no estaba construida. Aun así, todas las noches, después de

barrer las calles y limpiar las letrinas de Jiangkou, regresaba al lugar en el que siempre había vivido y pasaba la noche entre los escombros, en un lecho de paja. Una mañana, al despertar, la nieve había dejado de caer. A mi alrededor, todo parecía borroso, indefinido. Quise frotarme los ojos con la chaqueta, pero estaba dura como el cristal. Tenía el cuerpo helado. Poco a poco entré en calor, y la niebla empezó a disiparse. Luego, salió el sol. La reverberación de su luz sobre la extensión inmaculada me produjo la sensación de haber despertado en el interior de un mundo de cristal. De pronto, en medio de toda aquella blancura, apareció la cresta de un gallo, que agitaba frenéticamente la cabeza.

El violín toca una sucesión de notas saltarinas y alegres.

El gallo arañaba la nieve con las patas mientras agitaba las alas para darse ánimos. Las despeinadas plumas de su pescuezo y su pecho revoloteaban suavemente. Yo no sabía si se agitaban por su respiración o porque estaba sacudiéndose para luchar contra el frío. Estaba envuelto en un halo azulado. Hurgaba en el suelo, en el mismo lugar donde antaño se había alzado mi aquilaria. Me acerqué a él. Había hecho un agujero que dejaba ver la tierra carbonizada.

Los rayos del sol hacían relucir las plumas mojadas de sus alas. Pese a mi presencia, seguía arañando la tierra febrilmente.

Entonces ocurrió algo que yo no habría podido imaginar ni en mis sueños más disparatados: en el sitio en el que hurgaba, asomaba un retoño.

Así pues, la raíz sobre la que había brotado no estaba muerta... Me agaché y aparté la tierra a su alrededor. Un tallo subterráneo seguía vivo y, sobre él, había aparecido un brote nuevo.

Fui a buscar una azada y empecé a cavar. Creía que mi árbol se había convertido en humo, y, por casualidad, había descubierto que quería renacer de sus cenizas. La nueva planta, en forma de huso de hilandera, medía ya sesenta centímetros.

Tenía los ojos llenos de lágrimas. Mi aquilaria, que creía muerta, seguía con vida.

Incluso el gallo, que continuaba a mi lado, parecía asombrado de la obstinación del árbol. Su roja cresta brillaba bajo el sol como un farolillo traslúcido. Las plumas carmín de su pecho refulgían como largas llamitas. Cuando irguió el cuerpo dejaron al descubierto el leve plumón blanco de su

abdomen. Tenía los ojos del color del oro y las pupilas, de un negro muy oscuro.

Mi viejo árbol había conocido todas las vicisitudes de la existencia. Había muerto y vivido el infierno, pero había resucitado en las profundidades de la tierra.

El tercer movimiento del concierto de Beethoven termina con una cadenza *breve y tensa que marca su apogeo de forma deslumbrante.*

Mientras lo oigo, sé que el tiempo que me ha concedido Dios toca a su fin.

Recuerdo lo que me dijo Lala la víspera de su inesperada partida. Habíamos oído juntos la grabación del fragmento que había interpretado en el concurso unos años antes. Unas cuantas brasas del hogar, donde se asaba un tubérculo de taro, aportaban un poco de luz a la oscuridad de la casa.

«Aunque he tocado ese concierto cientos o incluso miles de veces, nunca he logrado entender cómo es posible que, en una obra tan perfecta, Beethoven cometiera un error que hasta un principiante habría evitado: acabar la cadenza *del último movimiento con un fa becuadro. Hasta un idiota se da cuenta de que esa nota está demasiado alejada del re mayor para ser armoniosa. Sin embargo, escribió este concierto en una época feliz de su vida, cuando aún no estaba sordo. La sordera no le sobrevino hasta años después. La razón es que no buscaba la perfección. Lo único que quería era expresar la vida. Y la vida es imperfección.»*

Ahora comprendo lo que quiso decir.

El maldito crío hablaba de mí. Me decía: «Abuelo, los últimos momentos de tu vida serán discordantes, como la última nota del concierto de Beethoven. Pero será precisamente esa falta de armonía, que algunos podrían considerar un fallo, lo que revelará la belleza de tu vida.»

En ese instante, el joven anestesista administró la tercera inyección, de cloruro de potasio.

Delante de la casa de piedra, en lo alto de la colina de Jiangkou, se alza

de nuevo una gran aquilaria. Todos los años, en otoño, se cubre de vainas que acaban cayendo y formando una gruesa y crujiente capa sobre el suelo. Este año, debido al temporal que azotó la región, han sido escasas. Ahora, a punto de morir, veo que sólo queda una, todavía prendida de una rama. Acaba de reventar. La raja abierta en la vaina, como alas de cigarra, me deja entrever dos semillas, envueltas en una fina membrana, que el viento hace temblar.

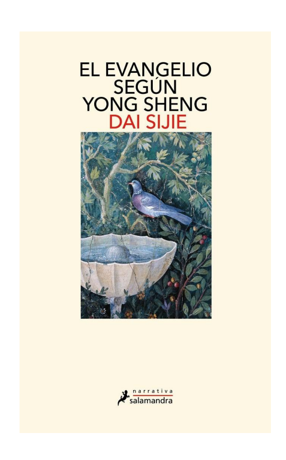
Soy la única persona en el mundo que está viendo cómo su fino peciolo curvado se dispone a dejarla caer. Las hojas secas y las hierbas que rodean el pie del tronco ya se preparan para recibirla. Un pájaro lanza un grito. ¿Es un cuco? Es mediodía. La luz del sol tiñe el follaje de leves toques alimonados, casi transparentes.

La vaina se agita con la brisa. Del interior salta una semilla, se suelta del ala membranosa y echa a volar despreocupadamente. Ejecuta una pirueta asombrosa, danza en el aire, llevada por la brisa. Planea en el cielo azul, sin un objetivo concreto, fina y reluciente como un grano de sal.

Acompaso mi respiración al ritmo de su vuelo, bajo la luz del sol.

Vuelve el autor de *Balzac y la joven costurera* china con una emotiva epopeya sobre la China del siglo XX.

«Un acontecimiento literario».
Bernard Pivot



Yong Sheng vive en un pueblo cercano a la ciudad costera de Putian, en el sur de China. Discurren los primeros años del siglo XX, y su padre, artesano, fabrica unos silbatos que, atados a las plumas de las palomas mensajeras, producen maravillosas melodías cuando éstas vuelan por encima de las casas. Todo el mundo adora esos instrumentos, y esperan que el chico continúe con el oficio paterno; sin embargo, un buen día él se topa con Mary, maestra de la escuela cristiana, quien despierta su vocación y lo lleva a convertirse en el primer pastor chino de la ciudad. No será fácil, pero, tras ser obligado a casarse debido a viejas supersticiones, estudia teología en Nankín y, después de muchas aventuras, regresa a Putian para pasar un breve período de felicidad ejerciendo su ministerio en su ciudad natal. No obstante, todo cambia en 1949, con la llegada del régimen comunista de la República Popular, cuando comienza, para él y para muchos otros chinos, una era de tormento.

Con su excepcional talento como narrador, Dai Sijie relata la

sorprendente vida de su abuelo, uno de los primeros pastores cristianos en China, con la Revolución Cultural como telón de fondo. Conmovedora y apasionante historia de amor y traición, tolerancia y felicidad, *El evangelio según Yong Sheng* es también un himno a la belleza de la creación lleno de descripciones poéticas, escenas inolvidables y personajes coloridos.

La crítica ha dicho:
«Una obra considerable, de una fuerza excepcional, que se convertirá en un hito. [...] El acontecimiento literario de principios de año, que se dice pronto».
Bernard Pivot, *Journal du Dimanche*

«Una ambiciosa saga que abarca un siglo de la agitada historia de China».
La Croix

«Una novela poética y maravillosa».
La Presse

«Una ficción conmovedora y luminosa».
La Libre

«Trágica, cómica y espiritual a un tiempo».
La Vie

«Una narración histórica y feérica, en la que el autor evoca con emoción la figura de su abuelo paterno».
Le Figaro

«Una pequeña obra maestra».
Culture-Tops

Dai Sijie nació en 1954 en la República Popular China. En 1976 ingresa en la universidad para cursar Historia del Arte y cuatro años después en una escuela de cine, donde obtiene una beca para estudiar en el extranjero. Llegado a Francia en 1984, descubre el cine europeo y queda muy impresionado con Buñuel, de quien adquiere ese matiz surrealista que se respira en sus obras. Realizador de cinco largometrajes, su ópera prima, *Balzac y la joven costurera china* (Salamandra, 2001), obtuvo un éxito internacional extraordinario. Llevada al cine por el propio Sijie y rodada en China, la película fue prohibida en ese país. Su segunda novela, *El complejo de Di* (Salamandra, 2005), gozó asimismo de una excelente acogida y obtuvo el prestigioso Premio Femina. *Una noche sin luna* (Salamandra, 2008) y *La acrobacia de Confucio* (Salamandra, 2011) consolidaron su breve pero fecunda trayectoria literaria.



Título original: *L'Évangile selon Yong Sheng*

Primera edición: junio de 2024

Ouvrage publié avec le concours du Ministère français chargé de la culture-Centre National du Livre
Obra publicada con la ayuda del Ministerio de Cultura francés-Centro Nacional del Libro



ISBN: 978-84-19851-00-0

Compuesto en: www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: SalamandraEd
X: SalamandraEd
Instagram: SalamandraEd
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

[1] Jacques Gernet,*Entretiens du Maitre de Dhyâna Chen-Houei du HoTsö (668-760)*, École française d'Extrême-Orient, París, 1977, p. 51: «La ausencia de pensamiento es un método para uso de los santos, pero si los profanos la practican, dejan de ser profanos [...] Incluso cuando experimentas las sensaciones combinadas de la vista, el oído, la percepción y el conocimiento, permaneces en un vacío y una quietud constantes.»

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club





Índice